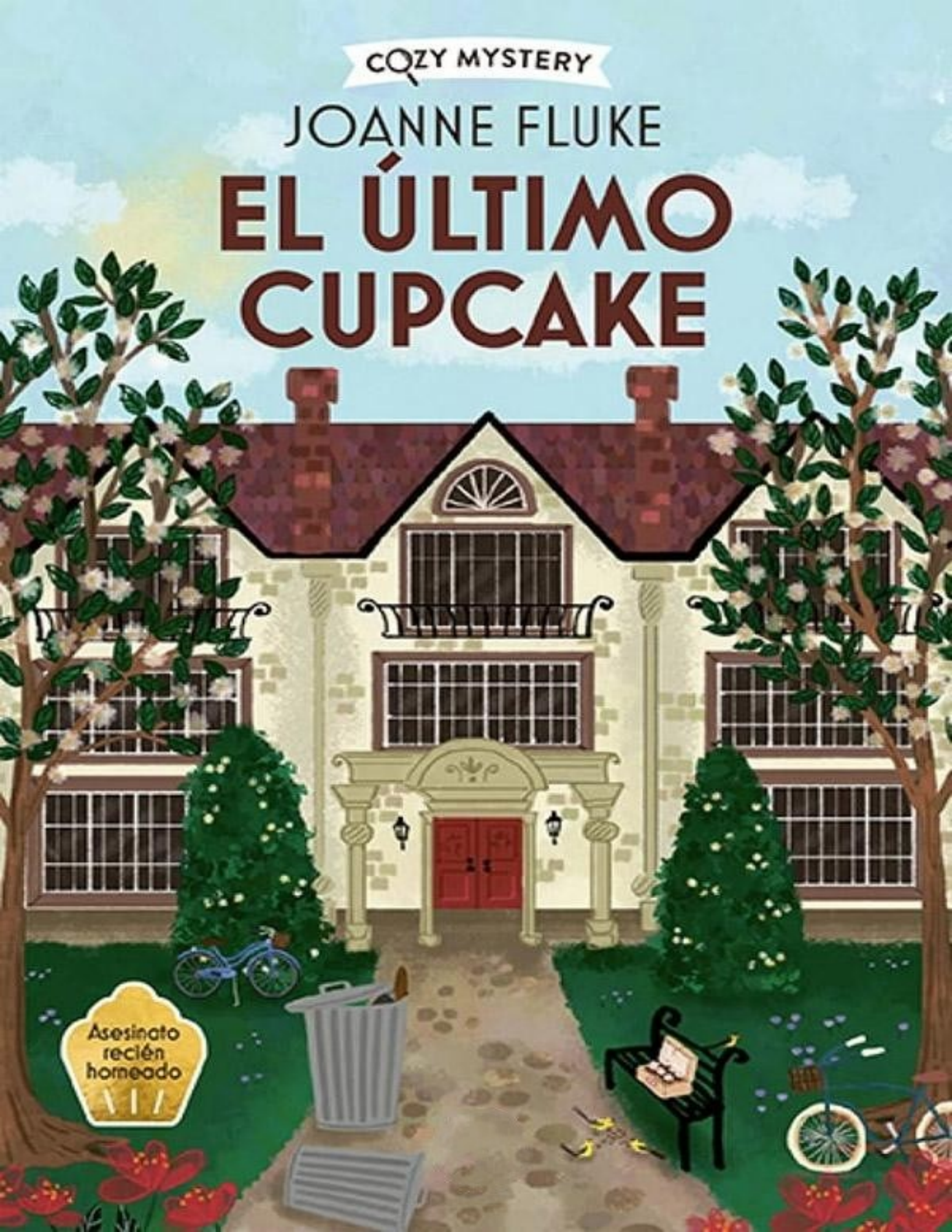
COZY MYSTERY

JOANNE FLUKE

EL ÚLTIMO CUPCAKE



Hannah Swensen no tiene tiempo para aburrirse. Cuando no está atendiendo a la clientela de su panadería The Cookie Jar, está impartiendo clases de cocina para adultos en el Instituto Jordan o intentando encontrar el ingrediente secreto de unos cupcakes de chocolate. Todos en Lake Eden creen que Hannah tiene un imán para los crímenes, pero cuando descubre un cadáver dentro de un contenedor de basura le resulta muy difícil mantenerse al margen. Primero, porque la víctima tiene el pecho manchado del glaseado de uno de sus cupcakes y, segundo, porque se trata del *sheriff* Grant, el rival directo de su cuñado Bill para el puesto de *sheriff* y el principal sospechoso. Secretos del pasado, mentiras inconfesables y maquinaciones oportunistas son los ingredientes de este caso.

Joanne Fluke

El último cupcake

Misterios de Hannah Swensen
5

Título original: *Fudge Cupcake Murder*
Joanne Fluke, 2004
Traducción: Iria Rebolo Osorio, 2025

Revisión: 1.0

 01/08/2025

Este libro es para Walter.



CAPÍTULO UNO



Hannah Swensen se colocó delante de la caja rectangular y se preparó. Aunque no tenía formación especializada, se sentía como si formara parte de un escuadrón de artificieros preparado para desactivar una bomba. Respiró hondo para armarse de valor y alargó la mano para soltar el pestillo que mantenía la rejilla en su sitio, al tiempo que saltó hacia atrás hasta lo que esperaba que fuera una distancia segura.

—¡Santo cielo! —gritó Hannah cuando Moishe salió disparado del transportín para perros pequeños aprobado por el veterinario y entró a toda velocidad en la cocina. No tenía ni idea de que su compañero felino pudiera moverse tan rápido. Parecía un borrón naranja y blanco con miles de patas moviéndose a toda velocidad.

Hannah recogió el transportín y lo guardó en el armario del lavadero. La única vez que se olvidó de guardarlo, Moishe se había desquitado con el plástico, y ahora parecía como si un arado en miniatura hubiera cavado surcos por toda la parte superior.

Al menos, el transportín de plástico había aguantado mejor que el de cartón que utilizó la primera vez que llevó a Moishe al veterinario. Cuando llegó, el cartón estaba hecho trizas, Moishe

había salido y merodeaba por la parte trasera de su camioneta, maullando de rabia.

Al detenerse en el umbral de la puerta, Hannah se sintió aliviada cuando oyó un fuerte crujido procedente del fondo de la cocina. El viaje de primera hora al veterinario había sido traumático para ambos y Moishe intentaba olvidar el calvario comiendo. Menos mal que le había llenado el comedero antes de salir del piso.

Hannah cogió la bolsa de pienso crujiente para gatos sénior que le había recomendado el veterinario y la llevó a la cocina. El doctor Bob le había advertido de que algunos gatos rechazaban la comida nueva y le había dado un folleto con consejos útiles que se suponía que transformarían a cualquier gato en un ávido comedor de comida para mayores.

Moishe levantó la cabeza del cuenco y miró a Hannah con desdén. Era la misma mirada que se dirige a un traidor o a un cónyuge infiel, y Hannah se sintió culpable de inmediato.

—Vale, lo siento. Sé que odias ir al veterinario. —Hannah se esforzó por justificarse con un gato que nunca había parecido tan implacable—. Te tocaban las vacunas y lo único que quiero es que estés sano.

Moishe la miró fijamente durante otro largo momento y luego volvió a su cuenco de comida. Hannah aprovechó la tregua temporal para servirse una taza de café del termo que había llenado antes de marcharse.

—Ahora vuelvo —dijo Hannah a las orejas que asomaban por encima del borde del cuenco de la comida. El resto de la cara de Moishe estaba enterrado en el pienso—. Tengo que cambiarme de ropa. Me has puesto perdido el jersey nuevo.

Moishe no se dignó a contestar y Hannah se dirigió hacia el dormitorio. Su compañero de piso felino siempre perdía pelo cuando no estaba contento. No era por el doctor Bob. A Moishe le caía todo lo bien que podía caerle a un gato el hombre que le ponía las vacunas y le pinchaba en sitios poco dignos. Pero odiaba el trayecto hacia la clínica.

Una vez que Hannah se puso ropa menos peluda, regresó a la cocina y se encontró a Moishe sentado junto al cuenco vacío. Dado que no había momento mejor que ese para probar su nueva dieta, Hannah le sirvió la comida para gatos mayores y cruzó los dedos. Dejó a Moishe olisqueando con recelo el nuevo menú, se puso la vieja cazadora que había encontrado en Helping Hands, la tienda de segunda mano de Lake Eden, y se dirigió hacia la puerta. Pero, antes de que pudiera coger el bolso bandolera que contenía todo lo necesario para el día y algo más, sonó el teléfono.

—Madre —murmuró Hannah en el mismo tono que reservaba para los improperios que intentaba no utilizar cerca de su sobrina de cinco años, Tracey. Tenía que ser su madre. Delores Swensen era experta en llamar en el preciso momento en el que Hannah tenía intención de salir por la puerta. Hannah sintió la tentación de dejar que el contestador automático la sacara del apuro, pero se lo pensó mejor. Su madre volvería a llamar a una hora todavía más inoportuna. Con un profundo suspiro, volvió sobre sus pasos y cogió el teléfono de pared que había sobre la mesa de la cocina—. Hola, madre —dijo Hannah, hundiéndose en una silla. Las conversaciones con Delores rara vez eran breves. Pero la voz que le contestó no era la de su madre.

—He llamado a la tienda, pero Lisa me ha dicho que llegabas tarde porque tenías que llevar a Moishe al veterinario.

—Así es —dijo Hannah, levantándose para verter lo que quedaba de café en su taza. Era su hermana y las conversaciones con Andrea tampoco eran precisamente cortas.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Andrea.

—Solo a mis oídos. Moishe ha estado maullando todo el camino de ida y el de vuelta. Él está bien, Andrea. Lo he llevado para que le pusieran las vacunas y le hicieran la revisión anual.

—Menos mal —dijo Andrea, aliviada—. Sé cuánto lo quieres. ¿Has llevado algún cartel de Bill al veterinario?

—Sí. Sue lo estaba colocando en la ventana cuando me he ido.

—Oh, genial. Cada cartel ayuda. ¿Has leído ya el periódico?

Hannah miró su bolso. El *Lake Eden Journal* estaba metido en el bolsillo lateral todavía con su funda de plástico termosellada.

—Me lo llevo al trabajo. Lo leeré cuando me tome el descanso.

—Míralo ahora, Hannah. Ve a la página tres.

—Vale —aceptó Hannah, y procedió a hacerlo. Pero la página tres era la sección editorial y no vio nada que pudiera explicar la emoción de Andrea.

—¿Lo ves? —preguntó Andrea, con un tono de yo-sé-algo-que-tú-no-sabes en la voz.

—No.

—¡Es la encuesta electoral!

Hannah se inclinó sobre el periódico para ver de cerca el pequeño recuadro que Rod Metcalf había ido publicando en el periódico durante el último mes. Entonces soltó un grito de emoción.

—¡Bill va en cabeza con el *sheriff* Grant!

—¡Sí! Le dije que lo conseguiríamos. Claro que aún faltan dos semanas para las elecciones y puede pasar cualquier cosa, pero ¿a que sería maravilloso que Bill ganara?

—¡Absolutamente! Has hecho un trabajo fantástico dirigiendo su campaña, Andrea.

—Gracias. También tengo otras noticias.

—¿De qué se trata?

—El doctor Knight ha adelantado mi fecha de parto a la tercera semana de noviembre.

Hannah frunció el ceño.

—¿Eso se puede hacer?

—Claro. De todas formas, solo son conjeturas. Todo el mundo cree que se puede saber, pero no es así. La madre de Bill dice que está segura de que el bebé nacerá la noche de las elecciones, pero yo creo que en realidad lo que quiere es ocupar mi lugar en la fiesta de la victoria de Bill. Dice que el parto será a principios de diciembre, que no estoy tan grande como con Tracey y que aún tardaré. Bill cree que tendré el bebé pronto, antes de Halloween.

—¿Y tú cuándo crees que será?

—El Día de Acción de Gracias, justo cuando nos sentemos a comer el postre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hannah—. ¿Las futuras mamas tenéis una especie de sexto sentido?

—No, pero es que tu tarta de nueces es mi parte favorita de la cena de Acción de Gracias. Y la espero con tantas ganas que sé que me la voy a perder.

—No te la vas a perder. Si tienes que ir al hospital, haré otra y te la llevaré.

—¡Eres un encanto! Gracias, Hannah. Bueno, tengo que salir corriendo o, mejor dicho, tambaleándome porque hoy no tengo nada de equilibrio. Nos vemos luego.

Hannah se despidió y colgó el teléfono. Rellenó el cuenco de agua de Moishe y le dijo que era un buen chico. Como parecía que estaba comiendo sin problemas el pienso nuevo, arrugó la hoja de consejos que le había dado el doctor Bob y la tiró a la basura. Luego se puso los guantes y salió de casa.

Un viento helado recibió a Hannah y se puso a tiritar mientras bajaba las escaleras de la planta baja. Aún era octubre, pero ya había que ir pensando en rescatar la parka de invierno. Después de otro tramo de escaleras hasta el garaje subterráneo, Hannah se dirigió directamente a su camioneta Suburban rojo caramelo, el vehículo al que todos los niños de Lake Eden llamaban la «camioneta de las galletas», se puso al volante, la arrancó y subió la rampa hacia la salida.

Hannah atravesó su complejo de apartamentos, giró a la izquierda en Old Lake Road y tomó la ruta panorámica a la ciudad. La carretera serpenteaba alrededor del lago Eden y, aunque era varios kilómetros más larga que la interestatal, la prefería. Había algo relajante en conducir entre granjas familiares de Minnesota y arboledas de arces con coloridas hojas otoñales. Prefería el aroma del agua fresca y de los pinos al tubo de escape de cualquier coche que circulara por la interestatal.

Mientras esperaba el semáforo en el cruce de Old Lake Road y

Dairy Avenue, Hannah vio un poste de teléfono perfecto. Como no había nadie detrás de ella, se detuvo a un lado de la carretera y sacó uno de los carteles de Bill de la parte trasera de la camioneta. Solo tardó un momento en clavarlo en el poste y sonrió al dar un paso atrás y contemplar la imagen de tamaño natural de la cara sonriente de su cuñado. El cartel llevaba la leyenda Bill Todd para *sheriff* y Hannah le había prometido a Andrea que pondría al menos seis carteles cada día.

Diez minutos más tarde, entró en el callejón y giró en el pequeño edificio blanco que albergaba su cafetería y tienda de galletas. Aparcó en su plaza y entró por la puerta trasera, se lavó las manos y cruzó la puerta batiente de estilo restaurante para entrar en la cafetería, dispuesta a relevar a su joven socia, Lisa Herman. La encontró en un taburete alto detrás del mostrador, rodeada de una pequeña multitud de compradores de galletas matutinas.

—¡Ya está aquí! —gritó Lisa, que parecía aliviada de ver a Hannah—. Puedes preguntarle tú misma.

Los clientes se giraron hacia Hannah, que se dio cuenta de que Bertie Straub se había colocado al frente como portavoz. Bertie todavía llevaba su bata púrpura brillante de la peluquería Cut'n Curl y el ceño fruncido en su cara reflejaba a la inversa la carita feliz dorada de la bata.

—¡Bueno, ya era hora! —dijo Bertie, mirando fijamente su reloj —. Hemos visto que Bill va por delante en las encuestas. ¿Crees que va a ganar?

—¡Por supuesto que Bill va a ganar! —Era la voz de su madre. Hannah se volvió hacia la puerta y vio a Delores allí de pie, resplandeciente con un traje pantalón azul real a la moda y luciendo una chapa de BILL TODD PARA *SHERIFF* en la solapa—. ¡Y si no le votas, Bertie Straub, tendrás que vértelas conmigo!

Bertie tragó saliva.

—Claro que voy a votarle, Delores.

—¡Eso espero! —Delores se acercó para agarrar a Hannah del brazo—. Necesito verte en el obrador, querida.

Momentos después, la madre de Hannah estaba instalada junto a la mesa de trabajo con una taza de café y dos bocaditos de cacahuete. Hannah se sentó en el taburete contiguo y esperó pacientemente mientras Delores se comía la galleta a mordisquitos.

—¡Deliciosos! —sentenció su madre, limpiándose las manos en una servilleta—. ¿Sabes algo de Norman?

—Todavía no —dijo Hannah, esperando que aquello no se convirtiera en un sermón sobre su reticencia a comprometerse con un solo hombre. A Hannah le gustaba Norman Rhodes y salía con él siempre que se le presentaba la oportunidad, pero su madre creía que cualquier mujer que no estuviera casada en el momento de renovar su suscripción a *TV Guide* por segunda vez estaba condenada. Ahora que Delores se había metido en el negocio de las antigüedades con Carrie, la madre de Norman, ambas se morían por casarlos.

—Carrie dice que está muy liado con la convención —continuó Delores—. Está dirigiendo un comité sobre odontología cosmética, ya sabes. Es todo un éxito para un profesional de la edad de Norman.

—Lo sé, madre. Norman me lo contó todo antes de irse a Seattle.

—Quizá no todo —Delores sonaba petulante—. ¿Te dijo que Beverly está en su comité?

—¿Qué Beverly? —preguntó Hannah, aunque preguntar no era realmente necesario, puesto que Delores estaba totalmente preparada para decírselo.

—La doctora Beverly Thorndike.

—Ah —dijo Hannah, decidiendo que una respuesta de una sola palabra era lo más sabio, ya que no tenía ni idea de quién era la doctora Thorndike.

—Carrie me dijo que iban a casarse, pero Beverly decidió que era demasiado joven para comprometerse. Al menos le devolvió el anillo. Pero tú ya debes de saber todo esto, así que me callo.

Hannah asintió, aunque no sabía nada del fallido compromiso de Norman con Beverly Thorndike, la dentista.

—Esa no es la razón por la que he venido —dijo Delores,

metiendo la mano en el bolso para sacar una ficha de recetas—. Lamento llegar tarde, pero aquí tienes mi receta de estofado hawaiano.

Hannah hizo todo lo posible por no suspirar mientras extendía la mano y cogía la tarjeta manuscrita. El estofado hawaiano era la receta favorita de su madre y Hannah había comido los suficientes como para no querer volver a probarlo en la vida.

—Tenía prisa cuando la copié. Es legible, ¿verdad?

Hannah miró la receta y asintió.

—No es demasiado tarde para incluirla en el libro de cocina de Lake Eden, ¿verdad, querida?

Hannah vaciló. Decir que era demasiado tarde sería una excusa práctica y en teoría era cierta, ya que el plazo que Hannah había dado a los demás colaboradores había expirado. Pero si le decía que era demasiado tarde a su madre, Delores no le dejaría ni oír el final. En aras de la paz familiar, Hannah se vio obligada a aceptarla.

—No es demasiado tarde —dijo Hannah, ganándose una sonrisa de su madre.

—Gracias, cariño. Sé que debería habértela dado antes, pero he estado muy ocupada últimamente con la campaña de Bill y la tienda. Y ahora será mejor que me vaya. Estamos esperando un cargamento de objetos chippewa y Jon Walker prometió que pasaría a ver si podía decir si son auténticos.

Delores se despidió con la mano y se escabulló por la puerta trasera. Granny's Attic, su tienda, estaba en el edificio contiguo y pudo cruzar a toda prisa el aparcamiento. Hannah esperó a que la puerta se cerrara tras su madre y miró la receta.

—¿Ochocientos gramos de azúcar?

Lisa entró en la cocina justo a tiempo para oír el comentario de Hannah.

—¿Es la receta del pastel de coco de Rose?

—No, es el estofado hawaiano de madre.

—¿Y es tan dulce?

—Tanto como para que te duelan los dientes. Madre me la ha

pasado y quiere que salga en el libro de cocina. Aunque tal vez podría…

—No —interrumpió Lisa, sacudiendo la cabeza—. Nunca te perdonará que no la incluyas.

—Tienes razón. Reduciré el azúcar, pero no puedo hacer demasiados cambios. Si no reconoce su propia receta, estaré en su lista negra el resto de mis días.



CAPÍTULO DOS



Los últimos clientes se habían marchado, la puerta principal de The Cookie Jar estaba cerrada con llave y Hannah y Lisa se encontraban en la cocina, mezclando la masa de galletas para el día siguiente. Lisa arrancó una tira de envoltorio de plástico para cubrir una tanda de galletas de cereza cubiertas de chocolate y miró el reloj.

—¿Hannah?

—¿Hmm? —Hannah recuperó el chocolate que había derretido para su tanda de blancas y negras y lo añadió a su bol de mezclas.

—Se está haciendo tarde y tienes clase esta noche. ¿Por qué no te vas a casa?

Hannah miró a su menuda soda y sonrió.

—¿Todavía eres una adolescente y ya intentas ser mi madre? —No estoy intentando ser tu madre. Y dejaré de ser adolescente en breve. Cumplo veinte el mes que viene.

Lisa se irguió hasta su metro cincuenta y siete, pero su gesto severo se nubló cuando un rizo castaño se le escapó de la redecilla impuesta por el Departamento de Sanidad.

Hannah removió el bol por última vez y cogió el envoltorio de

plástico.

—Tal vez lo haga. Pero entonces vendré mañana temprano y haré toda la repostería antes de que llegues.

—Trato hecho. —Lisa le tendió la mano y Hannah se la estrechó —. ¿Quieres que te ayude con tu clase de esta noche? Herb está ocupado hasta las nueve, pero Marge dijo que la llamara cuando quisiera e iría a cuidar a mi padre.

—No te preocupes, Lisa. Me apañaré.

Hannah sabía que a Lisa le gustaba quedarse en casa con su padre siempre que podía. Jack Herman tenía alzhéimer y Lisa había rechazado una beca universitaria para quedarse en casa y estar con él. Las cosas eran un poco más fáciles ahora que estaba prometida con Herb Beeseman, encargado de seguridad y aparcamiento de Lake Eden. La madre viuda de Herb, Marge, había salido con el padre de Lisa en el instituto y parecía disfrutar pasando tiempo con Jack para que «los niños» pudieran salir.

Hannah acababa de guardar su cuenco en la nevera cuando llamaron a la puerta de atrás. Se acercó a abrir y se encontró a Beatrice Koester de pie, temblando de frío.

—Hola, Beatrice. Pasa.

—Hola, Hannah. Lisa. —Beatrice entró en la cálida cocina y sonrió—. Solo puedo quedarme un minuto. Ted me está esperando en la camioneta.

Hannah se tomó un momento para saludar a Ted, propietario y operador del desguace de Lake Eden. Ted le devolvió el saludo, pero parecía contrariado. Probablemente quería volver al trabajo. Hannah cerró la puerta y se volvió hacia Beatrice.

—Hemos cerrado ya, pero si quieres unas galletas te las puedes llevar.

—Gracias, Hannah, pero solo he venido a traerte una receta. Sé que es tarde, pero estaba revisando algunas cosas de la madre de Ted y acabo de encontrarla.

—¿Para el libro de cocina de Lake Eden? —preguntó Lisa.

—Sí. Es la de sus *cupcakes* de chocolate. A Ted le encantaban y

estaban buenísimos. Le pedí la receta a mamá Koester no sé cuántas veces, pero siempre se olvidaba de dármela.

—Me alegro de que por fin la tengas —dijo Hannah con una sonrisa—. Hay gente a la que no le gusta nada compartir recetas y apuesto a que la madre de Ted era una de ellas.

—Eso es lo que yo pensaba, pero Ted me dijo que estaba equivocada, que su madre realmente se había olvidado de llevarla todas las veces que iba de visita. Por supuesto, la madre de Ted nunca hacía nada mal.

Hannah reprimió una sonrisa. No conoció a la madre de Ted, pero sonaba como si hubiera sido la inspiración de los chistes de suegras malas.

—¿Es demasiado tarde para incluirla en el libro de cocina? Ahora que la madre de Ted ya no está, cree que sería un bonito homenaje para ella.

Hannah alargó la mano y cogió la receta. No podía decirle a Beatrice que no al verla tan preocupada.

—No es demasiado tarde. Me aseguraré de que se incluya.

—¡Oh, gracias, Hannah! Pero podría haber un pequeño problema.

—¿Con la receta? —Hannah miró la tarjeta manuscrita.

—Sí. Basta con mirar la lista de ingredientes.

Hannah leyó la lista de ingredientes en voz alta.

—Chocolate sin azúcar, azúcar, mantequilla, harina, leche y… Oh, oh…

—¿Qué pasa? —preguntó Lisa.

—Dice: «Añadir media taza del ingrediente secreto».

—¡Me encantan las recetas así! —Lisa dio una palmada—. Siempre es algo que nadie puede adivinar. ¿Qué es esta vez? —Hannah se encogió de hombros y Beatrice también. Lisa las miró a una y a otra y entonces se dio cuenta—. ¿No lo pone?

—Exacto.

Hannah se volvió hacia Beatrice.

—¿Tú los has comido alguna vez?

—¡Sí, y estaban buenísimos! Alma se los hacía a Ted todos los

años por su cumpleaños, pero no me dejaba ver la receta.

—¿A qué sabían? Descríbenoslos.

—Bueno… —Beatrice respiró hondo y cerró los ojos—. Eran de chocolate negro muy bueno, y contundentes, no como esos pasteles ligeros. No subían tanto como los *cupcakes* enormes que se ven en las revistas, pero no importaba, porque Alma les echaba el glaseado de chocolate por encima y así quedaban aún más cremosos. Decía que debían tener huecos para el glaseado.

Hannah se rio. No pudo evitarlo. Era una forma estupenda de disculpar que un pastel no hubiera subido tanto como esperabas, y a la mayoría de la gente, incluida Hannah, no le importaba lo más mínimo mientras el glaseado estuviera bueno.

—¿Puedes describir el glaseado?

—Sí. Era muy cremoso pero consistente y se deshacía en la boca. Siempre he pensado que si lo calentaras, sería perfecto para acompañar el helado.

—Suena bien. Piensa en los *cupcakes*. ¿Había algún tipo de sabor oculto o sutil que puedas recordar?

—La verdad es que no, pero… —Beatrice dejó de hablar y frunció ligeramente el ceño.

—¿Pero qué? —la apremió Lisa.

—Tenían un… un sabor con un toque alemán.

—¿Sabor alemán? —Hannah pensó en todos los pasteles de chocolate que había comido—. ¿Era como la tarta de chocolate alemana?

Beatrice negó con la cabeza.

—No, nada que ver.

—¿Crees que llevaba chucrut? —preguntó Lisa—. Mi madre hacía una tarta de chocolate con chucrut.

—Sé que no era chucrut. Yo también hago esa tarta. —Beatrice dio un pequeño suspiro—. Era dulce y ácido a la vez, como una de esas tartas alemanas tan buenas. Ya sabes de las que hablo. Son muy ricas y, aunque estés llena a reventar, no puedes dejar de comerlas hasta que se acaban.

—¡Con razón querías la receta! —Hannah sonrió para tranquilizar a Beatrice—. ¿Qué te parece, Lisa? ¿Podemos averiguar el ingrediente secreto de Alma?

—Podemos intentarlo. Suenan diferentes a los *cupcakes* de chocolate que hacía mi madre, pero ya tengo algunas ideas.

—Genial. —Hannah se volvió hacia Beatrice—. ¿Tenían trochos dentro?

—No. Eran suaves y sabían casi como comer una tableta de chocolate.

—Eso ayuda —dijo Lisa, asintiendo rápidamente—. Descarta la mayoría de las cosas sólidas que se pueden añadir a la masa, como nueces, coco y fruta picada.

—Cierto, pero no descarta nada que esté finamente molido, hecho puré o derretido —argumentó Hannah.

Beatrice parecía agobiada.

—Siento complicaros con esto. Si Ted no estuviera tan empeñado en que la receta de su madre figure en el libro de cocina, os diría que lo olvidarais.

—¡De ninguna manera! —dijeron Hannah y Lisa a la vez.

Hubo un brevísimo momento de silencio y luego las tres mujeres estallaron en carcajadas. Cuando dejaron de reír, Lisa tomó la palabra.

—Ya lo resolveremos, Beatrice. A Hannah y a mí nos encanta un buen misterio y al menos este no tiene cadáver.

—Solo mi suegra —bromeó Beatrice. Y luego se sorprendió un poco de su propio humor—. ¡Menos mal que Ted no lo ha oído!

Hannah se dio un último cepillado y se miró al espejo. De cuello para abajo, parecía una profesora con su traje pantalón azul marino y su blusa blanca. De cuello para arriba, era otra historia. Había mucha humedad y su pelo era un revuelo de rizos rojos rebeldes. Hannah se lo echó hacia atrás, lo sujetó con el broche de plata que su hermana menor, Michelle, había comprado a una de sus amigas

artistas del Macalester College y apagó la luz de su dormitorio.

—No voy a llegar tarde —prometió Hannah, agachándose para acariciar a Moishe mientras este la seguía por el pasillo—. Solo voy al instituto para ser lo que iba a ser antes de convertirme en lo que soy ahora. —Moishe emitió un pequeño maullido y la miró fijamente. Tal vez fuera su imaginación, pero parecía estupefacto por la explicación que acababa de darle y Hannah estalló en carcajadas—. Lo siento. Eso ha sonado muy confuso. Voy a dar una clase de cocina para adultos en el instituto y luego saldré a cenar con Mike. No te preocupes. Te dejaré comida de sobra.

Hannah seguía riéndose de la estructura de su frase mientras bajaba las escaleras a toda prisa. Estaba deseando salir esa noche con el soltero más popular de Lake Eden. Mike Kingston se había trasladado allí hacía poco más de un año, reclutado del Departamento de Policía de Minneapolis por el *sheriff* Grant para dirigir la división de detectives del condado de Winnetka. Como Mike era compañero de Bill, tanto este como Andrea lo favorecían para el puesto de cuñado. A Delores le gustaba Mike, pero se había aliado con Carrie para favorecer a Norman. Y a Michelle, la hermana menor de Hannah, le gustaban los dos. A Hannah también y por eso no podía decantarse por uno u otro. Tal vez fuera mejor que ninguno de los dos se le declarase. Compartir su vida con alguien que no usara una caja de arena podría ser agradable, pero Hannah no quería renunciar a su independencia.

Veinte minutos más tarde, Hannah entró en el aparcamiento del instituto. Era temprano y estaba desierto. Se detuvo lo más cerca posible del aula de economía doméstica, cogió su caja de materiales y se dirigió a la entrada de mercancías. Cuando se diseñó el Instituto Jordan, el arquitecto había proyectado una puerta exterior para facilitar la entrega de equipos y suministros de cocina. La profesora habitual, Pam Baxter, le había dado una llave a Hannah cuando había aceptado hacerse cargo de la clase nocturna de cocina. En lugar de aprender decoración de tartas, como Pam había planeado en un principio, la clase de Hannah probaría todas las recetas que se

habían presentado para el libro de cocina de Lake Eden.

Hannah entró y encendió las luces, que parpadearon como los ojos de un búho deslumbrado por una linterna. Las múltiples luces del techo eran lo bastante brillantes como para convertir la noche en día. Cuando sus ojos se adaptaron, Hannah dejó la caja sobre la encimera. La despensa de Pam Baxter contenía todos los alimentos básicos, pero ella había llevado los ingredientes especiales que su clase necesitaría para las recetas que iban a probar esa noche. Uno de los ingredientes era un paquete de arándanos secos azucarados para las galletas que Hannah acababa de crear. Como estaban hechas de arándanos rojos, cuyo nombre científico es *Vaccinium oxycoccus*, pensaba llamarlas «coccus».

Cinco minutos más tarde, Hannah estaba lista para dar la clase. Su nombre estaba escrito en la pizarra por si había alumnas que no la conocían, las pilas de recetas estaban listas para ser repartidas entre los cinco grupos que hornearían en los cinco puestos de trabajo de la cocina y la hoja de inscripción estaba expuesta en una tablilla con sujetapapeles en un pupitre de la primera fila. Solo faltaban las alumnas, que llegarían en una hora.

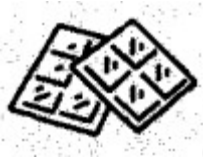
Hannah se sentó en el pupitre de profesora, pero se sentía rara. Quizás había hecho bien en cambiar de carrera. Era mucho más feliz delante de un horno que detrás de un pupitre. Se levantó y se dirigió a uno de los puestos de trabajó. Aprovecharía la espera para preparar una tanda de *cupcakes* de chocolate de Alma Koester sin el ingrediente secreto. Cuando los probara, Beatrice podría intentar averiguar qué les faltaba.



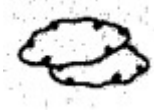
Coccus



Precaliente el horno a 180 °C, con la rejilla en la posición central.







450 g de mantequilla derretida
400 g de azúcar moreno
400 g de azúcar blanco
1 cucharadita de levadura en polvo
1 cucharadita de bicarbonato sódico
1 cucharadita de sal
4 huevos batidos
2 cucharaditas de vainilla
1/2 cucharadita de canela
1/4 de cucharadita de nuez moscada
480 g de harina
350 g de arándanos rojos secos azucarados
250 g de copos de avena (*sin cocer*)



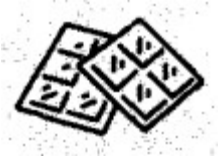
* Si no encuentra arándanos rojos donde vive, puede sustituirlos por cualquier fruta deshidratada picada, como dátiles, albaricoques, melocotones, etc.





Derrita la mantequilla en un bol grande apto para microondas. Añada los dos tipos de azúcar y deje enfriar un poco. Agregue los huevos, la levadura, el bicarbonato, la sal y la vainilla. Añada la harina y mezcle. A continuación, agregue los arándanos y la avena y mezcle todo. La masa quedará bastante dura.





Coloque la masa en porciones de una cucharadita en bandejas para galletas engrasadas, 12 por bandeja.



Hornee a 180 °C durante 12-15 minutos. Deje enfriar las galletas en la bandeja durante 2 minutos. Luego póngalas en una rejilla hasta que se enfríen.



Cantidad: de 10 a 12 docenas, dependiendo del tamaño de las galletas.



Estas galletas se congelan bien si las envuelve en papel de aluminio y las mete en una bolsa de congelación.





CAPITULO TRES



Hannah acababa de terminar de cubrir los *cupcakes* con el glaseado cuando oyó que alguien se acercaba por el pasillo a la puerta de su clase. Quizá fuera Mike, que había llegado pronto.

—¿Se equivoca mi nariz o huele a chocolate?

Hannah suspiró al reconocer al dueño de aquella voz. Luego forzó una sonrisa amistosa y se volvió hacia la puerta. El *sheriff* Grant nunca había sido santo de su devoción, pero era un buen cliente de The Cookie Jar y convenía ser amable con el jefe de Bill y Mike.

—Su nariz tiene razón. Estoy probando una receta para el libro de cocina de Lake Eden.

—Huele de maravilla.

El *sheriff* Grant se acercó a la mesa y Hannah se dio cuenta de que estaba mirando hacia los *cupcakes* en un ángulo de aproximadamente cuarenta y cinco grados.

—¿Le gustaría probar uno? —ofreció Hannah—. Creo que ya se han templado un poco.

—¡Eso sería estupendo! No he comido nada desde el almuerzo y

tengo que quedarme hasta que llegue Kingston. Debo entregarle unos folletos.

Hannah empaquetó cuatro de los *cupcakes*. Sabía que Mike iba a dar una clase de defensa personal en el aula de al lado.

—¿Quiere dejarme a mí los folletos? Puedo entregárselos yo misma.

—No, no pasa nada. Esperaré en el aparcamiento y se los daré cuando llegue. —El *sheriff* Grant aceptó el paquete que le dio Hannah con una sonrisa—. Gracias, Hannah. Es muy amable por tu parte.

—Tal vez no —respondió Hannah con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Estos *cupcakes* son un experimento y aún no los he probado.

—¿Quieres que te dé mi opinión?

—Eso sería genial —dijo Hannah con una sonrisa—. Es usted un hombre valiente, *sheriff* Grant.

—¿Y eso por qué?

—Podrían estar envenenados y usted no saberlo. Al fin y al cabo, mi cuñado se presenta contra usted a las elecciones.

Cuando llegaron las alumnas de Hannah, las dividió en cinco grupos, uno por cada puesto de trabajo del aula de economía doméstica del Instituto Jordan. Luego las puso a trabajar probando recetas de repostería. Un grupo tenía la receta de galletas que ella había creado, otro estaba horneando una tarta, el tercer grupo estaba en proceso de hacer un pastel de fruta, el cuarto tenía una receta de pan de té y el quinto estaba horneando un pastel de café.

—¿Qué pasa, Hannah? —Beatrice se acercó corriendo cuando Hannah le hizo un gesto.

—He horneado una tanda de *cupcakes* antes de la clase. Necesito que pruebes uno y me digas qué te parece.

Beatrice cogió un *cupcake* del plato que le ofrecía Hannah y lo probó. Se quedó pensativa un momento y luego negó con la cabeza.

—Lo siento, Hannah. Estos no son como los que recuerdo.

—Lo sé. Los he hecho sencillos, sin el ingrediente secreto. Pensé que tal vez podrías darte cuenta de qué les falta.

Beatrice dio otro bocado y masticó lentamente. Luego volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. Sé que es algo. Estos están muy buenos, pero los que hacía mamá Koester tenían un regusto maravilloso y no estaban tan secos. El glaseado es perfecto, es exactamente el mismo que hacía ella.

—Gracias, Beatrice. Has sido de gran ayuda.

—¿Sí? Lo único que he hecho es decirte que no se parecen.

—Lo sé, pero también me has dado una pista. Si estos son más secos, el ingrediente secreto debe de ser algo que los humedece. Ahora solo tengo que averiguar qué es.

—Me alegro de haber ayudado. ¿Qué hace que los *cupcakes* estén jugosos además del agua o la leche?

—Varias cosas. Más huevos, más mantequilla, más aceite, o añadir algún tipo de ingrediente húmedo. Incluso hornearlos más despacio o durante menos tiempo podría servir.

Beatrice se quedó pensando.

—Eso no acota mucho la búsqueda.

—No, no la acota. Pero ya tenemos más información que esta tarde y voy a apuntar algunas cosas para probar. Si se te ocurre algo más sobre los *cupcakes*, avísame.

La clase de Hannah reunía a siete estudiantes en cada uno de los cinco puestos de trabajo, en un aula diseñada para menos de treinta alumnos. Lo único que salvó la situación de convertirse en un caos total fue el hecho de que se trataba de mujeres acostumbradas a cocinar juntas en cocinas comunitarias o familiares. Hannah encomendó por sorteo a cada grupo siete tareas que debían realizar durante la clase. Primero había una líder, la responsable del grupo. Luego había dos buscadoras que iban a la despensa a por los ingredientes. Una mujer de cada grupo era la encargada de medir los ingredientes y colocarlos en cuencos y tazas. Otra se encargaba

de mezclar los ingredientes. Y las dos restantes precalentaban el horno y preparaban los moldes. Una vez mezclada la masa, la líder la colocaba en los moldes y la introducía en el horno.

—¿Hannah? —Edna Ferguson, la cocinera jefe del Instituto Jordan y líder de uno de los grupos, le hizo aspavientos desde la otra punta del aula.

—¿Qué pasa, Edna?

—Es esta masa de pan de té. No está bien. Acércate y remuévela y verás lo que quiero decir. —Hannah se acercó a la estación de trabajo y removió el cuenco. Era tan fina como una masa para *crépes*—. ¿Ves a qué me refiero?

—Ya veo. ¿Seguro que habéis seguido la receta al pie de la letra?

—Estoy segura —dijo Edna, asintiendo con tanta vehemencia que sus apretados rizos grises rebotaron.

—Yo también estoy segura —dijo Lydia Gradin—. He medido los ingredientes y he visto cómo Donna lo mezclaba todo.

Donna Lempke asintió.

—Incluso hemos hablado de la harina. No parecía que fuera a ser suficiente y le pedimos a Edna que volviera a comprobar la receta. Hemos puesto lo que decía, Hannah, ciento ochenta gramos.

—Veamos.

Hannah cogió la receta que Edna le entregó y frunció el ceño al leerla. Claramente había una discrepancia entre la cantidad de ingredientes líquidos y secos.

—¿Debo añadir más harina? —preguntó Edna—. Creo que con ciento veinte gramos más saldría bien.

—No, mejor no hacerlo a ojo. Esta receta es la de Helen Barthel. Llamémosla y lo comprobamos.

—Yo la llamo —se ofreció Charlotte Roscoe.

—Gracias, Charlotte —dijo Hannah, sonriendo a la secretaria del instituto—. Esperaremos a que vuelvas de secretaría.

Charlotte sacó un teléfono móvil del bolsillo.

—Esto será más rápido. ¿Alguien se sabe de memoria el número de Helen?

Una alumna estaba recitando el número cuando Hannah oyó a Gail Hansen llamándola desde el grupo del puesto de trabajo contiguo.

—¿Puedes venir un momento, Hannah? No sabemos si estas galletas son lo bastante grandes.

Hannah se acercó a mirar. El grupo de Gail estaba probando la receta de los coccus.

—Están perfectas, Gail.

—¡Bien! —Gail metió las galletas en el horno e hizo un gesto a Irma York para que pusiera en marcha el temporizador—. Pero me preocupa una cosa de la receta.

—¿Qué cosa?

—Dices que formemos bolas del tamaño de una nuez, pero no aclaras si es de una nuez con cáscara o sin cáscara; seguro que a mucha gente le generará dudas…

—¿En serio? Nunca lo había pensado, pero podrías tener razón. Mejor lo reformulo.

—Acabo de hablar con Helen —dijo Charlotte—. Ha consultado su libro de recetas y son trescientos gramos, no ciento ochenta.

Hannah felicitó a Edna por haber acertado con la cantidad de harina. Por supuesto, no era de extrañar. Edna llevaba más de cuarenta años horneando casi a diario.

Hannah acababa de volverse hacia el grupo tres para ver cómo iba su tarta cuando oyó un grito espeluznante.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Hannah mientras sus ojos recorrían la habitación para asegurarse de que ninguna de sus estudiantes estaba herida.

—¡No lo sé! —Edna parecía estar muy asustada—. ¿Deberíamos llamar a la policía? Estoy casi segura de que viene del aula de al lado.

Hannah se echó a reír, libre de temor.

—Si viene del aula de al lado, es la policía. Mike Kingston está ahí con su clase de defensa personal. Seguramente esté enseñando a sus alumnos a gritar si alguien intenta atracarles.

Justo cuando Hannah terminó de decir eso, se oyeron más gritos. Les siguieron pitidos de silbatos e instrucciones de retroceder. Sin duda, era la clase de Mike la que estaba haciendo todo ese ruido. Hannah y sus alumnas compartieron otra carcajada y luego volvieron a sus recetas.

No era fácil concentrarse con el jaleo de los de al lado, pero las alumnas de Hannah lo consiguieron. Cuando dieron las nueve en punto y la clase terminó oficialmente, ya habían repartido los postres para que todas pudieran llevarse un trozo a casa, habían limpiado los puestos de trabajo y decidido qué recetas querían probar en sus propias cocinas a modo de deberes. Cinco minutos más tarde, el aula de Hannah estaba desierta y ella estaba haciendo una última revisión de la despensa cuando Mike llamó a la puerta abierta.

—Hola, Hannah. ¿Estás lista para ese entrecot?

—Llevo todo el día soñando con él.

Hannah se volvió para mirarlo y se le cortó la respiración. El filete no era lo único con lo que había estado soñando. Alto, robusto y guapo, no era de extrañar que todas las mujeres solteras de la ciudad, y algunas que no lo eran tanto, pasaran las noches en vela tratando de pensar en formas de atraer la atención de Mike. Si el departamento del *sheriff* del condado de Winnetka sacara uno de esos calendarios para recaudar fondos, lo único que tendrían que hacer sería poner a Mike en la portada y el éxito estaría asegurado.

—¿Has visto al *sheriff* Grant? Pasó por aquí y me dijo que tenía unos folletos para ti.

—Me estaba esperando cuando llegué al *parking*. Le he dicho que no iba a repartir los folletos.

—¿Por qué no?

—Eran folletos electorales con su candidatura.

—¿En serio? —Hannah empezó a reírse—. No me extraña que no quisiera dejármelos. ¿No había una norma sobre no repartir propaganda política en los institutos?

—Sí que la hay. Cuando se lo mencioné, decidió que se los daría a la gente antes de que entraran en el edificio.

—Supongo que no vas a votar al *sheriff* Grant… —se burló Hannah.

—Por supuesto que no. Voy a votar a Bill. Es mi compañero y mi mejor amigo. Deberías saberlo, Hannah.

—Lo sé —dijo Hannah con un suspiro. Había momentos en los que Mike estaba demasiado serio para que le tomaran el pelo y parecía que ese era uno de ellos.

—Me pregunto si el *sheriff Grant* sigue por aquí. Le di unos *cupcakes* para que los probara y prometió contarme qué le parecían.

—Si no está, le preguntaré mañana. —Mike cogió la chaqueta de Hannah y se la tendió—. Vámonos. Me he saltado la comida y tengo hambre.

Hannah se puso la chaqueta y estaba a punto de coger su bolso bandolera cuando se acordó de la basura.

—Espera, que saco la basura. Además, quiero asegurarme de que la puerta trasera esté bien cerrada.

—¿Necesitas ayuda?

—No hace falta, solo hay una bolsa. Puedes comprobar los hornos y las placas para asegurarte de que estén apagados.

Hannah cogió la bolsa de basura y salió por la puerta de mercancías, y al pasar junto al sensor hizo saltar la luz de emergencia. Se dirigió al contenedor, abrió la tapa y levantó la bolsa. Pero antes de dejarla caer dentro Hannah echó un vistazo a las profundidades del contenedor. Durante un instante, se quedó paralizada, con la bolsa de basura suspendida en el aire y la boca formando una «o» de incredulidad perfectamente redonda. Luego tiró de la bolsa hacia atrás, la dejó sobre el asfalto y se dijo a sí misma que debía de estar imaginando cosas, que en realidad no había nada en el fondo del contenedor que se pareciera a un brazo humano.

«Las apariencias engañan»: Hannah repitió varias veces en su mente uno de los dichos favoritos de su abuela Elsa y volvió a acercarse para echar un segundo vistazo. Sí que era un brazo. Y el brazo estaba unido a un cuerpo.

—Oh, oh… —Hannah tragó saliva y, en ese preciso instante, la luz de emergencia se apagó. La repentina ausencia del resplandor de megavatios hizo que la oscuridad pareciera aún más intensa y Hannah se contuvo para no gritar. Se recordó a sí misma que tenía dos opciones. Podía quedarse ahí preguntándose si realmente había visto lo que creía haber visto o podía volver a entrar y buscar a Mike. La puerta de mercancías se abrió con un chirrido y Hannah se sobresaltó. Entonces oyó una voz.

—¿Hannah? ¿Todo bien? —Era la voz de Mike. Hannah tragó saliva. Parecía que tenía una tercera opción. Podía decir que había un problema y pedirle a Mike que fuera enseguida. Esa sería la opción más sabia, eso si conseguía emitir algún sonido—. ¿Hannah?

—Estoy aquí —balbuceó Hannah.

—¿Qué te pasa? Suenas rara.

Hannah respiró hondo. Y luego dijo, tan claro como pudo:

—Hay un cuerpo en el contenedor.

Mike no perdió tiempo en unirse a Hannah. Sacó su linterna, apuntó al interior y gimió.

—Es el *sheriff* Grant.

—¿Muerto? —preguntó Hannah, observando a Mike mientras se inclinaba hacia el contenedor para tomarle el pulso.

—Sí.

Hannah tragó saliva, tratando de aceptar el hecho de que alguien con quien había hablado hacía menos de tres horas estaba dentro de un contenedor escolar, muerto.

—Parece que alguien le ha golpeado en la nuca. Puede que también haya otra herida. Hay una gran mancha de sangre seca en la parte delantera de su uniforme.

A pesar de su repulsión, Hannah miró la zona que Mike apuntaba con la linterna. Tenía razón. Había una mancha de algo oscuro en la camisa del *sheriff* Grant. Se aclaró la garganta y se obligó a hablar.

—Eso no es sangre.

—¿No?

Hannah negó con la cabeza.

—Es glaseado de chocolate. El *sheriff* Grant ha muerto comiéndose uno de mis *cupcakes*.



CAPÍTULO CUATRO



En cuanto entró en su piso, sonó el teléfono. Sabía exactamente quién era y se dirigió directamente a la cocina para contestar.

—Hola, madre.

—¿Hola, madre? ¿Cómo sabías que era yo?

—¿Quién si no? Seguro que Andrea te ha llamado justo después de que Bill la llamara para contárselo.

—Bueno… En realidad, así ha sido. —Delores parecía algo inquieta por que Hannah hubiera adivinado su fuente de chismes—. ¡No puedo creer que hayas encontrado otro cadáver!

—Es verdad, pero no te pongas celosa. Te dejaré encontrar el siguiente. —Hannah miró a Moishe, que se frotaba contra su tobillo con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Su cuenco estaba vacío y no parecía importarle en absoluto el cambio de dieta—. Espera un segundo, madre. Déjame darle de comer a Moishe y seguimos hablando.

Hannah dejó el teléfono sobre la mesa y se dirigió al armario de las escobas donde guardaba la comida de Moishe. Quitó el candado, abrió la puerta y sirvió a Moishe un plato lleno de su nuevo pienso. Podía parecer extraño guardar la comida de gato con un candado,

pero así la bolsa quedaba a salvo del felino, que no tenía reparos en servirse sus propios desayuno, almuerzo, merienda y cena. Moishe había derrotado todos los intentos de Hannah por mantenerlo fuera del armario de las escobas, pero aún no había descubierto el candado. Sin embargo, había hecho progresos con la puerta de madera, que tenía una serie de marcas de mordiscos y garras cerca de la parte inferior, y Hannah sospechaba que solo era cuestión de tiempo que su compañero de cuarto cuadrúpedo triunfara una vez más.

—Vale, madre. Ya he vuelto —dijo Hannah, cogiendo el teléfono y sentándose a la mesa en un movimiento fluido—. ¿Qué te han contado?

—No mucho. Lo único que Bill le ha dicho a Andrea es que has encontrado al *sheriff* Grant dentro del contenedor del instituto.

—Eso es exactamente lo que ha pasado.

—¡Lo siento tanto por la pobre Nettie Grant!

—Yo también —dijo Hannah. La esposa del *sheriff* Grant prácticamente se había recluido hacía tres años, cuando los Grant habían perdido a su único hijo en un accidente de coche.

—Esto va a ser muy difícil para ella —continuó Delores—. Estaba superando la muerte de Jamie, ¡y ahora su marido también se ha ido! ¿Crees que están relacionadas, Hannah?

—¿Quiénes? —dijo Hannah, totalmente confundida por la pregunta de su madre.

—No quiénes…, ¡qué! Me refiero a la muerte de Jamie y a la del *sheriff* Grant.

—No veo cómo podrían estar relacionadas, madre.

—Usa la cabeza, Hannah. Sabemos que Nettie estaba totalmente desconsolada cuando mataron a Jamie y tardó casi un año entero en salir de su depresión. Seguro que el *sheriff* Grant estaba igual de afectado. No me sorprendería nada descubrir que su dolor pudo con él y que decidió que no podía seguir adelante.

—¿Quieres decir… suicidio?

—Por supuesto que me refiero al suicidio. ¿Crees que ha podido

ser eso?

—No.

—¿Por qué no? Para mí tiene sentido.

Hannah suspiró profundamente. No tenía intención de contarle a su madre ninguno de los horripilantes detalles, pero no podía dejar que Delores se paseara por la ciudad exponiendo su teoría del suicidio.

—No ha sido un suicidio, madre.

—¿Cómo lo sabes?

—Creo que es poco probable que el *sheriff Grant* se comiera uno de mis *cupcakes*, se diera un golpe tan fuerte en la nuca que se la abriera y luego se arrastrara hasta el contenedor del instituto y se metiera dentro para morir. Admito que mis *cupcakes* no eran perfectos, pero no estaban tan malos.

—¡No es el momento de hacer bromas, Hannah!

—Cierto —dijo Hannah y luego se quedó en silencio.

Su madre era una mujer inteligente. Le llevaría un momento o dos, pero Delores se daría cuenta de lo obvio.

—¡Un momento! —Delores estaba tan excitada que le temblaba la voz—. ¿Has dicho que el *sheriff* Grant murió de un golpe en la nuca?

—Sí.

—Pero eso es imposible, a menos… —Delores prolongó tanto la última «s» que a Hannah le pareció como un silbido—. ¡Lo han asesinado! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No me lo has preguntado.

—Bueno, pues te lo pregunto ahora. Y una buena hija me lo habría dicho antes de que tuviera que preguntar. Siéntate, si no lo estás ya, y cuéntame todo lo que ha pasado. Y no te atrevas a omitir nada.

Diez minutos después, Hannah colgó el teléfono. Le dolía el cuello de tener que sostener el teléfono entre la cabeza y el hombro

mientras hablaba y buscaba algo que picar, pero su esfuerzo había tenido éxito. No era ni mucho menos un filete, pero consiguió abrir una lata de atún, mezclarlo con un poco de mayonesa y untarlo en un trozo de pan de centeno. Untó un segundo trozo de pan de centeno con queso fresco ablandado en el microondas y lo cubrió con finísimas rodajas de cebolla dulce que Lisa había cultivado en su invernadero. Una vez apiladas las dos mitades del sándwich y cortadas en cuartos, Hannah se sirvió una copa de lo que ella llamaba Chateau Tapa de Rosca, el vino blanco de garrafa que compraba en CostMart.

—Tú ya tienes tu propia comida —dijo Hannah, mirando a Moishe.

El gato maulló y Hannah se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo. ¿A quién quería engañar? La comida para gatos más cara del mundo no podía compararse con uno de sus sándwiches de atún. Una vez que consiguió sentarse en el sofá a pesar de los esfuerzos de Moishe por hacerla tropezar, Hannah encendió la televisión con el mando a distancia y mordió su sándwich. Estaba delicioso. La cebolla era excelente. Tenía que acordarse de decírselo a Lisa mañana por la mañana cuando fuera a trabajar. Mientras tanto, Hannah se aplicó a la tarea de comerse su cena con verdadera dedicación.

Una vez que terminó, y después de apaciguar a Moishe con varios trocitos de atún, Hannah se sentó a ver la televisión con su copa de vino. La programación por cable no era nada del otro mundo ese lunes por la noche y Hannah pasó por varios canales, preguntándose cómo podía alguien contentarse con quedarse en casa y ver la televisión. Solo había un programa que le interesaba: un estudio sobre las tartas de frutas navideñas y su evolución a lo largo de los años. Hannah miraba con interés. La mayoría de las tartas de frutas que mostraban eran preciosas cuando se cortaban, las frutas confitadas parecían joyas de colores brillantes bajo las luces. Siempre había pensado que, en un mundo perfecto, las tartas de frutas tendrían un sabor igual de bueno que su aspecto. Por

desgracia, en opinión de Hannah, no era así. Solo había una tarta de frutas que le gustara y era su propia receta. La había creado para su padre y no tenía ni una pizca de cítricos o fruta confitada. Se llamaba «tarta de frutas con chocolate de papá» y pensaba incluirla en el libro de cocina de Lake Eden.

El programa estaba a punto de terminar cuando Hannah vislumbró por el rabillo del ojo un borrón naranja y blanco. Era Moishe, que se dirigía al lavadero, aunque acababa de salir de allí hacía unos minutos. Ahora que lo pensaba, Hannah estaba casi segura de que lo había visto seguir el mismo camino varias veces.

—¿Estás bien, Moishe? —preguntó Hannah, poniéndose en pie. Moishe nunca iba al lavadero a menos que necesitara usar su caja de arena. Si su nueva comida para mayores le sentaba mal al estómago, tendría que llamar al veterinario por la mañana.

Cuando Hannah entró en el lavadero, encontró a Moishe junto al arenero. Pero, en lugar de meterse dentro, como ella esperaba, se inclinó hacia un lado, dejó caer algo dentro y alargó una pata para taparlo.

—Qué extraño —comentó Hannah, observando cómo su gato se dirigía de nuevo a la cocina. Hacía varios meses, Moishe había enterrado la mitad trasera de un ratón en su caja de arena. Quizás había cazado algo y le estaba dando la versión felina de un entierro decente.

Hannah cogió la pala y exhumó el objeto que Moishe había enterrado. No se trataba de un ratón, ni de parte de un ratón. Ni siquiera era un grillo o una polilla. Era un trozo intacto de su nuevo pienso. Hannah rebuscó un poco en la caja de arena y descubrió más pruebas de la nueva aversión de Moishe. A juzgar por su elección del lugar de enterramiento, su gato estaba haciendo un comentario bastante gráfico sobre la palatabilidad de su cena.

—Vale —suspiró Hannah, aceptando lo inevitable. Nada era tan fácil como parecía.

Al entrar en la cocina, Hannah miró a Moishe. Estaba de pie junto a su plato de comida, observando todos sus movimientos. Sus ojos

amarillos parecieron iluminarse cuando la vio dirigirse hacia donde guardaba su pienso antiguo. Cuando sacó la bolsa, los ojos de Moishe brillaron aún más de alegría.

—Tú ganas, Moishe —dijo Hannah, enjuagando su cuenco y llenándolo con su comida habitual. Sabía que se estaba rindiendo en la guerra entre el ingenio felino y el humano, pero bajo ningún concepto quería escuchar maullidos de hambre durante toda la noche.

Al día siguiente, The Cookie Jar estaba abarrotado. Parecía que casi todo el mundo en el pueblo se había enterado del asesinato del *sheriff* Grant, y Hannah sospechaba que su propia madre había corrido la voz al menos entre la mitad de la población de Lake Eden.

—En absoluto —dijo Hannah, sirviéndose más café mientras respondía a la pregunta de Bertie Straub. Era la misma respuesta que había dado durante toda la mañana. Todos los que iban a por galletas y café querían saber si iba a investigar.

—¿Pero no quieres ayudar? —preguntó Bertie, volviéndose para sonreír a Andrea, que acababa de entrar por la puerta principal.

—Ayudaré en todo lo que pueda, pero solo como ciudadana de a pie.

—Pero ¿y si te piden ayuda? ¿Lo harás?

—No lo harán. —Hannah se deslizó para hacerse sitio mientras Andrea se agachaba detrás del mostrador—. Han matado a uno de los suyos y querrán hacer su propia investigación. No se me ocurriría interferir.

—Sí, lo harás —susurró Andrea, lo suficientemente alto para que Hannah lo oyera. Tenía los labios perfectamente inmóviles y fijos en una sonrisa, y Hannah se quedó impresionada. No sabía que Andrea tuviera dotes de ventrílocua—. Cocina —dijo Andrea en voz baja y sin dejar de sonreír—. Necesito hablar contigo.

Hannah hizo un gesto a Lisa para que se hiciera cargo del mostrador y condujo a Andrea de nuevo a través de la puerta

batiente hasta la mesa de trabajo del obrador. Su hermana se acomodó en un taburete y Hannah se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa? Pareces nerviosa.

Andrea palideció ante aquella observación.

—¡Oh, no! ¿Crees que alguien se ha dado cuenta?

—¿Quieres decir ahí fuera? —Hannah señaló hacia la cafetería.

—Sí.

—Nadie excepto yo. Y eso solo porque te conozco muy bien. ¿Qué te pasa?

—De todo. Mi mundo da vueltas y no puedo hacer nada para detenerlo.

Hannah decidió no recordarle a Andrea que girar era precisamente lo que hacía el mundo, y sin la fuerza de la gravedad todos se caerían.

—Creo que necesitas un zumo de naranja. Estás un poco pálida.

—Café —corrigió Andrea—. No he tomado la taza de esta mañana. Estaba demasiado disgustada para prepararla.

Mientras Hannah se dirigía a la cafetera de la cocina para servirle una taza a Andrea, se preguntaba cómo alguien podía estar tan disgustado que no pudiera prepararse un café. Esto era especialmente desconcertante en el caso de Andrea, ya que lo único que hacía era poner una cucharada de café instantáneo en una taza, la llenaba de agua y la metía en el microondas hasta que estuviera lo bastante caliente para bebería.

—Gracias, Hannah. —Andrea aceptó la taza y la rodeó con las manos. Luego dio un largo sorbo y suspiró agradecida—. Está buenísimo. Ahora siento que tengo mucho más control.

—Bien. ¿Por qué te sentías fuera de control? ¿Y qué querías decir con lo que has dicho?

—¿Qué he dicho?

—Le estaba diciendo a Bertie que no iba a interferir en la investigación del asesinato del *sheriff* Grant y tú has dicho: «Sí, lo harás». Y lo has dicho sin mover los labios.

—Ah, eso. Aprendí a hablar así en séptimo curso. El señor Becker

nos ponía faltas si nos pillaba hablando en clase, así que aprendimos a hablar sin mover los labios. Nunca se dio cuenta y lo hicimos durante todo el curso.

—¡Eso no! Me refiero a cuando has dicho que sí que iba a interferir en la investigación del asesinato del *sheriff* Grant.

—Lo vas a hacer. Tienes que hacerlo, Hannah. Bill te necesita.

—¿Estás segura de eso?

—Estoy segura.

Hannah miró a Andrea fijamente.

—¿Me estás diciendo que Bill te ha pedido que me pidas que investigue el asesinato del *sheriff* Grant?

—No así exactamente.

—¿Cómo, exactamente?

—Es Mike. —Andrea dio otro sorbo a su café y sus ojos empezaron a destellar fuego—. ¡Es un imbécil de primera! Todavía no me puedo creer que lo invitara a mi casa y le diera de comer sándwiches y todo, ¡y luego se haya vuelto contra nosotros como un sucio traicionador!

—Traidor —la corrigió Hannah automáticamente.

—¿Qué?

—Se dice traidor, no traicionador. ¿Qué ha hecho Mike?

—Traicionar nuestra confianza, eso es lo que ha hecho. Si vuelves a hablar con él, te… ¡te desheredaré! —Como Andrea solo utilizaba esa amenaza cuando estaba enfadada, Hannah decidió no mencionar el hecho de que las hermanas no podían desheredarse entre sí. Si las apariencias no la engañaban, Andrea se estaba poniendo como una fiera. Tenía las mejillas coloradas y los ojos encendidos. Hannah no la había visto tan enfadada desde el instituto, cuando alguien había derramado refresco de uva sobre su jersey rosa de cachemira favorito—. Mike es… ¡simplemente horrible! Es un… un… —Andrea se detuvo y se cubrió la barriga con las manos—. Mejor no digo lo que pienso. Acabo de leer un artículo que dice que los bebés oyen sonidos antes de nacer y no quiero que el pequeño Billy oiga lo enfadada que estoy.

—Tranquilízate y dime qué ha hecho Mike para que estés tan enfadada.

—Mike… —Andrea se calló y respiró hondo otra vez y lanzó un suspiro—. ¡Mike cree que Bill asesinó al *sheriff* Grant!



CAPÍTULO CINCO



Hannah se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Estaba a punto de preguntarle a Andrea a qué se refería cuando notó el color de la cara de su hermana y corrió hacia el mostrador para llevarle una dosis medicinal de chocolate.

—Toma, Andrea. —Hannah le puso dos galletas blancas y negras en la mano—. Necesitas chocolate.

—¡Lo que necesito es que Mike caiga muerto!

—Es comprensible, dadas las circunstancias. —Hannah miró hacia las galletas—. Come. Ahora.

—Está bien, está bien. —Andrea sonaba molesta, pero le dio un buen mordisco a la primera galleta. Luego dio otro mordisco, y otro, y se la terminó. La segunda galleta se acabó tan rápido como la primera, y Hannah se sintió aliviada al ver que un poco de color empezaba a volver a las mejillas de su hermana.

—Tienes mejor aspecto —le dijo Hannah, sintiéndose también ella mucho mejor. Andrea se había puesto tan pálida que se había preguntado si debería llamar al doctor Knight.

—Me siento mejor. Pero sigo enfadada con Mike.

—No te culpo —dijo Hannah inclinándose para acariciar la mano

de Andrea.

—¡Es horrible, Hannah! Estoy tan enfadada que no tengo palabras.

—Bueno, algunas sí que parece que tienes —dijo Hannah, arrepintiéndose de las palabras en cuanto salieron de su boca. No era el momento de sarcasmos—. Tú cuéntame exactamente qué ha pasado. Quizá pueda hacer algo para ayudar.

Andrea sacudió la cabeza una vez para despejarla y luego respiró hondo.

—Todo ha empezado esta mañana en el trabajo. Mike ha dicho que tenía que suspender a Bill porque estaba solo en casa anoche y no tiene coartada para el momento en que mataron al *sheriff* Grant.

—Espera un segundo. ¿Mike ha suspendido a Bill? ¿Acaso tiene autoridad para hacer eso?

—Es *sheriff* en funciones, ahora que el *sheriff* Grant está muerto. Lo dice el reglamento. El ayudante de mayor rango asume el cargo de *sheriff* hasta que se elija uno nuevo.

—Ah. —Hannah agarró su bolso y sacó uno de sus siempre presentes cuadernos de taquigrafía, de los que usaba para notas importantes—. Has dicho que Bill no tiene coartada para la hora en que mataron al *sheriff* Grant. ¿A qué hora fue eso?

—No creo que Bill lo sepa. Mike lo echó antes de que pudiera averiguar algo sobre la investigación.

—Vale. También has dicho que Bill estaba solo en casa. ¿Dónde estabas tú?

—Llevé a Tracey y a dos de sus amigas a ver una película al centro comercial. Ahora desearía no haberlo hecho. La película era horrible, una de esas de dibujos animados muy realistas que…

—Vale, vale. —Hannah interrumpió lo que supuso iba a ser una diatriba sobre la calidad de las películas infantiles—. Volvamos a la suspensión de Bill. ¿Es solo una cuestión de procedimiento? ¿O Mike cree de verdad que Bill mató al *sheriff* Grant?

—No lo sé con seguridad. Pero Bill me ha dicho que Mike realmente sonaba serio cuando lo suspendió. Todavía estoy

conmocionada. Pensaba que Mike era el mejor amigo de Bill y no puedo creer que lo haya traicionado de esta manera.

—Es difícil de creer, la verdad. —Hannah estaba de acuerdo, ya que ella misma estaba teniendo problemas para digerirlo. Pero, a menos que el gemelo malvado de Mike hubiera llegado a la ciudad y mantuviera al verdadero Mike atado en un armario, eso parecía ser lo que había ocurrido.

—Bill no lo hizo, Hannah. Mi marido no es un asesino.

—Claro que no —dijo Hannah con su tono más tranquilizador. Era verdad. Bill no haría daño a una mosca, a menos que quisiera usarla para pescar—. Abordemos esto de forma sistemática, Andrea. Exactamente, ¿qué hizo Bill anoche mientras tú no estabas?

—Vio fútbol por cable. Y se lo ha dicho a Mike. Incluso le ha hablado de los mejores momentos del partido, pero Mike dice que eso no es suficiente, que Bill podría haber visto todo eso en las noticias deportivas.

Hannah extendió la mano para acariciar de nuevo la de su hermana.

—Tenemos que demostrar que Bill se quedó en casa anoche. Quizás alguno de sus vecinos le vio. Solo hace falta una persona que pasara por casa y lo viera dentro en el momento clave.

—Lo sé. Ya he pensado en eso. He llamado a todos los vecinos esta mañana, pero nadie vio a Bill.

Hannah observó cómo Andrea retorcía una servilleta de papel hasta convertirla en una cuerda. ¿Se estaba imaginando que era una soga y que la estaba tensando alrededor del cuello de Mike? Mike había sido un amigo, un confidente y prácticamente un miembro de la familia. Hannah podía entender por qué su hermana se sentía traicionada.

—¿Nos ayudarás, Hannah?

—Por supuesto que lo haré. No te preocupes, Andrea.

—¡No puedo evitarlo! Ayer el futuro parecía de color de rosa. Se publicó la nueva encuesta y Bill tenía muchas posibilidades de vencer al *sheriff* Grant en las elecciones. Pero, ahora que ha sido

asesinado, todo ha cambiado a peor. Para cuando nazca el pequeño Billy, Bill podría no tener trabajo. Y si Mike se sale con la suya, podría ir a la cárcel por asesinato.

Hannah negó con la cabeza.

—Eso nunca ocurrirá. Te prometo que no.

—¿Pero cómo lo sabes?

—No permitiré que ocurra. Vete a casa, Andrea. Bill debe de sentirse muy mal y nada de esto es culpa suya. Eso significa que va a necesitar algunos cuidados extra. Iré justo después del *catering* y elaboraremos un plan para exculparlo.

—De acuerdo. —Andrea parecía aliviada de que Hannah le hubiera dado algo constructivo que hacer—. ¿A qué hora tienes el *catering*?

—A mediodía. Debería estar en tu casa a la una y media como muy tarde.

—Perfecto. —Andrea se levantó—. Prepararé el almuerzo. Comeremos sándwiches tostados de mantequilla de cacahuete y mermelada.

—Me parece bien —dijo Hannah. Andrea era la peor cocinera del mundo, pero hacer sándwiches tostados de mantequilla de cacahuete y mermelada no requería grandes conocimientos culinarios.

El resto de la mañana fue ajetreada y la cafetería estaba llena de gente. Hannah y Lisa tuvieron que atender a la gente hasta que llegó la previsible calma poco después de las once, cuando la mayoría de los residentes de Lake Eden decidieron que era demasiado tarde para una galleta matutina y demasiado pronto para una galleta de almuerzo. En el momento en que el último cliente salió por la puerta, Hannah le indicó a Lisa que se acercara a su mesa favorita del fondo y le contó lo de la suspensión de Bill.

—¡Estás de broma! —Lisa protestó, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿De verdad Mike sospecha de Bill?

—Eso dice Andrea. Y debe ser verdad porque ha suspendido a Bill.

—Pero eso es ridículo —murmuró Lisa.

—Claro que lo es. No puedo evitar esperar que todo esto sea un gran malentendido. Pero si no lo es…

—Vas a resolver el caso y exculpar a Bill —interrumpió Lisa—. Claro que lo harás. ¿Qué otra cosa puedes hacer? Lo salvarás, Hannah.

Hannah se rio.

—Haces que parezca Superwoman.

—Ya —Lisa esbozó una sonrisa ligeramente tímida—, pero eres buena investigando asesinatos, Hannah. Todo el mundo lo dice. Y no quiero que te preocupes por el negocio. Yo me ocuparé de The Cookie Jar.

Hannah alargó la mano para darle una palmada en el brazo a su compañera.

—Sé que lo harás. A veces eres demasiado buena como para ser de verdad, Lisa. Nadie puede ser tan bueno. No dejo de preguntarme si no tendrás algún tipo de vicio secreto absolutamente espantoso.

—¿Como qué? —preguntó Lisa intrigada.

—No lo sé. Dame un poco de tiempo y se me ocurrirá algo. Mientras tanto, a ver si *puedes averiguar cuál es* el ingrediente que le falta a Beatrice Koester. Me ha vuelto a llamar esta mañana muy preocupada porque la receta de Alma no saldrá en el libro de cocina.

—Trabajaré en ello —prometió Lisa—. Anoche probé la crema de malvavisco, pero resultó un desastre. ¿Quieres que te ayude a cargar?

—¿A cargar?

—Para el *catering* —aclaró Lisa.

Hannah se dio un toque en la frente con la mano.

—Por un segundo, me había olvidado de todo.

—No me extraña. Tienes muchas cosas en la cabeza.

—Cierto. —Hannah sonrió a Lisa—. Supongo que es muy bueno

que viva en una ciudad pequeña.

—¿Por qué?

—Porque incluso cuando no sé lo que estoy haciendo siempre hay alguien que sí lo sabe.

Hannah acababa de guardar la última caja de galletas en su camioneta cuando apareció Mike. Era tan guapo que no pudo evitar lanzarse a sus brazos en cuanto se bajó del coche. Pero, por mucho que le gustara que la abrazara y la besara, y le gustaba mucho, tenía que recordar que era el hombre que había suspendido a Bill y prácticamente lo había acusado de asesinato. Mike se fijó en su expresión.

—¿Qué te pasa? Parece como si alguien te acabara de quitar tu juguete favorito.

—No me extraña —murmuró Hannah en voz baja. Todavía le gustaba Mike. Nada podía cambiar eso. Pero la lealtad familiar era lo primero—. ¿Cómo te atreves a suspender a Bill? ¡Es absurdo!

—¿Te has enterado?

—¡Claro que me he enterado!

—No quería suspenderlo, Hannah, pero he tenido que hacerlo. Intenta verlo desde mi punto de vista. Bill tiene un móvil. El *sheriff* Grant era su oponente en las elecciones y varias personas los oyeron discutir antes de que Bill saliera anoche de la comisaría. Conoces a Barbara Donnelly, ¿verdad? La secretaria del *sheriff* Grant.

—La conozco. —Hannah conocía a Barbara Donnelly desde hacía años y Barbara no era de las que hablasen por hablar. Si ella le había dicho a Mike que Bill había discutido con el *sheriff* Grant, es que lo había hecho.

—Barbara estaba sentada en su escritorio cuando Bill salió furioso del despacho del *sheriff* Grant y oyó que este gritaba: «¡Ganarás sobre mi cadáver!».

Hannah suspiró exasperada.

—Eso es solo una forma de hablar. Me sorprende mucho que

Barbara se lo tomara en serio.

—No se lo tomó en serio. Pero dice que tanto Bill como el *sheriff* Grant estaban bastante enfadados. Si se encontraron más tarde, los ánimos podrían haberse caldeado. Alguien estaba lo suficientemente enfadado como para abrirle la cabeza al *sheriff* Grant. Y, como Bill no tiene coartada para la hora del asesinato, no he tenido más remedio que apartarlo de la investigación.

Hannah tuvo que admitir que Mike tenía razón, pero no iba a decírselo.

—Has dicho que Bill no tiene coartada para la hora del asesinato. ¿A qué hora fue asesinado el *sheriff* Grant?

—Entre las ocho y las nueve y media.

Hannah tomó nota mental de eso y luego se volvió para mirar a Mike directamente.

—Me tienes muy desconcertada, Mike. Creía que los compañeros no se traicionaban. ¿No tienes ninguna lealtad hacia Bill?

—¡Claro que la tengo! —Mike parecía indignado por la pregunta —. Bill es mi mejor amigo. Ya lo sabes. Pero tengo que dejar de lado mis sentimientos en una investigación de asesinato. Precisamente porque Bill es mi compañero y mi amigo, tengo que hacer todo lo posible para no darle ningún trato de favor. Es muy importante que siga las reglas en este caso. Y, como estoy trabajando solo, no va a ser fácil.

—¿Estás trabajando solo? —Hannah se sorprendió—. ¿Por qué no has elegido a otro agente para ayudarte?

—Porque no puedo confiar en nadie de la comisaría, excepto en Lonnie Murphy, y no volverá hasta dentro de casi dos semanas.

Hannah estaba confusa.

—¿Pero por qué confías en Lonnie y no en cualquiera de los otros agentes?

—Porque Lonnie ha sido contratado hace poco y el *sheriff* Grant siempre trataba bien a los nuevos agentes durante los seis primeros meses. Después de eso, la luna de miel se acababa.

—¿Qué quieres decir?

—Al cabo de seis meses, empezaba a criticarlos. El *sheriff* Grant podía ser muy pesado con el protocolo y casi todo el mundo en el cuerpo tenía muchas razones para odiarlo.

—¿Como cuáles?

—Retrasos en los ascensos, denegación de permisos remunerados y sanciones ridículamente quisquillosas que les impedían obtener sus aumentos por méritos. —Mike los contó con los dedos de una mano—. Debes de haber oído esto antes, Hannah. Bill lo sabe. El *sheriff* Grant la tomó con él el año pasado.

—Lo recuerdo —dijo Hannah—. Andrea me contó que Bill recibió una sanción por llevar la corbata torcida después de una vigilancia que duró toda la noche.

—Ese es exactamente el tipo de cosas de las que estoy hablando. Ahora mismo estoy revisando los archivos para comprobar esas sanciones y la mayoría no tienen base.

—¿Y crees que alguien podría haber matado al *sheriff* Grant por una sanción injusta?

—La verdad es que no. No puedo creer que ningún agente se volviera tan loco como para matarlo, pero es mi deber investigar a todo el mundo.

Hannah enarcó las cejas.

—¿Te refieres a una investigación interna?

—Sí. Y me vendría muy bien la ayuda de Bill. No seas tan dura conmigo, Hannah. Suspender a Bill me ha dolido tanto a mí como a él.

Hannah no se dignó a responder. En lugar de eso, se quedó mirando a Mike hasta que él bajó la mirada.

—Bueno… —dijo Mike, cambiando de tema—. Será mejor que me vaya. Te veré luego.

«¡No si yo te veo primero!», pensó Hannah, sin pronunciar una respuesta que seguramente habría dado en el instituto. Se calló, esperó a que Mike se marchara, subió a su camioneta de galletas y se fue de camino al *catering*.



CAPÍTULO SEIS



Era algo más de la una de la tarde cuando Hannah volvió a subir a su camioneta de galletas. El *catering* había salido bien y el evento había sido un éxito. Marge Beeseman había reclutado a los voluntarios que necesitaba para su campaña de recogida de libros, a las señoras de los Amigos de la Biblioteca Comunitaria de Lake Eden les habían encantado los guiños de cereza y Hannah había conseguido esquivar una bala con su madre. Era evidente que Delores no sabía nada de la suspensión de su yerno. Y, como Andrea aún no le había dado la noticia, Hannah había decidido que no estaría bien decírselo y usurpar el puesto de su hermana.

Hannah respiró hondo cuando se detuvo en la entrada de la casa de Andrea y Bill. La situación requeriría mucho tacto, y el tacto no era lo suyo. Bill estaría enfadado por su suspensión y Andrea se disgustaría si Hannah criticaba el almuerzo que había preparado.

Como el Volvo de Andrea estaba en la entrada, Hannah aparcó su camioneta detrás y salió para tocar el timbre. Oyólas campanillas que sonaban dentro y sonrió. Andrea y Bill tenían un nuevo timbre musical y sonaban los cuatro primeros compases de la canción de los Vikingos, el equipo de fútbol de Minnesota. Los hinchas de los

Vikingos eran muy leales.

Cuando Andrea abrió la puerta, se disculpó:

—Siento haber tardado tanto. Estaba terminando de tostar.

—Ah —dijo Hannah, entrando y olfateando el aire. Carbón. Andrea había quemado la tostada—. ¿Alguna novedad que deba saber?

—Nada. Entra, Hannah. Bill está en la cocina esperándote.

Hannah siguió a su hermana por el pasillo y entraron en la luminosa y soleada cocina. Cuando Andrea y Bill compraron la casa, la cocina había sido uno de los principales argumentos de venta. La llamaban «cocina *gourmet*» y Hannah envidiaba los hornos dobles encastrados y la isla de cocción con una parrilla en el centro y bancos acolchados alrededor. Se podían asar aperitivos tipo *shish kebab* mientras los invitados miraban. Incluso había un accesorio que permitía cocinar asados o un pollo entero mientras los invitados veían su plato principal girar lentamente sobre la parrilla.

La cocina de Andrea era realmente ideal. Para empezar, era enorme, del tamaño de la mayoría de los comedores y cocinas juntos, con un espacio para la mesa redonda de roble y una chimenea de ladrillo visto que alegraba la estancia. Hannah estaba casi segura de que había sido Bill quien la había encendido. A Andrea no le gustaba preocuparse por el fuego, porque rara vez pasaba mucho tiempo en la cocina.

Hannah Vio a Bill sentado frente al ventanal que daba al patio trasero arbolado. Cuando se acercó a saludarlo, volvió a pensar en lo atractiva que era la pareja formada por su cuñado y su hermana. Andrea era preciosa, con su larga melena rubia, sus ojos azules y su figura menuda. Incluso estaba guapa en ese momento, embarazada de ocho meses. Bill era exactamente lo contrario de Andrea, con el pelo castaño oscuro, los ojos marrones y una constitución de *quarterback* de fútbol americano. El año pasado había empezado a engordar un poco, pero desde que entrenaba con Mike todas las mañanas su barriga había desaparecido por completo.

—¿Cómo estás, Bill?

—Bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

Hannah miró a su hermana, pero Andrea estaba ocupada preparando los sándwiches en la encimera.

—Claro que sí. Ya se nos ocurrirá algo, Bill. No te preocupes.

—¡Aquí está la comida! —anunció Andrea, llevando una bandeja a la mesa de la cocina—. Ya seguiremos con el tema después de comer.

—Gracias, cariño.

Bill le dedicó una sonrisa a Andrea mientras caminaba hacia la mesa y se sentaba en una silla. Hannah le siguió, pero su sonrisa se desvaneció alarmantemente al ver los sándwiches apilados en la bandeja. Sabía que eran tostadas de mantequilla de cacahuete y mermelada, pero no lo habría adivinado si Andrea no le hubiera dicho lo que pensaba hacer. La tostada estaba a punto de incinerarse y el relleno que goteaba entre las rebanadas era de color tostado y verde brillante.

—¿De qué sabor es la mermelada? —preguntó Hannah, mirando el plato de sándwiches.

—De menta. Creía que tenía un tarro de uva en la despensa, pero solo he encontrado el de menta. Sírvete, Hannah. Están mejor cuando la tostada aún está caliente.

Hannah suspiró, esperando sonar apesadumbrada.

—Gracias, Andrea. Los sándwiches tienen una pinta deliciosa, pero voy a tener que pasar.

—¿Pero por qué?

—He hecho una estupidez. Me he llenado de galletas mientras hacía el *catering*.

—¡Oh, Hannah! —Andrea apretó los labios—. Los he hecho por ti.

—Lo siento —dijo Hannah, y lo sentía, pero estaba bastante segura de que no tanto como lo hubiera sentido si se hubiera comido uno de los sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada de menta de Andrea.

—Pero si sabías que estaba haciendo la comida. Te lo dije.

—Ya lo sé, pero es que madre ha venido a hablar conmigo y…

—No digas más. —Andrea rechazó cualquier otra explicación—. Yo también como siempre que estoy con madre. Me reconforta. Creo que es una reminiscencia del pasado, cuando siempre estaba criticándonos.

—¿Del pasado? —Las cejas de Hannah se alzaron.

—Sí, al menos en lo que a mí respecta. He hecho todo lo que ella quería. Me he casado, le he dado una nieta y pronto también tendrá un nieto al que mimar. Ya no me critica. Madre lo guarda todo para ti.

—Es verdad —dijo Hannah con un suspiro—. Madre no parece darse cuenta de que lo que es bueno para ti no es necesariamente bueno para mí.

—Claro que es bueno para ti. Solo que aún no has encontrado al hombre adecuado. ¡Y ciertamente no es el hombre que pensábamos que podría serlo! ¡Esa rata! Todavía no puedo creer que pudiera…

—¡Qué ricos los sándwiches, cariño! —interrumpió Bill, adelantándose a Andrea—. La mermelada de menta es… diferente. Me gusta.

—¿En serio? —Andrea le dedicó a Bill una sonrisa radiante.

—Totalmente. —Bill se volvió hacia Hannah—. Ya que no estás comiendo, cuéntame, Hannah. ¿Tienes alguna idea genial para demostrar mi inocencia?

—Tal vez. Al menos tengo algo de información. Sé que el *sheriff* Grant fue asesinado entre las ocho y las nueve y media de la noche de ayer. Y sé que discutiste con él antes de salir de la comisaría.

—Intercambiamos unas palabras —admitió Bill—, pero eso fue todo. El *sheriff* Grant me ofreció un aumento si me retiraba de la campaña. Le dije que no lo haría.

—¿Y fue entonces cuando gritó que solo ganarías sobre su cadáver?

—Sí, pero no lo decía en serio. Decía cosas así a menudo. Pregúntale a cualquiera en la comisaría.

—Te creo —dijo Hannah, encontrándose con los ojos de Bill—. ¿Qué tal si llamas a alguien de la comisaría? Seguro que tienes

colegas que podrían contarte lo que está pasando en la investigación.

—Los tengo. Y me lo contarían. Pero no puedo preguntarles, Hannah. Un detective suspendido no puede interferir de ninguna manera en una investigación en curso. Está en el reglamento.

—Olvida el reglamento. ¡Si no interfieres, podrían acusarte de un asesinato que no has cometido! No vas a quedarte aquí sentado sin hacer nada, esperando a que Mike atrape al asesino, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Le prometí a Mike que me quedaría aquí y mantendría un perfil bajo, pero no hay nada en el reglamento que prohíba que una familiar de un detective suspendido interfiera en el caso.

Hannah empezó a sonreír.

—¿Quieres decir alguien como cierta cuñada?

—Exacto. No puedo seguir activamente ninguna pista, pero puedo aconsejarte. Todo lo que tienes que hacer es venir a mí con cualquier pista que encuentres y pensaremos juntos.

—¡Trato hecho! Ahora concentrémonos en encontrarte una coartada. ¿Recibiste alguna llamada anoche entre las ocho y las nueve y media?

—Solo dos y no servirán de nada. Eran llamadas comerciales.

Hannah levantó la mano.

—Espera un momento. Esas llamadas podrían servir de algo. Trabajé para una empresa de *telemarketing* durante una semana en las vacaciones de verano de la universidad.

—¿Una semana? —Andrea parecía sorprendida—. ¿Te despidieron?

—No, lo dejé. Me dio miedo porque empezaba a dárseme bien. Y no quería vender alfombras el resto de mi vida. Pero recuerdo que todas nuestras llamadas se registraban automáticamente. El supervisor podía obtener una copia impresa de a qué hora llamábamos a un número determinado y cuánto tiempo hablábamos.

Andrea miró a Hannah y levantó el pulgar antes de dirigirse a Bill.

—¿Te acuerdas de qué vendían los teleoperadores, cariño?

—Recuerdo a la primera, una vendedora de vacaciones de tiempo compartido. Ya sabes cómo son. Empiezan diciéndote que has ganado un fin de semana gratis en un complejo turístico y luego, cuando llegas allí, intentan venderte una multipropiedad. Era algo sobre vacaciones en los trópicos. No escuché el discurso de venta. Le dije a la chica que no nos interesaba y colgué.

Hannah intercambió miradas con Andrea.

—¿A qué hora entró la llamada?

—No estoy seguro. No miré el reloj. Pero no creo que fuera mucho después de que Andrea se marchara.

—Bien. ¿Y la segunda llamada?

—Era de una empresa de techadores, pero no recuerdo el nombre. Dijeron que estaban trabajando en la zona. Claro que siempre dicen eso.

—Quizás esta vez decían la verdad —señaló Hannah—. Al menos vale la pena intentarlo. Tú mantén los ojos abiertos por si alguien está construyendo un techo nuevo en su casa.

—Lo haré —dijo Andrea—. Cuando recoja a Tracey en el colegio, daremos una vuelta para ver si encontramos a alguien que esté instalando un techo nuevo. Pero ¿cómo localizamos a los de la multipropiedad?

—Gus York —dijo Hannah.

—¿Gus York ha comprado una multipropiedad?

—No que yo sepa, pero Irma estuvo en mi clase anoche y mencionó que Gus se quedaba en casa para atender llamadas de ventas. Dijo que se divierte mucho molestando a los teleoperadores; escucha todo su discurso de venta, hace un montón de preguntas y luego les dice que no está interesado.

—Parece que Gus tiene demasiado tiempo libre —comentó Bill.

—Desde luego, así que quizá recuerde el nombre de la empresa de multipropiedad.

Andrea cogió un bloc de notas con la inscripción Lista de la compra en grandes letras verdes en la parte superior y escribió una

nota. Luego tomó una segunda nota y, mientras Hannah la observaba, tomó una tercera, una cuarta y una quinta.

—¿Has llenado media página recordándote que tienes que llamar a Gus York?

Andrea negó con la cabeza.

—No seas tonta.

—¿Entonces qué más has escrito?

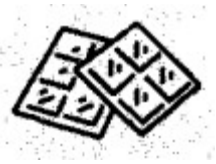
—Mi lista de la compra. Acabo de recordar que necesitamos mermelada de uva, mantequilla de cacahuete, zumo de manzana, café instantáneo y pan.



Guiños de cereza



Precaliente el horno a 190 °C, con la rejilla en la posición central.









225 g de mantequilla derretida
200 g de azúcar blanco
2 huevos batidos (*bátalos con un tenedor*)
1 cucharadita de vainilla
5 cucharadas de zumo de cerezas al marrasquino
1 cucharadita de levadura en polvo
1/2 cucharadita de bicarbonato sódico
1/2 cucharadita de sal
180 g de nueces pecanas picadas
240 g de harina (*sin tamizar*)
50 g aproximadamente de copos de maíz triturados
1 tarro pequeño de guindas al marrasquino para adornar



Derrita la mantequilla y añada el azúcar. A continuación, agregue los huevos. Mézclelo todo con la vainilla, e zumo de cereza, la levadura en polvo el bicarbonato y la sal. Añada las nueces picadas y la harina, y mezcle bien.



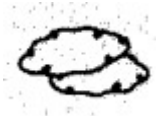


Triture los copos de maíz y póngalos en un bol pequeño. (*Yo los meto en una bolsa de plástico, la cierro y luego los aplasto con la mano.*)



Haga bolas de masa con las manos del tamaño de una nuez sin cáscara. (*Si la masa está demasiado pegajosa, enfríela durante media hora, más o menos, y vuelva a intentarlo*). Pase las bolas de masa por los copos de maíz triturados y colóquelas en una bandeja para galletas engrasada (*caben 12 en una bandeja estándar*). Aplástelas un poquito para que no rueden.







Corte las guindas en cuartos y coloque uno en la parte superior de cada galleta. Presione la cereza con la punta del dedo.

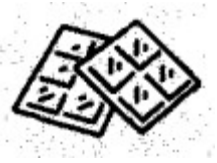


Hornee a 190 °C de 10 a 12 minutos o hasta que estén bien doradas. Deje enfriar las galletas en la bandeja durante 2 minutos y luego transfiéralas a una rejilla para que terminen de enfriar.





Cantidad: 6 o 7 docenas, dependiendo del tamaño de las galletas.



Estas galletas son muy bonitas. Resultan muy populares en The Cookie Jar el día de San Valentín. También las hago en Navidad decorando algunas con guindas rojas y otras con guindas verdes.





CAPÍTULO SIETE



—Ya estoy en casa, Moishe —gritó Hannah, abriendo la puerta del apartamento y extendiendo los brazos. Fiel a su estilo, su peludo balón medicinal naranja y blanco saltó a sus brazos ronroneando como un loco. ¿Quién necesitaba un marido? Los saludos entusiastas de Moishe eran más que suficientes—. ¿Tienes hambre? ¿O me has echado de menos? —preguntó Hannah, sabiendo que ambas respuestas eran afirmativas.

Cerró la puerta con la pierna, colocó a Moishe sobre el respaldo del sofá y se deshizo del abrigo en el asiento de la silla que había junto a la puerta principal. Moishe maulló y corrió hacia la cocina. Hannah lo siguió, sabiendo exactamente lo que quería. Le dio agua fresca y luego abrió el armario de las escobas para coger su pienso habitual. Mientras dejaba los cuencos sobre la alfombra, dijo:

—No he tenido tiempo de pasar por la consulta del doctor Bob y recoger otra hoja de consejos. Eso significa que esta noche tienes indulto, pero…

Hannah dejó de hablar bruscamente cuando sonó el teléfono. Barajó la idea de dejar que saltara el contestador automático, pero estaba de humor para enfrentarse a un posible vendedor.

—¡Oh, Hannah! Me alegro tanto de que estés en casa.

—¿Andrea? —Hannah se dejó caer en una de las sillas de tubo de aluminio que iban con su mesa de cocina de segunda mano—. No tienes buena voz, ¿qué te pasa?

—¡Tienes que ayudarme, Hannah!

—¿Está el bebé de cam…?

—¡No! —interrumpió Andrea.

Hannah hizo todo lo posible por mantener la calma. Su hermana parecía al borde de un ataque de nervios.

—Dime qué te pasa y te ayudaré.

—¡Tienes que hacer algo para exculpar a Bill ahora mismo! —Andrea jadeó, respirando con dificultad.

—Lo estoy intentando, Andrea. ¿Por qué estás tan alterada? Estabas bien cuando nos hemos visto.

—Estofado de ciervo.

—¿Perdona?

—¡Estofado de ciervo! Mientras conducía con Tracey, buscando techadores, el padre de Bill ha venido desde la granja. Ha traído algunos paquetes de carne de su congelador y un montón de verduras. Bill ha descongelado algo de carne y está haciendo estofado de ciervo.

—Qué rico.

—¡No, no lo es! ¿No lo entiendes, Hannah?

Hannah respiró hondo y se encogió de hombros, aunque sabía que su hermana no podía verlo.

—No, no lo entiendo. ¿Qué tiene de malo el estofado de ciervo?

—Es una cuestión de principios. Eso importa, Hannah. De ninguna manera voy a comerme a Bambi.

—No vas a comerte a Bambi. Bambi sobrevivió, junto con Tambor y Flor. Fue la madre de Bambi la que se convirtió en estofado.

—¡Eso es aún peor! Menos mal que Tracey no está en casa.

Hannah dio un suspiro de alivio al introducirse un nuevo tema.

—¿Dónde está Tracey?

—Es el cumpleaños de Karen Dunwright y van a hacer una fiesta

de pijamas en la granja. Ha invitado a todas las niñas de su clase. Pero, volviendo al estofado, Hannah…, ¿qué hago?

—Cómete las verduras y deja la carne. Lástima que no tengas perro, así podrías…

—Entiendo —la interrumpió Andrea—, pero no tenemos perro.

—Vale. Lo único que tienes que hacer es ponerte un delantal y forrar el interior del bolsillo con film transparente. Deja caer la carne en el bolsillo cuando Bill no mire y deshazte de ella al recoger la mesa.

—Qué buena idea —dijo Andrea, que parecía muy aliviada—. Pero luego tendré que salir de aquí. No me atrevo a quedarme después de cenar.

—¿Por qué no?

—Como Bill está todo el día en casa, ha decidido ayudarme con las tareas domésticas.

—Qué bien —dijo Hannah, deseando tener un hombre que la ayudara con esas tareas.

—No, no está bien. Bill ha limpiado la cocina.

—¿Qué hay de malo en eso?

—El proyecto de ciencias de Tracey estaba en un plato en el alféizar de la ventana. Se suponía que tenía que dejar brotar una patata y luego plantarla.

—Oh, oh —dijo Hannah con un suspiro, adivinando el resto—. ¿Bill la ha tirado?

—Exacto. La saqué de la basura, pero el brote estaba roto y ahora Tracey tiene que empezar de nuevo. No le va a hacer ninguna gracia cuando vuelva a casa mañana.

—No, ya me imagino. Pero es un error que cualquiera podría haber cometido. Yo tiro patatas grilladas continuamente.

—¿Incluso si están en el alféizar de la ventana en un platito?

—No.

—Eso pensaba. ¿Se te ocurre alguna excusa para venir a buscarme justo después de cenar? Estoy a punto de matarlo.

—Entiendo —interrumpió Hannah—. Tal vez haya alguien a quien

podamos entrevistar esta noche. Dame un segundo para revisar mis notas y te digo. —Hannah cogió su cuaderno y hojeó las páginas. Aún no había entrevistado a la familia de la víctima y no tenía ni idea de si Nettie tenía coartada para la hora de la muerte de su marido. Esa noche podría ser el momento perfecto para averiguarlo—. Tengo algo —dijo Hannah, ganándose un suspiro aliviado de Andrea—, y no habrá forma de que Bill se oponga. Dile que voy a recogerte justo después de cenar y que iremos a dar el pésame a Nettie Grant.

—¿Vamos a dar el pésame o a investigar?

—Un poco las dos cosas.

—¡Bien! Estaré lista, Hannah. Aparca en la entrada y toca el claxon. Saldré enseguida. Las cortinas estaban abiertas y Hannah echó un vistazo a la sala de estar de Andrea mientras paraba en el camino de entrada. Algo no iba bien en casa de los Todd. El sofá que los padres de Bill les habían regalado ya no estaba pegado a la pared y habían cambiado de sitio la televisión de pantalla gigante. Parecía que, además de armarse de fregona y aspirador, Bill había recolocado los muebles del salón.

Hannah aún recordaba los diagramas del salón que Andrea le había enseñado y cómo se había esforzado pensando dónde colocar con exactitud cada mueble cuidadosamente elegido. No era de extrañar que su hermana mostrara un deseo tan urgente de irse de casa. Hannah tocó el claxon con discreción y Andrea salió corriendo. Abrió la puerta de un tirón, subió a la camioneta y volvió a cerrarla de un golpe.

—Vámonos. Deprisa. Antes de que Bill intente darme un abrigo más cálido o me diga que me he olvidado los guantes o algo.

—¿Tan mal…? —Hannah puso la camioneta en marcha y retrocedió hacia la calle.

—Peor aún. He estornudado durante la cena y ya estaba seguro de que he cogido el peor resfriado del mundo.

—¿Estás resfriada?

—No. Me ha entrado un poco de polvo en la nariz, eso es todo.

—Entonces, ¿cómo ha ido la cena?

Hannah llegó al final del camino de entrada, dio marcha atrás y siguió conduciendo calle abajo.

—Horrible. Las verduras estaban crudas y Bill ni se había molestado en cortar las zanahorias o pelar las patatas antes de cocinarlas. Es un cocinero horrible, Hannah. —Hannah se mordió la lengua para no contestar: «Le dijo la sartén al cazo»—. Tu truco del delantal ha funcionado. Y eso me recuerda… Para en cuanto veas un perro.

—¿Qué?

—Que pares cuando veas un perro. Tengo toda la carne de ciervo en el bolsillo de mi abrigo y se la daré.

—Vale, pero yo pensaba que ibas a tirarla.

—Lo iba a hacer hasta que he recordado que Bill saca la basura. Si la viera, heriría sus sentimientos.

Hannah miró a Andrea, pero su hermana no estaba siendo sarcástica. Parecía realmente preocupada por no herir los sentimientos de Bill. Tal vez eso fuera el matrimonio, mucho dar y recibir. Esta vez Andrea estaba en el lado de dar, pero la próxima vez podría ser ella la que recibiera.

—Te admiro, Andrea. Si alguien entrara en The Cookie Jar en mi ausencia y cambiara de sitio todas las mesas y sillas sin preguntarme, le daría una bofetada.

—Yo nunca haría eso —dijo Andrea con una sonrisa—. Me digo a mí misma que, en cuanto Bill vuelva al trabajo, podré romper un par de patas de ese horrible sofá que nos regalaron sus padres y decir que debió de romperlas él al moverlo. Y entonces podré ir de compras y sustituirlo por algo que me guste.

Veinte minutos después, tras pararse para hacer extremadamente feliz al pastor alemán de Gil y Bonnie Surma, Hannah se detuvo frente al dúplex de Nettie y apagó las luces.

—Coge esa bolsa de crujientes de anacardo que tienes detrás, ¿quieres?

—Claro. —Andrea se echó hacia atrás para coger las galletas—. ¿Se las llevas a Nettie?

—Sí, me sentiría rara viniendo sin traerle algo.

—Yo me siento extraña viniendo aquí y punto. No debería hacerle una visita para darle el pésame cuando Bill es sospechoso del asesinato de su marido.

—Tonterías. —Hannah agarró la mano de Andrea y tiró de ella hacia delante—. Nettie sabe que Bill no es un asesino. Además, está sola y le vendrá bien algo de compañía.

—¿Cómo lo sabes?

Hannah señaló detrás de ella.

—No hay coches en la calle. Seguro que esta tarde ha habido algunos hasta aparcados en doble fila.

—¿Y si Nettie está cansada y quiere estar sola?

—Entonces nos excusaremos y nos iremos. Pero creo que se alegrará de vernos, sobre todo porque tú no has cenado mucho y yo tampoco.

Andrea se volvió para mirar a su hermana consternada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Puedes apostar a que todas las amigas de Nettie han venido hoy con comida. Seguro que tiene la nevera llena y se alegra de ver a dos personas con apetito.

—Puede que tengas razón. La gente siempre trae sus mejores platos cuando hay una muerte en la familia. Lo hicieron cuando murió papá.

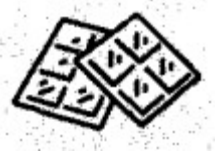
—Lo recuerdo. La cantidad de guisos, moldes de gelatina y pasteles era asombrosa. Habría sido como una gran cena si alguien hubiera sonreído.



Crujientes de anacardo



Precaliente el horno a 180 °C, con la rejilla en la posición central.



350 g de mantequilla derretida
400 g de azúcar blanco
2 cucharaditas de vainilla
2 cucharadas de melaza
1 1/2 cucharaditas de bicarbonato de sodio
1 cucharadita de levadura en polvo
1/2 cucharadita de sal
180 g de anacardos salados finamente molidos (*tritúrelos con la cuchilla de acero del robot de cocina*)
2 huevos batidos (*bátalos con un tenedor*)
350 g de harina (*no hace falta tamizarla*)







Caliente la mantequilla en el microondas para derretirla. Añada el azúcar, la vainilla y la melaza. Remueva bien y agregue el bicarbonato, la levadura en polvo y la

sal. Mezcle bien.

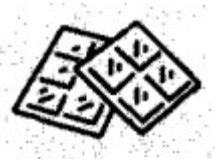




Triture los anacardos en el robot de cocina. Péselos DESPUÉS de triturarlos.



Añádalos al bol y mezcle. Agregue los huevos batidos y remueva. A continuación, añada la harina y mezcle hasta que todos los ingredientes estén bien integrados.



Deje reposar la masa unos minutos para que se endurezca. A continuación, forme bolitas del tamaño de una nuez y colóquelas en una bandeja para galletas engrasada; caben 12 en una bandeja estándar. (*Estas bolas de masa aumentan de tamaño, así que hágalas bastante pequeñas. Si la masa está demasiado pegajosa para formar bolas, enfríela unos minutos y vuelva a intentarlo.*)





Con una espátula o con la palma de la mano impecablemente limpia aplane las bolas ligeramente, lo suficiente para que no rueden cuando las meta en el horno.



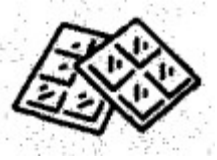




Hornee a 180 °C de 10 a 12 minutos o hasta que los bordes se doren. Deje enfriar las galletas en la bandeja de hornear durante 2 minutos y luego páselas a una rejilla para que se terminen de enfriar.



Cantidad: aproximadamente 10 docenas, dependiendo del tamaño de las galletas.



(Madre piensa que debería poner una pequeña pepita de chocolate con leche en el centro de las bolas, pero ella opina que SIEMPRE debería añadir chocolate a mis recetas).





CAPÍTULO OCHO



Cuando la puerta se abrió después de que Hannah llamara, casi dio un paso atrás de la sorpresa. Nettie iba vestida con vaqueros y una sudadera rosa chillón. Que Hannah supiera, Nettie nunca había llevado ropa informal. Siempre se había vestido con ropa de diseñadores. Pero había un cambio aún mayor y Hannah se quedó perpleja. El pelo castaño de Nettie, que siempre había estado impecablemente rizado y peinado, estaba recogido en una coleta informal y ligeramente desordenada.

—¿Nettie? —preguntó Andrea, y Hannah pudo darse cuenta de que su hermana también se preguntaba si la afligida viuda tenía una pariente que se parecía a ella en todos los aspectos, menos en el atuendo y el aseo.

—Soy yo. —Nettie esbozó una pequeña sonrisa y les hizo un gesto para que entraran—. Parecéis sorprendidas. Supongo que debo de estar cambiada.

—La verdad es que sí —dijo Hannah, recuperándose primero—. ¿Quieres que volvamos en otro momento?

—Entrad y quedaos un rato. Hace una hora que se ha ido todo el mundo y me habéis pillado dándome un capricho.

—¿Los vaqueros? —adivinó Hannah, siguiendo a Nettie al salón.

—Sí, Jim odiaba que me los pusiera. Decía que no era la imagen adecuada para la mujer de un *sheriff*. La última vez que me los puse debió de ser hace por lo menos veinte años. Temía que no me quedaran bien, pero me entran. Claro que nunca he sido tan delgada como tú, Andrea. Ni siquiera cuando Jim y yo nos conocimos.

—Ahora no estoy delgada. El doctor Knight me pesó ayer y he engordado seis kilos en los últimos dos meses.

Andrea se acercó y tomó asiento en el sofá.

—Eso lo perderás en un santiamén cuando tengas al bebé. —Nettie se volvió hacia Hannah—. ¿Queréis comer algo? Las amigas me han dejado comida suficiente para meses.

—Bueno, tal vez picar algo.

—Servios vosotras mismas —dijo Nettie con una sonrisa—. Los platos están en la encimera de la cocina y la gelatina y las carnes, en la nevera. ¿Os ha dicho vuestra madre que ha venido esta tarde?

Andrea y Hannah negaron con la cabeza.

—Ha venido todo el Club Romántico de la Regencia. Vuestra madre ha comentado que en la Inglaterra de la Regencia las viudas tenían que guardar luto completo durante al menos un año y luego podían guardar medio luto; eso significaba que se les permitía vestir de gris o lavanda.

—¿Cuánto duraba el medio luto? —Andrea se inclinó hacia delante al hacer la pregunta. Parecía intrigada y eso no sorprendió a Hannah. Su hermana siempre estaba interesada en la moda.

—Según tu madre, el medio luto solía durar uno o dos años, pero había bastantes mujeres que no volvían a vestir colores vivos nunca. Y luego había otras como la reina Victoria, que permaneció de luto absoluto el resto de su vida. —Nettie miró su sudadera rosa brillante y se encogió de hombros—. ¡Menos mal que ahora las costumbres son muy distintas!

Hannah se levantó y se dirigió a la cocina.

—Voy a ver qué han dejado las señoras de comida. ¿Y tú, Nettie? ¿Te traigo algo?

—Un sándwich de jamón estaría bien. Me he alegrado tanto de ver ese jamón cuando Carrie Rhodes lo ha traído. Es de esos que cortan en espiral en CostMart y está absolutamente delicioso. Adoro el jamón, pero a Jim no le gustaba. Nunca lo comíamos en casa, a menos que se fuera por la noche.

—¿Y tú, Andrea? —Hannah se volvió hacia su hermana. Andrea parecía incómoda y Hannah pudo darse cuenta de que estaba nerviosa por quedarse a solas con Nettie.

—Un sándwich de jamón suena genial, pero iré contigo. Así te ayudo a traer las cosas.

—Hannah puede arreglárselas un minuto sola. —Nettie extendió la mano y la puso sobre el brazo de Andrea—. Necesito hablar contigo, Andrea.

El comedor de Nettie formaba parte del salón y la cocina estaba en un extremo. Como las puertas de media cintura que servían para delimitar la cocina estaban abiertas, Hannah podía oír a Andrea y Nettie mientras preparaba los sándwiches.

—Mira, Andrea —oyó Hannah que decía Nettie—. Sé lo de Bill.

—¿Lo sabes?

Hannah pudo ver la expresión de pánico de Andrea desde donde estaba, junto a la encimera de la cocina.

—Solo quería que supieras que creo que es absurdo.

—Entonces no crees que Bill…

—¡Por supuesto que no! —interrumpió Nettie, extendiendo la mano para acariciar la de Andrea—. Y eso es exactamente lo que le he dicho a Mike cuando ha estado aquí.

Hannah vio cómo su hermana se relajaba visiblemente. Andrea incluso esbozó una pequeña sonrisa.

—La verdad es que me sentía incómoda viniendo, Nettie. Quería darte el pésame, pero no estaba segura de cómo te sentirías. Quiero decir… Podría haber sido extraño.

—¿Mostaza, Nettie? —preguntó Hannah desde la encimera de la cocina.

—Sí, gracias.

—¿Andrea?

—Sí. El doctor Knight me dijo que tuviera cuidado con las especias, pero hoy me he portado muy bien.

Hannah añadió la mostaza, puso un trozo de lechuga encima del jamón, colocó las rebanadas de pan y dividió cada sándwich en cuartos sobre la tabla de cortar. Luego, como los sándwiches eran todos iguales, los dispuso en una fuente alrededor de un platito de pepinillos que había encontrado en la nevera.

—La cena está lista —dijo Hannah llevando la fuente al salón—. ¿Alguien quiere algo de beber? Hay una nevera portátil llena de bebidas en la encimera.

—Yo una Coca-Cola *light*, si hay —eligió Andrea—. Y si no, cualquier refresco *light*.

—Lo mismo para mí —dijo Nettie, sonriendo a Hannah—. A menos que prefieras que tomemos un vino. Tu madre me ha traído una buena botella de burdeos.

Hannah negó con la cabeza.

—Gracias, pero me toca conducir y Andrea no puede beber.

—Que nosotras no podamos no significa que tú no puedas —intervino rápidamente Andrea, volviéndose para guiñarle un ojo a Hannah—. Creo que deberías tomar algo, Nettie. Ha sido un día duro y necesitas relajarte. ¿Hannah? ¿Por qué no le sirves una copa de vino a Nettie?

Por un breve momento, Hannah no entendió el guiño, pero luego lo captó. Andrea creía que Nettie estaría más comunicativa si tomaba un poquito de vino. Hannah lo vio en la barra al fondo del salón, se acercó a abrirlo y servir una copa, y se la llevó a su anfitriona.

—Gracias, Hannah. —Nettie dejó el sándwich y tomó un sorbo de vino—. Hay postres por si queréis más tarde. He metido cuatro pasteles en el congelador, pero todavía hay al menos cinco en la encimera.

Hannah recordó lo que había llevado y alcanzó la bolsa y se la entregó a Nettie.

—Casi se me olvida… Estas galletas son para ti. Aunque con tantos dulces que tienes, tal vez no te apetezcan.

—Nadie más ha traído galletas y, de todas formas, me gustan más que los pasteles. ¿De qué tipo son?

—De anacardos. Espero que te gusten.

—Adoro estas galletas. —Nettie sacó una de la bolsa y la mordió —. Están riquísimas. Comí una cuando empezaste a hacerlas y le dije a Jim que eran las mejores galletas que había probado en mi vida.

—Me sorprende que nunca te las trajera a casa. Solía ir un par de veces a la semana a recoger pedidos.

—Se llevaba la mayoría a la oficina. Y, de todas formas, no habría comprado galletas de anacardos para casa. A Jim no le gustaban los anacardos.

Andrea intercambió una mirada con Hannah.

—Pero a ti sí.

—Los anacardos son mi fruto seco favorito. Por eso me gustan tanto estas galletas.

Hannah dio otro mordisco a su sándwich y lo masticó pensativa. Parecía que los gustos de Nettie no le habían importado mucho a su marido. Al *sheriff* Grant no le gustaba el jamón, así que se había negado a tenerlo en casa. Y, aunque Hannah llevaba más de un año horneando las galletas favoritas de Nettie, él nunca se había molestado en llevárselas a casa.

—Sé lo que estás pensando —dijo Nettie, mirando fijamente a Hannah.

—¿Ah, sí?

—Creo que sí. Estás pensando que mi marido era un egoísta. Y tienes razón. Jim pensaba que él era el centro del universo y que los demás solo flotaban en órbitas a su alrededor. A veces eran útiles, y le gustaban. Otras veces no lo eran, y dejaban de gustarle.

Una lágrima rodó por la mejilla de Nettie y Hannah se inclinó hacia delante.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que no puedes estar casada con un hombre durante veintiséis años sin sentirte abandonada cuando se va. —Nettie respiró hondo y miró directamente a Hannah y a Andrea—. ¿Puedo ser sincera?

—Por supuesto —dijo Hannah.

—Ya habréis imaginado que la vida con Jim no era nada fácil. Había grandes problemas en nuestro matrimonio que no podíamos resolver. Tal vez sabéis que tuve una crisis nerviosa cuando Jamie murió.

—Debió de ser horrible.

—Lo fue. Me llevó un año entero de terapia antes de aprender a sobrellevarlo. Pero aprendí a hacerlo. Jim nunca pudo. Esa es una de las razones por las que hablé con Howie Levine el sábado anterior a la muerte de Jim. Fui a pedirle consejo sobre el divorcio.

Andrea se quedó con la boca abierta y Hannah tuvo que esforzarse por mantener la suya cerrada. No habían oído ni una palabra sobre la ruptura de los Grant.

—Nadie lo sabe, excepto vosotras dos. Mi reunión con Howie fue confidencial, pero alguien se enterará tarde o temprano. Y, como no tengo coartada, eso me convertirá en la sospechosa número uno del asesinato de mi marido.

Hannah dio un pequeño respingo.

—¿No tienes coartada?

—No. Estaba trabajando sola en el cuarto de costura, terminando un tapiz para un cliente.

—¿Dónde está tu cuarto de costura? —preguntó Hannah, con la intención de comprobar la ubicación de las ventanas. Siempre era posible que alguno de los vecinos de Nettie la hubiera visto trabajando la noche en que habían matado al *sheriff*.

Andrea y Hannah siguieron a Nettie escaleras arriba y por el pasillo. Se detuvo ante la segunda puerta para abrirla y las hizo pasar.

—Este es mi cuarto de costura. Es donde estaba trabajando la noche que mataron a Jim.

Hannah miró sorprendida el pequeño y atestado cuarto de costura. Había pensado que el cuarto de trabajo de Nettie sería mucho más espacioso. Durante años, había sido muy conocida en la zona por hacer tapices por encargo. Su trabajo había aparecido en varias revistas de artesanía y siempre ganaba premios en la Feria Estatal de Minnesota. El año pasado, un decorador de renombre le encargó varios tapices para la casa de un famoso. En la televisión nacional hicieron una visita a la casa y entrevistaron a la celebridad delante de un gran tapiz diseñado por Nettie. Desde entonces, había recibido un aluvión de pedidos de personas dispuestas a pagar grandes sumas de dinero por tener un original de Nettie Grant en su pared.

—¡Me encanta, Nettie! —exclamó Andrea, que de algún modo se había abierto paso entre la máquina de coser y la mesa de corte llena de retales para colocarse delante del tapiz que Nettie acababa de terminar—. Las vacas son tan realistas que parece que vayan a mugir. ¿Para quién es?

—El Consejo Lechero de Minnesota lo ha encargado para su sede.

Hannah se volvió para mirar el tapiz, pero no intentó acercarse más. La habitación era tan pequeña que no habría podido hacerlo sin derribar a Andrea.

—Me gusta mucho, Nettie. Parece que las vacas estén riéndose de nosotras.

—Eso es exactamente lo que pretendía, pero dudo que nadie más lo capte. —Nettie se volvió para sonreír a Hannah—. El cliente quería que estuvieran representadas todas las razas de vacas de Minnesota.

Hannah pasó junto a la tabla de planchar, sujetando la plancha mientras avanzaba, y se dirigió a la única ventana de la habitación. Las cortinas eran tupidas y nadie que pasara por fuera podría haber visto ninguna sombra en el interior.

—¿Tenías las cortinas abiertas esa noche?

—Sí. Ya sé por qué lo dices, Hannah, pero no servirá de nada.

Los Maschler viven en ese lado y no estaban.

—¿Les has preguntado?

—Mike lo hizo. Llamó justo después de que lo trajera aquí para enseñarle lo que estaba haciendo cuando mataron a Jim. Jerry dejó a Kate en la escuela y luego se fue a jugar a los bolos con un par de amigos. Y Richie salió con sus amigos.

—¿Así que no viste ni oíste nada en la casa de al lado?

—Oí la televisión. Debieron de dejarla encendida para disuadir a los ladrones, y ojalá hubieran puesto otro canal. Era como una película de kung-fu y los gritos y gruñidos casi me vuelven loca.

Andrea parecía sorprendida.

—Qué desconsiderado por parte de Kate dejar la televisión tan alta.

—No estaba tan alta. No la habría oído en absoluto si hubiera tenido la ventana cerrada. Pero tuve que abrirla porque estaba cortando material. Si no lo hago, las fibras y el polvo me hacen estornudar. Es una habitación muy pequeña y es imposible mantenerla libre de polvo.

—Desde luego es diminuta —comentó Hannah, echando otra mirada a su alrededor.

—Es el dormitorio más pequeño. Cuando Jamie murió, pensé en trasladar mis cosas a su habitación, que es mucho más grande. Pero Jim no quería que tocara nada de allí. Insistió tanto que no lo hice.

—¿Quieres decir que todo sigue igual que cuando Jamie estaba vivo?

—Sí. Intenté convencer a Jim para donar algunas cosas a la beneficencia, pero no soportaba la idea de deshacerse de nada, ni siquiera de la ropa del armario.

Hannah miró a su hermana. Andrea parecía muy afligida y era comprensible. Dejar intacta la habitación de un chico fallecido hacía tres años era una peculiaridad que había traspasado la línea de la obsesión.

—Ni siquiera me dejaba limpiarla —continuó Nettie—. Decía que se ocuparía de ello. Y la cerraba con llave para que yo no pudiera

entrar cuando él no estaba en casa.

—¿Entraba a veces? —Andrea se recompuso lo suficiente como para preguntar.

—Casi todas las noches. La utilizaba como despacho. Decía que le hacía sentirse cerca de Jamie estar rodeado de sus cosas.

Hannah se quedó pensativa mientras seguía a Nettie y Andrea escaleras abajo. Cuando veías a una persona casi todos los días y vivías en la misma pequeña ciudad, pensabas que la conocías, pero resultó que, en realidad, Hannah no sabía gran cosa del *sheriff* Grant.

Unos minutos más tarde, las tres mujeres estaban de vuelta en el salón, comiendo porciones del famoso pastel de coco de Rose MacDermott. Hannah había cortado las rebanadas el doble del tamaño que Rose servía en el café, trabajando bajo la teoría de que cuanto más grande, mejor.

—¿Te ha dado Rose la receta para el libro de cocina de Lake Eden? —preguntó Nettie, terminando su último bocado.

—Todavía no —respondió Hannah con una sonrisa—. Sigue prometiéndolo, pero creo que no está muy por la labor.

Andrea se quedó pensativa.

—Tal vez tenga miedo de que si la gente sabe cómo hacer el pastel, eso perjudique las ventas en la cafetería.

—Eso no ocurriría. —Nettie parecía convencida—. La mayoría de la gente no tiene tiempo para hornear. Yo nunca lo he tenido. Ahora casi desearía haberlo tenido. Lo que Jim realmente quería era una esposa de película.

—¿Una qué? —preguntó Andrea.

—Una esposa de película. Ya sabes, una madre estupenda, que cocina de maravilla, se maquilla y se arregla incluso cuando está limpiando los armarios, y siempre pone a su marido por delante. Traté de ser la esposa que Jim quería, y creo que lo logré cuando Jamie estaba vivo. Pero después de la muerte de nuestro hijo empezó a parecerme cada vez más una farsa. —Varias lágrimas rodaron por las mejillas de Nettie y se las limpió con la mano—.

Entonces, ¿cuándo vais a empezar a interrogarme?

Andrea tragó saliva.

—¿Interrogarte?

—Tú y Hannah estáis investigando el asesinato de mi marido, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Tendréis que apuntarme como sospechosa. No estaréis haciendo un buen trabajo si no lo hacéis. Soy lo bastante fuerte como para haber golpeado a Jim en la cabeza y haberlo arrastrado a aquel contenedor. Y Kate Maschler, bendita sea su entrometida almita, me vio discutiendo con Jim el día que lo mataron.

—¿Sobre qué? —La pregunta salió de la boca de Hannah antes de que pudiera reformularla con más tacto.

—La verdad, no quiero entrar en eso, Hannah. Es personal y no tiene ninguna relación con el asesinato de Jim.

—De acuerdo —dijo Hannah. Reconocía una mirada obstinada cuando la veía y sabía que Nettie no diría ni una palabra más sobre la discusión que había tenido con su marido.

—A menos que a vosotras se os ocurra un candidato más probable, yo soy la principal sospechosa.

Andrea lanzó a Hannah una mirada de pura desesperación, y Hannah supo que la respuesta dependería de ella. Había oído a Delores decir que Nettie podía ser sincera, pero no esperaba que lo fuera tanto.

—Eres sospechosa, pero no creemos que lo hayas hecho.

—¿Por qué no?

—¿Por qué ibas a seguir a tu marido al instituto y correr el riesgo de que te vieran matarlo? Una esposa puede encontrar un lugar más apartado.

Nettie se lo pensó un momento.

—Entiendo tu razonamiento. Pero si yo no lo maté, ¿quién lo hizo?

—Eso es lo que esperábamos que nos dijeras —intervino Andrea —. ¿Tenía el *sheriff Grant* algún enemigo?

Nettie se quedó mirándola un momento y luego se echó a reír, una reacción incongruente en una mujer cuyas mejillas estaban mojadas por las lágrimas. Se rio hasta que las lágrimas de alegría se mezclaron con las de dolor y luego se detuvo con un suspiro tembloroso.

—Sí —dijo—. Y nos pasaremos aquí toda la noche si tengo que nombrarlos a todos.



CAPÍTULO NUEVE



Al día siguiente, Hannah estaba sirviendo café y galletas a la Sociedad de San Judas cuando Andrea entró corriendo en el sótano de la iglesia católica de San Pedro, casi atropellando al padre Coultas. Llegó al lado de Hannah sin aliento, pero con una enorme sonrisa en la cara. Tras unas cuantas bocanadas de aire y un trago del agua que Hannah le ofreció, Andrea se calmó lo suficiente para hablar.

—Gus York ha encontrado unas notas que tomó durante la llamada de vacaciones de tiempo compartido. Las garabateó en el reverso de la factura del gas. El nombre de la empresa es Fun in the Sun y tienen su sede en Fort Lauderdale, Florida.

—¿Y has comprobado con ellos si llamaron a tu casa? —preguntó Hannah, sirviendo una taza de café y entregándosela a Bridget Murphy.

—Sí —respondió Andrea, moviéndose detrás de la mesa del *catering* para servir té a Immelda Giese, el ama de llaves que había estado con el padre Coultas desde el día en que había llegado a Lake Eden—. Estas galletas tienen muy buena pinta. ¿Qué son?

—Bananas de Hannah —le dijo Immelda—. Hannah las ha hecho

para mí. Toma una, querida. Los plátanos tienen potasio y son buenos para la salud, sobre todo cuando estás grávida.

Andrea parecía confusa y Hannah le dio un codazo.

—Embarazada.

—Ah, claro. —Andrea alargó la mano y cogió una galleta—. ¿Y Hannah las ha hecho especialmente para ti?

—Así es, querida. Al padre le encanta mi pan de plátano. Suelo hacérselo todas las semanas, pero estamos esperando un horno nuevo en la casa parroquial. Cuando Hannah dijo que haría galletas de plátano, nos hizo mucha ilusión.

Andrea mordió la galleta y empezó a sonreír.

—Están buenísimas, Hannah.

—Son casi tan buenas como el pan de plátano de Immelda —dijo Hannah con diplomacia, y se dio cuenta de que el ama de llaves parecía complacida mientras abandonaba la fila para buscar un asiento.

Durante los siguientes minutos se dedicaron a servir café y galletas, pero pronto los miembros de la Sociedad de San Judas estaban atendidos y Hannah y Andrea pudieron hablar.

—¿Qué te ha dicho la gente de Fun in the Sun sobre la llamada a Bill? —preguntó Hannah.

—Han quedado en llamarme. La supervisora tenía que pedir los registros y puede que tarde toda la noche, pero los tendrá mañana por la tarde como muy tarde. Ha prometido llamarme al móvil en cuanto los tenga.

—Buen trabajo —dijo Hannah, sonriendo a su hermana. Si cualquier otra persona le hubiera dicho a Hannah que una telefonista llamaría con información, no se lo habría creído. Pero Andrea sabía cómo hacer que la gente hiciera lo que ella quería.

No era simple manipulación, porque todos se sentían bien ayudando a Andrea en el proceso.

—Estas galletas están muy buenas, Hannah. —Andrea se sirvió una más de la bandeja que Hannah había colocado sobre la larga mesa—. ¿Las vas a hacer para Halloween?

—No, quiero hacer algo un poco más festivo.

—El año pasado hiciste galletas de chocolate con glaseado de naranja, ¿no?

Hannah asintió.

—Las volveré a hacer este año si no se me ocurre otra cosa.

—Hablando de Halloween —Andrea hizo una pausa para coger otra galleta—, Tracey quiere saber si vas a ir al sótano embrujado y a la fiesta de Halloween en el centro comunitario.

—Claro que iré. Voy todos los años.

—Bien. Tracey está entusiasmada con su disfraz y quería asegurarse de que lo vieras.

—¿De qué se va a disfrazar este año? —preguntó Hannah, sabiendo que su sobrina de cinco años estaría monísima con cualquier disfraz que eligiera ponerse.

—Todavía duda entre princesa-hada o pirata.

Hannah se rio.

—¡Qué contraste! Seguro que elige el de princesa-hada.

—Puede ser, pero le encanta el loro que va con el disfraz de pirata. Te lo pones en el hombro y lleva un pequeño interruptor que puedes pulsar para que hable. El de princesa-hada solo tiene una varita y ni siquiera se ilumina ni nada.

—El loro parlante es sin duda un punto a favor —dijo Hannah con gravedad, llenando la jarra de café que utilizaba para hacer la ronda por las mesas.

—Ve tú primero con el café. Yo te sigo con el agua caliente y las bolsitas de té. Luego podemos dividirnos y pasar con las galletas.

—Gracias, Andrea. —Hannah se mostró agradecida. La comida siempre era más fácil con dos personas—. ¿Y qué dice el loro?

—Ya sabes… «¡Al abordaje!» y «¡Una botella de ron!». Cosas de piratas. Y algo sobre un cofre.

—«Quince hombres en el cofre de un muerto».

—¡Eso! Y sigue: «¡Un trago para el diablo y nada para el resto!».

—¿Qué es eso de un trago al diablo? —preguntó el padre Coultas, que se acercó a la mesa del *catering* justo a tiempo para oír

el último comentario de Andrea.

Andrea se sonrojó ligeramente.

—Lo siento, padre Coultas. Le estaba contando a Hannah lo del loro parlante que viene con el disfraz de pirata de Tracey.

—Ah, ya sé qué loro es —dijo el padre Coultas—. El nieto de Immelda alquiló ese disfraz el año pasado y el pájaro se atascó en «ron». Decía «ron, ron, ron» una y otra vez como una especie de borracho trastornado. Volvía loca a la pobre Immelda hasta que le quité las pilas.

Cuando Hannah entró en el obrador de la tienda con las galletas que le habían sobrado del *catering*, Lisa apareció por la puerta batiente.

—¡Menos mal que has vuelto, Hannah!

—¿Qué pasa? —preguntó Hannah, notando el rubor en las mejillas de Lisa.

—No pasa nada. Solo que he oído algo que deberías saber, eso es todo. Espera un momento. Herb está aquí; voy a pedirle que se ocupe del mostrador.

Hannah se sirvió una taza de café de la cafetera de la cocina y se sentó en el puesto de trabajo. Un momento después, Lisa entró corriendo y se sentó en un taburete contiguo.

—Has dicho que habías oído algo.

—Sí. He estado atenta, tal y como me pediste, y he descubierto que el *sheriff* Grant y su mujer tuvieron una fuerte discusión cuando él volvió a casa a comer el lunes.

Los ojos de Hannah se abrieron de par en par. Esa podría ser la pelea de la que Nettie se había negado a hablar.

—Andrea y yo vimos a Nettie anoche. Nos dijo que se había peleado con el *sheriff* Grant, pero no nos dijo por qué. ¿Quién te lo ha dicho, Lisa?

—Kate Maschler, pero no me lo ha contado directamente. Se lo estaba contando a Becky Summers.

—¿Estabas haciendo el truco de la camarera invisible?

—Exacto. Estaba en la mesa de al lado rellenando tazas de café y ni siquiera se han dado cuenta de mi presencia. Kate le ha contado a Becky que Nettie Grant siguió al *sheriff* hasta su coche y que parecía más enfadada de lo que Kate la había visto nunca. Kate abrió la ventanilla a tiempo de oír a Nettie decir que iba a alquilárselo y que tenía perfecto derecho a hacerlo, ya que había heredado el dúplex antes de casarse.

—Suena serio —comentó Hannah—. ¿Qué contestó el *sheriff* Grant a eso?

—Dijo que estaba harto de oír hablar de ello y que Nettie debería dejarlo, que de ninguna manera estarían bajo su techo.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Fue entonces cuando Kate y Becky apartaron sus sillas y se marcharon. ¿Crees que es importante, Hannah?

—Podría serlo —dijo Hannah, pensándolo. Si Nettie había prometido alquilar la mitad del dúplex a alguien y el *sheriff* Grant iba a decirle a la gente que no podía mudarse, podría haber ocasionado una pelea que hubiera escalado hasta el asesinato.

—Creo que deberías ir tras ellas, Hannah. Cuando salían, oí a Becky decir que tenía que encontrar el vestido adecuado para la boda de su sobrino. Es probable que hayan ido directas a la tienda de Claire.

Hannah fue hacia la puerta. Ir a la tienda de su madre y Carrie era una cosa, pero visitar a Claire Rodgers, su vecina del otro lado, era un placer; era una buena amiga y quería que la pusiera al día de su romance con el reverendo Knudson, el pastor luterano.

Soplaba un viento gélido cuando Hannah cruzó corriendo el aparcamiento y llamó a la puerta trasera de Beau Monde Fashions. Oyó el lejano graznido de los gansos que emigraban al sur para pasar el invierno y miró al cielo gris acorazado. Una uve irregular acababa de desaparecer sobre las copas de los pinos que bordeaban ambos lados de la calle Tercera. Los pájaros cantores ya se habían ido y ahora era el turno de los gansos. Pronto solo quedarían las aves de invierno: arrendajos azules, cardenales rojos y trepadores

verdes y amarillos que se posaban en lo alto de los pinos como joyas entre las ramas.

—¿Hannah? —Claire parecía tan contenta como sorprendida cuando abrió la puerta trasera—. Entra. Hace frío ahí fuera.

—Lo sé. ¿Tienes clientas?

—Ni una. Ha sido una tarde tranquila.

—Siento oír eso —se compadeció Hannah. La vida financiera del propietario de un pequeño negocio estaba llena de altibajos.

—Ah, no pasa nada. La mañana ha sido muy buena y Becky Summers acaba de irse. Ha comprado tres vestidos.

—¿Cómo está el reverendo Knudson?

—Está muy bien, Hannah. —La sonrisa de Claire era beatífica—. Y es muy persuasivo. Va a anunciar nuestro compromiso el domingo antes de Navidad.

—¡Has aceptado! —Hannah sonrió a su amiga. Con un romance fallido a sus espaldas, Claire por fin había encontrado a un hombre al que podía amar y en el que podía confiar.

—Estarás para el anuncio, ¿verdad, Hannah?

—No me lo perdería por nada del mundo —prometió Hannah. Sabía que Claire estaba nerviosa por la reacción de la congregación ante el compromiso. Aunque nadie, excepto Hannah, Andrea y Norman, lo sabía con certeza, todos en el pueblo sospechaban que Claire había sido en algún momento la amante del alcalde Bascomb —. Si alguien te hace pasar un mal rato por ello, avísame y le dejaré sin galletas de por vida.

Claire se rio, pero enseguida se puso seria.

—¿Sabes? Estoy segura de que lo harías. Eres una buena amiga, Hannah.

—Soy una buena amiga que ha venido a sonsacarte información —corrigió Hannah—. Te has enterado de lo de Bill, ¿verdad?

—Por supuesto, y todo esto me parece absurdo. ¿Estás intentando exculparlo?

—Sí. ¿Han mencionado Kate y Becky la pelea que tuvo el *sheriff* Grant con su mujer?

—La han mencionado.

—¿Han dejado caer por casualidad el nombre de los inquilinos que Nettie quería para el dúplex?

Claire negó con la cabeza.

—No creo que lo sepan. Han especulado al respecto mientras Becky se probaba vestidos. Kate ha dicho que tenía que ser alguien con un hijo.

—¿En serio? —Hannah aguzó el oído. Eso era buen material de investigación—. ¿Por qué piensa eso Kate?

—Porque, justo antes de que el *sheriff* Grant se marchara, bajó la ventanilla y gritó que no tendría a esa niña bajo su techo. Solo que no dijo niña.

—¿Qué dijo?

—No lo sé, pero debió de ser malo porque Kate ha dicho que no lo repetiría.

—¿Y tú, Claire? ¿Tienes idea de quiénes podrían ser esos inquilinos?

—Podrían ser parientes de Nettie. El año pasado, me pidió consejo para encontrar un regalo de Navidad para una niña. Le hablé de The Pink Giraffe en Anoka, pero le advertí que era una tienda cara. Me dijo que eso no importaba, que era para la familia y quería comprar algo especial.

Hannah estaba impresionada. Claire había juntado dos datos y había dado con una pista muy buena.

—¿Por casualidad sabes qué compró?

—Sí, me lo contó la siguiente vez que vino. Dijo que había encontrado una silla infantil que parecía un oso de peluche sentado y que The Pink Giraffe se la había enviado gratis la semana antes de Navidad.

Hannah agradeció a Claire su ayuda y salió por la puerta de atrás, cruzando a toda prisa el aparcamiento y entrando en su cálida cocina. Una vez que se hubo lavado las manos y se puso el delantal que utilizaba para servir a los clientes, atravesó la puerta de la cafetería y se apresuró hacia el mostrador para relevar a Lisa.

—¡Oh, Hannah! ¡Menos mal que has vuelto!

Hannah notó la expresión de angustia en el rostro de Lisa.

—¿Qué te pasa?

—Es tu madre. Ha llamado seis veces en los últimos veinte minutos.

Hannah suspiró. No le extrañaba que Lisa pareciera angustiada.

—Yo atenderé el mostrador un rato.

Lisa negó con la cabeza.

—No necesito un descanso. Solo necesito que vayas a Granny's Attic y hables con tu madre antes de que vuelva a llamar. Parecía muy escamada la última vez que ha llamado. Estoy segura de que cree que te tenía secuestrada en la despensa.

—Vale. Me voy.

Hannah colgó el delantal, salió corriendo por la puerta principal y se metió en la tienda de al lado. El timbre tintineó cuando empujó la puerta y Delores levantó la vista del mostrador de antigüedades.

—¡Hannah! Ya era hora. Ven conmigo.

Antes de que Hannah tuviera tiempo de hacer algo más que parpadear, Delores rodeó el mostrador, la cogió de la mano y la arrastró escaleras arriba hasta la sala que utilizaban para las pausas del café.

—Siéntate, Hannah. Quiero una explicación.

—¿De qué? —Hannah estaba totalmente confundida.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer, cuando nos vimos en la biblioteca? Una madre no debería ser la última en enterarse.

Hannah pensó con rapidez. Era evidente que su madre se había enterado de la suspensión de Bill.

—Te lo habría dicho ayer, pero no me correspondía. Sabía que Andrea quería ser quien te diera la noticia.

—Ah. Eso es diferente. —La dura expresión de la mirada de Delores se suavizó—. Ojalá Andrea me lo hubiera dicho antes, pero supongo que la pobre intentaba evitarme el disgusto.

—Estoy segura de que ha sido eso, madre. —Hannah consiguió morderse la lengua.

—¡Pobre Bill! —Delores suspiró y sacudió la cabeza—. ¡Pobre Andrea! Y en su estado, además. ¿No puedes hacer entrar en razón a Mike? ¡Seguro que no cree de verdad que Bill haya matado a nadie!

—Lo he intentado, madre. Ayer hablé con él, pero no cedió ni un milímetro. Es terco como una mula.

—Bueno… Me alegro de que lo hayas descubierto ahora. Piensa en lo terrible que habría sido si estuvieras casada con él.

—No creo que haya peligro de eso, al menos no por ahora —dijo Hannah en voz baja.

—¿Qué has dicho, querida?

—Nada, madre. Solo pensaba en voz alta.

—Al menos ya has descubierto la verdadera naturaleza de Mike. Eso vale la pena.

—Cierto.

—Andrea me ha dicho que vas a investigar. Quiero ayudarte, querida. ¿Qué quieres que haga?

Hannah estaba a punto de decir que tendría que pensarlo cuando se dio cuenta de que sí había algo que Delores podía hacer. Necesitaba averiguar quién había recibido esa silla de peluche de The Pink Giraffe y su madre era la persona perfecta para averiguarlo por ella.

—¿Qué pasa, querida? Se te ha ocurrido algo, ¿verdad?

—Sí, te lo explico —dijo Hannah. Y entonces procedió a contarle a su madre todo sobre la pelea que Nettie había tenido con el *sheriff* Grant el día de su muerte y el hecho de que Nettie había querido alquilar el dúplex a una familia con una niña pequeña. Le contó lo del regalo de Navidad que Nettie había encargado y luego hizo la pregunta importante—: ¿Crees que podrías averiguar quién recibió ese regalo?

—¡Por supuesto que puedo! —Delores parecía complacida de que se lo hubiera pedido—. ¿Pero por qué no le preguntas a Nettie?

—Nó creo que sirva de nada. Ya le pregunté sobre la pelea. Dijo que era algo personal y que no quería hablar de ello.

Delores se encogió de hombros.

—Has dado en hueso, querida. Si Nettie dice que no quiere hablar de algo, nadie podrá sacárselo. Pero averiguar lo del regalo no debería ser un problema. Me conocen en The Pink Giraffe. Es donde compro la mayoría de los regalos de Tracey.

—¿Podrías llamar ahora mismo y preguntar?

—Podría, pero sería mejor que fuera en persona. Es mucho más difícil decir que no cara a cara.

—Tienes razón. ¿Podrías tomarte un par de horas libres esta tarde y acercarte hasta allí?

Delores negó con la cabeza.

—Podría, pero no serviría de nada. Los miércoles cierran por la mañana y abren por la tarde, pero no puedo ir.

—¿Por qué no?

—Porque tengo… planes.

—¿Ah, sí? —Hannah esperó un momento, pero su madre no dio más detalles—. ¿Qué clase de planes, madre?

—Planes personales.

Hannah digirió la respuesta y, al no recibir más explicaciones, empezó a preocuparse.

—¿Pasa algo malo, madre?

—¿Como qué, querida?

—Como que… tus planes personales no incluirán una visita al doctor Knight, ¿verdad?

—¡Claro que no! —Delores soltó una pequeña carcajada—. Si me pongo enferma, serás la primera en saberlo. Esto es algo… personal. Y no quiero hablar de ello.

Hannah echó un vistazo a la cara de su madre y supo que no conseguiría nada si seguía indagando. Delores rivalizaba con Nettie en el departamento de testarudas. En lugar de molestar a su madre con más preguntas, Hannah cambió de tema.

—¿Podrás ir a The Pink Giraffe mañana?

—Sí. Recogeré a Tracey después de la guardería por la mañana y la llevaré conmigo.

Hannah empezó a sonreír.

—Quizá no sea buena idea, madre. Podría ser peligroso.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo podría ser peligroso ir a una tienda de juguetes?

—Oh, no será peligroso ni para ti ni para Tracey personalmente —dijo Hannah, con una sonrisa cada vez más amplia—. Pero llevar a Tracey contigo podría poner en peligro tus tarjetas de crédito.

Delores se rio.

—Tienes razón, querida. Pero a Granny's Attic le va muy bien y puedo permitirme mimar un poco a mi única nieta. ¿Te dijo Claire qué fue lo que compró Nettie?

—Sí, una silla para niños con forma de oso de peluche y se la enviaron a tiempo para Navidad.

—Seguro que puedo… —Se oyó un golpe en la puerta y Delores se detuvo a mitad de frase—. ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. Ha sonado como si alguien hubiera dejado caer algo pesado que ha rodado…

—Lo siento. —Luanne Hanks, la ayudante de Delores y Carrie, asomó la cabeza por la puerta—. Llevaba un paragüero de latón y me he tropezado. No te preocupes. No se ha estropeado. Lo he comprobado.

Delores se acercó para pasar el brazo por los hombros de Luanne.

—No me importa el paragüero. Me preocupas tú. Estás temblando, Luanne. Y pálida como un fantasma. ¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien. Solo que me preocupaba haber estropeado el paragüero.

—¡Tonterías! Sabes que no vale más de veinte dólares. Y eso en un buen día.

Hannah miró al suelo. No vio nada con lo que Luanda pudiera haber tropezado.

—Oh, ahí no hay nada —dijo Luanne, interpretando correctamente la dirección de la mirada de Hannah—. Me he

tropezado con mis propios pies, eso es todo.

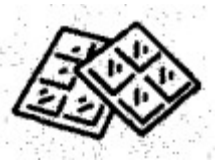
—Bueno, me alegro de que estés bien —dijo Hannah, y se despidió de su madre y de Luanne antes de bajar las escaleras. Si no recordaba mal, Luanne había estado en el equipo femenino de gimnasia antes de abandonar el instituto. Normalmente era tan ágil como una cabra montesa y le parecía dudoso que tropezara con sus propios pies. Algo iba mal. Luanne parecía absolutamente aterrorizada cuando asomó la cabeza por la puerta y Hannah estaba segura de que no tenía nada que ver con la preocupación por haber dañado el paragüero. ¿Por qué estaba Luanne tan asustada? ¿Tenía algo que ver con el asesinato del *sheriff* Grant?



Bananas de Hannah



No precaliente el horno; la masa debe enfriarse antes del horneado.









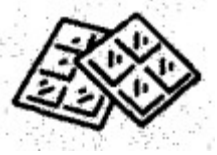
350 g de mantequilla derretida
400 g de azúcar blanco
Puré de plátano muy maduro (*2 plátanos medianos o 3 pequeños*)
4 cucharaditas de bicarbonato sódico
1 cucharadita de sal
2 huevos batidos (*basta con batirlos con un tenedor*)
475 g de harina (*no hace falta tamizarla*)
250 g de nueces o pecanas finamente picadas
100 g de azúcar blanco para después





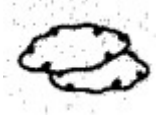
Derrita la mantequilla en un bol grande apto para microondas. Añada el azúcar, los huevos batidos, el bicarbonato y la sal. Elija plátanos que tengan pecas negras en la piel para que estén casi demasiado maduros. Tritúrelos hasta que estén suaves (*puede hacerlo en un robot de cocina o a mano*). Añada al bol el puré de plátano y mezcle bien. Agregue la harina y las nueces. Tape el bol y métalo en la nevera durante 4 horas (*o durante toda la noche*).







Cuando la masa esté lista para hornear, precaliente el horno a 180 °C, con la rejilla en la posición central.





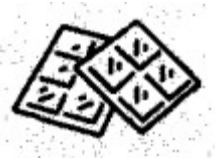
Con las manos, haga bolitas del tamaño de una nuez con la masa enfriada. (*Esta masa es bastante pegajosa, así que puede usar guantes de plástico, si quiere, o mojarse ligeramente las manos para que la masa no se pegue*).





Ponga 100 g de azúcar blanco en un bol pequeño y reboce las bolitas. Coloque las bolitas de masa en una bandeja para galletas engrasada (*caben 12 en una bandeja estándar*). Apriételas un poco para que no rueden cuando las meta en el horno. A continuación, vuelva a meter el bol con la masa sobrante en el frigorífico y deje que se enfríe hasta que llegue el momento de hacer más galletas.

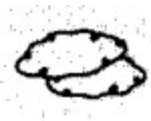




Hornee durante 10-12 minutos a 180 °C o hasta que las galletas estén ligeramente doradas. Se aplanarán solas. Deje que se enfríen durante 2 minutos en la bandeja y luego páselas a una rejilla para que terminen de enfriarse.



Estas galletas aguantan bien la congelación. Envuélvalas en papel de aluminio y métalas en una bolsa de congelación y se conservarán durante 3 meses, más o menos, si es que no se las comen antes.





Cantidad: aproximadamente 10 docenas, dependiendo del tamaño de las galletas.

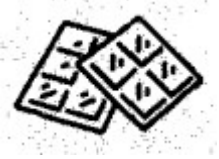




Beth, la prima de Lisa, dice que están buenísimas mojadas en chocolate caliente.



A Carrie Rhodes también le encantan estas galletas. Dice que las mujeres de mediana edad deberían comer plátano todos los días porque necesitan más potasio. *(Me mordí la lengua cuando dijo «de mediana edad»; Carrie tiene al menos cincuenta y cinco años y la gente no suele vivir hasta los ciento diez…)*







CAPÍTULO DIEZ



Hannah seguía pensando en Moishe cuando aparcó en The Cookie Jar el jueves por la mañana. Cuando había vuelto a la clínica veterinaria a por la lista de consejos, Sue le había asegurado que alguno de ellos funcionaría y que Moishe no podría aguantar sin comer para siempre. Pero Hannah conocía a Moishe mejor que nadie. Si su gato decidía que no quería comer el pienso para mayores, podía ser incluso más testarudo que el otro macho de Lake Eden que una vez había formado parte de su vida, Mike Kingston.

—Hola, Lisa —saludó Hannah al entrar por la puerta trasera—. Siento llegar tarde.

—No pasa nada. Me imaginé que llegarías más tarde. —La voz de Lisa llegó flotando desde la cafetería y un momento después apareció por la puerta, llevando una taza de café humeante—. ¿Has resuelto el problema con Moishe?

—No. Tengo una lista de consejos para hacer el cambio a la nueva comida, pero quien la escribió no conoce a Moishe.

—Cierto. ¿Qué tal espolvorear un poco de hierba gatera fresca en su nueva comida?

—Ese es el consejo número siete. Y el número ocho es rociar un poco de atún por encima de su cuenco. No tengo muchas esperanzas en ninguno de ellos.

Lisa se quedó pensativa.

—Quizá Moishe sea demasiado listo para dejarse engañar. ¿Has hablado con él y le has explicado por qué su nueva comida es buena para él?

—Por supuesto. Me sentí un poco estúpida al tirarme al suelo junto a él, pero lo hice de todos modos. Creo que me entendió, Lisa. Prestó mucha atención a todo lo que le dije. Pero cuando terminé y me estaba levantando del suelo, se acercó a su cuenco de comida y lo volcó con la pata.

—Oh, oh. Tienes un verdadero problema en tu… —Lisa dejó de hablar cuando se abrió la puerta trasera y Andrea se plantó allí—. Hola, Andrea. Pasa.

—Gracias. Qué bien se está aquí.

Andrea se acercó a uno de los taburetes de la isla de trabajo y se sentó.

—¿Te apetece un café? —preguntó Hannah.

—¡Sí, por favor! He estado reservándome mi ración diaria de café, Hannah. Y el vuestro es mucho mejor que el instantáneo.

Hannah se dirigió a la cafetera. Todo el mundo sabía que el instantáneo no tenía ni punto de comparación con el café de verdad hecho desde cero.

—Aquí tienes. —Hannah puso la taza delante de su hermana—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—He recibido una llamada de la supervisora. Ha comprobado los registros.

—¿De Fun in the Sun? —preguntó Hannah, cogiendo su cuaderno.

—Sí. Uno de los teleoperadores llamó a Bill a las ocho y veinte y la llamada duró un minuto.

—Bien. Déjame apuntarlo.

—Lo malo es que no creo que ayude en nada a Bill. He hecho el

trayecto en coche desde casa hasta el instituto y he cronometrado el viaje. Me ha llevado veinte minutos. No es que lo hiciera, claro, pero Bill podría haber matado al *sheriff Grant* a las ocho y haber llegado a casa a tiempo para atender la llamada de Fun in the Sun.

—Error —dijo Hannah, hojeando el cuaderno hasta encontrar la página correcta—. Yo estaba allí mismo, en el aparcamiento, mientras Mike buscaba manchas de sangre. Descubrió que eran más abundantes justo al lado del coche del *sheriff* Grant y Mike dijo que fue allí donde ocurrió. Como el coche estaba al menos a diez metros del contenedor, el asesino debió de tardar al menos un par de minutos en arrastrar el cuerpo del *sheriff Grant* hasta allí y meterlo dentro.

—Y si Bill hubiera hecho eso, ¿se habría perdido la llamada de Fun in the Sun por un par de minutos?

—Con total seguridad.

—Gracias, Hannah. —Una sonrisa de alivio se dibujó en el rostro de Andrea—. ¿Podría la otra llamada, la de la empresa de tejados, exculpar por completo a Bill si se hubiera hecho en el momento adecuado?

—Tal vez. ¿No me dijiste que llegaste del cine con Tracey a las nueve y cuarenta y cinco?

—Sí, miré el reloj cuando salimos del coche. Me sentía un poco culpable por haber tenido a Tracey despierta hasta tan tarde en una noche de colegio. Le dije que entrara en casa, besara a su padre y se fuera directa a la cama.

Hannah pasó a una página en blanco de su cuaderno e hizo números.

—La segunda llamada podría exculpar a Bill si se hubiera realizado diez minutos después de las nueve. El margen de tiempo sería ajustado, pero con eso bastaría.

—¡Genial! Voy a dar una vuelta y mirar más tejados, Hannah. Tengo que averiguar quién hizo esa segunda llamada.

—Llévate él café —instó Hannah, vertiendo el contenido de la taza de Andrea en un vaso desechable.

—Gracias. Volveré si encuentro algo.

Lisa esperó a que Andrea se hubiera marchado y se volvió hacia Hannah.

—¿Qué es eso de los tejados?

Hannah tardó un momento, pero Lisa lo captó enseguida cuando le explicó lo de la franja horaria y cómo la segunda llamada de *telemarketing* podía servir de coartada para Bill.

—Ahora mismo llamo a Herb —prometió Lisa.

—¿Vas a preguntarle si recibió la misma llamada de *telemarketing*?

—Eso no serviría de nada. Herb siempre cuelga en cuanto le dicen: «¡Hola, buenas noches!». Pero he pensado que, ya que hace sus rondas cada hora, podría estar atento a los camiones de techado.

Hannah acababa de terminar de hornear un lote extra de bocados de nueces pecanas para un pedido especial cuando sonó el teléfono. Como Lisa no contestó enseguida, Hannah supuso que estaría atendiendo a algún cliente y cogió el teléfono de pared de la cocina.

—The Cookie Jar. Le atiende Hannah.

—Qué bien que hayas *contestado*, Hannah.

—Hola, madre —dijo Hannah rápidamente. Delores sonaba un poco apurada—. ¿Dónde estás?

—Estoy en un teléfono público en la calle junto a The Pink Giraffe. Adivina a quién le regalaron ese sillón de oso por Navidad.

Hannah puso los ojos en blanco.

—El *sheriff* Grant está muerto y Bill es el principal sospechoso, Norman está en Seattle y podría estar jugando a hacerle un empaste a su exprometida, y yo estoy en la cuerda floja con Mike. Mi vida es bastante sombría ahora mismo… ¿y quieres que juegue a las adivinanzas?

—Lo siento, querida. Volveré a empezar. —Delores sonaba ligeramente arrepentida—. Es que estoy muy sorprendida. Mi amiga

de The Pink Giraffe me ha dicho que le enviaron la silla de oso a Suzie Hanks.

—¿La hija de Luanne?

—Sí. ¿Qué crees que significa eso?

Hannah parpadeó. Y volvió a parpadear.

—No estoy segura, pero lo averiguaré. No le digas nada a nadie hasta que yo te lo diga, ¿de acuerdo?

—Pero… pero… pero…

Delores tartamudeaba como un motor estropeado y Hannah la interrumpió:

—Cálmate, madre. Puede que no signifique nada.

—¿Pero cómo puede ser?

Hannah pensó rápidamente.

—Nettie es colaboradora en bastantes organizaciones benéficas, ¿verdad?

—Sí que lo es.

—Digamos que una de sus organizaciones benéficas decidió dar un regalo de Navidad muy bonito a un niño necesitado. Suzie Hanks *encajaría perfectamente*.

—Eso es cierto. —Delores sonaba dubitativa—. Pero, entonces, ¿por qué le dijo Nettie a Claire que estaba buscando un regalo para una pariente?

—Tal vez había otras personas en la tienda de Claire y Nettie estaba protegiendo la identidad de la niña. Ya sabes lo susceptible que es Luanne a la hora de aceptar caridad.

Hubo un largo silencio. Hannah sabía que su madre se lo estaba pensando. El silencio se prolongó con solo los débiles sonidos de la línea telefónica. Finalmente, Delores se aclaró la garganta y volvió a hablar:

—Tienes razón, Hannah. Y Nettie es lo bastante lista como para darse cuenta de que Luanne habría recogido esa silla y la habría devuelto si hubiera sabido que era por caridad. ¿Pero crees que eso es realmente lo que pasó? A mí me parece bastante inverosímil.

—Lo sé, pero es posible. —Hannah intentó sonar como si creyera

su propia historia—. Tú quédate callada hasta que tengas noticias mías. Iré corriendo a Granny's Attic y se lo preguntaré a Luanne personalmente.

—Luanne está en la subasta de la granja de la familia Ferguson. Están vendiendo una maravillosa máquina de coser de pedal, y hay una mantequera de roble que estoy deseando comprar. También hay vasos de leche, y ya sabes lo populares que son. Prométeme que no la molestarás cuando esté pujando, Hannah. Tiene que concentrarse.

—No la molestaré, pero necesito llegar al fondo de esto. Y en cuanto lo haga, te avisaré.

Delores emitió un ligero sonido de angustia.

—No tienes ni idea de lo difícil que va a ser no contárselo a algunos de mis amigos más íntimos para que me den su opinión sobre…

—¡Ni se te ocurra hacerlo! —interrumpió Hannah con tono amenazante.

—De acuerdo, no lo haré. Mis labios están sellados hasta que me lo digas. Pero será mejor que me lo digas pronto.

Una vez que Hannah le hubo explicado todo a Lisa, se dirigió a la granja de los Ferguson. Estaba a solo un kilómetro y medio de la nueva casa de Norman y, como el contratista y su equipo no estaban, Hannah se detuvo en el camino de entrada para ver cómo avanzaba la obra.

—Vaya, ¿qué te parece? Empieza a parecer una casa —le comentó Hannah al grajo bronceado que picoteaba algo en el jardín.

Habían colocado los cimientos y levantado la estructura y casi habían terminado las paredes. Una vez puesto el tejado y aseguradas las puertas y ventanas, la casa sería muy acogedora durante el invierno.

Aunque Norman la había invitado varias veces a ver los progresos, Hannah se sintió un poco intrusa al abrir la puerta

principal. En realidad, abrir la puerta era una tontería. Todavía no había ventanas altas a ambos lados de la puerta y podría haber atravesado el marco. De todos modos, había algo maravillosamente ceremonial en girar el pomo y abrir la puerta principal de la casa que habían diseñado juntos para el concurso de la casa de sus sueños.

—Precioso —dijo Hannah al entrar en el vestíbulo y contemplar la escalera que conducía al balcón del segundo piso.

Luego subió las escaleras y se dirigió por el pasillo a las habitaciones de los niños. Parecían cajas vacías, pero Hannah se imaginaba una habitación de niño con maquetas de aviones colgando del techo y una de niña con un banco bajo la ventana donde sentarse a soñar. Había otra habitación para un despacho o para un cuarto de ocio… y luego estaba el dormitorio principal.

Hannah contuvo la respiración al entrar en el dormitorio principal. Era exactamente como se lo había imaginado, con un balcón exterior donde la feliz pareja podría tomar café por la mañana y contemplar el lago. También había una chimenea de piedra de río que mantendría la habitación calentita en invierno y le daría un toque romántico.

Hannah suspiró sintiendo un nudo en la garganta. Sospechaba que bastaría darle algo más de esperanzas a Norman para que le propusiera matrimonio. Entonces esa casa sería suya, esa maravillosa casa que había diseñado con un hombre que creía firmemente que sería un marido casi perfecto. Lo único que le impedía darle a Norman las esperanzas que necesitaba para hacerlo oficial era la maldita indecisión. ¿Cómo iba a aceptar la proposición que Norman le había hecho cuando no estaba segura de estar dispuesta a renunciar a su relación con Mike?

«¿Y qué relación es esa?», pensó Hannah con el ceño fruncido, teniendo en mente el altercado que tuvieron a propósito de Bill. Pero, aunque estaba en desacuerdo con Mike por desconfiar y no apoyar a su cuñado, seguía habiendo una atracción entre ellos que no podía negar. Por mucho que le gustara la idea de vivir en la casa de sus sueños, que había ayudado a diseñar, sabía que no estaba

preparada para tomar esa decisión.

Miró a su alrededor una vez más y se dirigió a las escaleras. Ya había tenido bastante por ese día y aún debía pensar en el encuentro con Luanne. La puerta principal sonó al cerrarla y Hannah intentó no pensar en lo definitivo que había sonado el portazo mientras se apresuraba hacia su camioneta de galletas. Su vida amorosa, o la falta de ella, se estaba convirtiendo en un problema, pero no tenía tiempo para ocuparse de eso en ese momento. Norman podía esperar. Mike podía esperar. Lo importante era exculpar a Bill resolviendo el asesinato del *sheriff* Grant.



CAPÍTULO ONCE



La granja de la familia Ferguson era grande, con tierras que se extendían hasta donde alcanzaba la vista desde la casa de campo de dos plantas situada justo en medio de la finca. Hannah condujo hasta la propiedad, aparcó y siguió los carteles hasta el granero donde se celebraba la subasta. A medida que se acercaba, oía a Chuck Ganz, el subastador, pronunciar números y palabras tan rápido que casi parecía que hablara en otro idioma. Chuck le había dicho una vez que para ser subastador hacían falta tres cosas: una buena memoria para los números, una lengua ágil para escupirlos tan rápido como el oído pudiera oírlos y el valor de un oso pardo para ponerse delante de toda esa gente y arriesgarse a hacer el ridículo.

Parecía que la puja estaba terminando y Hannah se detuvo en la puerta abierta para escuchar un momento. Chuck estaba de pie en una plataforma en el extremo opuesto del cobertizo, gesticulando expansivamente y hablando sin parar. Vestido de negro de pies a cabeza, lucía una amplia corbata amarilla que, según él, era su rayo de sol personal en un día nublado. Era algo que decía al principio de cada subasta y que en realidad no tenía mucha gracia, pero a la

gente le gustaba Chuck y siempre se reían porque él esperaba que lo hicieran.

—Vendido por ochenta y tres dólares al caballero de la chaqueta de caza color canela —dijo Chuck, golpeando el podio con el mazo —. Pague en la banca al salir.

Hannah vio a Luanne sentada junto a una silla vacía en medio de la multitud. Varias personas se habían levantado para estirar las piernas y Chuck se estaba fortificando con otra taza de café del gran termo que guardaba detrás del podio. Hannah se dirigió al pasillo central entre las sillas plegables y pasó entre las rodillas para llegar a la silla vacía junto a Luanne.

—Hola, Hannah. —Luanne pareció sorprenderse al verla cuando Hannah se sentó en la silla—. ¿Has venido a pujar por algo?

Hannah se frotó la espinilla. Un hombre con botas vaqueras de punta se había movido justo cuando ella intentaba pasar a su lado.

—No, he venido a hablar contigo.

—Un momento. —Luanne miró su libro de subastas—. Tengo que pujar por algo en el siguiente lote.

La puja comenzó y Hannah vio cómo Luanne levantaba su paleta de subasta. Casi al mismo tiempo, Chuck la señaló y soltó una retahíla musical de números. Luanne volvió a levantar la paleta, pero esta vez Chuck la reconoció con un movimiento de cabeza y se giró para repetir otras pujas. Hannah se volvió para observar la habitación. Había paletas por todas partes. Luanne debía de estar pujando por un artículo muy popular. La puja se ralentizó una vez, vaciló, volvió a subir y se ralentizó una segunda vez. Si Hannah había juzgado correctamente la competencia, solo había una persona pujando contra Luanne, un hombre mayor con el pelo blanco como la nieve que llevaba un traje gris.

Hannah lo estudió subrepticiamente, pero no creía haberlo visto antes. Tal vez fuera uno de esos adictos a las subastas de los que Chuck le había hablado, la multitud de hombres y mujeres que recorrían el circuito de subastas en granjas, con la esperanza de hacerse con antigüedades a bajo precio que pudieran arreglar y

vender para obtener un suculento beneficio.

Chuck dijo «a las dos» antes de que Luanne volviera a levantar la pala. Tenía una expresión de aburrimiento en el rostro y se encogió de hombros ante el hombre del traje gris como diciendo: «No estoy segura de quererlo, pero haré una última puja». El hombre del traje gris frunció ligeramente el ceño y se encogió de hombros, bajó la paleta y la saludó con la cabeza.

—Vendido. A la guapa señorita del jersey verde —dijo Chuck, señalando a Luanne.

—¡Genial! —dijo Luanne, dedicándole a Hannah una sonrisa de triunfo—. A tu madre le va a encantar la rueca antigua que acabo de comprar.

Hannah le devolvió la sonrisa. Luanne tenía razón. A Delores le encantaban las ruecas. Pero hablar de antigüedades no era la razón por la que había ido a la subasta a ver a Luanne.

—De verdad que necesito hablar contigo, Luanne.

—Está bien. Solo déjame que escuche lo que viene a continuación.

Hannah observó cómo Chuck volvía a ocupar su lugar tras el podio. Golpeó el mazo para llamar la atención de todos y esperó a que la multitud guardara silencio.

—Lote número dos-seis-nueve, damas y caballeros. A este lo llamamos «nuestro paquete deportivo». Seis señuelos de pato pintados a mano, una cabeza de alce disecada en estado A-1, dos bolas de bolos, una caña y un carrete que han visto días mejores, y una caja de aparejos llena de señuelos de pesca.

Luanne se volvió hacia Hannah.

—Ahora ya podemos hablar. No voy a pujar por nada hasta que lleguen a los muebles de arriba. Carrie está interesada en una cama trineo que perteneció a la suegra de la señora Ferguson, y hay una cómoda de los años cincuenta que tu madre quiere para una decoradora que está diseñando el dormitorio de su cliente en estilo retro.

—No me gusta lo retro. Es tan de ayer.

—Pero es muy popular entre… —Luanne dejó de hablar cuando notó la sonrisa de Hannah—. Lo entiendo. Retro. De ayer. De verdad, Hannah…

—Lo siento. No he podido resistirme.

Hannah respiró hondo. Ese no era un lugar que invitara a las confidencias, pero nadie les estaba prestando atención y tenía que abordar el tema de la silla de oso con Luanne. Esta pareció captar el estado de ánimo de Hannah, porque empezó a fruncir el ceño.

—¿Qué pasa, Hannah? Pareces preocupada.

—Lo estoy. Necesito saber por qué Nettie Grant compró un sillón con forma de oso para Suzie las pasadas Navidades.

—¡Oh! —Luanne se sobresaltó tanto que se llevó las manos a la cara. Por desgracia, la paleta seguía en su mano derecha y Chuck lo interpretó como una puja y la anunció. Tanto Luanne como Hannah escucharon con el ceño fruncido mientras Chuck buscaba otras pujas en la sala, pero nadie parecía comprar. Tras varios minutos más de charla, Chuck señaló a Luanne y anunció que había ganado.

—Lo siento, Luanne —dijo Hannah con pesar. No había sido su intención hacer que Luanne pujara por algo que no quería.

—No pasa nada. Solamente son diez dólares más que la puja mínima.

—¿Cuánto es eso? —preguntó Hannah, que ya estaba pensando en reembolsar a Luanne por su pérdida.

—Cuarenta dólares. La cabeza de alce vale el triple y podemos conseguir diez dólares o más por cada señuelo.

—¿Así que te ha salido bien? —Luanne asintió y Hannah soltó un gran suspiro de alivio—. Bueno. Vámonos de aquí antes de que te haga pujar por otra cosa.

Después de unos cuantos «lo siento», Hannah y Luanne finalmente salieron del granero y se dirigieron a la casa por el camino lleno de baches. Estaba desierta, pero Hannah se dirigió con paso firme hacia la cocina.

—¿No hay sillas? —preguntó, mirando la habitación vacía.

—Las han vendido con la mesa de la cocina —dijo Luanne,

colocándose a la derecha del fregadero—. Las he comprado yo.

—Bueno… Siempre podemos usar la encimera —dijo Hannah, subiéndose a la encimera de la cocina y esperando hasta que Luanne hubiera hecho lo mismo al otro lado del fregadero.

—Nettie le compró a Suzie esa silla porque es su abuela —soltó Luanne mientras sus ojos se encontraban con los de Hannah en una mirada fija—. Jamie Grant era el padre de Suzie.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabía, ni siquiera mi madre. —Luanne dio un profundo suspiro—. Y sigue sin saberlo. Pero, ahora que lo has descubierto, supongo que no tiene sentido guardar el secreto.

Hannah hizo una mueca de dolor, sintiéndose muy culpable.

—Lo siento, Luanne. Sé que es asunto tuyo, pero…

—Tienes que saberlo. —Luanne terminó la frase por ella—. Está bien, Hannah. Estoy segura de que no se lo dirás a nadie si no es necesario. Además…, la razón por la que no pude decírselo a nadie antes es…, eh… No hay forma educada de decir esto, pero… mi razón está muerta.

—¿El *sheriff* Grant?

—Sí. Me amenazó con causarme todo tipo de problemas si lo contaba.

Hannah escuchó mientras Luanne completaba la información. El verano antes de empezar el último curso en el Instituto Jordan, Luanne fue con su madre a limpiarla comisaría del *sheriff*. Allí conoció a Jamie, que había vuelto de la universidad. Mientras Hannah asentía con empatía, Luanne le habló de las calurosas tardes de verano en las que salía a encontrarse con Jamie al final de Old Bailey Road. Si les apetecía ir a algún sitio, veían una película en el centro comercial o se iban al lago Eden a nadar por la noche. Otras veces, cuando querían estar solos, Jamie se llevaba un *pack* de cervezas y aparcaban en el viejo camino maderero que daba al lago. Luanne estaba encantada de salir con un universitario y vio a Jamie casi todas las noches durante las dos semanas anteriores a que se marchara para volver a la universidad.

—Sé que fui una tonta —admitió Luanne con un suspiro.

—Muchas chicas lo son a los dieciséis años —dijo Hannah, recordando lo emocionadas que estaban sus amigas cuando un graduado del Instituto Jordan que había vuelto a casa de vacaciones como universitario le pedía una cita a una de ellas—. ¿Cuándo descubriste que estabas embarazada?

—No lo supe hasta que Jamie se fue. Le escribí una carta para contárselo en la que le decía que quería quedarme con el bebé. Realmente creo que le importaba y que habría hecho lo correcto. Quizá no nos hubiéramos casado, pero sé que me habría ayudado con el bebé. Pero al día siguiente de enviar la carta Jamie murió en el accidente de coche. Ni siquiera pudo leerla.

—¿Qué pasó con la carta?

—Alguien de la residencia metió en una caja todas las cosas de Jamie, incluida mi carta sin abrir, y se la envió a los Grant.

—¿Abrieron tu carta?

—Sí, y ambos la leyeron. El *sheriff* Grant hizo prometer a Nettie que guardaría silencio al respecto y se mantendría alejada del bebé.

—¿Pero por qué? —Hannah estaba sorprendida.

—Porque soy basura… Al menos eso es lo que me dijo el *sheriff* Grant. —Luanne respiró hondo y se sentó un poco más recta—. Dijo que me había quedado embarazada a propósito para obligar a Jamie a que se casara conmigo. Incluso me acusó de seducirlo.

Hannah soltó un pequeño bufido.

—Primero, sabes que no eres basura. Y segundo, como reza el dicho, «hacen falta dos para bailar un tango».

—Lo sé, y el *sheriff* Grant también, pero no quiso admitirlo. Fue a casa a verme y me dijo que si alguna vez le contaba a alguien que estaba embarazada de Jamie, me haría la vida imposible.

—Eso es bastante duro —comentó Hannah, con el ceño cada vez más fruncido.

—Lo sé. Era un hombre duro. Me dijo que el nombre y la memoria de su hijo eran intocables y que se aseguraría de que siguieran siéndolo. También me dijo que si era inteligente y

mantenía la boca cerrada, no tendría que cambiar a ningún miembro del personal de la comisaría.

Hannah se quedó perpleja.

—¿Qué quería decir con eso?

—Mi madre tenía un contrato para limpiar allí tres veces por semana. Era nuestra principal fuente de ingresos.

Hannah sintió náuseas.

—¿Así que te obligó a guardar silencio amenazando con despedir a tu madre?

—No amenazó, al menos no exactamente, pero yo sabía que despediría a mi madre en un santiamén si no cooperaba.

—¿Por eso guardaste silencio sobre el padre de Suzie?

—Esa fue una razón. La otra fue que no era asunto de nadie más que de Jamie y mío. Y Jamie estaba muerto.

—Y ahora también el *sheriff* Grant —dijo Hannah, entrecerrando ligeramente los ojos—. Debe de ser un alivio que ya no pueda amenazarte.

Luanne tragó saliva.

—¿Recuerdas cuando se me cayó el paragüero? Fue porque tengo mucho miedo. Estoy metida en un buen lío, Hannah, y todo va a salir a la luz.

—¿Sobre el padre de Suzie?

—Eso es solo una parte. Cuando la gente se entere de que el *sheriff* Grant me amenazaba, pensarán que yo lo maté.

—¿Lo hiciste? —La pregunta se escapó antes de que Hannah tuviera tiempo de frenarla.

—¡No! ¡Por supuesto que no lo maté!

—Entonces deja de preocuparte.

—No puedo. Voy a ser sospechosa en cuanto alguien se entere de la pelea que tuve con el *sheriff* Grant.

—¿Pelea? —Hannah aguzó el oído—. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué os peleasteis?

Luanne respiró hondo.

—El cuándo fue el lunes por la noche y el dónde, en el

aparcamiento del instituto. El porqué es que Nettie me llamó y me ofreció la otra mitad de su dúplex. El *sheriff* Grant se enteró y me estaba esperando cuando llegué al aparcamiento.

—Vale —dijo Hannah, recordando el altercado que Kate Maschler había oído por casualidad entre Nettie y el *sheriff* Grant—. ¿Aceptaste la oferta de Nettie?

—No. Quería hacerlo, pero me preocupaba cómo reaccionaría el *sheriff Grant*. Le dije a Nettie que nos encantaría mudarnos, pero solo si el *sheriff estaba* de acuerdo.

Hannah ya sabía que el *sheriff* Grant se había opuesto con vehemencia y que se había peleado con Nettie por ello.

—Cuéntame todo lo que pasó aquella noche en el aparcamiento —le pidió.

—Quería ir a tu clase esa noche, pero un cliente entró justo cuando estaba lista para cerrar. Lo atendí todo lo rápido que pude y luego conduje directamente al instituto. El *sheriff* Grant estaba en el aparcamiento y me hizo señas para que me acercara a su coche. Parecía muy enfadado.

—¿Cómo te diste cuenta con solo mirarlo?

—Bueno…, tenía la cara roja y se movía de esa forma impaciente que tenía. Ya sabes…, como brusco. No quería hablar con él, pero pensé que no podía pasar de largo e ignorarlo.

—Entiendo —dijo Hannah—. Continúa.

—Me acerqué a su coche. Estaba comiendo algo… Creo que era un *cupcake…* Lo dejó en una bolsa en el asiento. Dijo que sabía que Nettie me había ofrecido el dúplex.

—¿Qué le dijiste?

—Intenté explicarle que no había aceptado, pero me gritó y me acusó de aprovecharme de Nettie porque echaba mucho de menos a Jamie. Y luego dijo que, por lo que sabían, Jamie ni siquiera era el padre y Suzie era hija de otra persona. Y luego dijo que Suzie era una… una…

—No importa —interrumpió Hannah rápidamente—. Me imagino lo que dijo. ¿Cómo reaccionaste?

—No pude decir nada. Estaba demasiado nerviosa. Él era tan horrible y me dijo cosas tan feas… Sabía que iba a llorar, así que corrí a mi coche y me fui lo más rápido que pude.

—¿Adónde fuiste?

—Volví a Granny's Attic y me quedé allí sentada un rato. No quería ver a nadie hasta que me calmara. Cuando terminé de llorar y me lavé la cara, conduje hasta casa.

—¿A qué hora llegaste?

—Un poco antes de las nueve. Miré el reloj de la cocina cuando entré.

—¿Y el *sheriff* Grant seguía vivo cuando saliste del aparcamiento del instituto?

—Oh, sí —dijo Luanne, temblando ligeramente—. Lo vi por el retrovisor, de pie junto a su coche y haciéndome gestos con el puño.

—¿A qué hora fue eso?

—No estoy segura. Sé que entré en el aparcamiento cinco minutos después de las ocho. Recuerdo que miré el reloj cuando salí del coche para ver lo tarde que iba a llegar a tu clase. No creo que hablara con el *sheriff* Grant más de un par de minutos, así que debían de ser las ocho y diez.

—Bastante cerca —dijo Hannah, haciendo una nota mental para añadir la información de Luanne a su cuaderno—. ¿Alguien más te vio con el *sheriff* Grant?

Luanne frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No lo creo. Si así fuera, ya habrían dicho algo. Había muchos coches en el aparcamiento, pero, por lo que sé, todo el mundo estaba dentro del instituto.

—Eso es todo lo que necesito por ahora, Luanne. —Hannah se deslizó hacia abajo desde su posición en la encimera—. Gracias por ser tan sincera conmigo.

—¿Tienes que contarle a alguien lo del padre de Suzie?

—No, pero estoy bastante segura de que madre ya lo ha descubierto.

—Eso es lo que me temía. —Luanne parecía preocupada—. Sé

que iba a ir a The Pink Giraffe y tu madre podría sacarle información hasta a una roca si quisiera y la roca ni se enteraría.

—Cierto —convino Hannah con una sonrisa. Delores podía obtener información sin esfuerzo. Andrea había heredado esa misma habilidad, y Hannah deseaba tenerla también.

—¿Crees que se lo dirá a alguien?

—¿Madre? —Hannah no dijo nada más. Se quedó mirando a Luanne con incredulidad.

—No importa. —Luanne parecía un poco avergonzada—. Sé que es mejor no preguntar eso. Si tu madre aún no se lo ha dicho a nadie, es solo cuestión de tiempo.

—Le he dicho que no diga nada hasta tener noticias mías, y eso debería retenerla un par de horas. Yo, en tu lugar, llamaría a madre y a Carrie y se lo diría. Tal vez nada de esto tenga que salir a la luz, pero no estaría de más tenerlas de tu lado, por si acaso.

—Tienes razón. Eso sería lo más inteligente. ¿Crees que me despedirán cuando sepan quién es el padre de Suzie?

Hannah se quedó mirando a Luanne con asombro.

—Te contrataron sin saber quién era el padre de Suzie. ¿Por qué iba a cambiar algo si lo supieran?

—¿Entonces no crees que les importe?

—Oh, les importará, e intentarán convencerte para que te mudes con Nettie.

—¿Porque ahora está sola? —Luanne parecía un poco triste ante la idea.

—No, porque si vives en la ciudad, pueden hacer que trabajes más horas.



CAPÍTULO DOCE



A la mañana siguiente, Hannah se despertó con un ronroneo felino. El ronroneo se hizo más fuerte y, cuando abrió los ojos en la penumbra de la madrugada, vio un par de ojos amarillos que la miraban expectantes.

—Vale, me levanto —dijo Hannah, incorporándose con un gemido y alargando la mano para apagar el despertador, que iba a sonar en cualquier momento. Moishe solía despertarla justo antes de que sonara la alarma y a ella no le importaba. Amanecer con un ronroneo era mucho más agradable que hacerlo con un pitido electrónico que le perforaba los tímpanos.

Hannah metió los pies en las zapatillas forradas de pelo que siempre dejaba cerca de la cama y caminó por el pasillo hasta la cocina.

—Vamos, Moishe. Estoy demasiado cansada como para pelearme contigo esta mañana. Te daré lo que tú quieras para desayunar.

Aunque sabía que no debía, Hannah había cedido la noche anterior y había llenado el cuenco de Moishe con su pienso habitual. El sexto consejo de la lista del veterinario para convencerlo de que comiera comida para mayores no había funcionado mejor que los

cinco anteriores. El intento de esa noche consistió en rociar el cuenco con el líquido de una lata de atún y, por un momento, Hannah pensó que iba a tener éxito. Moishe se dirigió directamente a su cuenco de comida y lamió las bolitas con gusto. Por desgracia, eso fue todo lo que hizo. Cuando Hannah examinó su comida más de cerca, descubrió que Moishe había lamido todo el líquido con sabor a atún y había dejado las croquetas sénior, inmaculadas e intactas, en el cuenco.

El café estaba listo y Hannah se sirvió una taza. Tomó un sorbo vigorizante y se dirigió al armario de las escobas, donde guardaba la comida habitual de Moishe. Cuando el gato hubo comido y bebido, Hannah se tomó la taza de café y se apresuró a ducharse y vestirse. Hannah solía presumir de que era capaz de prepararse para el trabajo con el piloto automático, sin abrir los ojos por completo. Esa mañana no era una excepción y, quince minutos después, Hannah entró de nuevo en la cocina. Tenía los ojos bien abiertos, el pelo seco y estaba vestida adecuadamente para su jornada laboral con unos vaqueros y una camiseta de manga larga con la leyenda TÓMATE LA VIDA CON UNA PIZCA DE CHOCOLATE.

El cuenco de Moishe estaba vacío y Hannah lo rellenó antes de sentarse a la mesa de la cocina con una taza de café recién hecho y lo que había llegado a considerar su libro de crímenes, el bloc de notas forrado de verde que llevaba siempre consigo. Este cuaderno no era diferente de la docena de blocs de notas que tenía en todas las habitaciones de su apartamento. También los había llevado a The Cookie Jar y los había colocado en la cocina, el trastero, la despensa y la cafetería. Tal vez fuera por todos esos años de asistir a clases en la universidad y tomar notas, pero Hannah tendía a considerar que si la pillaban sin papel y bolígrafo era un pecado incluso peor que sustituir la mantequilla por margarina en una de sus recetas de galletas.

¿Qué sabía del asesinato del *sheriff* Grant? Hannah hojeó sus notas. Según el informe de la autopsia, el *sheriff* murió entre las ocho y las nueve y media y la causa de la muerte fue un golpe en la

cabeza con un objeto contundente. El *sheriff* Grant se encontraba a unos metros de su coche cuando fue agredido. A continuación, el asesino arrastró el cuerpo al menos diez metros hasta el contenedor del instituto y lo arrojó dentro.

Hannah se detuvo y miró las notas. Tal vez no fuera tan importante, pero debía averiguar si el *sheriff estaba* vivo o muerto cuando el asesino lo arrastró hasta el contenedor. Andrea podía conseguirle esa información. Lo único que tenía que hacer su hermana era llamar al doctor Knight, hacerle una pregunta inventada sobre el embarazo y conseguir que le hablara de la autopsia.

Una vez que Hannah hubo anotado en su lista de cosas por hacer «Contenedor: ¿vivo o muerto?», cerró el cuaderno con un toque y cogió su chaqueta. Pero antes de meter el brazo en la manga sonó el teléfono.

—Madre —murmuró Hannah, ganándose un pequeño gruñido de Moishe. Delores Swensen no figuraba en su lista de personas favoritas, ni siquiera de las que podía tolerar. Hannah dejó caer la chaqueta y alcanzó el teléfono—. Hola, madre.

—No soy madre. Soy yo. —Oyó la voz de Andrea—. Pero te llamo por madre. ¿Tú sabes qué le pasa?

—Muchas cosas, pero es nuestra madre y la queremos igual —respondió Hannah con una sonrisa.

—¡No bromees, Hannah! De verdad creo que le pasa algo. Madre no es la misma de siempre y… y… Anoche no pude dormir pensando en ello. Por eso llamo tan temprano.

—Cálmate, Andrea. Preocuparte no es bueno para el bebé. ¿Qué quieres decir con que madre no es la misma de siempre?

—Bueno, ya sabes lo que siente por Tracey. Madre la adora, ¿verdad?

—Absolutamente.

—Y le encanta pasar tiempo con ella.

—Es verdad, le encanta.

—Bueno, pues anoche la llamé y le pregunté si quería ir a la

biblioteca con nosotras el próximo sábado. Tienen un programa especial para niños y sus abuelos.

—Esas cosas le encantan a madre.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo Andrea con un suspiro—, pero no parecía muy entusiasmada. Y luego, cuando le sugerí que se llevara a Tracey después de la actividad y se quedara con ella toda la noche, me dijo que tendría que confirmármelo, que quizá tuviera otros planes.

Hannah frunció el ceño. Su madre no era así en absoluto. A Delores le encantaba pasar la noche con Tracey y su nieta siempre era lo primero.

—¿Qué otros planes tiene madre? ¿Le preguntaste?

—Claro que sí, pero me dijo que no era asunto mío. Y luego me dijo que recordara que ella también tenía su propia vida.

Hannah se quedó boquiabierta.

—¿Madre tiene una vida?

—Eso es lo que dijo. ¿Crees que es un hombre?

—¡¿Madre?! De ninguna manera.

—Pero lo averiguarás, ¿verdad? Eres muy buena investigando, Hannah.

—Lo intentaré —dijo Hannah de mala gana, añadiéndolo mentalmente a su lista de cosas por hacer, justo detrás de resolver el asesinato y exculpar a Bill, y justo por delante de intentar llevar un negocio y conseguir que su testarudo gato se comiera su nueva comida—. Te avisaré en cuanto sepa algo.

—Bien. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Hannah se aguantó las ganas de decir: «Deja de darme cosas que hacer», y miró su bloc de notas.

—Puedes ayudar con la investigación del asesinato. Piensa en alguna excusa para llamar al doctor Knight y a ver si consigues que te diga si el *sheriff Grant* estaba muerto cuando el asesino lo metió en el contenedor.

—¡Qué asco!

—Lo sé, pero no quiero pedirle favores a Mike y Bill no puede

enterarse esta vez.

Andrea suspiró.

—Tienes razón. Lo haré hoy. No estoy tan mareada como ayer. Y de paso me llevaré todos los resultados de la autopsia.

—¿Crees que Doc te lo dirá?

—Por supuesto. Soy agente inmobiliaria. Estamos entrenados para conseguir información.

Hannah dio las gracias a su hermana y colgó el teléfono. Acababa de llenar el comedero y el bebedero de Moishe y estaba guardando el bloc de notas en el bolso cuando volvió a sonar el teléfono. Lo cogió, volvió a sentarse en la silla y sacó el cuaderno.

—¡Qué rápido! ¿Qué ha dicho Doc?

—¿Qué ha sido rápido?

Hannah gimió al reconocer la voz de su madre.

—Creía que eras Andrea. Había quedado en llamarme.

—¿Le pasa algo al nuevo bebé?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—Como has mencionado a Doc…

Hannah empezó a sonreír. Tal vez podría utilizar la preocupación de su madre por Andrea a su favor.

—Es que Andrea me ha llamado hace un par de minutos.

—¡Pero si aún no son las seis y media!

—Lo sé. Tenía problemas para dormir. Le dije que llamara a Doc y tal vez él pudiera darle algo.

—Buena idea. La pobre estará muy preocupada por Bill.

—En realidad, no. —Hannah respiró hondo y se preparó para clavar el clavo—. Andrea está preocupada por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué iba a preocuparse por mí?

—Me ha dicho que no quieres quedarte con Tracey el próximo sábado por la noche. Y cuando te preguntó por qué, le dijiste que tenías una vida.

—Oh. —Delores guardó silencio durante un largo rato—. Bueno… Supongo que podría cambiar mis planes y quedarme con Tracey si es tan importante para ella.

—¿Qué planes son esos, madre?

—No son de tu incumbencia, querida. Puede que sea tu madre, pero tengo derecho a cierta intimidad cuando se trata de mi vida personal.

Hannah lo dio por perdido. Su madre era casi tan testaruda como Moishe. Cuando Delores decidía guardar un secreto, nadie podía arrancárselo.

—De acuerdo, madre. No lo discutiremos más.

—Bien. Eres una hija muy sensata, Hannah. Excepto cuando se trata de hombres. Que pudieras salir con ese horrible Mike Kingston no me entra en la cabeza.

Hannah no mordió el anzuelo. Era demasiado temprano para pelear.

—Tengo que ir a trabajar, madre. ¿Querías algo en concreto?

—Sí. Gracias por recordármelo, querida. Llamaba para decirte que el funeral del *sheriff Grant* será el domingo en el Instituto Jordan a las dos.

—¿En el instituto?

—Sí, en el auditorio. Es el único sitio lo suficientemente grande. Era muy querido y esperan una gran asistencia. Irás, ¿verdad?

Hannah suspiró. Odiaba los funerales.

—No lo sé, madre.

—Bueno, tienes que ir. El asesino siempre aparece junto a la tumba.

—¿Qué?

—Eso es lo que pasa en las películas. Por cierto, todos los negocios del pueblo cerrarán el sábado a mediodía en señal de respeto.

—¿En serio? —Hannah se sorprendió. Era la primera noticia que tenía.

—Lo harán cuando lean el aviso en el periódico. Carrie y yo lo hemos redactado y Rod prometió publicarlo hoy.

—De acuerdo, madre —dijo Hannah. Con Delores y Carrie encabezando la iniciativa, cualquier negocio de Lake Eden que no

cerrara el sábado a mediodía sería duramente criticado.

—Andrea debería ir al funeral —continuó Delores—. Está bien que Bill no vaya, ya que es sospechoso, pero la familia debe estar representada.

—¿Andrea irá contigo? —preguntó Hannah, mirando su reloj con forma de manzana. Las manecillas avanzaban inexorablemente y si quería terminar la mayor parte de la repostería antes de que llegara Lisa, tendría que marcharse en menos de cinco minutos.

—No puede ir conmigo, querida. El Club Romántico de la Regencia va a hacer algo especial. Llegaremos todas juntas y nos sentaremos detrás de Nettie en señal de apoyo.

—Qué bien, madre —dijo Hannah con recelo. Tenía la sensación de que sabía lo que venía a continuación.

—Por eso quiero que te lleves a Andrea. Llámala en cuanto llegues al trabajo y dile que crees que debería ir contigo.

Hannah estaba a punto de decir que seguía sin estar segura de asistir al funeral del *sheriff* Grant, pero antes de que pudiera abrir la boca Delores se despidió y colgó.

—Lo ha vuelto a hacer —le dijo Hannah a Moishe, que miraba el teléfono con las orejas gachas. Siempre parecía saber cuándo llamaba su persona menos favorita. A Delores le gustaba ser la que terminara la conversación y colgara primero, y normalmente lo conseguía. Era lo habitual en la mujer que siempre quería tener la última palabra.



CAPÍTULO TRECE



Cuando llegó el domingo por la mañana, Hannah se sentía terriblemente frustrada. Había probado el resto de los consejos de la lista y Moishe ni siquiera se había acercado a su nueva comida. Pensaba llamar al doctor Bob por la mañana para ver si tenía alguna sugerencia nueva, pero por el momento no sabía qué más hacer. Y, como no tenía ganas de pelear con su terco compañero de cuarto esa mañana, cedió de nuevo. Moishe emitió un sonido mitad ronroneo, mitad maullido de agradecimiento cuando Hannah le llenó el cuenco con su pienso de siempre. Pero, en lugar de correr a engullirlo como solía hacer, se acercó para frotarse contra sus tobillos.

—De nada —dijo Hannah, sirviéndose su segunda taza de café—. Puedes ir a comer. Yo me sentaré en la mesa de la cocina a ver si me despierto.

Mientras Moishe masticaba alegremente, los pensamientos de Hannah se volvieron hacia el asesinato del *sheriff* Grant. En términos generales, no había llegado a ninguna conclusión, pero una de sus preguntas había sido respondida. Aunque el doctor Knight se había negado a darle a Andrea una copia del informe de la autopsia, había

contestado a su pregunta extraoficialmente. El golpe que el *sheriff* Grant recibió en la parte posterior del cráneo lo había matado casi instantáneamente.

La lista de sospechosos de Hannah iba en aumento, aunque dudaba que alguno de ellos hubiera asesinado al *sheriff* Grant. Estaban Nettie, que no tenía coartada, y Luanne, que tampoco la tenía. Luego estaba Bill, pero Hannah se negó a añadirlo a su lista de sospechosos. Hubiera sido genial si hubieran podido rastrear la segunda llamada de Bill, pero Hannah llamó a todas las empresas de tejados del condado y descubrió que ninguna utilizaba *marketing* telefónico. Andrea y Tracey habían conducido por todas partes buscando a alguien que tuviera un tejado nuevo o que estuviera reparando el viejo, y Herb había estado al tanto por si veía algún camión de techadores en sus rondas. Todos habían hecho lo que habían podido, pero el techador que podía, o no, haber estado trabajando en la zona de Lake Eden seguía sin aparecer.

Tras otro vigorizante sorbo de café, Hannah se levantó y se estiró. Era hora de empezar el día. The Cookie Jar no abría los domingos, pero decidió ir de todos modos para hacer inventario de las provisiones. Como era un trabajo relativamente sencillo que no le llevaría más de un par de horas, se vistió con algo apropiado para un funeral, y se puso un delantal por si acaso.

—¡Ya puedes sonar! —murmuró Hannah desde lo alto del taburete, cuando el teléfono del obrador de The Cookie Jar comenzó a sonar. Esperó a que sonara tres veces haciendo malabarismos con un bote de cacao en una mano y una bolsa de coco rallado en la otra. Le resultaba casi imposible ignorar un teléfono que sonaba. Podría ser una emergencia, algo a lo que debía responder de inmediato. Podría ser Bill, diciendo que Andrea se había puesto de parto. Podría ser Norman, desde la convención dental, que la llamaba a la tienda porque no había podido localizarla en su apartamento. Podría ser Mike, diciendo que había atrapado al asesino y que Bill podía volver

a trabajar. Y podría ser un vendedor, lo cual era mucho más probable, incluso en domingo.

Hannah se apresuró y cogió el teléfono.

—The Cookie Jar. Soy Hannah.

—¡Oh, Hannah! ¡Estoy tan contenta de haberte pillado!

Hannah agarró el teléfono un poco más fuerte. Era Andrea y sonaba agotada.

—¿Qué pasa, Andrea?

—¡Oh, oh! Espera un momento, ¿vale?

Hannah escuchó el sonido de la línea. Oyó pasos suaves y luego un golpe y un clic como una puerta cerrándose y un candado.

—¿Andrea?

—No pasa nada. Ya estoy aquí. —La voz de Andrea no era mucho más que un susurro.

—¿Dónde es aquí?

—En el baño.

—¿Por qué susurras?

—Porque Bill acaba de volver al dormitorio y no quiero que oiga lo que estoy diciendo. Espera otra vez, Hannah. Está llamando a la puerta.

Hannah esperó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Oyó que Andrea le decía algo a Bill, pero el sonido estaba amortiguado. Luego escuchó lo que parecía agua corriendo.

—¿Andrea?

—Sigo aquí. Acabo de decirle a Bill que me has llamado y que he tenido que coger el teléfono aquí, porque tenía que… Ya sabes. ¿Puedes venir a recogerme antes, Hannah? ¡Por favor!

Hannah miró hacia la despensa abierta. Acababa de empezar el inventario y si lo dejaba, tendría que volver por la mañana temprano para terminar. Por otro lado, podía traer a Andrea a la tienda y que ella anotara las cosas mientras Hannah hacía el recuento.

—Podría ir antes, pero ¿por qué?

—Bill está limpiando mi armario. Intento ser comprensiva, pero no para de preguntarme por qué guardo ciertas cosas, ¡y quiero

matarlo! —Se oyó un resoplido de Andrea que inspiraba hondo y volvía a soltar el aire—. Es terrible, Hannah. Hasta me ha dicho que debería tirar ese maravilloso par de zuecos rojos que compré en el centro comercial el verano pasado.

Hannah recordó los zuecos. Andrea había aprovechado unas rebajas de zapatos y había pagado solo cinco dólares por ellos.

—Pero me dijiste que te dolían los pies cuando te los ponías y que prácticamente no podías andar.

—Lo sé, pero es solo cuestión de acostumbrarse a ellos, eso es todo.

—¿Quieres decir que tienes que domarlos?

—No exactamente. Los zuecos son de madera. No se dan de sí. Pero mis pies se adaptarán.

Hannah quiso decirle que los pies no deberían adaptarse a los zapatos; los zapatos deberían adaptarse a los pies. Andrea estaba loca si pensaba lo contrario, pero Hannah resistió el impulso. No era un comentario cálido y de apoyo para hacerle a una hermana que empezaba a parecerse al muñeco de Michelin.

—Entonces, ¿puedes recogerme antes, Hannah? No sé cuánto más podré aguantar con esta limpieza del armario.

—Claro —dijo Hannah, no queriendo negarle nada a Andrea en esa etapa de su embarazo—. ¿Puedes estar lista en quince minutos?

—Puedo estar lista en menos que eso. Date prisa, Hannah. Me está volviendo loca y tengo miedo de decir algo de lo que luego me arrepienta. Lo amo, ¿sabes?

—Lo sé.

Hannah colgó con el sonido de una cisterna. Andrea estaba haciendo todo el paripé para convencer a Bill de que había tenido que coger el teléfono en el baño.

—Ahí está madre —dijo Andrea, dándole un codazo a Hannah mientras entraban en el vestíbulo del auditorio del Instituto Jordan. Aunque habían llegado con media hora de antelación, el Club

Romántico de la Regencia de Lake Eden ya estaba allí al completo.

Hannah miró en la dirección de la mirada de Andrea y captó el gesto de su madre.

—Oh, oh. Quiere que vayamos.

—Será mejor que lo hagamos —dijo Andrea con un suspiro, dando un paso en dirección a su madre—. Es probable que quiera criticar tu atuendo.

—¿Qué tiene de malo mi atuendo? —Hannah miró su vestido azul marino y sus zapatos.

—Nada, pero madre le encontrará algo. ¿Quieres que la neutralice?

—Sería estupendo. ¿Crees que podrás?

—Por supuesto. Atenta.

Andrea se acercó a su madre y le susurró algo al oído. Delores pareció sorprendida un momento y luego sonrió de oreja a oreja, una expresión inusual en un funeral. Hubo otro intercambio de susurros. Las dos se separaron y Andrea volvió al lado de Hannah.

—Hay tanta gente que casi me tiran mientras volvía. Madre te manda saludos. Vamos a hablar con más gente antes de que recuerde de qué quería hablarnos.

Hannah echó un vistazo a la multitud y vio a Beatrice Koester.

—Ahí están Beatrice y Ted. Quiero preguntarle sobre los *cupcakes* de su madre.

—¿Los del ingrediente secreto?

—Sí. Ponte detrás de mí y yo abro paso.

Hannah cruzó el abarrotado vestíbulo abriéndole paso a su hermana. Beatrice iba, como siempre, de punta en blanco con un vestido gris marengo de cuello blanco. Ted, sin embargo, iba tirando de las mangas de su traje y Hannah estaba segura de que preferiría llevar puesto el mono de trabajo y estar remolcando un coche con su camión.

—Me alegro de que estés aquí, Ted —dijo Hannah, una vez que hubo saludado a Beatrice y se aseguró de que Andrea le daba conversación.

—¿Por qué? —Ted frunció ligeramente el ceño y sus pesadas cejas casi se tocaron.

—He estado intentando averiguar el ingrediente de los *cupcakes* de tu madre.

—Beatrice lo ha estado probando en casa y nunca me habían metido tantos *cupcakes* malos por el gaznate. Al final tuve que decirle que parara.

—Oh —dijo Hannah, conteniendo una sonrisa ante la imagen mental que habían creado las palabras de Ted. Beatrice era una mujer pequeña, apenas medía metro y medio, mientras que Ted superaba el metro ochenta y parecía capaz de comerse una vaca entera para desayunar—. He pensado que podría ser de ayuda que me describas los *cupcakes* de tu madre.

—Dé chocolate. Y cuando los mordías, no era todo aire. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí. ¿Eran contundentes?

—¡Ya lo creo! —Ted esbozó una sonrisa, mostrando un diente plateado. Hannah recordó a Norman diciendo que le gustaría hacerle una carilla de porcelana para taparlo—. Una caja de sus *cupcakes* probablemente pesaba tanto como un filtro de aire.

Hannah tuvo unas ganas locas de reír, pero en vez de eso hizo otra pregunta:

—¿Qué más recuerdas de ellos?

—El glaseado. El mejor glaseado de chocolate que he comido nunca. Mi madre era una gran cocinera.

—Estoy segura —dijo Hannah, preguntándose si alguna vez tendría un hijo que dijera lo mismo de ella—. ¿Había algo inusual en los *cupcakes*? ¿Algo que no hayas mencionado?

Ted pensó un momento y luego asintió.

—Sí. Los moldes de papel eran de lámina de oro; se los encargaba a una tienda de Chicago.

Antes de que Hannah pudiera siquiera pensar en hacer otra pregunta, las puertas del auditorio se abrieron y la gente empezó a entrar. Los Koester se pusieron en fila con los demás dolientes, pero

Andrea agarró a Hannah de la mano y la arrastró hacia la puerta lateral, para evitar al gentío.

Alguien, sin duda Digger Gibson, el director de la funeraria de Lake Eden, había dispuesto que sonara una suave música de órgano por el sistema de sonido del auditorio. Hannah reconoció la melodía. Digger había tocado la misma pieza en el funeral de su padre y eso le trajo recuerdos tristes.

—Odio los funerales —suspiró.

—Yo también —Andrea se hizo eco del sentimiento y le indicó a Hannah que se sentaran en la última fila de asientos del lado izquierdo del auditorio—. Tú coge el segundo asiento y yo el del pasillo. Así tendremos esta fila para nosotras solas.

Hannah se puso de lado para ocupar el segundo asiento.

—Solo hasta que alguien nos pida que nos pongamos de pie para poder pasar.

—Eso no ocurrirá. —Andrea se sentó en el asiento del pasillo y señaló el respaldo, solo le faltaba un centímetro para tocarle el estómago—. Como estoy tan grande, nadie cabe por aquí. Y no creo que tengan el valor de pedirme que me levante.

Hannah contuvo una sonrisa mientras dejaba el bolso en el asiento vacío de al lado. Parecía que el embarazo tenía algunas ventajas. Estaba a punto de decirlo cuando Sean y Don, los gemelos que regentaban la gasolinera y la tienda de la autopista, entraron por la puerta lateral y ocuparon los asientos situados justo delante de ellas.

—Hola, Andrea. Hannah —las saludó Sean o Don.

Hannah no podía distinguirlos porque llevaban trajes en lugar de las camisas del Quick Stop con los nombres bordados en los bolsillos.

—Hola, Sean —dijo Hannah, decidiendo que valía la pena intentarlo, ya que tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar.

—Yo soy Don. Él es Sean.

—Unas veces se gana y otras se pierde —murmuró Hannah en

voz baja—. Lo siento, chicos. Ya sabéis que no puedo distinguiros. ¿Quién está cuidando de la tienda?

—Hemos cerrado —dijo el otro gemelo, el que, según sabía ahora Hannah, se llamaba Sean—. Hemos pensado que debíamos venir al funeral para demostrar que no estábamos enfadados con *e| sheriff Grant*.

—¿Enfadados? —Hannah enarcó las cejas.

Don asintió.

—Nos dijo que ya no podíamos vender los bombones rellenos de licor. Sean le explicó que nunca se los vendemos a los niños, pero el *sheriff* Grant dijo que no importaba, que si tenían una gota de alcohol, necesitábamos una licencia de licor.

—Y eran nuestros dulces más vendidos —se quejó Sean.

—No creo que nos hubiera importado tanto —continuó Don—, pero se acercó a la estantería, los metió todos en una caja y los confiscó.

—Y podríamos haberlos devuelto y recuperar el dinero —añadió Sean.

—¿Eso es legal? —preguntó Hannah, mirando a Andrea.

—No lo sé. —Andrea se encogió de hombros y entornó los ojos —. Imagino que estabais muy enfadados.

—Estábamos que echábamos humo —admitió Don, evidentemente sin darse cuenta de que acababa de darles un móvil para el asesinato.

—Sí que lo estábamos. —Sean parecía un poco avergonzado—. Quería ir a la comisaría y exigir que nos los devolviera, pero Don me lo impidió.

—Le dije que no era inteligente hacer enfadar a un *sheriff del* condado. Y luego, cuando descubrimos que había sido asesinado, me alegré mucho de haber impedido que Sean fuera allí.

—Yo también me alegré —añadió Sean, levantándose para dejar pasar a algunas personas a su fila.

Mientras los gemelos conversaban con sus nuevos compañeros de asiento, Andrea le dio un codazo a Hannah.

—¿Te has quedado con eso?

—Sí, y es un móvil…, más o menos. ¿Qué gemelo estaba trabajando el lunes por la noche y qué estaría haciendo el otro?

—Preguntaré por ahí —prometió Andrea—. Conozco a un par de personas que saben distinguirlos.

—Bien. Por cierto, ¿qué le has dicho a madre para que se abstuviera de criticarme?

—Ah, bueno… —Andrea se encogió de hombros con indiferencia —. Solo le he dicho que si el bebé era niña íbamos a ponerle su nombre.

Los ojos de Hannah se abrieron de par en par.

—Pero creía que le habías dicho a la madre de Bill que si teníais una niña le pondríais su nombre.

—Sí, se lo dije.

—Pero… —Hannah se calló y suspiró—. Vale. Sé que crees que es un niño, pero ¿qué pasa si es una niña? No puedes ponerle los dos nombres. Madre y Regina se enfadarían mucho por cuál pusieras primero.

Andrea negó con la cabeza.

—Tranquila, Hannah. Sé que es un niño. Me hice la prueba. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale? Bill es anticuado y quiere que sea sorpresa.

El funeral fue largo y Hannah se removía incómoda en su asiento. Parecía que todos los que habían conocido al *sheriff* Grant querían hacer algún tipo de panegírico. Hannah sintió lástima por Nettie Grant, que tenía que aguantar el tirón y ser amable. ¿Por qué la gente sentía que tenía que compartir tanto? A Hannah no le importaba que el *sheriff* Grant hubiera ayudado una vez a Lydia Gradin a sacar su coche de una zanja en medio de una tormenta de nieve.

—Me alegro de que el ataúd esté cerrado —Andrea se inclinó para susurrarle a Hannah—: si no, parece que los muertos están

solo durmiendo y podrían levantarse en cualquier momento.

Hannah no quiso mencionar por qué no había sido posible dejar el ataúd abierto. Había visto al *sheriff* Grant justo después de su fallecimiento y era imposible que Digger pudiera obrar un milagro de esa magnitud con masilla y maquillaje.

Parecía como si la fila de personas que esperaban para cantar las alabanzas del *sheriff Grant* en vida no fuera a terminar nunca. Hannah echó un vistazo a su reloj y vio que había pasado más de hora y media. Estaba a punto de darle un codazo a Andrea y pedirle que fingiera que se había puesto de parto para que pudieran marcharse cuando Digger subió al estrado.

—Todos queríamos al *sheriff* Granty sé que algunos de ustedes han estado esperando bastante tiempo para compartir sus recuerdos de él, pero por cortesía hacia su viuda les pediré que tomen asiento para que podamos concluir el servicio.

Hannah dio un gran suspiro de alivio cuando se hubo pronunciado el último tributo y el servicio terminó. Tras un recordatorio de que habría una breve ceremonia en el cementerio, Hannah y Andrea se escabulleron de la fila y se dirigieron al aparcamiento.

—¿Estás bien? —preguntó Hannah, desbloqueando la puerta del pasajero para que Andrea pudiera entrar en la camioneta de galletas.

—Estoy bien. Pero no quiero ir al cementerio. Eso siempre me deprime y acabo de leer un artículo que dice que las emociones de una madre pueden afectar a su bebé nonato.

—De acuerdo. —Hannah puso la camioneta en marcha—. Tendré que darme prisa y llevarte a casa entonces. Yo sí tengo que ir al cementerio.

—¿Pero por qué?

—Para observar a los asistentes. El asesino podría estar allí.

—¿Tú crees? —Andrea parecía sorprendida.

—Es idea de madre. Lo vio en una película.

Andrea se encogió de hombros.

—Merece la pena intentarlo. Te acompaño, Hannah. Esperaré en la camioneta y vigilaré por si alguien llega y anda merodeando.

—Gracias, Andrea. —Hannah puso la camioneta en marcha y salió del aparcamiento—. Siempre viene bien un par de ojos extra.

—Lo sé, pero te lo voy a cobrar.

—Me lo imaginaba —dijo Hannah, señalando hacia la parte trasera de la camioneta—. Tengo un par de docenas de galletas ahí detrás.

—¿Cuáles son?

—Galletas sorpresa. Fueron idea de Lisa y tengo las sobras del *catering* de anoche.

—¿Cuál es la sorpresa?

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa. —Hannah cogió una de las bolsas y se la dio a Andrea—. Prueba una y dime si te gusta.

Andrea mordió la galleta y sonrió.

—Está buena, Hannah, y me encanta el relleno. ¿Es una nuez cubierta de chocolate?

—Podría ser. Prueba con otra. Lisa les puso al menos media docena de sorpresas diferentes de relleno.

—Mmm… —Andrea mordió otra galleta—. Esta sabe a algún tipo de guirlache. Me gustan, Hannah. Son divertidas porque no sabes qué te va a tocar. ¿Cómo las hacéis?

—Bridge Mix.

—¿Qué?

—Bridge Mix. Seguro que lo conoces, Andrea. Es una mezcla de diferentes chocolatinas que vienen en una bolsa. Lo venden en The Red Owl.

—Ah, ya sé a cuál te refieres.

—Lisa dice que si no tienes Bridge Mix, puedes usar cualquier chocolatina en miniatura como las de Halloween. Lo único que hay que hacer es cortarlas en trocitos.

—Buena idea —dijo Andrea, cogiendo otra galleta—. ¿Ya has elegido las galletas, Hannah?

—¿Qué galletas? —Hannah llegó a las puertas del cementerio de

Brookside y aparcó delante de la verja de hierro forjado. Pudo ver la tumba del *sheriff* Grant a lo lejos, pero aún no había nadie. Seguramente los asistentes seguían en el instituto, presentando sus respetos a Nettie.

—Las galletas que vas a llevar a la fiesta de Halloween.

—Todavía no —dijo Hannah, añadiendo mentalmente las galletas de Halloween a su lista de cosas por hacer—. ¿Estás segura de que quieres quedarte aquí sola?

—Estoy segura. —Andrea apretó un poco más la bolsa de galletas —. Desde aquí debería poder ver a los asistentes. Asegúrate de ponerte al otro lado de la tumba y así lo tendremos todo cubierto.

—Buena idea. ¿Algo más?

—Sí. ¿Crees que puedes escabullirte antes de que digan la oración final? No quiero estar aquí cuando bajen el ataúd. Odio esa parte.

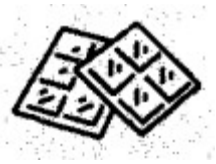
—Yo también —dijo Hannah, acercándose para darle un abrazo porque sabía que Andrea estaba pensando en su padre.



Galletas sorpresa



No precaliente el horno; la masa debe enfriarse antes del horneado.



225 g de mantequilla derretida
200 g de azúcar blanco
100 g de azúcar moreno
2 huevos batidos (*bátalos con un tenedor*)



1 cucharadita de bicarbonato sódico
1/2 cucharadita de sal
1 cucharadita de vainilla
2 cucharadas de agua (*o café, si le ha sobrado del desayuno*)



350 g de harina (*no hace falta tamizarla*)



1 paquete de Bridge Mix o pequeñas chocolatinas variadas*
4 o 5 docenas de mitades de nueces (*o de nuez pecana*)

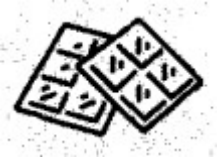




* Si no encuentro Bridge Mix, a mí me gusta utilizar barritas de chocolate pequeñitas cortadas en trozos. Incluso se pueden usar chocolatinas de tamaño normal si se corta en trocitos pequeños.



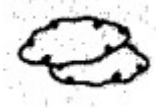
Derrita la mantequilla y mézclela con los azúcares. Añada los huevos batidos, el bicarbonato, la sal, la vainilla y el agua (*o el café*).



Agregue la harina y mezcle bien. Enfríe la masa al menos 1 hora (*o toda la noche*).



Precaliente el horno a 190 °C, con la rejilla en la posición central.



Saque una cucharada de masa y forme una bola alrededor de un trozo de chocolate (*o chocolatina cortada*). Coloque media nuez (*o media nuez pecana*) encima y ponga la bola en

una bandeja para hornear engrasada. Repita el proceso hasta llenar la bandeja (*caben 12 galletas en una bandeja estándar*).

Hornee a 190 °C durante 10 o 12 minutos o hasta que las galletas estén doradas. Déjelas enfriar en la bandeja 2 minutos y luego páselas a una rejilla.



Cantidad: 8 o 10 docenas, dependiendo del tamaño de las galletas.





CAPÍTULO CATORCE



No había nadie sospechoso junto a la tumba, a menos que Hannah quisiera contar a Bertie Straub, que se quedó mirando el ataúd durante todo el breve servicio sin pestañear. Pero Hannah sabía que Bertie estaba intentando averiguar cuánto se había gastado Nettie en el funeral. Andrea tampoco vio a nadie que le diera mala espina, y Hannah se pasó el camino de vuelta arrepintiéndose por haber tan solo considerado la posibilidad de seguir un consejo de su madre.

—¡Hola, Moishe! —gritó Hannah, abriendo la puerta de su apartamento y preparándose para recibir a la bola voladora de pelo naranja y blanco que se lanzó a sus brazos. Lo llevó a la cocina, lo dejó junto a su comedero y se lo llenó con la comida que le gustaba. Luego se dirigió a su dormitorio para ponerse su atuendo habitual de los domingos.

Cinco minutos más tarde, vestida con vaqueros y un jersey viejo, Hannah se acomodó en el sofá para vegetar un rato. Tenía un poco de hambre, pero podía aguantar. Le apetecía la tranquilidad de un documental sobre algo que no le interesara en absoluto. Luego podría acurrucarse y dormitar, y tal vez recuperar algo del sueño que

había perdido desde que mataron al *sheriff* Grant. Hannah se despertó con el timbre del teléfono y la voz nasal de un narrador que describía los hábitos de apareamiento del escarabajo pelotero. Extendió la mano hacia el teléfono y contestó antes de darse cuenta de que podía haber dejado que saltara el contestador.

—¡Oh, Hannah! Me alegro tanto de que estés en casa.

Era la voz de Andrea y Hannah casi gritó al escucharla. No estaba segura de tener la paciencia para compadecerse de otra crisis doméstica esa noche. Pero la preocupación fraternal tenía prioridad sobre cosas como el sueño, y la comida, y el tiempo personal en casa.

—¿Qué pasa, Andrea?

—¡Bill ha limpiado la nevera mientras estábamos en el funeral del *sheriff* Grant y ha tirado todos mis esmaltes de uñas!

Hannah se preguntó si debería hacerse revisar el oído. O tal vez todavía estaba dormida y se trataba de uno de esos sueños extraños que no tenían ningún sentido. Hubiera jurado que Andrea había dicho «esmaltes de uñas».

—¿Bill ha tirado tus qué?

—Mis esmaltes de uñas.

Hannah se sintió aliviada al comprobar que oía bien y que debía de estar despierta si había oído bien a Andrea. Pero, dormida o despierta, seguía confusa por la respuesta de su hermana.

—¿Por qué guardas el esmalte de uñas en la nevera?

—Así dura más. ¿Sabes que, después de usar medio frasco, el resto se pone espeso y pegajoso?

—No.

Andrea suspiró tan fuerte que Hannah pudo oírlo a través de la línea.

—Lo sabrías si usaras esmalte de uñas. Y deberías, Hannah. Tus uñas son un desastre. Madre y yo precisamente estuvimos hablando de…

—Olvídalo, Andrea —interrumpió Hannah—. En mi trabajo, el esmalte de uñas me duraría unos cinco segundos sin estropearse.

—Tienes razón, supongo. De todos modos…, si guardas el esmalte de uñas en la nevera, no se seca. Lo leí en una columna de consejos de belleza y realmente funciona. Yo guardo el mío en esos huequecitos redondos de la puerta.

—¿Las hueveras?

—¡Para eso son! Bueno, solía guardar los frascos en el cajón de la carne, pero ahí rodaban, así que los trasladé a las hueveras y caben perfectos.

—¿Y Bill ha tirado todos los frascos?

—Bueno…, en realidad no los ha tirado, pero es como si lo hubiera hecho. Los ha sacado y guardado en una caja. Y ahora no recuerda dónde ha puesto la caja. Solo sé que para cuando la encontremos el esmalte estará seco. Por eso necesito salir de aquí, Hannah. Estoy muy enfadada con él y tengo que calmarme. Y también hay otra razón.

—¿Cuál? —preguntó Hannah, acomodándose de nuevo en el sofá. Eso podía llevar un rato.

—Bill ha dicho que, ya que Tracey no está, va a limpiar el ático esta noche.

—¿Dónde está Tracey?

—En casa de madre. Llamó y preguntó si Tracey podía quedarse a pasar la noche con ella. Creo que se sentía culpable por lo del otro día.

Hannah resopló.

—¿Culpable? ¿Madre?

—Tienes razón. Eso es imposible. El caso es que Bill va a querer que suba al desván con él y sé que vamos a tener una gran pelea sobre qué cosas tirar y cuáles conservar.

—Y si estás ocupada y no puedes ayudarle, ¿podría olvidarse del desván y hacer algo inocuo como ver deportes en la televisión?

—Exacto. Entonces, ¿a qué hora puedes recogerme?

Hannah sacudió la cabeza para despejarla y miró el reloj. Ya eran las ocho y cuarto.

—¿Cuarenta y cinco minutos?

—Perfecto. Pensaré en alguna excusa para Bill. Toca el claxon cuando llegues y saldré enseguida.

—He traído la lista de sospechosos que nos dio Nettie —dijo Andrea, mientras Hannah salía por el camino de entrada—. He pensado que podríamos repasarla juntas y tratar de recordar si hemos visto a alguno de ellos en el funeral.

—Buena idea. ¿Adónde vamos?

—Vamos a Bertanelli's. Me apetece una de sus *pizzas*.

—¿No has cenado?

—Claro que sí, pero no he comido mucho. Bill hizo pollo y no estaba muy bueno. Conduce tú y yo haré un par de llamadas de camino.

Hannah miró el reloj. Ya eran las nueve y cuarto.

—Es un poco tarde para llamar ahora, ¿no?

—Pues aquí sí, pero aún no he investigado a Ivan Hill. Vive en California y allí solo son las siete y cuarto.

Hannah tomó la carretera que salía de la ciudad. Si Andrea quería una *pizza*, eso es lo que iban a cenar.

—¿Quién es Ivan Hill?

—El padre del otro chico que iba en el coche cuando murió Jamie.

—Bien —dijo Hannah y giró hacia la autopista. Si lo que Nettie les había dicho era cierto, Ivan Hill podía ser su asesino. El *sheriff* Grant había estado acosando al señor Hill, llamándolo por teléfono y tratando de encontrar pruebas de que su hijo había estado bebiendo y conduciendo, incluso a pesar de que el informe inicial del accidente decía claramente que Jamie iba al volante. El *sheriff* Grant no se atrevía a culpar a su hijo, ni siquiera cuando los informes del laboratorio confirmaron que la tasa de alcoholemia de Jamie triplicaba el límite legal. Nettie había dicho que era posible que el sufrido señor Hill hubiera enloquecido por fin y hubiera decidido poner fin al acoso de su marido.

Hannah no apartó los ojos de la carretera, pero escuchó mientras Andrea hacía la llamada y tenía a la mujer de Ivan al teléfono. Una vez que Andrea hubo explicado que el *sheriff* Grant había muerto, el resto de la conversación fue unilateral y poco pudo sacar Hannah de frases como «Qué lástima» y «Lo siento mucho».

—Bueno, ha sido un desperdicio —dijo Andrea, desconectando la llamada y volviendo a meter el teléfono en el bolso—. Ivan Hill tuvo un ataque al corazón la noche anterior al asesinato del *sheriff* Grant.

—¿Está muerto?

—No, se recuperará. Pero su mujer ha dicho que tuvieron que hacerle un triple *bypass* y que sigue monitorizado. Está fuera de peligro, Hannah. Es imposible que volara a Minnesota menos de un día después de una operación a corazón abierto y le abriera la cabeza al *sheriff* Grant.

—Supongo que sí —dijo Hannah cuando llegaron a su pizzería favorita. Bertram y Ellie Kuehn eran los dueños y entre los dos no sumaban ni una gota de sangre italiana. Pero, al juntar sus nombres de pila, sonaba italiano y por eso habían bautizado su local como Bertanelli's.

—Estoy impaciente —dijo Andrea, desabrochándose el cinturón de seguridad y bajando de la camioneta—. Haré más llamadas mientras esperamos la comida. Yo quiero una especial de Ellie con todo. ¿Y tú?

—Me parece bien. Pero ¿y las anchoas? —Hannah tuvo que correr un poco para mantenerle el ritmo. Aunque Andrea se quejaba de que tenía problemas con el equilibrio, sin duda podía moverse rápido cuando había comida de por medio.

—Espera. Déjame ver. —Andrea se detuvo a medio camino y se miró los tobillos. Incluso a la penumbra del neón que invitaba a la mejor *pizza* del condado de Winnetka, Hannah pudo ver que los tenía hinchados.

—Será mejor que no las comas —le aconsejó Hannah—. Tus tobillos parecen salchichas.

—Lo sé. Supongo que tampoco debería comer *pizza*, pero me

apetece mucho.

—Hagamos un trato —sugirió Hannah—. Pediremos una *pizza* mediana en vez de una grande y así no comerás tanto.

Andrea le dedicó una sonrisa picara mientras empujaba la puerta y el aroma a *pizza* recién horneada las abrazaba.

—¿Quieres apostar?

Cinco minutos más tarde, habían hecho su pedido y esperaban en una mesa del fondo con dos Coca-Colas *light* grandes, una bandeja con cuencos de queso parmesano y pimientos rojos triturados, y una cesta de toallitas húmedas en paquetes individuales de papel de aluminio.

—Me encanta este sitio —dijo Andrea, mirando a su alrededor con pura adoración—. Su *pizza* es la mejor y siempre…

—¿Qué pasa? —preguntó Hannah, cuando Andrea dejó de hablar bruscamente.

Andrea respiró hondo y, cuando contestó, le temblaba la voz.

—¡Es él!

—¿Quién? —preguntó Hannah.

—Mike. —Andrea dijo su nombre con total desagrado—. Está sentado en una mesa cerca de la entrada con una mujer que no conozco. Ella lleva una chaqueta del departamento del *sheriff*, así que quizá Mike la ha contratado para… —Andrea se calló y tragó saliva—… sustituir a Bill.

Hannah se incorporó para ver mejor y el estómago se le puso del revés cuando vio a Mike. Era tan guapo y ella estaba tan preparada para que su pelea con él terminara… Allí estaba, a solo seis metros de distancia, y ella ni siquiera podía sonreírle como estaba haciendo la nueva ayudante del *sheriff*, o tenderle la mano como estaba haciendo la nueva ayudante del *sheriff*, o… Hannah soltó un grito ahogado cuando la nueva ayudante del *sheriff se* volvió para mirar hacia su mesa.

—¿Qué pasa? —Esta vez le tocó preguntar a Andrea—. Tu cara se ha puesto de un color muy raro.

—Debe de estar verde.

—¿Qué?

—Nada. La mujer que está con Mike no es la nueva ayudante del *sheriff*

—¡Bueno, eso es un alivio! ¿Quién es entonces?

Hannah respondió, aunque no era un alivio en absoluto:

—Se llama Shawna Lee Quinn.

—¡Vaya nombre! Parece una actriz o una cantante.

«O una bailarina exótica», pensó Hannah, pero no lo dijo.

—Es la nueva empleada civil de la comisaría. El *sheriff* Grant la contrató cuando se jubiló una de las secretarias.

—¿Cómo lo sabes?

—La última vez que estuve en la comisaría, cuando aún hablaba con él, Mike me la presentó.

—Ah, bueno, ¿y qué hace con Mike?

Hannah suspiró.

—Probablemente de todo.

—¿Qué?

—Da igual. Quizá Mike le prometió cenar si se quedaba hasta tarde. Es el *sheriff* en funciones y podría hacerlo.

—Desde luego es atractiva —comentó Andrea, observando cómo Shawna Lee se quitaba la chaqueta—, y sabe cómo vestirse. Ese jersey debe de ser muy caro.

«Sí, ¡lástima que no lo tuvieran en su talla!», Hannah se guardó la vieja burla del instituto.

—Oh, bien. Aquí viene nuestra *pizza*. —Andrea sonrió cuando la camarera se acercó a la mesa—. ¿Mitad para ti y mitad para mí?

—Claro —dijo Hannah, aunque todo el apetito que había conseguido despertar había desaparecido junto con la chaqueta que Shawna Lee se había quitado para mostrar su increíble figura. Hannah recordaba haber pensado que era guapa cuando Mike las había presentado, pero no se había puesto celosa. Claro que aquella había sido una situación de trabajo y no había visto a Shawna Lee en acción. Esa noche era diferente. Esa noche actuaba como si tuviera una cita con Mike, mirándolo por debajo de las pestañas y

acercando la mano para tocarle el brazo. Tal vez fuera una cita con Mike. No era imposible. Después de todo, Hannah había dejado claro que no quería tener nada que ver con él.

—Come un poco de *pizza*, Hannah. —Andrea pareció preocupada al notar la dirección de la mirada de Hannah—. No le quieres. Es un imbécil y no ha sido justo con Bill.

—Cierto.

—No solo eso, se merecen el uno al otro. Mientras Mike leía el menú, la he visto ponerle ojitos al hombre de la mesa de al lado. Seguro que es tan leal como Mike.

—Cierto.

—Así que come *pizza* y olvídate de Mike. Estás mejor sin él. No querrás que te vean con el tipo de hombre que… —Andrea dejó de hablar cuando sonó su teléfono. Metió la mano en el bolso para cogerlo—. ¿Hola?

Hannah volvió a mirar a Mike y cogió la *pizza*. No iba a dejar que le estropeara una *pizza* en perfecto estado.

—Hola, doctor. No pensaba que los médicos trabajaran los domingos.

Hannah mordió la *pizza* y masticó pensativamente. Debía de ser el doctor Knight, que respondía a Andrea sobre alguna consulta que le había hecho.

—Tengo un par de minutos, si no te importa que mastique y hable al mismo tiempo. Hannah y yo acabamos de pedir una *pizza*.

Hannah dio otro mordisco a su *pizza* y frunció ligeramente el ceño. No estaba tan buena como otras veces. Claro que la última *pizza* que había comido en Bertanelli's había sido con Mike. Y se habían sentado en la misma mesa en la que él estaba en ese momento con Shawna Lee.

—¡Oh, no! —se lamentó Andrea, sacando a Hannah de sus infelices pensamientos—. Ya me conoces, Doc, no he estado anémica en mi vida. Estás de broma, ¿verdad?

Toda la atención de Hannah se desvió hacia su hermana. Andrea parecía presa del pánico.

—De acuerdo, lo haré —dijo Andrea con un profundo suspiro—, pero espero que sepas lo que estás haciendo. No tienes ni idea de lo terrible que va a ser esto para mí.

El ceño de Hannah se frunció cuando Andrea se despidió y colgó el teléfono.

—¿Qué te ha dicho Doc? Estás bien, ¿verdad?

—Estaré bien mientras siga sus consejos.

—¿Cuáles? —preguntó Hannah, echándose hacia atrás y esperando.

—Estoy anémica y retengo agua. Esas dos cosas no son buenas para el bebé. Se supone que tengo que aumentar la dosis de vitaminas prenatales a dos veces al día, dormir al menos nueve horas y no tomar nada de sal.

—Oh, oh —se lamentó Hannah, mirando la *pizza*.

—Llévatela a casa. No puedo comer más.

Andrea parecía muy deprimida.

—Entiendo que estés disgustada —dijo Hannah, haciendo un gesto a la camarera y pidiéndole un recipiente para llevar.

—Pues aún no te he contado lo peor. El doctor quería ingresarme en el hospital hasta que naciera el bebé, pero ha dicho que no lo haría, siempre y cuando yo aceptara una restricción.

—¿Qué restricción?

—¡No puedo estar de pie más de cuatro horas al día!

—Oh, oh —dijo Hannah con una mueca de dolor. Para una persona como Andrea, que solía estar de pie la mayor parte del tiempo que estaba despierta, la restricción de Doc sería una verdadera dificultad—. Intenta ver el lado positivo, Andrea. Es solo durante un par de semanas más.

Andrea abrió la boca. Hannah tuvo la incómoda sensación de que estaba a punto de recibir una megadosis de la ira de su hermana cuando el móvil de esta volvió a sonar.

—Salvada por la campana —murmuró, mientras Andrea contestaba al teléfono.

—Hola, cariño —dijo Andrea, haciendo un gran esfuerzo por

mostrarse alegre.

Eso le indicó a Hannah que quien llamaba era Tracey o Bill.

—¿Harry Wilcox? Claro que me acuerdo de él. ¿Le ha pasado algo?

Hannah escuchó mientras metía la *pizza* en la caja que les había llevado la camarera, pero no se enteró de gran cosa oyendo a Andrea decir que sí cinco veces seguidas.

—Vamos, Hannah. —Andrea dejó caer el teléfono en el bolso y se levantó—. Bill acaba de recibir una llamada de Harry Wilcox y quiere que volvamos a casa ahora mismo.

Hannah conoció a Harry Wilcox, un veterano ayudante del *sheriff* del condado de Winnetka, durante el primer año de Bill en el cuerpo. Harry había sido el mentor de Bill y también su primer compañero.

—¿Le pasa algo a él o a su mujer?

—Están bien. Es que Harry se ha enterado del asesinato del *sheriff* Grant y ha llamado a Bill para hablar de ello. Bill dice que a Harry se le ha ocurrido por qué podrían haber matado al *sheriff*.

—Vale. Estoy lista.

Hannah cogió la caja de comida para llevar y estaba a punto de levantarse de la mesa cuando Andrea la agarró del brazo.

—Vamos a pasar por delante de la mesa de Mike al salir. Cuando nos salude, podemos ignorarlo.

—¿En serio, Andrea? —Hannah hizo todo lo posible por parecer sorprendida—. ¿No te parece un poco infantil?

Andrea se lo pensó un momento y luego inclinó la cabeza asintiendo.

—Supongo que sí. No te culpo por no querer hacerlo.

—¿He dicho yo que no quisiera? —replicó Hannah con una sonrisa—. Pasaremos de largo y dejaremos que vea lo que se pierde.

Las dos hermanas Swensen se cogieron del brazo y salieron en tándem hacia la mesa de Mike. Pusieron sus mejores sonrisas y mantuvieron la mirada al frente. Hannah echó un vistazo furtivo a la mesa de Mike y su sonrisa se desvaneció de golpe. Él estaba prestando tanta atención a Shawna Lee que ni siquiera se fijó en

ellas. Hannah pasó por delante de la mesa sin echar un segundo vistazo. Mientras abría la puerta y acompañaba a su hermana a la salida, juró que Mike pagaría por no haberlas mirado. No estaba segura de cómo, pero se lo cobraría de una forma u otra.



CAPÍTULO QUINCE



Andrea soltó un suspiro exasperado cuando Hannah llegó a su casa.

—¡Bill lo ha vuelto a hacer!

—¿Hacer qué?

—Ha vuelto a poner los cubos de basura delante de la entrada. ¿Quieres que los mueva para que puedas entrar con el coche?

—No te molestes. Puedo aparcar aquí, detrás del coche de Bill. Hay sitio de sobra.

Una vez que Hannah hubo aparcado, Andrea se dirigió a la puerta principal y buscó las llaves en el bolso.

—Espero que Harry haya llamado a la hora correcta.

—¿A qué hora?

—Antes de que Bill terminara de limpiar el ático. Si tengo suerte, no habrá llegado a la caja grande que hay junto a la chimenea y no tendré que responder a un montón de preguntas sobre por qué he guardado todos esos números atrasados de revistas de moda.

—¡Hola, cariño! —gritó Bill mientras entraban en la casa—. Trae a Hannah a la cocina. Le he preparado café.

Hannah siguió a Andrea a la cocina y se sentaron a la mesa.

Cuando Hannah rodeó con las manos la taza de café que Bill había preparado e inhaló su aroma, sonrió.

—Esto es café de verdad.

—Es torrefacto. Yo mismo he molido los granos —le dijo Bill, y luego se volvió hacia Andrea—: El doctor Knight ha llamado y le he dado tu número de móvil. No pasa nada, ¿verdad?

Andrea suspiró.

—Nada que un poco de descanso no cure. Estoy anémica y retengo líquidos.

—Temía que fuera algo así. Menos mal que estoy en casa, porque ahora puedo cuidarte. Doc te ha dado instrucciones, ¿no es así?

—Sí, me las ha dado. —Andrea puso los ojos en blanco a espaldas de Bill, y Hannah hizo todo lo que pudo para no reírse—. Podemos hablar de eso más tarde. Cuéntanos lo que Harry tenía que decirte. Hannah tiene que llegar pronto a casa.

—Te lo contaré en cuanto te sientes en el sofá y pongas los pies en alto. Se te están hinchando los tobillos otra vez. Vamos, Hannah. Coge el café y vamos al salón.

Una vez acomodada Andrea en el sofá, Bill les contó lo esencial de su conversación con Harry.

—Ha dicho que el *sheriff* Grant le dio a elegir entre la jubilación anticipada con todos los beneficios o una degradación de rango. Todo se debió a un caso en el que estaba trabajando.

—¿Qué caso era? —quiso saber Andrea.

—El del Dew Drop Inn.

—¡Ah, ese! —exclamó Andrea y se sentó un poco más derecha—. ¿Lo recuerdas, Hannah?

—No. Pero sé que el edificio que Sean y Ron convirtieron en el Quick Stop era antes el Dew Drop Inn.

—Debías de estar en la universidad por aquel entonces —dijo Andrea—. Salió en todos los periódicos. El *sheriff* Grant lo cerró en una gran redada por juego ilegal y venta de licor fuera de horario.

—Ocurrió justo antes de las últimas elecciones —explicó Bill—. Salió en todos los periódicos y probablemente fue la razón por la que

el *sheriff* Grant ganó por goleada.

—Eso es lo que todo el mundo dijo en su momento —recordó Andrea—. Pero no recuerdo haber leído nada sobre Harry Wilcox en ningún periódico.

—Eso es porque su nombre no salió. El *sheriff* Grant se hizo cargo del caso el día de la redada y se atribuyó el mérito de todo lo que había hecho Harry. Y cuando Harry se quejó, el *sheriff* Grant lo acusó de insubordinación y lo obligó a jubilarse anticipadamente.

Andrea se quedó con la boca abierta.

—¡Eso es horrible! No puedo creer que el *sheriff* Grant tuviera el descaro de quitarle el caso a Harry delante de sus narices de esa manera.

—Bueno, pues lo hizo. Y Harry ha dicho que si escarbáramos en los registros, podríamos encontrar un patrón. Cree que si el *sheriff* Grant le robó su caso, podría haberse apropiado de otros casos para ganar otras elecciones.

—Tiene sentido. Y es un móvil —dijo Hannah, sacando su cuaderno y anotándolo.

Andrea frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Harry estaba bastante enfadado porque lo retiraron del caso del Dew Drop Inn, ¿verdad, Bill?

—Claro que sí. Fue el caso más importante de su carrera y el *sheriff* Grant se llevó toda la gloria. Pero me ha dicho que no pudo hacer nada al respecto. Necesitaba el dinero de la jubilación y el *sheriff* Grant no le dio ninguna opción.

—El mayor caso de su carrera —murmuró Hannah—. Eso tiene que doler cuando te pasa. Incluso ahora, años después, tiene que seguir doliendo. Puedo entender por qué alguien querría igualar el marcador.

—¿Harry? —Bill parecía sorprendido—. Eso es una locura, Hannah. Es imposible que Harry viniera en avión desde Arizona y matara al *sheriff* Grant.

Hannah dio otro sorbo a su café. Realmente estaba muy bueno.

—No me refería a Harry… necesariamente. ¿Y si el protagonista de uno de esos otros casos decidiera poner fin definitivamente a la gloria robada del *sheriff* Grant?

—¿Te refieres a matar al *sheriff* Grant antes de que pudiera volver a hacerlo? —preguntó Andrea, con cara de asco.

—Sí. ¿Quién podría conocer todos esos casos antiguos?

Bill se encogió de hombros.

—Estarán en los archivos antiguos, pero llevaría meses rebuscar en todos ellos.

—No tenemos por qué hacerlo —dijo Andrea, muy satisfecha de sí misma.

—¿No? —preguntó Hannah.

—Por supuesto que no. Lo averiguaremos directamente de la fuente.

—Pero el *sheriff* Grant está muerto —señaló Hannah.

—Podemos pedírselo a Barbara Donnelly. Es la secretaria del *sheriff* Grant desde hace años y sabe todo lo que pasa en la comisaría.

—Buena idea —dijo Hannah con una sonrisa—. Barbara debería poder hablarnos de las elecciones pasadas, pero puede que no sepa qué pretendía el *sheriff* Grant para este año. Tenemos que averiguar si algún ayudante estaba trabajando en algún caso importante, uno que el *sheriff* Grant podría haber planeado utilizar para ganar la carrera contra Bill.

Bill suspiró tan profundamente que pareció un gemido.

—¡Esta suspensión está a punto de matarme! Si pudiera ir a la comisaría y hablar con los chicos, lo averiguaría en dos segundos. Pero eso no me está permitido.

—No pasa nada, cariño —dijo Andrea en voz baja, reaccionando al tono de frustración en la voz de su marido—. Estás ayudando mucho.

—Puede ser, pero ojalá pudiera hacer más. Al menos estoy aquí para asegurarme de que descansas y te alimentas bien. Y estoy haciendo algunas cosas en casa. Eso me recuerda… He tirado una

caja entera de revistas viejas de moda que he encontrado en el ático. Debiste de haberlas dejado ahí y te has olvidado. Pero ya me he encargado yo.

—¿Has terminado de limpiar el ático? —La voz de Andrea tembló ligeramente y Hannah se preguntó qué más habría escondido su hermana allí arriba.

—Claro que sí. No ha sido difícil una vez que he bajado todas esas bolsas de ropa vieja.

Andrea jadeó.

—¡Pero las guardaba para que Tracey jugara a disfrazarse!

—Nunca habría podido utilizarla toda. Debía de haber docenas de prendas. He llamado a mi padre y ha venido a recogerlas. Mi madre las va a usar para hacer colchas.

Andrea inclinó la cabeza hacia arriba y miró hacia el techo, y Hannah sospechó que estaba pidiendo la intervención divina para no matar a Bill. Tal vez fuera un buen momento para marcharse.

—Será mejor que me vaya —dijo Hannah, poniéndose de pie—. Mañana tengo que madrugar.

—Y yo. —Bill también se puso de pie—. Mañana voy a repintar esta habitación.

—¿Ah? —preguntó Hannah, ya que Andrea parecía incapaz de hablar.

—Mi padre me ha dicho que irá a la ferretería a comprarme la pintura. He pensado en un amarillo muy vivo para iluminar un poco la habitación. Un esmalte estaría bien. Así podremos lavar las paredes cuando se ensucien.

Hannah miró a Andrea, que aún parecía contemplar el homicidio conyugal, y tomó las riendas.

—No puedes pintar esta semana.

—¿Por qué no?

—El hombre del tiempo de la KCOW ha dicho que podría llover y todo el mundo sabe que el esmalte nunca se seca del todo si lo usas cuando hay mucha humedad.

—¿En serio? —Bill frunció ligeramente el ceño—. Nunca lo había

oído.

—Pues es verdad. Si no me crees, ve a The Cookie Jar y toca el alféizar de la ventana de la cocina. Lo pinté justo antes de una tormenta hace dos años y todavía está pegajoso.

Andrea lanzó a Hannah una mirada de agradecimiento y luego se volvió hacia Bill.

—¿Puedes coger tu chaqueta y acompañar a Hannah a su camioneta? Con un asesino suelto, no debemos correr riesgos.

En cuanto Bill se fue a por su chaqueta, Andrea le hizo un gesto a Hannah para que se acercara.

—Gracias, Hannah. Lo del esmalte ha sido un golpe brillante.

—Gracias. También era verdad.

—Da igual. Lo único que importa es que demostremos la inocencia de Bill, y rápido. Estar en casa con los pies en alto ya es bastante malo, pero con Bill aquí haciendo bricolaje y cuidándome es la muerte.

Hannah sabía lo que tenía que hacer y se tomó en serio la advertencia de Andrea. Puede que todavía no fuera un asesinato, pero si Bill pasaba muchas más horas como amo de casa, lo sería.

Hannah pasó unos momentos más hablando con Bill y luego subió a la camioneta. Arrancó el motor, encendió las luces y notó algo que no había visto al llegar.

—¿Bill? —lo llamó Hannah, después de bajar la ventanilla.

—Dime, Hannah.

—¿Cuándo se te rompió la luz trasera?

—Ah, eso —dijo Bill, encogiéndose de hombros sin darle importancia—. Debió de ocurrir el lunes por la noche. Ya estaba rota el martes por la mañana cuando fui a trabajar. Tuve que pasar por el control de vehículos de la comisaría y me pusieron un aviso de reparación.

Hannah se sorprendió.

—¿Hacen control de vehículos en la comisaría?

—Claro. Estamos formando a voluntarios civiles para que se encarguen de todos los controles de vehículos. Así los agentes jurados podrán dedicarse a otras tareas. Para practicar, montamos un puesto de control en la comisaría y los voluntarios paran todos los coches que entran y salen del aparcamiento.

Hannah asintió, esperando a que Bill se diera cuenta. No se sintió decepcionada.

—¡Espera un segundo! —Bill sonaba muy animado—. El puesto de control estaba operativo el lunes por la noche cuando salí de la comisaría. La luz trasera no estaba rota entonces. Eso significa que ocurrió después de las seis de la noche del lunes, porque me pusieron el aviso a las siete de la mañana siguiente.

—Exacto —dijo Hannah, sonriendo como una madre orgullosa.

Bill le estaba pillando el tranquillo al pensamiento lógico.

—Andrea me contó los cálculos que hiciste sobre las llamadas de *telemarketing*. Si puedo encontrar a la persona que golpeó mi coche y ocurrió en el momento adecuado, ¡podría ser mi coartada!

—Tienes razón. Podría serlo. —Hannah salió de su camioneta para examinar la luz trasera—. ¿Dónde estaba aparcado tu coche el lunes por la noche?

—Muy cerca de donde está ahora. Dejé espacio para que un coche aparcara detrás de mí sin bloquear la entrada.

—¿Esperabas compañía?

—En realidad no, pero Andrea iba a salir con Tracey y pensé que quizá podría convencer a mi padre para que viniera a ver el partido conmigo.

—Ojalá hubiera sido así —dijo Hannah. Si el padre de Bill hubiera estado con él, no estarían en ese aprieto.

—Lo sé, pero mi madre invitó a los vecinos a cenar y tuvo que quedarse en casa.

Una de las ventanas del salón se abrió y Andrea asomó la cabeza.

—¿Todo bien?

—Pues es posible que mejor que bien —dijo Hannah,

intercambiando una sonrisa con Bill—. Alguien golpeó el coche de Bill el lunes por la noche. Si podemos averiguar cuándo ocurrió y quién lo hizo, podría tener su coartada.

—¿De qué color era el coche que golpeó el coche de Bill? ¿Se ve algo?

Hannah se inclinó para mirar la lente de la luz trasera. Estaba agrietada y colgaba por el borde, pero había una mancha de pintura amarilla oscura sobre el plástico rojo.

—Hay algo de pintura de color dorado, pero no brilla.

—Vi un coche de ese color el lunes por la noche —gritó Andrea—. Venid dentro y os lo cuento. Me estoy congelando con la ventana abierta.

Hannah sonrió cuando Andrea cerró la ventana de golpe. Era una noche suave y no hacía tanto frío, pero estaba claro que no quería perderse nada.

Andrea solo tardó unos instantes en darles la información. Tal como Hannah había pensado, lo poco que Andrea sabía podría haberse transmitido a través de la ventana abierta, pero a su hermana le gustaba estar en el ajo. Les contó que cuando había vuelto a casa desde el centro comercial con Tracey, había un montón de coches en la calle y había tenido que esquivar un Mercedes Harvest Gold para entrar en su casa.

—¿Estás segura de que era un Harvest Gold? —preguntó Bill.

—Estoy segura. Recuerdo que pensé que si me comprara un Mercedes nuevo, no me gustaría que fuera del mismo color que un frigorífico antiguo.

Hannah se rio. Su hermana había acertado con el color. Además del blanco, a finales de los sesenta y principios de los setenta había tres colores para los electrodomésticos de cocina: el dorado, el aguacate y el bronce. Pensar en cualquiera de esos tonos en un coche nuevo era suficiente para hacer reflexionar a una persona cuerda.

—¿De quién es ese Mercedes? ¿Tienes idea?

—No, pero Lorna Kusak debería saberlo. Estaba haciendo una

reunión de ventas de la firma de velas a la que representa y por eso había tantos coches en nuestra calle. Siento mucho haber estado ocupada y no haber podido ir. Firelight tiene un nuevo aroma de frambuesa y me gustaría comprar una vela para el baño. Haría juego con las toallas y…

—¿Estás completamente segura de que el Mercedes era nuevo? —interrumpió Hannah a su hermana en medio de lo que sin duda sería un discurso sobre la decoración del baño.

—Estoy segura de que era nuevo. Todavía tenía la matrícula provisional del concesionario.

Bill empezó a sonreír.

—Espera aquí, cariño. Hannah y yo vamos a ir a casa de Lorna y lo averiguaremos.

—Eso. —Hannah siguió a Bill hasta la puerta. Cuando alguien en una ciudad del tamaño de Lake Eden se compraba un coche nuevo, el propietario estaba obligado a presumir de él. Lorna tenía que saber quién era el dueño—. Volveremos enseguida y te lo contaremos todo, lo prometo. Y si a Lorna le queda alguna de esas velas de frambuesa, te compraré una.

Cinco minutos después, Bill estaba al teléfono con Betty Jackson. Puso el altavoz para que Andrea y Hannah pudieran oírla. Hannah sorbía una taza de café recalentado mientras Andrea olfateaba su nueva vela.

—Siento llamar tan tarde, Betty, pero es muy importante.

—No pasa nada, Bill. —La voz de Betty era cálida y amable—. Mañana tengo el día libre y me quedaré hasta tarde viendo la tele. Mi nueva parabólica es increíble, cojo más de cuatrocientos canales y los estoy probando todos.

—¿Deportes? —preguntó Bill, que parecía envidiarla.

—Veinticinco canales dedicados a todos los deportes conocidos por el hombre. —Betty soltó una pequeña carcajada—. Incluso retransmiten curlin desde la pista de Bemidji. ¿Te lo imaginas?

—¡Vaya! —Bill suspiró impresionado y Andrea le dio una patada. Él se sobresaltó y luego recordó por qué había llamado a Betty.

—¿Te has enterado de mi ascenso? —preguntó Betty, antes de que Bill pudiera sacar el tema del coche—. Ahora soy asistente ejecutiva del primo de Max en la lechería. A Cozy Cow le va tan bien que acabo de contratar a dos nuevas secretarias para cubrir mi antiguo puesto. Pero estoy segura de que no has llamado por eso. Imagino que quieres la información de mi seguro. Olvidé escribirla en la nota que te dejé bajo el limpiaparabrisas cuando le di a tu coche el lunes por la noche.

Hannah y Andrea chocaron los cinco, pero aún no estaban fuera de peligro. Se sentaron y esperaron a que Bill obtuviera la información crítica que le exculparía.

—Tu nota debió de volar por los aires, Betty. No había nada bajo el limpiaparabrisas.

—¿En serio? Entonces, ¿cómo sabes que…? —Betty hizo una pausa y soltó una risita avergonzada—. Bueno, claro, eres detective. Lo siento muchísimo, Bill. Aún no puedo creer que me equivocara al calcular la distancia. Es que el Mercedes es mucho más grande que mi viejo VW.

—Está bien, Betty. Lo entiendo.

—¡Menos mal! —Betty parecía muy aliviada—. Espera un segundo y te daré la información de mi seguro para que puedas dar parte.

—No hace falta —contestó Bill rápidamente, antes de que Betty pudiera dejar el teléfono.

—Pero tengo un buen seguro. Sé que se harán cargo de todo. Todo lo que tienes que hacer es dar parte y ellos se encargan de…

—No hace falta, Betty —la interrumpió Bill—. Compraré otra luz trasera en el desguace de Ted Koester y la pondré yo mismo.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Si hacemos un parte, podría subirte el precio del seguro y no es necesario.

—De acuerdo, Bill, como prefieras, pero pagaré la luz trasera. Ya

me dirás cuánto te cuesta.

—Lo haré. ¿Recuerdas a qué hora le diste a mi coche, Betty? Podría ser muy importante.

—Lo recuerdo —dijo Betty, muy segura—. Eran las nueve y diez. Salí de casa de Lorna a las nueve y cinco porque quería llegar a casa a tiempo para dar de comer a los gatos, poner una lavadora y ver las noticias de las diez.

—¿Estás segura de la hora?

—Estoy segura. Miré el reloj cuando subí al coche. ¿Seguro que no quieres hacer un parte, Bill? Todo esto es culpa mía.

—No es necesario, Betty. Y la próxima vez que me veas recuérdame que te dé un gran abrazo.

—¿Por golpear tu coche? —Betty parecía confundida.

—No exactamente. Lo que cuenta es cuándo le diste a mi coche. Ha sido el accidente más afortunado que he tenido.

Hubo un momento de silencio y cuando volvió a hablar Betty parecía aún más desconcertada.

—De acuerdo, si tú lo dices…

—¿Te importa si Mike Kingston te llama esta noche para verificar lo que me has contado?

—No… —Betty sonaba un poco dudosa—. No vas a…, eh…, acusarme de nada, ¿verdad?

—De ninguna manera haría eso. Solo necesito que le digas a qué hora golpeaste mi coche, para que sepa que estaba aparcado fuera de mi casa en ese momento.

—Ah, bueno. Claro, lo haré. —Betty sonaba como si quisiera hacer más preguntas, pero no las hizo—. Voy a ver una película dentro de veinte minutos. ¿Podrías decirle que llame antes?

Bill accedió y, justo después de colgar, marcó el número del móvil de Mike. Una vez que Mike tuvo el número de Betty y hubo prometido llamar enseguida, Bill colgó el teléfono y abrazó tanto a Andrea como a Hannah.

—Gracias por toda vuestra ayuda. Va a ser genial volver al trabajo.

—Seguro que sí —dijo Andrea, y Hannah se dio cuenta de que su hermana parecía absolutamente encantada de que la suspensión de Bill estuviera a punto de terminar.

—Mike nos invita mañana a desayunar para celebrarlo —anunció Bill, volviéndose hacia Hannah—. Entraré a trabajar a las seis para repasar lo que ha hecho en el caso hasta ahora, y nos veremos en The Corner Tavern a las siete y media.

La cara de Andrea se iluminó con una sonrisa.

—¡Qué bien! Me encantan las tortitas que hacen.

—Tú no, cariño —le dijo Bill—. Tienes que quedarte aquí con los pies en alto. Hannah te traerá el desayuno, ¿verdad, Hannah?

Hannah dijo que lo haría, sabiendo que su hermana estaba decepcionada. Pero Bill estaría trabajando y al menos Andrea no tendría que verle hacer más tareas de amo de casa. Tal vez era hora de recordarle a Andrea todo lo positivo.

—Mira el lado bueno, Andrea. Ahora que Bill vuelve al trabajo, puedes dormir hasta tarde.

—Claro —dijo Andrea, y parecía mucho más alegre—. Pondré el despertador a las ocho y media, Hannah. Así me levantaré cuando me traigas el desayuno. ¿Puedo decirte ya lo que quiero pedir?

—Claro. —Hannah cogió su cuaderno y pasó a una página en blanco.

—Quiero tortitas, y sirope de arándanos, y un par de huevos pasados por agua, y beicon, y…

—Nada de sal —la interrumpió Hannah.

—Entonces nada de beicon. Tomaré patatas fritas caseras, tostadas integrales sin mantequilla y un montón de esos paquetitos de mermelada, y algo más de guarnición en vez de carne, como tomates espolvoreados con azúcar.

Hannah hizo una mueca. Tanto Andrea como Michelle habían adoptado la costumbre de Delores de espolvorear las rodajas de tomate con azúcar. Hannah, en cambio, seguía el ejemplo de su padre y las prefería con sal.

—Vale, ¿y de beber?

—Un batido de chocolate. No lleva sal.

—Qué extraño… —dijo Bill, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Qué extraño pedir un batido de chocolate para desayunar?

—¿Qué? —Bill parecía totalmente confundido y Hannah supo que no había estado escuchando mientras Andrea pedía el desayuno.

—¿Qué es lo extraño, Bill? —preguntó Hannah, alcanzando su chaqueta. Ya eran más de las once y si no se dirigía a casa pronto, no tendría mucho sentido irse a la cama.

—Sonaba música cuando Mike ha contestado al móvil y sé que su equipo de música está estropeado.

Hannah miró a Andrea y esta le devolvió la mirada. Después de ver a Mike en Bertanelli's con Shawna Lee, no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que Mike podría haberse ido a casa con ella. Y si lo había hecho, eso significaba que no había estado precisamente suspirando por la mayor de las hermanas Swensen mientras formaba parte de su lista de personas no gratas.



CAPÍTULO DIECISÉIS



El lunes por la mañana llegó antes de lo que Hannah había previsto, exactamente a las cuatro y media de la madrugada, cuando se dio la vuelta sobre lo que parecían pequeñas piedrecitas en su cama y descubrió que Moishe le había llevado el contenido de su cuenco de comida durante la noche.

—Muy bien, me rindo —suspiró Hannah, incorporándose para encender la lámpara junto a la cama y meter los pies en las zapatillas. Moishe quería volver a comer. Eso estaba claro. Y quizá le había hecho un favor despertándola tan temprano. Si conseguía ponerse en pie y estar lo bastante despierta como para conducir a las cinco, podría llegar pronto al trabajo y terminar de hornear antes de irse a desayunar con Mike y Bill.

Hannah le dio a Moishe su comida habitual y se tomó una segunda taza del café fuerte que su abuela llamaba «plasma sueco»; después volvió al dormitorio para sacar las sábanas de debajo de los restos de comida para gatos mayores. En lugar de intentar salvar las pepitas, Hannah abrió la ventana del dormitorio, juntó las esquinas de la sábana para hacer un fardo y lo sacudió como ofrenda a los gatos que pasaran por allí y no fueran tan

exigentes como Moishe.

—¿Tú qué quieres, Hannah? —dijo Mike, sonriéndole al otro lado de la mesa.

«Una explicación de lo que pasa entre tú y Shawna Lee», pensó Hannah, pero dijo:

—Tortitas, sirope de arce y huevos a la plancha.

—¿Café? —preguntó la camarera, regalándole a Hannah una sonrisa.

—Sí, por favor. Y mucho. No he dormido mucho esta noche.

—Yo tampoco —dijo Mike, y Hannah apretó los labios. De ninguna manera iba a preguntar por qué.

—Pues yo he dormido como un bebé —dijo Bill—. Creo que ha sido porque ya no tenía tensión. Ha sido horrible no poder demostrar que yo no lo hice.

—Alégrate de no estar en Francia. —Mike extendió la mano para servirle a Hannah una taza de café de la jarra—. En su sistema eres culpable hasta que demuestres tu inocencia, no al revés como nosotros.

Hannah apretó los labios. Le parecía que la comisaría del condado de Winnetka había adoptado el sistema francés. Bill había sido suspendido hasta que había podido demostrar su inocencia.

Veinte minutos más tarde les habían servido la comida y habían dejado bien limpios los platos. Bill se acercó al mostrador para pedir el desayuno para llevar de Andrea mientras Mike se quedaba en la mesa con Hannah. Mike le dedicó una gran sonrisa y le tendió la mano.

—Te he echado mucho de menos este último par de días, Hannah.

«Han pasado siete días, y eso es más que un par», pensó Hannah, manteniendo su expresión lo más neutra posible. También sintió ganas de preguntarle cómo era posible que compartir cena en Bertanelli’s con Shawna Lee Quinn pudiera interpretarse como echarla de menos.

—Me habría venido bien tu ayuda anoche —continuó Mike.

—¿En serio? —Hannah enarcó las cejas. Desde luego a ella no le parecía que Mike necesitara ningún tipo de ayuda para nada—. ¿Con qué?

—¿Recuerdas a la secretaria que te presenté la última vez que viniste a la comisaría?

Hannah se quedó pensativa, fingiendo hacer un esfuerzo por recordar.

—¿Te refieres a la nueva? ¿Sharon Lee, o algo así?

—Shawna Lee. Trabajaba en el Departamento de Policía de Minneapolis. Yo trabajaba con ella.

Hannah hizo todo lo posible para parecer inocentemente interesada.

—Creo que recuerdo que lo mencionaste…

—Solo lleva aquí un mes y no conoce a nadie en la ciudad. Le iría muy bien tener alguna amiga.

«¿Y qué tal una enemiga? Podría arreglármelas», pensó Hannah, pero no lo dijo. Los celos eran un sentimiento feo y era mejor mantenerlos controlados.

—Estoy segura de que encontrará alguna. La gente es amable por aquí.

—Es verdad. En realidad no esperaba que la incluyeras en tu círculo directamente, pero he pensado que tal vez podrías presentarle a alguien que…

—Ronni —lo interrumpió Hannah.

—¿Qué?

—Ronni Ward. —Hannah nombró a la tres veces ganadora del concurso de bikinis de Lake Eden y la mayor coqueta del condado de Winnetka—. ¿Todavía da esa clase de *step* aeróbico en la comisaría?

—Sí. Es muy popular entre los ayudantes del *sheriff*.

—Seguro que sí. Tal vez Shawna Lee debería inscribirse. Creo que tendría mucho en común con Ronni y tienen más o menos la misma edad.

—Gracias, Hannah. —Mike le dedicó una sonrisa que hizo subirla tensión de Hannah—. Sabía que se te ocurriría algo. Eres la persona

más simpática que conozco y una auténtica solucionadora de problemas.

Hannah se estaba preguntando si juntar a dos coquetas las neutralizaría, como restar un número de sí mismo, cuando levantó la vista para ver a Bill acercándose a la mesa. Era increíble la diferencia que marcaba una coartada. Ahora que había vuelto al trabajo, Bill estaba más erguido, caminaba con más confianza y sonreía mucho más.

—Me han dicho que la comida de Andrea estará lista en diez minutos y que la camarera la traerá. Mike y yo deberíamos irnos. Tenemos mucho que hacer hoy.

—Me alegro mucho de que ya no me tengas vetado, Hannah. —Mike se acercó a ella y la besó en la mejilla. Esta tuvo el impulso de girar la cabeza para que sus labios se unieran a los de él, pero, como Bill los estaba mirando, no lo hizo—. Estoy seguro de que estarás muy aliviada —concluyó Mike con una sonrisa.

Hannah no estaba segura de lo que quería decir.

—¿Por qué aliviada?

—Porque, ahora que Bill ha vuelto al caso conmigo, puedes dejar la investigación del asesinato.

—Exacto —dijo Bill, sonriendo a Hannah—. Te estamos muy agradecidos por todo lo que has hecho hasta ahora, pero es hora de que te hagas a un lado y dejes que los profesionales se hagan cargo.

Hannah se quedó con la boca abierta y volvió a cerrarla, esperando que nadie se hubiera dado cuenta.

—Eh… ¿Quieres que me haga a un lado?

—Sí. —Bill se subió la cremallera de la chaqueta—. No te preocupes, Hannah. Ahora que los dos estamos en el caso, seremos dos observadores entrenados para evaluar la situación.

«¡Y esto lo dice el observador entrenado que estaba dispuesto a pintar el salón azul claro de Andrea con esmalte amarillo brillante!», pensó Hannah.

Mike empezó a fruncir el ceño y Hannah supo que él, al menos,

se había dado cuenta de su falta de entusiasmo.

—Espero de verdad que no vayas a interferir en nuestra investigación. Lo vas a dejar, ¿verdad?

Hannah se quedó mirando a Mike un momento. ¿A quién se creía que estaba engañando? Abandonar su investigación en ese momento sería como sacar un pastel del horno antes de que tuviera tiempo de subir. Pero tanto Mike como Bill parecían muy serios y Hannah sabía que no sería prudente decirles que, sencillamente, no estaba en su naturaleza dejar un trabajo a medias.

—Por supuesto que lo dejaré —dijo Hannah.

—Creía que eran más listos que eso —dijo Andrea, comiendo su pila de tortitas—. ¿Realmente esperan que lo dejemos?

—Eso han dicho. Y yo les he dicho que lo haría.

—¿En serio? —A Andrea se le cayó el tenedor de los dedos con estrépito—. Pero estabas mintiendo, ¿no?

—No mentía exactamente. Prefiero pensar que era una verdad a medias. Les he prometido que abandonaría la investigación, pero no he dicho cuándo lo haría.

—Eso es otra cosa. —Andrea esbozó una sonrisa de alivio—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Ya que no puedes estar de pie, puedes dirigir nuestra oficina desde aquí.

—¿Tenemos una oficina? —Andrea parecía encantada.

—Ahora sí.

—Vale, yo llevaré la oficina. ¿Quieres que llame al resto de los nombres de la lista que nos dio Nettie para ver si tienen coartada?

—Eso sería genial. Eres muy buena al teléfono.

—Por supuesto que lo soy. Soy agente inmobiliaria. ¿Tú qué vas a hacer?

—Iré a la comisaría y le pediré a Barbara Donnelly información sobre los casos antiguos que el *sheriff Grant* podría haber manipulado. Y, ya puestos, le preguntaré por su horario de trabajo.

Si podemos averiguar qué estaba haciendo y a quién vio el día que lo mataron, podría ayudar.

—Una línea temporal —dijo Andrea, asintiendo sabiamente—. Eso es lo que hacen en todas las películas de detectives, aunque a nosotras todavía no nos haya ayudado.

—Lo sé. —Hannah suspiró profundamente. Establecer una línea temporal para el día de la muerte del *sheriff* Grant probablemente funcionaría tan bien como estar de pie junto a la tumba tratando de detectar a alguien sospechoso.

—Bueno, siempre hay una primera vez. —Andrea, siempre optimista, cogió la barrita de sirope de arce que Hannah le había llevado de postre y le dio un buen mordisco.

—Vale, me voy —dijo Hannah, ahuecando los cojines de Andrea, acercando el teléfono para que lo tuviera a mano y cogiendo un segundo bolígrafo por si el primero se quedaba sin tinta.

Luego se despidió con la mano y volvió a su camioneta de galletas. Pasaría a saludar a Lisa, le pediría que le dijera a Herb que suspendiera la búsqueda de camiones para techos, se detendría en la consulta del veterinario para pedir más consejos para Moishe y su continua batalla con la comida para gatos sénior, y entregaría pedidos de galletas de camino a la comisaría. Y si por casualidad se encontraba con Shawna Lee Quinn mientras caminaba por los horribles pasillos verdes de la comisaría, pensaba ponerle un pequeño pero a sus planes de atrapar a Mike.

—¿Hannah? ¿Eres tú? —La boca de Shawna Lee se curvó en una sonrisa cuando Hannah entró en la comisaria—. Mike me ha hablado mucho de ti y de lo simpática que eres. Sé que solo te he visto una vez, ¡pero siento como si ya fuéramos amigas!

Hannah forzó una expresión agradable. El entusiasmo burbujeante que podía soportar en un solo día tenía un límite. Un comentario más de Shawna Lee y estaría empachada.

—Hola, Shawna Lee. ¿Está Barbara en un descanso?

—No. —Shawna Lee puso cara de tragedia—. Es tan triste, Hannah. Barbara ha pedido una excedencia por asuntos personales. Me temo que será de duración indefinida.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no sabemos cuánto tiempo estará fuera —respondió Shawna Lee literalmente a la pregunta de Hannah—. Barbara trabajó con el *sheriff* Grant durante años, ya sabes. Y dijo que no estaba segura de poder volver a trabajar sin él. Eran muy amigos. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Claro —dijo Hannah—. ¿Así que sustituyes a Barbara hasta que vuelva?

Shawna Lee asintió y sus rizos rubio ceniza rebotaron. Luego se inclinó un poco más y dijo:

—Entre tú y yo, no creo que Barbara vuelva. Se volvió loca cuando se enteró de que habían matado al *sheriff* Grant. Hasta archivó mal un montón de informes.

—¿Qué me dices? —Hannah se sorprendió. Todos decían que Barbara era una gran secretaria y no era normal que archivara mal los informes—. ¿Recuerdas qué había en esos informes?

—La verdad es que no. No presté mucha atención. Solo buscaba los que estaban mal archivados y los volvía a poner en el sitio correcto. Me llevó horas y los encontré todos menos uno. En cuanto tenga un poco más de tiempo, revisaré las carpetas, papel por papel, hasta encontrarlo.

—Tengo curiosidad —dijo Hannah, dedicándole a Shawna Lee *una sonrisa que esperaba que* invitara a la confidencia—. ¿Cómo sabes que aún falta un informe?

—Lo sé por la carpeta del expediente.

—¿Qué carpeta?

—Hay una carpeta de archivo colgante sin nada dentro.

—Ah. ¿Y no crees que Barbara a lo mejor solía tener algunas vacías?

Shawna Lee negó con la cabeza.

—Seguro que no. No había más carpetas vacías en el armario y

hay media caja de ellas en su cajón de suministros. Falta un informe. Estoy segura.

—Pues buena suerte para encontrarlo —dijo Hannah, dándose la vuelta para irse. Ese informe desaparecido podía ser importante y Shawna Lee ya le había contado todo lo que sabía. Hannah necesitaba hablar con Barbara Donnelly.

—Me alegro mucho de que hayas venido, Hannah.

—¿De verdad? —Hannah se dio la vuelta.

—Sí. Quería preguntarte cómo está tu hermana. Apuesto a que está muy aliviada de que su marido haya vuelto al trabajo. Está a punto de tener esos gemelos, ¿no?

—No va a tener gemelos.

—¿En serio? —Shawna Lee parecía sorprendida—. Pero la última vez que la vi aquí en la comisaría estaba tan grande y torpe. Claro que es comprensible. Debe ser terriblemente difícil resultar atractiva cuando estás tan embarazada.

—Andrea se las arregla —dijo Hannah, erizándose. Shawna Lee no tenía derecho a criticar a su hermana.

—Lleva unos conjuntos premamá muy monos. Aun así, estoy segura de que se alegrará de recuperar su figura. Bill seguro que también.

—¿Y eso por qué? —preguntó Hannah, esperando que Shawna dijera algo mordaz y sellara su destino.

—No debe ser nada divertido para un hombre acercarse a su mujer cuando ella parece un globo. —Shawna Lee soltó una pequeña carcajada y no pareció darse cuenta de que Hannah no se había reído—. Espero de verdad que les hables bien de mí a tu hermana y a Bill. Soy una buena secretaria y me encantaría conseguir este puesto y trabajar para Bill, sobre todo ahora que seguro que gana las elecciones.

Hannah sonrió, pero no fue una sonrisa agradable.

—Te equivocas, Shawna Lee. Bill podría no ser el próximo *sheriff*.

—¿Pero por qué no? Es el único que se presenta ahora que el *sheriff* Grant ha muerto.

—Cierto, pero el *sheriff* Grant aún podría ganar. Las papeletas ya están impresas y su nombre figura en ellas.

La boca de Shawna Lee formó un círculo perfecto por un instante. Luego se recuperó y empezó a fruncir el ceño.

—¿Quieres decir que el pueblo podría elegir a un muerto?

—No sería la primera vez —dijo Hannah, sintiendo cierto regocijo al informar a Shawna Lee de ese hecho—. Si ocurre, Mike conservará el cargo de *sheriff* en funciones hasta que la Junta de Supervisores del Condado de Winnetka pueda convocar otras elecciones.

Shawna Lee ladeó la cabeza y se quedó mirando a Hannah un momento. Luego sonrió.

—Bueno, eso también sería estupendo. Mike es mi jefe ahora y lo adoro. Entre tú y yo, él fue quien me convenció para mudarme aquí y solicitar este trabajo.

—¿De verdad ha dicho que yo parecía un globo? —Los ojos de Andrea empezaron a arder—. Acabáramos. Esa trabajará para Bill por encima de mi cadáver.

—Eso es lo que me imaginaba —dijo Hannah.

—¿Y ahora está trabajando para Mike?

—Eso ha dicho.

Andrea enarcó las cejas al oír el tono de voz de su hermana.

—Vale. Puedes estar tranquila, Hannah. Yo me ocupo de ella.

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a hacer.

—¿Qué quieres decir?

—Llamaré a Barbara Donnelly y organizaré una reunión. Tú la convences de que vuelva al trabajo para que la señorita Quinn tenga que volver a trabajar de mecanógrafa.

—Eso la alejará del despacho de arriba, pero seguirá en la comisaría.

—No por mucho tiempo —dijo Andrea, esbozando una pequeña

sonrisa de complicidad—. No le va a gustar que la degraden. Estoy segura. Y puede que esté tan descontenta que se vaya.

—¿Y si no lo hace?

Andrea se encogió de hombros.

—Quizá la ayude a encontrar otro trabajo. Ya sabes lo que pasa cuando eres una profesional inmobiliaria. Oyes hablar de todo tipo de oportunidades profesionales interesantes.

Quince minutos después, Hannah salía de la clínica veterinaria Lake Eden con una pequeña bolsa blanca en la mano. El contenido de la bolsa le había costado más de lo que Mike había pagado por los cuatro desayunos en The Corner Tavern esa mañana, pero si funcionaba, el gasto merecía la pena. El doctor Bob le había recetado un frasco de vitaminas para gatos mayores. Si Hannah conseguía darle una dosis a Moishe todas las noches, podría tirar el pienso sénior y seguir dándole de comer las croquetas normales que él prefería.

Hannah se puso al volante y guardó la bolsa blanca en la guantera. Dudaba que algún gato mayor intentara entrar en su camioneta para robarla, pero no pensaba correr ningún riesgo. Luego se dirigió directamente a The Cookie Jar para hablar con Lisa.

—Ha llamado tu hermana. —Lisa saludó a Hannah al entrar en la cocina—. Barbara estará hoy a las tres en el estudio de danza de Danielle Watson. Irá a ver la clase de baile de su nieta.

—Gracias, Lisa. ¿Quieres tomarte un descanso? Puedo encargarme del mostrador un rato.

—No, estoy bien. Hoy ha estado tranquilo, excepto por un par de chicas que se han saltado la clase de ciencias. Querían que pusiera la MTV mientras comían las galletas y se han llevado una gran decepción cuando les he dicho que no tenemos cable. El cable se estropeó el pasado lunes por la noche y me han dicho que había un gran concierto en la MTV. La cadena lo volvía a emitir a las diez de la mañana y a las chicas no les ha hecho ninguna gracia perdérselo

otra vez.

Hannah estaba a punto de responder cuando se dio cuenta de lo que Lisa había dicho.

—¿Estás segura de que el cable no funcionaba el lunes por la noche?

—Estoy segura. Papá quería ver una película y tuve que ir corriendo al videoclub para que tuviera algo que ver.

—¿Crees que el cable no funcionaba en toda la ciudad?

—Eso decía el mensaje grabado. Lake Eden y alrededores, eso es lo que decía. Voy a restar un día en nuestra factura del cable.

—Buena idea. —Hannah sacó su cuaderno del bolso y empezó a hojearlo—. Gracias por decírmelo, Lisa. Hay algo aquí que no cuadra.

—¿Qué?

—Mira —dijo Hannah, uniéndose a Lisa detrás del mostrador. Echó un vistazo a las pocas mesas que estaban llenas, pero nadie les prestaba atención—. Nettie no tiene coartada. Estaba trabajando sola en su cuarto de costura y tenía la ventana abierta. Cuando le pregunté si alguno de los Maschler podría haberla visto por la ventana o haber oído su máquina de coser, me dijo que no, que habían salido por la noche. Pero también dijo que la televisión estaba a todo volumen y que Kate la había dejado sintonizada en una película de kung-fu.

—¿A qué hora fue eso?

—Entre las siete y las nueve.

Lisa sacudió la cabeza.

—Imposible. Solo se pueden ver cuatro canales sin cable y en ninguno ponían películas. Créeme, lo sé. Eché un vistazo antes de ir al videoclub por papá.

—Entonces… debió de ser una cinta —dijo Hannah, frunciendo ligeramente el ceño—. Pero Kate no habría puesto una para luego irse de casa.

—Claro que no. Pero tiene un hijo adolescente, ¿no?

—Richie. Kate le dijo a Mike que había salido esa noche con unos amigos.

—Error. Richie estaba en casa esa noche con amigos. Y probablemente no se lo dijo a sus padres. Vieron una cinta, la película que escuchó Nettie, y luego se fueron antes de que Kate y Jerry llegaran a casa.

—¿Y mintieron al respecto porque seguro que estuvieron bebiendo cerveza mientras veían la película?

—Es bueno saber que no eres tan vieja. —Lisa le dio a Hannah una palmada en la espalda—. Si no era cerveza, sería una chica. Y en ese caso puede que no estuvieran muy interesados en la película.

—Cierto. ¿Entonces debería hablar con Richie?

—Claro, a menos que quieras que alguien más joven y más en contacto con la mentalidad adolescente haga esa investigación por ti.

Hannah sonrió.

—¿Y ese alguien serías tú?

—Sería yo. Y da la casualidad de que una de las chicas que ha estado aquí esta mañana se ha dejado el cuaderno de clase. Llamaré al instituto para decirles que está aquí y, cuando venga a recogerlo, le preguntaré qué chica sale con Richie Maschler. Y luego hablaré con su novia y averiguaré qué pasó realmente el lunes por la noche.



CAPÍTULO DIECISIETE



Hannah abrió la puerta de la calle que había junto a la tienda The Red Owl y subió la larga escalera que conducía al segundo piso; estaba recién alfombrada y Hannah admiró la forma en que Danielle había decorado las paredes con diagramas de baile, cada par de huellas de pie de un color diferente. A medida que subía, Hannah oía débiles acordes de música que se hacían más fuertes con cada paso que daba. Y cuando abrió la pesada puerta al final de la escalera, la música salió a saludarla, algo alegre y jazzístico que no reconoció.

Hannah se quedó observando durante un momento. El estudio de danza de Danielle era impresionante. A excepción de una pared que separaba las salas en la parte trasera y una zona de moqueta roja delante de la cual había butacas acolchadas, el resto del espacio brillaba con un suelo de madera pulida y paredes cubiertas de espejo. La única pared sin espejo era la que daba a la calle y tenía unas ventanas altas y estrechas que a Danielle le habían encantado cuando Andrea le enseñó el *loft* por primera vez.

Al mirar hacia arriba, Hannah vio que había rieles en el techo. Se quedó perpleja por un momento. Luego vio las cortinas de terciopelo

rojo que estaban descorridas junto a las paredes y se dio cuenta de que podían correrse para delimitar una amplia zona para el escenario.

—Ingenioso —murmuró Hannah, volviendo a mirar los rieles. Había visto ese sistema en los techos de las habitaciones de los hospitales para que un paciente de una habitación doble o triple pudiera tener intimidad.

Danielle se acercó corriendo en cuanto vio a Hannah junto a la puerta.

—¡Qué alegría verte, Hannah! A Tracey le va muy bien en su clase de baile.

—Me alegro de oírlo —dijo Hannah, dedicándole una cálida sonrisa.

Danielle tenía muy buen aspecto. La expresión de animalito asustado y ansioso que había tenido en el pasado había desaparecido junto con el maquillaje teatral que se había visto obligada a utilizar para ocultar las señales de los malos tratos de su marido.

—¿Cómo va el negocio, Danielle?

—Me va mejor de lo que nunca creí que iría. ¡Y pensar que Boyd siempre rechazó la idea de que abriera un estudio de danza! Decía que nunca funcionaría en una ciudad del tamaño de Lake Eden.

—Parece que Boyd estaba equivocado —dijo Hannah, añadiendo mentalmente: «¡sobre muchas cosas!».

—Todas mis clases están llenas y estoy buscando una profesora asistente por las tardes para poder ofrecer más sesiones. ¿Conoces a alguien?

Hannah estuvo tentada de sugerir a Shawna Lee Quinn. Si tenía dos trabajos, estaría demasiado ocupada para salir con Mike. Pero, como Danielle era una amiga y las amigas no se hacían esas cosas, Hannah desechó la idea.

—Te llamaré si se me ocurre alguien —dijo.

—Estupendo. Me gustaría empezar otra clase de bailes de salón. Tengo bastantes nombres en la lista de espera.

Hannah se sorprendió.

—No creo que los niños estén interesados en los bailes de salón.

—Hay bastantes que sí, pero me refería a mi clase de mayores. Me encanta trabajar con ellos, Hannah. La mayoría ya sabe lo básico. Solo es cuestión de repasar y volver a practicar. Y las animadoras son geniales. Harán una rutina de baile en la fiesta de Halloween y el señor Purvis las deja salir del aula de estudio para practicar. Te quedarás a verla, ¿no?

—Contaba con ello. He quedado con Barbara Donnelly. Necesito hablar con ella.

—Ah, claro, tu madre me comentó que estabas investigando y las secretarias siempre saben mucho de sus jefes. Barbara está en el camerino ayudando a las chicas a peinarse, pero ha dejado su abrigo y su bolso en ese asiento al final de la primera fila. Puedes sentarte a su lado.

Danielle se fue corriendo a ver si las animadoras estaban listas para actuar y Hannah ocupó el asiento contiguo al de Barbara, listaba estratégicamente acolchado y la acogió como si fuera una almohada. Era tan cómodo que Hannah casi se queda dormida. Entre llegar tarde a casa la noche anterior y revolcarse en el contenido del plato de comida de Moishe esa mañana, había dormido un total de cuatro horas. No era suficiente. Solo tenía que mirarse al espejo y ver las ojeras que lucía para darse cuenta.

La música que Danielle ponía por los altavoces era agradable. Hannah se apoyó en el respaldo acolchado y cerró los ojos para apreciarla mejor. Sería divertido bailar esa música, y tenía a dos hombres para bailar con ella. Norman incluso había tomado clases de baile y había mejorado tanto que ella ya no tenía que llevar la voz cantante. Y Mike… Bueno, bailar con Mike era como… Mejor no pensar en eso ahora.

Una mano cálida le tocó el brazo y Hannah sonrió. Ahí estaba Mike, invitándola a bailar. Llegaba un poco tarde. La música llevaba sonando un buen rato, pero quizás había estado ocupado. Le estaba dando palmaditas en el brazo, diciendo su nombre, y ella hizo lo

posible por abrir los ojos. Se había quedado un poco dormida escuchando la música mientras él estaba… estaba…

—¿Hannah? Despierta.

No, no era Mike. Era la voz de una mujer. ¿Su compañera de cuarto? No, la universidad había terminado, así que no podía ser.

—¿Hannah? Vamos, Hannah.

—¿Eh? —Hannah abrió los ojos y se incorporó sobresaltada. Miró a Barbara Donnelly y parpadeó. ¿Qué hacía Barbara en su habitación?

—Lo siento, pero estabas empezando a roncar —dijo Barbara con una sonrisa—. Me sorprende que puedas dormir con la música tan alta.

Hannah negó con la cabeza.

—No estaba durmiendo. Solo estaba descansando los ojos.

—Claro. Y revisando el interior de tus párpados en busca de agujeros.

Hannah hizo balance: tenía los ojos irritados, el brazo dormido por haberlo tenido doblado y la boca pastosa. No tenía sentido negarlo. Había estado dormida.

—Tú ganas. Admito que estaba durmiendo. Pero no ronco.

—Por supuesto que no. Nadie ronca. —Barbara se sentó en su silla. Parecía una primera bailarina envejecida, con su cuerpo esbelto y elegante y el pelo oscuro recogido en un moño en la nuca—. ¿Querías hablar del *sheriff* Grant?

—Sí.

—¿Y los chicos no saben que estás aquí?

Hannah sonrió. Barbara no daba puntada sin hilo.

—Bill pudo confirmar su coartada anoche y ha vuelto al trabajo esta mañana. Mike nos ha llevado a desayunar para celebrarlo y me ha dicho que debería sentirme aliviada porque ya no tengo que seguir investigando.

—Para ser un policía inteligente, Mike puede ser un tipo bastante tonto cuando se trata de mujeres —comentó Barbara, intercambiando sonrisas con Hannah—. Claro que el *sheriff* Grant

tampoco era ninguna joya.

—Eso es lo que he oído. ¿No creerás que Nettie…?

Hannah lanzó la sugerencia y la dejó suspendida, esperando a que Barbara la recogiera.

—Jamás —dijo Barbara, negando con la cabeza. Parecía muy segura—. No fue un matrimonio ideal, pero Nettie lo amaba. Podría haberse divorciado de él, pero nunca lo habría matado.

—Eso es lo que pensé. ¿Alguna conjetura sobre quién lo hizo?

Barbara lo pensó un momento y luego suspiró.

—La verdad es que no. Había mucha gente a la que no le caía bien, pero no creo que ninguno de ellos lo matara.

Justo entonces las cortinas empezaron a moverse y tanto Hannah como Barbara se quedaron mirando al techo. En menos de treinta segundos, el escenario estaba delimitado y detrás de las cortinas corridas podían oír a las chicas entrando desde el camerino y tomando sus posiciones.

—Allá vamos —dijo Barbara, volviéndose para sonreír a Hannah —. Debo de haber visto esto treinta veces en las últimas dos semanas, pero nunca me cansa. Krista es muy buena, Hannah. Te va a encantar.

—Seguro que sí —dijo Hannah, sintiendo una punzada de añoranza. Barbara tenía la misma sonrisa que la abuela de Hannah cuando había ido a su escuela primaria para verla hacer de peregrina en la función de Acción de Gracias de primero. Daba igual que la abuela Ingrid la hubiera ayudado a memorizar las líneas y que supiera todo lo que Hannah tenía que decir y hacer del derecho y del revés; aun así, prácticamente estalló de orgullo cuando Hannah y el resto de su clase subieron al escenario.

La música fue *in crescendo* hasta llegar a *El lago de los cisnes* de Tchaikovski. Era una elección perfecta para Halloween, ya que se había utilizado en varias películas de terror de renombre. Después de que sonaran unos compases, se abrieron las cortinas y Hannah casi soltó una carcajada al ver los disfraces que llevaban las animadoras.

—¿A que son adorables? —susurró Barbara.

Adorables no era la palabra que Hannah habría utilizado para describir los disfraces. Obviamente se trataba de una versión más oscura de *El lago de los cisnes*, ya que las chicas llevaban maillots y *leggings* negros con enormes alas de murciélago negras sujetas a la espalda.

Mientras observaban, una chica se dirigió al centro del escenario y empezó a bailar un solo, zambulléndose y descendiendo en picado casi como si estuviera volando. Algo en la chica le resultaba muy familiar y, en cuanto Hannah se dio cuenta de qué era, se volvió para susurrarle a Barbara.

—¿Cuándo ha crecido Krista?

—No he podido ni darme cuenta. Parece que fue la semana pasada cuando le leía *Winnie-the-Pooh*. La que está a su lado es Leah Koester.

—¿La nieta de Beatrice?

—Sí. Me extraña que Beatrice no haya venido. El único ensayo al que ha faltado fue el del pasado lunes por la noche.

—Estuvo en mi clase de cocina —dijo Hannah.

—Lo sé. Cuando las dos nos dimos cuenta de que nos íbamos a perder el ensayo, nos pusimos de acuerdo para que Ted recogiera a las niñas cuando terminaran y las llevara a la fiesta de cumpleaños de una compañera. Desde luego, ¡no lo volveremos a hacer!

—¿Por qué no?

—Ted debía de tener prisa o algo así, porque no se cambió de ropa ni paró en el instituto para coger el coche de Beatrice, como se suponía que debía hacer. Las chicas tuvieron que ir en el camión de trabajo de Ted, y Krista se manchó de óxido la falda de su vestido de fiesta nuevo.

—Qué fastidio —se compadeció Hannah.

—Todavía no puedo creer la actitud de mi nuera. Ni siquiera intentó quitar la mancha. Se limitó a decirle a Krista que se había estropeado y que irían al centro comercial a comprar un vestido nuevo.

—Una solución un poco drástica —dijo Hannah, sabiendo que estaba caminando sobre cáscaras de huevo.

—¡Menos mal que Krista ha heredado algo de sentido común de mi parte de la familia! Les llevó el vestido a Marguerite y Clara Hollenbeck.

Hannah lo entendió enseguida. Como Marguerite y Clara se encargaban de la mantelería de la iglesia y siempre la dejaban impecable, Krista debió de haber acudido a ellas en busca de consejo.

—¿Le dijeron cómo quitar la mancha?

—Se iban de la ciudad cuando Krista las pilló, pero volverán este fin de semana. Se ofrecieron a quedarse el vestido y echarle un vistazo entonces.

Una vez que todas las chicas se habían turnado en el centro, el baile concluyó y se corrieron las cortinas. Los padres y abuelos que habían ido a ver el ensayo aplaudieron, y también lo hizo Hannah.

—¿Te ha gustado? —preguntó Barbara.

—Ha sido maravilloso y estoy segura de que será un gran éxito entre los niños en Halloween. ¿Tienes unos minutos? Tengo algunas preguntas.

—Tengo todo el tiempo que haga falta. Las niñas deben volver al colegio y yo *solo tengo* que bajar a hacer la *compra*.

Hannah cogió el cuaderno y el bolígrafo y preguntó por el horario de trabajo del *sheriff* Grant la semana anterior a su asesinato. Tomó notas de todo lo que Barbara le contó, pero nada parecía fuera de lo normal.

—¿Se te ocurre algo raro? ¿Alguna llamada o visita extraña?

—No —dijo Barbara, sacudiendo la cabeza—. He estado pensado en eso desde que pedí la baja por motivos personales. No hubo absolutamente nada inusual.

—¿Has dicho que pasó mucho tiempo fuera de la oficina?

—Sí, pero eso tampoco era inusual. El *sheriff* Grant era buen político y siempre trabajaba en algo importante justo antes de unas elecciones.

—¿Como qué? —preguntó Hannah, aunque sabía exactamente de qué tipo de cosas estaba hablando Barbara.

—Como un caso importante que demostrara lo buen *sheriff* que era y le hiciera salir reelegido.

—¿Y hacía eso antes de cada elección?

—Antes de que preguntes, no sé qué fue esta vez. No tengo ni idea. El *sheriff* Grant nunca dejaba que nadie, ni siquiera yo, supiera lo que tenía entre manos antes de comunicárselo a los medios.

—De acuerdo. Hablemos de los casos pasados. ¿Crees que alguno de los detectives originales estaría tan loco como para matar al *sheriff Grant* por robarle su caso?

Barbara se sobresaltó por un momento y luego sonrió.

—¡Eres muy buena detective! ¿Cómo te has enterado de eso?

—Harry Wilcox. Llamó a Bill y le sugirió que podría ser un motivo de asesinato.

—Tiene razón, en cierto modo. Podría haber sido un móvil, pero no. Antes de dejar la comisaría, investigué a los detectives que perdieron sus casos y ninguno de ellos podría haber matado al *sheriff* Grant.

—¿Por qué no? —preguntó Hannah.

—Uno murió en un accidente el año pasado, otro estaba en Europa con su mujer y un tercero estaba en Chicago por el nacimiento de su nieta.

—¿Has investigado a Harry?

—Por supuesto. Llamé y charlé con su mujer. Me dijo que habían ido a una cena esa noche.

—Gracias, Barbara —dijo Hannah, anotando toda la información pertinente. Barbara había hecho el trabajo por ella y era hora de seguir adelante—. He ido a la comisaría del *sheriff* y he hablado con Shawna Lee. Va a ocupar tu puesto mientras estés de excedencia.

Barbara miró sorprendida a Hannah.

—¿En serio?

—Sí. ¿No te parece bien?

Barbara parecía muy incómoda.

—No es que Shawna Lee sea incompetente. De hecho, es muy buena secretaria. Pero su don de gentes es… Bueno…, digamos que yo no la habría elegido. ¿Qué estaba haciendo cuando la has visto?

—Me ha dicho que había encontrado unos informes mal archivados y que los había puesto en su sitio.

Barbara empezó a fruncir el ceño.

—Espero que no se lo dijera a nadie, sobre todo porque pensará que lo hice yo.

—No sé si se lo ha dicho a alguien, pero sí que cree que es cosa tuya. Pero ha sido muy comprensiva. Ha dicho que sabe que has trabajado para el *sheriff* Grant durante años y que seguro que estás conmocionada y disgustada por su asesinato.

—Es cierto —dijo Barbara—, pero yo no archivé mal esos informes. El *sheriff* Grant era incapaz de volver a meter un expediente en su funda. Siempre estaba sacando informes y llevándoselos a casa. Luego volvía a ponerlos en el cajón para que yo no supiera cuáles se había llevado.

—¿Era tan reservado?

—Sí. No quería que nadie supiera de sus asuntos, ni siquiera yo. Solía llamarlo James Bond.

Hannah sonrió ante la comparación entre el apuesto y elegante James Bond y el bajito y fornido *sheriff* Grant.

—Apuesto a que no se lo dijiste a la cara.

—Sí, sí que se lo dije. Se lo tomó como un gran cumplido. Le gustaban mucho las pelis de James Bond. Creo que se veía como una especie de superespía. —Barbara se rio un poco al recordarlo—. Pensaba que yo no me enteraba de lo de los informes.

—¿Pero no era así?

—¡Claro que no! Yo sabía exactamente qué informes había cogido. Eran los que encontraba mal archivados.

Hannah se echó a reír, pero enseguida se puso seria.

—¿Crees que los informes mal archivados podrían tener algo que ver con el gran caso en el que estaba trabajando para ganar las elecciones?

—No lo creo. Si el *sheriff* Grant los hubiera tomado como parte de su investigación, se los habría quedado.

Hannah tomó aire bruscamente al recordar un comentario que había hecho Shawna Lee.

—Shawna Lee me ha dicho que le parece que falta un informe.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque hay una carpeta de archivo colgante sin nada dentro.

—Tiene razón. Nunca pongo una carpeta colgante en el armario a menos que haya un informe en ella.

—Si fueras allí y miraras, ¿habría alguna manera de saber qué informe falta?

Barbara negó con la cabeza.

—Lo siento, Hannah. Las carpetas colgantes no están etiquetadas. La verdad es que no tendría ni idea.

Hannah se quedó pensativa un momento. Tenía la ligera sospecha de que el informe que faltaba era una pista importante sobre el asesinato del *sheriff* Grant, pero no tenía ni idea de cómo encontrarlo.

—Es mucho más fácil en las películas.

—¡Desde luego! Y también es mucho más emocionante y romántico.

—No estoy tan segura de lo del romanticismo —dijo Hannah, recordando las miradas fulminantes que Shawna Lee le había echado a Mike en Bertanelli's—. He oído que te estabas planteando dejarlo. No vas a hacerlo, ¿verdad?

—Bueno… Llevo mucho tiempo allí y el sueldo no es muy bueno. Estaba pensando en prejubilarme.

—Por favor, no —dijo Hannah frunciendo el ceño.

—¿Por qué no?

—Dos palabras: Shawna y Lee. Si Bill gana las elecciones para *sheriff*, podría acabar siendo su secretaria. Andrea está muy disgustada por eso y me ha pedido que te suplique que vuelvas al trabajo.

—Ya veo. ¿Y si Bill no gana?

—Entonces Mike se quedará con el puesto de *sheriff en* funciones hasta que la junta elija uno nuevo. Y Shawna Lee será su secretaria.

—Entonces tú también quieres que vuelva a trabajar.

—Exacto. ¿Cómo lo ves, Barbara? No nos irás a defraudar, ¿verdad?

—Bueno… —Barbara dio un pequeño suspiro—. Supongo que podría volver por un tiempo, al menos hasta que el nuevo *sheriff* esté rodado.

Hannah sonrió.

—Gracias, Barbara. Esperábamos que te quedaras al menos un mes o así. Eso le daría a Andrea la oportunidad de explorar otras opciones profesionales para Shawna Lee.

—¿Otras opciones profesionales? —Barbara parecía desconcertada.

—Sí. Preferiblemente algo en un país extranjero, o quizás en el espacio exterior.



CAPÍTULO DIECIOCHO



—Me ha parecido oír que entrabas. —Lisa abrió la puerta batiente del obrador y asomó la cabeza.

—Parece que hay mucha gente —comentó Hannah al oír el sonido de una multitud de voces procedentes de la cafetería.

—Está lleno. Solo quería decirte que tengo noticias del frente Maschler.

—¿Sí? —Hannah colgó su chaqueta en el gancho junto a la puerta trasera y miró a Lisa inquisitivamente.

—Ven a la tienda cuando estés lista y te lo cuento. De todas formas están todos cotilleando sobre Mike y, una vez que respondas a sus preguntas, no nos harán ni caso.

—¿Qué pasa con Mike? ¿Qué preguntas? —Hannah preguntó muy seguido, congelándose en el acto de lavarse las manos.

—Babs Dubinski vio a una rubia en el *jeep* de Mike anoche y estaban saliendo de la autopista hacia su edificio de apartamentos. Se lo ha dicho a todas las señoras cuando ha ido a arreglarse el pelo, y todas han venido aquí.

—¿Por qué? —preguntó Hannah, aunque ya sabía la respuesta.

—Para saber si lo sabes. Y si no lo sabes, quieren ser las

primeras en contártelo.

—Señor, dame fuerzas —murmuró Hannah con un suspiro—. Pues diles que me lo has contado y que ya lo sé.

Lisa negó con la cabeza.

—Eso no servirá. Tendré que darles alguna primicia o no se irán nunca.

—De acuerdo. —Hannah se lo pensó un momento—. Diles que no lo sé con seguridad, pero que creo que la rubia era la secretaria temporal de Mike, Shawna Lee Quinn. Y no tengo ni idea de por qué estaba en el *jeep* de Mike cuando entró en su edificio de apartamentos.

—Eso debería funcionar. Cuando tengan su nombre, volverán a Cut'n Curl y verán qué pueden averiguar sobre ella. Voy a volver y te aviso cuando se hayan ido.

—Gracias, Lisa —dijo Hannah, manteniendo una expresión cuidadosamente neutra hasta que Lisa volvió a entrar en la cafetería. Entonces continuó lavándose las manos, frotándolas mucho más de lo necesario. Tenía que averiguar qué estaba pasando entre Mike y Shawna Lee. Y si Mike no se mostraba comunicativo la próxima vez que lo viera, ¡tendría que correr calle arriba hasta Cut'n Curl e informar a Bertie y a sus *clientas*!

La cafetería tardó en despejarse y Hannah tuvo tiempo de preparar una tanda de crujientes de melaza para el día siguiente. Acababa de guardar el bol en la nevera cuando Lisa asomó la cabeza por la puerta.

—Se han ido. Ya puedes pasar.

Hannah no perdió tiempo en cruzar la puerta batiente y entrar en la cafetería. Se había sentido como una cobarde escondida en el obrador. Echó un vistazo a los tarros de cristal de detrás del mostrador y se quedó sin aliento.

—¿Qué ha pasado con todas las galletas?

—Bertie y sus clientas se han comido cuatro por cabeza.

—Supongo que no hay nada mejor que un poco de cotilleo para abrir el apetito.

Hannah se sirvió una taza de café y se sentó junto a Lisa en uno de los taburetes altos que había detrás del mostrador. La cafetería estaba casi desierta, a excepción de cuatro señoras en una mesa del fondo que estaban absortas en su propia conversación.

—Llenaré los tarros después de que me cuentes lo de Richie Maschler.

—Eso me suena a soborno —dijo Lisa, dedicándole a Hannah una sonrisa picara.

—Lo es. ¿Has dicho que has hablado con Richie?

—No, he hablado con Cheryl Coombs.

Las cejas de Hannah se unieron formando un ceño perplejo.

—¿Qué tiene que ver Cheryl Coombs?

—Nada directamente, pero su hija Amber está saliendo con Richie.

—Entiendo —dijo Hannah—. ¿Y le has preguntado a Cheryl dónde estaba Amber el pasado lunes por la noche?

—Eso mismo. Resulta que Amber tenía que quedarse en casa estudiando para un examen de álgebra. Cheryl debía trabajar esa noche y se suponía que Amber no podía salir de casa.

—¿Pero lo hizo y Cheryl la pilló?

—Con las manos en la masa. El jefe de Cheryl le dijo que saliera antes del trabajo y cuando llegó a casa, Amber no estaba.

—Oh, oh —dijo Hannah—. ¿A qué hora llegó Amber?

—No hasta las diez menos cuarto, quince minutos antes de que Cheryl tuviera que volver a casa del trabajo.

—¿Y Amber admitió que estaba con Richie?

—Le dijo a Cheryl que estuvo en casa de Richie y que vieron una película de kung-fu. Intentó argumentar que en realidad no estaban solos, que Nettie estaba justo al lado con la ventana del cuarto de costura abierta, pero Cheryl no se lo creyó y le quitó el móvil a Amber.

—¿Eso es un castigo? —Hannah se sorprendió. Tener un móvil le parecía más un castigo que una ventaja. Si llevara uno, ¡Delores podría llamarla a cualquier hora del día o de la noche!

—Perder los privilegios del móvil es incluso peor que estar castigada —le dijo Lisa, con una sonrisa en la comisura de los labios —. Ya sabes que a las chicas jóvenes les encanta hablar durante horas por teléfono.

—No solo a las chicas jóvenes —dijo Hannah con un suspiro, pensando en su madre, que era la reina de las charlas telefónicas eternas—. Gracias, Lisa. Voy a coger esos tarros y llenarlos.

—Vale. Yo me encargo del fuerte aquí fuera. ¿Qué quieres que haga si viene Mike?

Hannah enarcó las cejas.

—¿Por qué crees que podría venir?

—La línea directa de cotilleos. Seguro que alguien le dice algo pronto.

Hannah lo pensó un momento. Bertie y sus damas ya debían de haber llamado a varias personas y Delores habría ocupado un lugar destacado en su lista. Cuando madre se enterara, llamaría a Andrea, y Andrea llamaría a Bill, y Bill le diría algo a Mike, y…

—Tienes razón —dijo Hannah interrumpiendo su propio hilo de pensamientos—. Mike podría venir. Si lo hace, entretenlo.

—¿Y cómo lo voy a entretener?

Hannah se encogió de hombros.

—No lo sé. Dile que estoy ocupada. Será verdad.

—Puede que sea verdad, pero querrá saber por qué no puede verte.

—Claro. —Hannah pensó un momento y luego levantó las manos en señal de derrota—. No sé qué le puedes decir. Eras la mejor de tu clase, piensa en algo.

The Cookie Jar solía estar abarrotado la hora anterior al cierre, con gente que pasaba a tomar una última galleta y otros que querían llevarse una docena a casa para la familia. Hannah atendía el mostrador mientras Lisa embolsaba galletas para llevar hasta que se acabó el ajetreo y solo quedaban tres mesas llenas.

—Volveré a la cocina y empezaré a preparar la masa de las galletas de mañana —le dijo Hannah a Lisa.

—Ya me encargo yo, Hannah. Esta noche tienes clase de cocina.

—No es problema. Cogeré algo de comida rápida por el camino y me la comeré en la camioneta. Todo lo que tengo que hacer cuando llegue a casa es cambiarme de ropa, dar de comer a Moishe y hacer que tome su suplemento vitamínico.

—¿Suplemento vitamínico? —Lisa parecía preocupada—. ¿Es una pastilla? Es muy difícil darle una pastilla a un gato. La vuelven a escupir cuando no estás mirando.

—Es un líquido con cuentagotas. Solo tengo que abrirle la boca y echárselo. Debería ser muy fácil.

—Espero que tengas razón —dijo Lisa, y parecía que quería decir algo más, pero se abrió la puerta principal y entró Beatrice Koester. Colocó una caja de cartón sobre el mostrador y Lisa pareció desconcertada cuando miró dentro—. ¿Qué es todo esto, Beatrice?

—Son mis deberes de la clase de Hannah. Hay tres botellas de aliño, una bolsa de trozos de lechuga y una pila de cuencos de papel. He pensado que quizá querrías probarlos con tus clientes para ver cuál les gusta más.

—Buena idea —dijo Hannah, volviéndose hacia Lisa—. ¿Por qué no vas a ver si nuestros clientes están dispuestos a hacer una cata? Luego podemos contar los resultados y pondremos el más popular en el libro de cocina de Lake Eden.

—¿De qué son? —preguntó Lisa, cogiendo las botellas una a una y agitándolas.

—Ruso, de queso azul y francés. A Ted y a mí nos gusta más el francés, pero solo es nuestra opinión.

—Me gustan mucho las botellas —dijo Lisa—. Tienen el tamaño perfecto para aliñar ensaladas. ¿De dónde las has sacado?

—La madre de Ted tenía tres estanterías llenas en el sótano. Ted pensó que estaba loca al empaquetarlas y traerlas aquí, pero son útiles para un montón de cosas.

—Gracias, Beatrice. —Hannah le dedicó una cálida sonrisa—.

¿Irás a clase esta noche?

—Allí estaré. He hecho más aderezo para que las demás puedan probarlo también.

—Bien. Intentaré llegar pronto para volver a hacer esos *cupcakes*. ¿Has averiguado algo más sobre ellos que deba saber?

—La verdad es que no —dijo Beatrice y empezó a fruncir el ceño —. Anoche llamé a un par de viejas amigas de Alma, pero tampoco lo sabían. Una señora incluso se lo preguntó a Alma cuando estaba tan enferma. Le apetecía mucho tener esa receta y trató de convencerla de que debía legarla. Pero Alma le dijo que la receta de aquellos *cupcakes* era su secreto y que pensaba llevársela a la tumba.

Hannah se estremeció ligeramente, preguntándose cuántos secretos se habría llevado el *sheriff* Grant a la tumba. Era de suponer que uno de esos secretos era la causa de su muerte.

—¿Qué ocurre, Hannah? —Beatrice parecía preocupada—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

—Puede que uno —dijo Hannah.

—¿Quieres que ayude a Lisa con la cata de la ensalada? —preguntó Beatrice.

—Eso estaría bien, si tienes tiempo.

—Sí que lo tengo. No debo ir al desguace hasta las seis y media. Ted trabaja hasta tarde esta noche y voy a llevarle la cena.

—Creía que cerraba pronto los lunes por la noche —dijo Hannah, recordando el cartel que había visto la última vez que había pasado por delante del desguace.

—Suele hacerlo. Pero sabe que tengo clase y ha pensado que podría trabajar. Hay mucho trabajo en el desguace de coches.

—Es bueno oír eso —dijo Hannah.

—Nos va tan bien que hemos comprado una trituradora nueva. Es mucho más rápida que la vieja y resulta increíble ver entrar un coche entero y salir un cubo de metal del tamaño de una panera.

—Apuesto a que sí —dijo Hannah, intentando pensar en una forma educada de escaparse. Beatrice estaba inusualmente

habladora.

—Realmente tienes que verlo para creerlo. ¿Por qué no vas y echas un vistazo cuando tengas un poco de tiempo?

—Tendré que hacerlo —dijo Hannah, dándose cuenta de que Beatrice acababa de proporcionarle una manera de excusarse y salir hacia la cocina—. Hablando de tiempo, se me acaba, sobre todo si quiero llegar pronto a clase. Nos vemos esta noche, Beatrice.



CAPÍTULO DIECINUEVE



Hannah estaba a punto de salir de su plaza de aparcamiento cuando Mike le impidió el paso con su vehículo. Hannah vio por el retrovisor de la puerta cómo Mike se bajaba del coche y se acercaba a su camioneta. La leyenda del retrovisor decía: Los objetos del retrovisor están más cerca de lo que carece, pero debería haber dicho: Los objetos del retrovisor están más enfadados de lo que parece. Mike parecía estar a punto de escupir sapos y culebras cuando abrió la puerta del pasajero y subió a la camioneta con ella.

—¿Por qué le has dicho a todo el pueblo que te he dejado por una rubia? —preguntó Mike, con los ojos encendidos.

—No he sido yo.

—¿No has sido tú?

—No. Babs Dubinski te vio anoche llevando a una rubia a tu edificio de apartamentos.

—Era Shawna Lee. Solo la estaba llevando a casa.

—¿Shawna Lee vive contigo?

—¡Claro que no! Vive en el mismo complejo de apartamentos, eso es todo. Su coche no arrancaba y necesitaba comida, así que la

acerqué a The Red Owl.

—Oh —dijo Hannah, manteniendo una expresión agradable.

Quería preguntarle a Mike por qué la compra había acabado en Bertanelli's, pero no lo hizo.

—Me invitó a cenar a su casa en agradecimiento, pero es una pésima cocinera y, en vez de eso, la llevé a comer *pizza*.

El corazón suspicaz de Hannah dio un pequeño brinco cuando Mike le sonrió. Pero entonces pensó que solo había una manera de que Mike supiera que Shawna Lee era una pésima cocinera, y su corazón volvió a un ritmo regular.

—Imagino que te estás preguntando cómo sé que es una pésima cocinera —dijo Mike, que parecía leer la mente de Hannah.

—En realidad… sí —admitió Hannah.

—Hicimos una comida en la comisaría y llevó un estofado de atún. Estaba horrible.

—¿En serio? —A Hannah se le bajaron los pelos de la nuca y se sintió mejor de inmediato. Al menos la mujer que según Mike no era su competencia era una pésima cocinera.

—Solo hay una excepción y es su repostería. Hace unos *brownies* buenísimos.

—Mira tú qué bien —dijo Hannah, tomando nota mental de no hacerle *brownies* a Mike nunca.

—Siempre me han gustado los *brownies* —continuó Mike, sin darse cuenta de que estaba cavando un agujero cada vez más profundo—. Y los de Shawna Lee nunca sabes con qué te van a sorprender. El jueves pasado les puso malvaviscos pequeñitos y nueces. Era casi como comer helado de Rocky Road. Tal vez deberías probar algo así, Hannah. Funcionaría muy bien en tu tienda.

La sonrisa de Mike era atractiva, el tipo de sonrisa que evocaba en la mente de Hannah pensamientos como pasear cogidos de la mano en el crepúsculo veraniego o acurrucarse bajo un pino alto en invierno para darse un beso que ahuyentara el frío. Entonces recordó que Mike acababa de sugerirle que vendiese los *brownies* de

Shawna Lee en su tienda y empezó a erizarse. Cuanto más pensaba en ello, más se enfadaba y sentía el impulso de darle una patada en la espinilla a Mike. Solo con una enorme fuerza de voluntad consiguió mantener los dos pies en la alfombra.

—Entonces, ¿estamos bien otra vez?

—¿Bien de qué? —preguntó Hannah, despertándose de la contemplación de cuántos años le podrían caer por asalto y agresión a un *sheriff* en funciones.

—Sobre lo de llevar a Shawna Lee al supermercado y luego a Bertanelli's a comer *pizza*.

—Claro. —¿Qué otra cosa podía decir?

—Y supongo que será mejor que te cuente el resto antes de que otro lo haga por mí. Después de la *pizza* fui al apartamento de Shawna Lee para ayudarla a conectar su sistema de sonido envolvente.

—Eso es de buen vecino —dijo Hannah, mientras echaba humo por dentro.

—Creo que te daría su receta de *brownie* si se la pidiera. ¿La quieres?

Hannah parpadeó para alejar el rojo que veía ante sus ojos.

—No, gracias. Seguro que me las apañaré yo sola.

—Cuando los hagas, los probaré. Podré decirte si son tan buenos como los suyos.

—De acuerdo —dijo Hannah, y luego apretó los labios antes de poder decir algo más y agredir verbalmente a un *sheriff* en funciones.

—Bill me está esperando. Tengo que irme.

Mike extendió la mano hacia ella y la atrajo hacia sus brazos antes de que Hannah pudiera reunir fuerzas para resistirse. Sus labios se unieron y, aunque Hannah sabía que estaba siendo esclava de sus propios impulsos, no se apartó. Besar a Mike era como jugar con fuego, pasar la llama lo suficientemente cerca como para que caliente, pero no queme.

—Te he echado mucho de menos, Hannah —susurró Mike,

acercándola más a él. Y, aunque Hannah estaba en una posición incómoda con un pie encajado bajo el pedal del freno, su abrazo seguía siendo emocionante.

Pasaron largos momentos de pura felicidad antes de que Mike finalmente la soltara. Hannah notaba que su respiración era agitada, inspiró con profundidad y volvió a soltar el aire con un suspiro.

—¿Qué tal alguna noche de esta semana? —preguntó Mike, abriendo la puerta del pasajero.

—¿Qué tal qué?

—Que si quieres cenar conmigo alguna noche de esta semana. Te llamaré cuando esté libre y fijaremos la hora.

—Claro —dijo Hannah y entonces los modales que Delores le había enseñado hicieron efecto—. Estaría muy bien, Mike. Gracias por preguntar.

Mike se acercó para tocar su mejilla y luego se fue. Hannah parpadeó cuando la puerta se cerró tras él y volvió a respirar hondo. ¿Qué haría una mujer más sofisticada con un hombre como Mike? No parecía importar lo enfadada que estuviera con él. Seguía haciendo que le flaquearan las rodillas, que se le acelerara el pulso y que el estómago se le cayera hasta los pies.

Hannah se abrochó el cinturón, arrancó el motor y miró por el retrovisor para asegurarse de que Mike y Bill se habían marchado.

Pero todo lo que vio fue gris. Las ventanillas estaban empañadas. Era ya un poco mayorcita, tenía treinta años, pero por fin formaba parte de las parejas de adolescentes que se besaban en coches aparcados cuando hacía frío y empañaban las ventanillas.

—Venga, Moishe. El doctor Bob dice que te gustará. Sabe muy bien. —Hannah sostuvo a Moishe con una mano y con la otra le acercó la punta del gotero a la boca—. Se acabará en un segundo si abres la boca.

Moishe la miró con desprecio y mantuvo la boca cerrada. Para ser un gato que normalmente maullaba y ronroneaba en sus paseos por

el apartamento, Moishe se había quedado mudo en cuanto había visto el gotero en su mano.

—No me hagas llegar tarde —le advirtió Hannah, acercando más el gotero—. Solo tienes que tomarte las vitaminas y luego podrás comer el pienso que de verdad te gusta.

Moishe emitió un gruñido en el fondo de la garganta, pero mantuvo la boca cerrada. Hannah se dio cuenta de que no se lo creía. El gruñido aumentó de volumen mientras ella seguía hurgándole en la boca con el cuentagotas y, de repente, tan rápido como un rayo, Moishe se zafó de su mano, dio una voltereta en el aire, aterrizó con un ruido sordo en la alfombra y salió corriendo hacia el dormitorio.

—Oh, oh —murmuró Hannah, temiéndose lo peor mientras lo seguía. Tal como esperaba, Moishe se había colado debajo de la cama, donde sabía que ella no podía alcanzarlo—. Sabes que no puedo sacarte si te metes ahí —se quejó Hannah, arrodillándose para mirar por debajo de la colcha—. Sal y toma tu medicina, Moishe. A los demás gatitos les gusta.

Un maullido agudo emanó de los oscuros huecos donde la cabecera de la cama se unía a la pared del fondo. Hannah se tumbó boca abajo e intentó alcanzarlo, pero lo único que consiguió coger fue un pañuelo de papel arrugado, un calcetín viejo con un agujero en la punta y un bolígrafo.

Cuando retiró la mano, se oyeron más maullidos y Hanna suspiró mientras se ponía en pie.

—Claro. Claro. Cuando tenía el cuentagotas preparado no, ¡pero ahora abres la boca!

Una vez que los cinco grupos se pusieron a cocinar, Hannah le hizo un gesto a Beatrice para que se uniera a ella junto a la bandeja de *cupcakes* que había horneado.

—Prueba uno de estos. Esta vez no los he glaseado, pero seguro que puedes decirme si voy por buen camino.

—Vale —dijo Beatrice, cogiendo uno de los *cupcakes* y quitándole el papel. Le dio un mordisco, masticó y tragó, y luego sacudió la cabeza—. Lo siento, Hannah. No son iguales. Los de Alma eran pesados, pero no tanto. ¿Es mantequilla de cacahuete lo que noto?

—Sí. Lo que usaba Alma no era tan espeso. Sabía que no iba a funcionar, pero, como ya había hecho la masa, he pensado hornearlos.

—No son los de Alma, pero están buenos —dijo Beatrice, alargando la mano para coger otro—. A lo mejor te sirven como nueva receta, Hannah.

—Así es como desarrollo algunas de mis recetas de galletas. Empiezo con una idea de cómo deben saber y una receta básica de galletas sin adornos. Luego añado y quito ingredientes hasta que lo que horneo coincide con lo que he imaginado. A veces me paro si encuentro una variación realmente buena. Recuerdo cuando intentaba hacer…

—Hannah, tenemos un problema.

Hannah se detuvo a mitad de la frase y se giró para mirar a Winnie Henderson, que le hacía señales. Winnie parecía preocupada, y no había muchas cosas en el mundo que la perturbaran. Nunca decía su edad exacta, pero Hannah sabía que era lo bastante mayor como para haber sobrevivido a cuatro maridos, haber dado a luz a dos hijos de cada uno de ellos y tener casi tres docenas de nietos y bisnietos a los que les encantaba quedarse con la «abuelita» que había jugado en un equipo de béisbol femenino durante la Segunda Guerra Mundial y aún podía batear una bola y sacarla del parque.

—Luego te sigo contando —le dijo Hannah a Beatrice, y se apresuró a acercarse al puesto de trabajo de Winnie en la cocina—. ¿Qué pasa, Winnie?

Winnie señaló su bol y removió el contenido.

—Es este pan de plátano. Huele muy bien, pero va a salir pesado como una piedra. Remuévelo tú misma y lo verás.

—No hace falta —dijo Hannah, sacudiendo la cabeza cuando Winnie le ofreció la cuchara—. Ya veo que tienes razón. La masa

está demasiado dura y es probable que no suba. ¿Estás segura de que lo has medido todo correctamente?

Geraldine Goetz, la medidora del grupo, asintió enseguida.

—Sí que lo hemos medido bien. Luanne estaba a mi lado y lo liemos comprobado todo.

—¿Y la harina? ¿La habéis tamizado?

—No —le tocó responder a Lolly Kramer—. Ponía harina sin tamizar. La he medido y la he nivelado con un cuchillo tal y como nos dijiste.

Hannah sonrió.

—Lo has hecho bien, Lolly. Y si habéis medido correctamente y habéis utilizado todos los ingredientes adecuados, el fallo tiene que estar en la receta. ¿De quién es?

—De Regina Todd. —Winnie le entregó su copia de la receta a Hannah—. ¿Crees que deberíamos llamarla para ver si se ha dejado algo?

—No te molestes. Si esta es la receta de Regina, ya sé lo que está mal. Muéstrame los huevos que has usado, Patsy.

Patsy Beringer abrió el frigorífico, sacó un cartón de huevos y se los dio a Hannah.

—He usado estos. Están bien, ¿no?

—Lo estarían si no fuera la receta de Regina. —Hannah respiró aliviada ahora que había encontrado la respuesta al problema. Hubiera habido una guerra entre las dos familias si Hannah no hubiera puesto la receta de la suegra de Andrea en el libro de cocina de Lake Eden.

—¿Por qué está mal la receta de Regina? —preguntó Winnie, y Hannah se dio cuenta de que no había explicado su críptico comentario.

—Regina cría gallinas ponedoras y los huevos que obtiene son al menos del doble del tamaño de los huevos grandes que se pueden comprar en The Red Owl. Cuando escribió tres huevos, se refería a tres de sus huevos, no a tres huevos normales.

Winnie cayó en la cuenta:

—Ya lo entiendo. Más huevos serían más líquido. Pero ¿cuánto líquido puede llegar a añadir un huevo?

—Te sorprenderías. Si una receta no especifica el tamaño, utiliza siempre huevos medianos o grandes. Cada huevo mediano o grande debería dar un cuarto de taza.

—¿Entonces tres huevos son tres cuartos de taza? —Winnie parecía sorprendida.

—Se supone que sí. —Hannah le pasó el cartón de huevos a Lolly Kramer—. Vamos a probarlo. Creo que doblando los huevos se arreglará la masa del pan de plátano. Pon tres en una taza medidora, Lolly, y bátelos con un tenedor. Luego veremos cuánto sale. Tenemos que mezclarlos de todos modos.

Lolly rompió tres huevos en una taza medidora y los batió hasta que tuvieron un color uniforme. Luego dejó la taza sobre la encimera para que el contenido se asentara y pudiera leer la medida.

—Tres cuartos de taza —anunció, dando un paso atrás para que las demás pudieran acercarse y comprobarlo por sí mismas—. ¿Siempre mides los huevos así, Hannah?

Hannah negó con la cabeza.

—No los mido a menos que me parezcan inusualmente pequeños o grandes. Y siempre los bato antes de medirlos. Así puedo quitar un poco si tengo demasiado o añadir otro huevo si no tengo suficiente.

Winnie, que era mucho más fuerte de lo que parecía por su pequeña estatura, echó los huevos batidos en el bol y los mezcló con la masa. Tardó unos minutos, pero pronto se incorporaron.

—Esto parece que ya está —dijo Winnie, volviendo a remover la mezcla y pasándole la cuchara a Hannah—. Pruébalo tú.

Hannah removió la masa.

—Ahora debería estar bien. Viértela en los moldes y vamos a hornearla. Si sale bien, corregiremos la receta doblando los huevos.

Varios grupos más pidieron la opinión de Hannah sobre diversos aspectos de la repostería y pronto el aula de Economía Doméstica del Instituto Jordan se llenó de deliciosos olores. Había una tarta de manzana, un molde de barritas de nueces, una tarta de semillas de

amapola y limón, la receta de Hannah de galletas alemanas de chocolate y el pan de plátano de la suegra de Andrea. Con todos estos dulces horneándose a la vez, a todo el mundo se le hacía la boca agua. Hannah caminaba de grupo en grupo, asegurándose de establecer contacto con cada una de sus alumnas. Respondió a las preguntas ocasionales, dio consejos cuando fue necesario y ofreció su opinión experta cuando Donna Lempke no podía decidir si el pastel de semillas de amapola y limón de su grupo estaba listo para sacarlo del horno. Después, cuando todo se estaba enfriando, incluidos los hornos, Hannah se sentó en la mesa del profesor y reunió las recetas para que sus alumnas se las llevaran a casa y las probaran.

En la enorme aula reinaba el silencio, aunque los miembros de su clase charlaban entre sí. Hannah se quedó perpleja por un momento y luego se dio cuenta de que estaba comparando el nivel de ruido de esa semana con el de la semana pasada. Mike ya no daba clase en el aula de al lado y no había gritos ni silbidos. Rick Murphy había tomado el relevo como instructor de defensa personal y le había dicho a Hannah, antes de que empezara su clase, que planeaba sacar a sus alumnos a la calle durante la segunda mitad de la clase para que pudieran practicar cómo acercarse a un coche aparcado y caminar por un aparcamiento oscuro.

Una vez que la clase de Hannah recibió sus deberes y se repartió las delicias de la noche, todas menos Hannah se dirigieron a casa. Cuando la última de sus alumnas se hubo marchado, Hannah comprobó los puestos de trabajo para asegurarse de que todo estaba en orden. Hecho esto, la única tarea que quedaba era sacar la basura.

Hannah cogió la bolsa de basura y se dirigió a la puerta exterior. La abrió, dio un paso hacia el contenedor y se detuvo en seco. Sabía que estaba siendo tonta, pero le parecía que acercarse al mismo contenedor donde había encontrado al *sheriff* Grant era tentar al destino.

—¡Hannah!

Una voz la llamó desde atrás y casi tiró la basura. Se giró y dio un suspiro de alivio al ver a Rick Murphy.

—¡Me has asustado, Rick!

—Lo siento. Tenía intención de llegar antes, pero uno de mis alumnos quería algunos consejos sobre seguridad en el hogar. Pásame esa bolsa y sacaré la basura por ti.

—¿Lo harás? —Hannah se quedó perpleja—. No hace falta, Rick. No tengo el brazo roto ni nada.

—Lo sé, pero Mike me pidió que pasara después de clase y lo hiciera. Y luego tengo que acompañarte hasta tu coche. Mike dijo que, como no podía estar aquí, quería que me asegurara de que no estuvieras sola.

Cinco minutos más tarde, Hannah estaba en su camioneta de galletas, conduciendo a casa, y tenía una sonrisa en la cara que tenía suficiente potencia para iluminar el árbol de Navidad oficial de Eden Lake. Mike se había preocupado y le había pedido a Rick que cuidara de ella. Eso había sido todo un detalle por su parte, casi lo suficiente como para hacer que Hannah se olvidara por completo del cuerpo perfecto de Shawna Lee y sus fantásticos *brownies…* Casi, pero no del todo.



CAPÍTULO VEINTE



Hannah estaba de pie junto al fregadero en The Cookie Jar, poniéndose guantes para protegerse el profundo arañazo que Moishe le había propinado esa mañana cuando lo había sujetado para intentar darle las vitaminas. Lisa asomó la cabeza desde la tienda.

—Teléfono para ti. Es Kurt Howe.

—Vale, dile que enseguida estoy con él —dijo Hannah con un suspiro, dirigiéndose al teléfono.

Si la mañana servía de indicio, el martes no iba a ser un buen día. Había empezado con un estruendo a las cinco de la mañana, cuando Moishe decidió ir a pescar al retrete. Antes solo lo había hecho una vez y fue poco después de que lo adoptara. Moishe era un gato listo. En cuanto se dio cuenta de que sus acciones no le habían gustado a Hannah, dejó de tocar toda agua estancada, a excepción de su bebedero. Mientras Hannah se levantaba de la cama para limpiar la sorprendente cantidad de agua que había salpicado en el suelo del cuarto de baño, se le pasó por la cabeza que Moishe podría haberlo hecho a propósito para vengarse por las vitaminas que ella había intentado que tomara. Después de varias tazas de

café vivificante, descartó esa idea por paranoica y volvió a la carga con las vitaminas, lo que le provocó el profundo arañazo que estaba curando en ese momento.

—Hola, Kurt —lo saludó Hannah, haciendo una pequeña mueca de dolor cuando el arañazo empezó a palpitar bajo el apretado guante de látex. Kurt trabajaba para la editorial que iba a publicar el libro de cocina de Lake Eden.

—Hola, Hannah. He llamado para ver cómo vas con el libro de cocina.

—Muy bien. Estoy dando una clase nocturna en el instituto y estamos probando todas las recetas. Luego haremos una gran cena para todo el pueblo y dejaremos que todos voten para ver qué recetas deben incluirse.

—¿Cuándo es la cena?

La pregunta sorprendió a Hannah. Kurt, hasta entonces, no se había interesado nunca por su agenda. ¿Quizá quería venir a Lake Eden para probar la comida y votar?

—Pues todavía no hemos fijado una fecha concreta, pero quiero que sea justo después de Acción de Gracias. Nos encantaría que vinieras, si puedes.

—Intentaré ir; cuando sepas la fecha, llama a mi secretaria y se la das. Tengo grandes noticias, Hannah. He convencido al editor para lanzar tu libro de cocina antes de tiempo. Pensamos que sería un regalo perfecto para las fiestas.

—¿Te refieres a Navidad?

—Navidad, Hanukkah, Kwanzaa, lo que sea. Serán sobre todo recetas de tipo bufet, ¿no?

—Bueno… Supongo que se podrían llamar recetas de bufet. En Lake Eden lo llamamos *potluck*.

—A mí me gusta más *potluck*, es como más étnico. Pero el editor quiere usar las palabras *fiesta* y *bufet* en el título. ¿Cómo lo ves?

—Bueno…

—Está seguro de que se vendería mejor en lugares sofisticados como Nueva York y Los Ángeles.

Las cejas de Hannah se dirigieron al techo. Cuando Kurt le habló por primera vez del libro de cocina, había imaginado algo que se vendería localmente o tal vez en todo el estado. Nunca se había planteado la posibilidad de que se vendiera en todo el país.

—¿Hannah? Sé que la gente votó y que te decidiste por *Gelatina verde, un libro de «potluck» de Lake Eden*, pero el editor no cree que vaya a tener éxito a nivel nacional. Prefiere *Bufets para las fiestas*. Si no te gusta nada, le puedo proponer otras alternativas.

—No —consiguió farfullar Hannah—. No, él es el que sabe. Al fin y al cabo, bufet es solo un nombre más elegante para *potluck*. Pero son recetas muy sencillas. ¿Está bien?

—Dame un ejemplo.

—Bueno… Está el puré de patatas de Edna. Ella lo lleva a todos los *potlu…*, eh…, bufets que hacemos. Y luego está el estofado hawaiano de mi madre, y un par de variaciones del Minnesota *hotdish*.

—Todo eso suena muy bien. Me está entrando hambre, Hannah.

—Te entiendo perfectamente —dijo Hannah, sintiendo un poco de hambre ella también—. Pero, ya que tu editor quiere un título más elegante, ¿no querrá nombres más elegantes para las recetas?

—¿Como qué?

—Como… Minnesota *hotdish* podría ser Minnesota *cassoulet*.

—No, *hotdish* está bien. Hará que la gente piense en sentarse a la mesa con la familia y los amigos. Deja los nombres de las recetas como están, Hannah. Si tenemos problemas con algunas de ellas, nos reuniremos y las cambiaremos.

—Y la fecha de entrega sigue siendo la misma, ¿no?

Kurt soltó una pequeña carcajada.

—Me temo que no. Por eso te he llamado. Si estás de pie, siéntate, Hannah.

—¿Por qué? —Hannah inspiró y contuvo la respiración. Tenía la sensación de que no le iba a gustar la respuesta de Kurt.

—Vamos a necesitarlo todo en tres semanas.

—¡¿Tres semanas?! —Hannah estaba tan sorprendida que casi

dejó caer el teléfono—. ¡Pero se suponía que era en tres meses!

—Lo sé. Pero es una oportunidad fabulosa, Hannah. El editor va a hacer todo lo posible para que tu libro de cocina sea un éxito. Sé que el plazo es apretado y que va a ser un montón de trabajo, pero piensa en lo orgullosos que se sentirán todos al ver sus recetas favoritas impresas.

—Estoy pensando, estoy pensando —dijo Hannah. Y así era. Quizá podría conseguirlo si tuviera ayuda.

—Entonces, ¿le digo al editor que adelante?

Hannah respiró hondo y volvió a soltar aire. Y entonces dijo las palabras que añadirían varias raciones extra a su plato ya rebosante:

—Sí, Kurt. Dile que adelante.

Una hora más tarde, Hannah se acercó al mostrador de la farmacia de Lake Eden. Lisa había insistido en que hablara con Jon Walker para que le diera algún tipo de crema antibiótica para la mano. El arañazo gatuno que Moishe le había propinado esa mañana se estaba hinchando y le dolía al tacto.

—Hola, Hannah. ¿Qué te pasa en la mano? —la saludó Jon.

—Arañazo de gato. —Hannah la extendió para que pudiera verla —. Lisa me ha dicho que viniera a por crema antibiótica.

—Bien por ella. Los arañazos de gato pueden ser peligrosos. ¿Nunca has oído hablar de la fiebre por arañazo de gato?

—Solo en un viejo disco de *rock and roll* que mi padre ponía en el garaje. También había otro sobre la hiedra venenosa.

—Un caso grave de fiebre por arañazo de gato y acabarías en el hospital. Pero no te preocupes, Hannah, estamos a tiempo. Deberías tomar antibióticos orales para eliminar la infección y te daré una crema sin prescripción. Rellenar la receta del antibiótico puede llevarme un rato. Te la llevo en mi descanso de la tarde si me invitas a una galleta.

—Te invito a una galleta, pero no tengo receta.

—La tendrás en cuanto llame al doctor Knight. Aquí tienes la

crema. Úsala mañana, tarde y noche, y mantén el agua lejos de ese rasguño.

Cinco minutos más tarde, cuando Hannah entró por la puerta principal de The Cookie Jar, Lisa estaba al teléfono. Hizo un gesto a Hannah y esta se deslizó detrás del mostrador para reunirse con ella.

—Es Andrea —dijo Lisa—, y deberías cogerlo en el obrador. Dice que tiene noticias para ti sobre ya sabes qué. Me quedaré hasta que descuelgues.

Hannah se tomó el tiempo suficiente para untarse un poco de crema antibiótica y luego cogió el teléfono.

—Estoy al teléfono, Lisa.

—Ya cuelgo —contestó Lisa.

—Hola, Hannah —la saludó Andrea—. Te he llamado para decirte que Sean y Don tienen una coartada muy sólida para la noche del pasado lunes. Un autobús llegó poco antes de las ocho y tenía una rueda pinchada. Sean y el conductor la cambiaron mientras Don atendía a los pasajeros.

—De acuerdo. Lo anotaré.

—Y he contactado con todos los nombres de la lista de Nettie. Todos tienen coartada.

Hannah estaba tan asombrada que tragó saliva.

—¿Todos? Pero si había un montón.

—No, no eran tantos después de eliminar a todo el personal del departamento del *sheriff* que Bill y Mike están comprobando.

—Tienes razón —dijo Hannah, haciendo a su hermana un gesto con el pulgar que no pudo ver a través del teléfono—. No tiene sentido duplicar esfuerzos. Entonces, ¿has anotado las coartadas y ahora quieres que yo las verifique?

—No, eso ya lo he hecho.

—¿Ya lo has hecho? ¿Pero cómo te ha dado tiempo?

—Es un secreto profesional que aprendí en la escuela inmobiliaria. ¿Recuerdas aquel viejo anuncio de perfumes «Prométele cualquier cosa, pero dale Arpége»?

—La verdad es que no.

—Bueno, lo recordarías si hubieras usado el perfume. Es un poco como eso…, solo que diferente.

—Vale —dijo Hannah, dando por zanjada la discusión, ya que la explicación de Andrea había suscitado más preguntas de las que había respondido.

—¿Y ahora qué? Estoy encadenada a este sofá, ya he hecho todo lo que se me ha ocurrido y me voy a volver loca aquí sentada.

—Pues la verdad es que no lo sé… —Hannah se detuvo en medio de la frase cuando se le ocurrió la solución perfecta al aburrimiento de su hermana. Andrea sabía teclear mucho más rápido que Hannah. Y, ya que había aceptado cumplir con la nueva fecha de entrega de Kurt Howe, se preguntaba cómo iba a encontrar las horas extra para mecanografiar todas las recetas.

—¿Qué? —preguntó Andrea—. Se te ha ocurrido algo, ¿no es así?

—Sí. ¿Tienes el portátil a mano?

—Lo tengo aquí mismo. ¿Qué necesitas?

—Necesito que pases algo a ordenador. Es muy importante.

—¿De qué se trata?

—De las recetas para el libro de cocina de Lake Eden, solo que ya no se llama libro de cocina de Lake Eden. Ahora se llama algo con *fiestas* y *bufet* en el título, pero no tenemos que cambiar los nombres de ninguna receta.

Hubo un largo silencio y, cuando Andrea volvió a hablar, parecía preocupada.

—Creo que será mejor que empieces por el principio, Hannah. Para ser una persona lógica, lo que dices no tiene mucho sentido.

Tardó unos minutos, pero por fin Andrea tenía toda la historia de la llamada de Kurt Howe y de cómo se había adelantado la entrega.

—¿Y se publicará a tiempo para las vacaciones? —preguntó.

—Eso ha dicho Kurt.

—Entonces claro que lo haré. Tráemelas y empezaré.

Hannah miró el reloj.

—Saldré de aquí a las once y te llevaré la comida. ¿Qué quieres?

—*Pizza*, pero no puedo comerla. Demasiada sal.

—¿Qué puedes comer?

—Aquí tengo una lista. —Hannah oyó un sonido de papel arrugado y luego Andrea volvió a la línea—. Estoy mirando el papel de mi dieta. Parece que puedo comer casi cualquier cosa que no sepa bien.

Hannah se rio. No pudo evitarlo. A veces Andrea era graciosa sin darse cuenta.

—¿Qué tal una ensalada con aliño aparte? Puedo pasarme por la cafetería de Rose.

—Genial, pero ¿qué tal un postre? ¿Me traerás unas galletas?

—Claro. ¿Cuáles quieres?

—Alguna con chocolate y nueces. Me muero por algo de chocolate y las pecanas son mis nueces favoritas. Pero no te dará tiempo de hacer galletas solo para mí, ¿verdad?

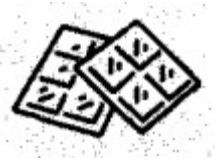
—Tengo tiempo —dijo Hannah, planeando qué ingredientes usar para hacer unas galletas especiales para su hermana.



Pecanas divinas de Andrea



Precaliente el horno a 180 °C, con la rejilla en la posición central.



450 g de mantequilla derretida
600 g de azúcar blanco
300 g de azúcar moreno
4 cucharaditas de vainilla
4 cucharaditas de levadura en polvo
2 cucharaditas de sal
4 huevos batidos
600 g de harina (*no es necesario tamizarla*)
500 g de pepitas de chocolate
550 g de nueces pecanas picadas









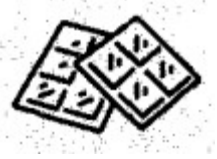
Derrita la mantequilla. (*Caliéntela durante* 5 *minutos en un recipiente apto para microondas o en una sartén al fuego*). Mezcle la mantequilla con el azúcar blanco y el azúcar moreno. Añada la vainilla, la levadura y la sal y mezcle bien. Agregue los huevos y vuelva a mezclar. Añada la mitad de la harina, las pepitas de chocolate y las

nueces picadas. Remueva bien para integrar. Añada el resto de la harina y mezcle bien.





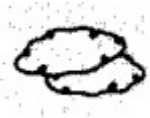
Vierta la masa a cucharaditas en una bandeja engrasada (*caben 12 galletas en una bandeja de tamaño estándar*). Si la masa está demasiado pegajosa, enfríela un poco y vuelva a intentarlo.



Hornee a 180 °C de 10 a 12 minutos o hasta que las galletas estén bien doradas.



Déjelas enfriar durante 2 minutos, luego retírelas de la bandeja para hornear y páselas a una rejilla para que se terminen de enfriar.



Cantidad: 10 docenas aproximadamente.



Andrea dice que estas son las mejores galletas que ha probado y que le he salvado la vida haciéndoselas.





CAPÍTULO VEINTIUNO



Hannah se sintió feliz cuando se sentó en el taburete alto detrás de la caja registradora en The Cookie Jar y observó su mundo. Todas las mesas estaban llenas y sus clientes tomaban café, té y galletas. Estaban ocupados hablando entre ellos mientras disfrutaban de la comida y la bebida. Los tarros de cristal se habían repuesto, el mostrador no podía estar más limpio y todos los recipientes de azúcar, crema y edulcorantes artificiales se habían llenado hasta los topes. Ya le había entregado las recetas a Andrea, junto con una de las mejores ensaladas de la cafetería de Rose, y no tenía nada más que hacer hasta que Lisa volviera de comer.

—¡Hola, Hannah! —Jon Walker entró en la cafetería y tomó asiento en el mostrador—. Aquí está tu receta. El doctor dice que debes tomar dos ahora y una más esta noche antes de acostarte. A partir de entonces será una pastilla tres veces al día.

—Gracias, Jon. —Hannah cogió la bolsa blanca, la guardó detrás del mostrador y tomó tres galletas crujientes de avena con pasas, las favoritas de Jon. Las colocó en una servilleta y las sirvió con una taza de café solo caliente—. Invita la casa. Y gracias por el servicio a domicilio.

—De nada. El antibiótico que te ha recetado el doctor es caro, pero debería funcionar. Te he hecho un descuento porque sé que tu seguro médico no cubre los medicamentos.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Hannah, conteniendo la respiración. Ese mes no es que estuviera arruinada, pero tampoco le sobraba mucho en el presupuesto. Las vacunas de Moishe y la visita al veterinario no habían sido baratas y las vitaminas eran mucho más caras que las equivalentes para humanos.

—He metido la factura en la bolsa. —Hannah la sacó y tragó saliva al leer el total. El frasquito de pastillas que Jon acababa de entregarle costaba más de ochenta dólares—. Es carísimo, lo sé —comentó Jon, con cara de empatía—. Ted Koester puso la misma cara.

—¿Ted también las está tomando?

—Sí. Y cuando recogió la receta se lo contó a todo el mundo en la farmacia, así que no estoy desvelando ninguna confidencia. Se lastimó el brazo con un trozo de metal en el trabajo la semana pasada. Tal vez no habría pasado nada si se lo hubiera lavado justo después, pero no lo hizo y se le infectó.

—Pobre Ted. Espera un segundo, Jon. Voy a por la cartera y te hago un cheque.

Uno o dos minutos más tarde, terminados sus asuntos, Hannah se sentó en su taburete mientras Jon tomaba su café.

—¿Estás decorando la farmacia para Halloween otra vez? —le preguntó.

—Tengo a las chicas trabajando en ello ahora mismo. Si no aparezco detrás del mostrador como el científico loco revolviendo un líquido asqueroso en una probeta, los niños se quedarán muy decepcionados.

—Les encanta ver a los propietarios disfrazados. Lisa está tallando calabazas para ponerlas en nuestro escaparate.

—¿De qué te vas a disfrazar?

—Lisa irá de gato negro. Me enseñó el disfraz la semana pasada.

—Seguro que está mona con algo así, pero ¿y tú?

Hannah negó con la cabeza.

—Yo me quedaré en el obrador. Así no tengo que pensar en el disfraz. Y si tengo que salir por alguna razón, me pondré la misma sábana vieja que usé el año pasado y seré el fantasma de las galletas pasadas.

—Irás al centro comunitario para la fiesta, ¿no?

—No me la perdería por nada. Voy a llevar a Tracey porque Andrea tiene que quedarse en casa con los pies en alto.

—¿Por el bebé?

—Órdenes del doctor Knight.

—¿Llevarás galletas a la fiesta?

—Por supuesto. Veinte docenas, como siempre. El único problema es que no he decidido qué galletas llevar. Me gustaría hacer algo especial para Halloween.

—¿Qué tal galletas de maíz? Mi madre las hacía para Halloween cuando vivíamos en la reserva.

—¿Galletas de maíz? —Hannah se quedó perpleja. Nunca había oído hablar de las galletas de maíz, pero sabía que el maíz era un ingrediente básico en la cocina de los nativos americanos. Tal vez fuera una costumbre tribal hornear galletas de maíz para Halloween, pero le parecía extraño. Hannah estaba bastante segura de que Halloween no tenía ningún significado festivo en la cultura india americana.

—¿Nunca habías oído hablar de las galletas de maíz?

—No —dijo Hannah, preguntándose cómo plantearla segunda parte de su respuesta—. ¿Son…, eh…, una vieja receta india?

Jon echó la cabeza hacia atrás y soltó una larga carcajada. Varias personas sentadas en las mesas se volvieron para mirarlo, pero él se rio aún más. Cuando se hubo calmado lo suficiente como para volver a hablar, preguntó:

—¿Una vieja receta india? Supongo que tienes razón, en cierto modo. Mi madre es una vieja india.

—¡No quería decir eso! —replicó Hannah, riendo entre dientes junto con Jon—. Pero me gustaría saber más sobre ellas. ¿Son

galletas de maíz étnicas, o tribales, o lo que sea políticamente correcto decir ahora?

Jon se encogió de hombros.

—La verdad es que lo dudo. Que yo sepa, mi madre era la única mujer de la reserva que las horneaba.

—¿Usaba harina de maíz? ¿O maíz enlatado? —preguntó Hannah. Estaba a punto de añadir copos de maíz a su lista de posibilidades, pero Jon se estaba riendo tan fuerte que no la habría oído.

—Nada de eso. No estoy hablando de palomitas, Hannah. Mi madre hacía galletas de calabaza y las decoraba con palomitas de maíz dulces.

Hannah subió las escaleras de su apartamento con determinación. Estaba decidida a darle a Moishe su suplemento vitamínico. Varios de sus clientes le habían dado consejos sobre cómo medicar a los gatos y había un par de técnicas que por lo visto funcionaban. En primer lugar, tenía que ponerse una camisa gruesa de manga larga. Todos estaban de acuerdo en que eso era importante. También debía llevar guantes para protegerse de arañazos y mordeduras. Trudi Schmann pensó que Hannah debía atar a Moishe para poder medicarlo con las dos manos. Incluso le había sugerido que le atara los pies con cinta adhesiva.

A Hannah le había entrado por una oreja y le había salido por la otra. Todo el mundo sabía que a Trudi no le gustaban los gatos. Vern Kleinschmidt sugirió tranquilizar a Moishe para que fuera más fácil darle las vitaminas. Pero en el momento en que la sugerencia salió de su boca se dio cuenta de que no había manera de tranquilizar a Moishe sin darle una pastilla tranquilizante. Y si Hannah tenía que sujetarlo y darle una pastilla, también podía liarle las vitaminas. A Lisa se le ocurrió la mejor técnica felina, la que Hannah pensaba utilizar. Iba a envolver bien a Moishe en una toalla de baño grande para que no pudiera arañar, lo pondría en su regazo y lo sujetaría con las piernas. Así tendría las dos manos libres y podría usar una

para taparle la nariz. Moishe se vería obligado a respirar por la boca y, cuando la abriera, ella le echaría las vitaminas con el cuentagotas.

—¡Ya estoy aquí! —gritó Hannah al abrir la puerta de su piso, pero ningún borrón naranja y blanco se lanzó a sus brazos. Moishe debía de estar pasando desapercibido, quizá porque se sentía culpable por haberla arañado esa mañana—. ¿Moishe? ¿Dónde estás, chiquitín?

Hannah dejó el bolso y la chaqueta en la silla junto a la puerta e inició la búsqueda de su gato desaparecido. A excepción de levantar el sofá para poder mirar debajo, exploró todos los escondites felinos del salón y no encontró nada. Hannah encendió la luz de la cocina y comprobó el estrecho espacio que había junto al frigorífico, los asientos de las sillas que estaban metidas bajo la mesa de fórmica y la zona de detrás de la papelera de la cocina. Incluso miró encima del frigorífico, aunque hacía tiempo que no se subía allí. Moishe no estaba en la cocina. Tampoco estaba en el lavadero. Ni en el dormitorio de invitados. Hannah entró en su dormitorio y volvió a llamarlo. Moishe tenía que estar ahí. Era imposible que hubiera salido de casa. Estaba a punto de volverá recorrer las habitaciones cuando oyó un maullido angustiado. Entonces apareció Moishe, saliendo de debajo de la cama. El corazón de Hannah se le desplomó hasta los pies cuando lo vio. Algo no iba bien. Su pobre gatito temblaba tanto que apenas podía moverse y se arrastraba sobre el vientre.

—Ven aquí, cariño —canturreó Hannah, alargando la mano para cogerlo con cuidado en brazos. Lo cogió despacio, temiendo que se hiciera daño, y lo colocó sobre su almohada favorita de plumas de ganso.

Moishe la miró cuando se sentó a su lado en la cama y Hannah habría jurado que había parpadeado y se le había escapado una lágrima. Luego se acercó a ella y le lamió la mano.

—Pobrecito mío —murmuró Hannah, inclinándose para acariciarle la cabeza—. ¿Te ha asustado algo?

Moishe volvió a maullar y levantó la cabeza contra su mano,

solicitando más caricias suaves de su ama. Hannah le obedeció y lo palpó en busca de heridas. No parecía haber nada roto ni heridas que pudiera ver o notar.

Tras largos minutos de rascarlo y tranquilizarlo, Moishe volvió a calmarse. Hannah se aseguró de sobornarlo con un puñado de sus premios favoritos con sabor a salmón y se puso a buscar qué podía haberlo perturbado.

Las ventanas y la puerta estaban cerradas cuando había entrado. Al no encontrar nada raro en ninguna de las otras habitaciones, Hannah se dirigió al cuarto de baño. Fue entonces cuando encontró la prueba definitiva de lo que había sucedido. El suplemento vitamínico líquido que había dejado en la encimera de la cocina estaba en el fondo de la taza del váter.

—Oh, oh —gruñó Hannah.

Normal que Moishe temblara cuando salió de debajo de la cama. Sabía que había hecho algo mal.

¿Debía castigarlo? Hannah lo pensó durante una fracción de segundo y rápidamente descartó la idea. Moishe había sido maltratado en la calle. Su casa era un refugio seguro para él y de ninguna manera Hannah iba a poner en peligro la confianza que habían forjado el uno en el otro. Todo el mundo decía que, a menos que pillaras a tus mascotas in fraganti, castigarlas *a posteriori* no haría más que confundirlas. Y la forma en que Moishe había temblado, maullado lastimosamente y gateado hasta ella sobre su vientre cuando llegó a casa indicaba un arrepentimiento inequívoco.

Hannah cogió el frasco de suplemento vitamínico y lo guardó en el armario bajo el fregadero. No soportaba tirar algo que le había salido tan caro, pero no tenía intención de volver a utilizarlo. Era demasiado traumático para los dos. Tenía que haber otra cosa que pudiera hacer que no les disgustara a ninguno de los dos. Esa noche le daría a Moishe su comida habitual. Ambos habían tenido suficiente por un día. Y la mañana siguiente se pasaría por la consulta del veterinario y le pediría consejo al doctor Bob.



CAPÍTULO VEINTIDÓS



—¿Es una nueva receta de galletas? —preguntó Lisa a la mañana siguiente, mientras le llevaba a Hannah una taza de café recién hecho. Habían terminado de hornear y en ese momento se relajaban en su mesa favorita del fondo hasta que llegara la hora de abrir.

—Es nueva, pero no es de galletas. Esta mañana he pasado por el veterinario y Sue me ha dado una receta para hacer en casa la comida para gatos mayores que debo darle a Moishe.

—Oh, oh —dijo Lisa frunciendo el ceño—. ¿Mi brillante plan para darle las vitaminas no era tan brillante al final?

—Puede que sí, pero no lo sé. No pude comprobarlo. Cuando llegué a casa anoche, Moishe estaba escondido debajo de la cama y el bote de vitaminas estaba en el fondo de la taza del váter.

—Supongo que eso te dice lo que piensa de los complementos vitamínicos.

—Desde luego que sí —dijo Hannah con una sonrisa—. De todos modos, he decidido probar algo que nos convenga a los dos. Hacerle la comida no parece tan difícil.

—Déjame ver. —Lisa miró por encima del hombro de Hannah la

receta escrita a máquina—. ¿Vas a hervirle hígado cada mañana y cada noche?

—Merece la pena mientras no tenga que darle las vitaminas.

—¿Y el resto de las cosas que pone? También hay que hervirlas. —Lisa leyó la lista de ingredientes adicionales y se estremeció—. Esto suena realmente horrible, en especial para el desayuno.

—No es para tanto, Lisa. Es casi como una tortilla, si lo piensas.

—No quiero ni pensarlo, sobre todo a primera hora de la mañana. ¿Qué es este último ingrediente, carbonato de calcio?

—Es lo que tienen las cáscaras de huevo. Sue me ha dicho que puedo triturar las cáscaras muy finas y añadir el polvo a la comida de Moishe. Todo será como una tortilla de hígado crujiente con una guarnición de arroz.

—Qué asco… Solo de pensarlo me dan náuseas. No sé qué es peor, si el hígado o las cáscaras de huevo. ¿Tú crees que se lo comerá?

—Espero que sí, sobre todo si lo sazono bien. No puedo soportar la idea de hacer una tortilla sin sal y pimienta y tal vez una pizca de ajo en polvo.

—Pero se supone que los animales no pueden tomar condimentos.

—¿Quién lo dice? Seguro que lo dice gente que nunca ha probado la comida para animales. Si yo fuera un gato o un perro, querría mi cena con al menos sal y pimienta. Incluso le pondría un poquito de kétchup si supiera cómo abrir el tapón del bote.

Cuando Lisa volvió de comer, le tendió a Hannah una bolsa de The Red Owl.

—Toma, Hannah. He comprado una bolsa de palomitas dulces. ¿Dónde la pongo?

—En la cocina, en la encimera junto al fregadero.

Hannah hizo la ronda con la jarra de café mientras Lisa llevaba la bolsa a la cocina y se lavaba las manos. Cuando volvió a salir,

llevaba puesta la redecilla para el pelo y uno de los bonitos delantales de servir que una costurera local les había hecho.

—Deberías ver el centro comunitario —dijo Lisa—. Los mayores están ayudando a decorarlo para Halloween y está quedando genial.

—¿Cómo va el sótano embrujado?

—Casi está terminado. Estaban colocando los muebles cuando he pasado por allí. Edna estaba en la cocina, llenando las bolsas de golosinas para los niños, y ha tenido una idea para los *cupcakes* de Alma.

—¿Qué idea? —preguntó Hannah. Edna llevaba casi medio siglo horneando y sabía lo que hacía.

—Dice que cree que tiene que ser algún tipo de líquido espesado.

—Estoy de acuerdo —dijo Hannah—. ¿Tiene alguna sugerencia?

—Solo una, pero dice que no cree que esté bien.

—¿Cuál? —Hannah quería saberlo. Aunque la sugerencia de Edna no fuera el ingrediente secreto, podría darles algunas ideas.

—Leche condensada azucarada.

—¡Pues podría ser eso! A la receta le iría bien más azúcar y tiene la consistencia perfecta. ¿Por qué piensa Edna que no funcionará?

—Porque Alma era conocida por ser muy tacaña.

—¿Quieres decir que la leche condensada es demasiado cara para usarla en una receta?

—No exactamente. Edna dice que Alma la habría usado, pero seguro que no habría tirado lo que sobrara.

—Entiendo. —Hannah empezó a sonreír—. La receta pide media taza y la lata lleva más. Pero, a lo mejor, Alma dobló la receta.

Lisa sacudió la cabeza.

—Edna ya ha pensado en eso. Aunque hubiera doblado la receta, aún quedaría un cuarto de taza en la lata. Edna dice que Alma no lo habría podido soportar.

—Quizás Edna tenga razón —dijo Hannah, rellenando su taza de café—. Cuando tengas un segundo, el alcalde Bascomb quiere otra crujiente de melaza y la señora Jessup, una docena de las de mantequilla de cacahuete para llevarse a casa. Llámame si hay

mucho trabajo. Voy a preparar una tanda de galletas de maíz para que las probemos.

Hannah acababa de terminar de decorar su primera tanda de galletas de maíz cuando llamaron a la puerta de atrás. Colocó las bandejas en los estantes de panadería y se apresuró hacia la puerta.

—Siento molestarte, Hannah. —Barbara Donnelly estaba fuera, temblando por el fuerte viento que soplaba en el callejón—. Pero se me acaba de ocurrir algo que deberías saber.

Hannah miró al cielo gris plomizo. El hombre del tiempo de la KCOW no había pronosticado nieve, pero podía estar equivocado… otra vez.

—Entra y caliéntate, Barbara.

—¿Crees que va a nevar? —preguntó Barbara, entrando en el cálido obrador y olfateando sus aromas.

—Es posible. Siéntate y te traeré una taza de café. Puedes ser mi catadora de la tanda de prueba de galletas de maíz que acabo de hacer.

—Estaré encantada de hincarles el diente —bromeó Barbara, aceptando las galletas que Hannah le llevó—. Deben de ser para Halloween. Son bonitas, Hannah. Me gusta el toque de las palomitas dulces por encima.

Hannah esperó a que Barbara les diera un mordisco para hacer la pregunta importante:

—¿Están buenas?

—Muy buenas. Serán perfectas para la fiesta. —Barbara dio otro mordisco—. Creo que lo tenía él, Hannah.

—¿Quién tenía qué dónde? —preguntó Hannah.

—El *sheriff* Grant. He estado pensando en ese informe desaparecido y estoy casi segura de que se lo llevó él. Solo había dos llaves del archivador. Yo tenía una y el *sheriff* Grant, la otra.

—¿Pero no te habrías dado cuenta de que faltaba? —preguntó Hannah, mientras cogía el bloc de notas y lo abría.

—No, a menos que hubiera tenido un motivo para buscarlo. No revisaba los archivos todos los días.

—¿Así que no tienes ni idea de cuándo se lo llevó el *sheriff* Grant?

—Ninguna en absoluto —Barbara negó con la cabeza—, pero puede que sepa dónde está.

Hannah levantó la cabeza de sus notas como si un titiritero hubiera tirado de un hilo invisible.

—¿Dónde crees que está?

—En su maletín. Guardaba ahí los papeles importantes.

—Pero… ¿no crees que Mike ya lo habría encontrado?

Barbara volvió a negar con la cabeza.

—No, a menos que supiera cómo abrir el compartimento secreto. Y estoy casi segura de que el *sheriff* Grant no se lo dijo a nadie.

—¿Qué compartimento secreto?

—El del maletín de James Bond que le regalé por Navidad el año pasado. Siempre le compraba cosas de James Bond como regalo. Lo pedí por catálogo.

—Y tenía un compartimento secreto… —Hannah tomó nota—. ¿Cómo era, Barbara?

—¿El compartimento secreto?

—No, el maletín.

—Era un maletín normal de cuero marrón. Esa era la gracia. Si no lo sabes es imposible encontrar el compartimento secreto.

—¿Así que Mike pudo encontrarlo, registrarlo y no darse cuenta de que había algo escondido dentro?

—Es ciertamente posible. El compartimento secreto es difícil de abrir y los cierres no se ven si no sabes que están ahí. Hay que soltarlos en un orden determinado.

—¿Sabes cómo hacerlo?

—Por supuesto que sé. Tuve que ayudar al *sheriff* Grant a abrirlo. Solo tienes que…

—No tengo por qué saberlo, Barbara —dijo Hannah, interrumpiendo la descripción del procedimiento—. Si encuentro el

maletín, te lo daré para que lo abras. ¿Alguna idea de dónde podría estar?

Barbara se lo pensó un momento.

—Si no está en su coche patrulla, tiene que estar en el despacho de su casa.

—¿No podría estar en su despacho de la comisaría?

—No. Ya he llamado allí para comprobarlo. —Barbara levantó una mano para cortarla pregunta de Hannah—. No te preocupes, Shawna Lee no sabe por qué quería saberlo. Solo le he dicho que quizás encuentre unas llaves de más en el maletín del *sheriff* Grant y que debería sacarlas y dárselas a Mike.

Hannah pensó en lo que Barbara le había dicho.

—Si el maletín estaba en el coche patrulla, Mike debe tenerlo. Pero si está en el despacho de casa del *sheriff* Grant, tal vez no lo tenga. Será mejor que vaya a casa de Nettie y lo compruebe.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—El despacho de casa del *sheriff* Grant sigue precintado. Nettie me lo dijo antes de irse de la ciudad.

—¿Nettie se ha ido?

—Se fue ayer por la mañana a Wisconsin. La hermana menor de Jim está muy afectada y Nettie ha ido a ayudarla con los niños. Me dijo que estaría fuera al menos una semana, quizá dos.

Cuando Barbara se fue, Hannah horneó el resto de las galletas. Y mientras lo hacía, pensaba en cómo podría entrar en casa de Nettie para registrar el despacho del *sheriff* Grant. Para cuando terminó de hornear, no se le había ocurrido ni una sola posibilidad, y suspiró mientras recogía la bandeja de galletas para llevárselas a Lisa y a los clientes para que las probaran. El teléfono sonó justo cuando Hannah se dirigía hacia la puerta batiente y volvió a dejar la bandeja sobre la encimera para contestar.

—The Cookie Jar. Soy Hannah.

—¡Me alegro tanto de haberte cogido, querida!

Hannah estuvo a punto de gemir. Era Delores y realmente no

estaba de humor para hablar con ella. Sin embargo, Delores era su madre y eso le daba derecho a un trato preferencial.

—Hola, madre. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Esa es una pregunta presuntuosa, Hannah. Estás asumiendo que quiero algo de ti. ¿Y si no quiero nada en absoluto?

—Entonces te pido disculpas —dijo Hannah rápidamente.

—Eso está mejor —dijo Delores, y su voz sonó mucho más amistosa—. Pero resulta que tenías razón, he llamado para pedirte un favor.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ti, madre? —Hannah se echó a reír y Delores también. Era uno de los pocos momentos en que madre e hija estaban en la misma onda, apreciando la una el sentido del humor de la otra.

—Me preguntaba si tendrías tiempo de recoger a Tracey en Kiddie Korner a las cinco y llevarla a Pumpkin Patch a recoger su disfraz. Le prometí a Andrea que lo haría, pero me ha surgido un imprevisto.

—Yo me encargo —dijo Hannah, anotando algo para que no se le olvidara—. ¿Qué disfraz se va a poner?

—El de pirata. Andrea ya ha llamado y se lo ha reservado. Y, ya que estás allí, podrías comprarte un disfraz para ti, dado que vas a llevar a Tracey en Halloween.

—Puede que lo haga —dijo Hannah, sabiendo que decir eso complacería a su madre. No tenía intención de alquilar un disfraz, no cuando tenía una sábana perfecta con agujeros recortados para los ojos fantasmales.

—Gracias, Hannah. Te agradezco mucho que hagas esto por mí. Hubiera sido un terrible apuro de tiempo si hubiera tratado de salir y volver antes de las seis. ¡Y no habría tenido tiempo de vestirme!

—¿Vestirte para qué? —Hannah tenía curiosidad. Hasta donde ella sabía, su madre no tenía ninguna reunión de club los miércoles por la noche.

—Bailes de salón con Winthrop.

—¿Winthrop? —La voz casi le temblaba al hacerse eco del

nombre—. ¿Quién es Winthrop?

—¡Oh, el hombre más maravilloso y sofisticado! Me recuerda a Kenneth Branagh. Y es un bailarín de gran talento.

—¿Winthrop?

—Sí, querida. Nunca he bailado con Kenneth Branagh.

—¿Pero has bailado con Winthrop?

—Por supuesto. Bailamos un vals el pasado miércoles por la noche.

—¿Dónde? —preguntó Hannah.

—En The Red Owl.

Eso paralizó a Hannah por un momento, luego respiró hondo.

—A ver si lo he entendido bien, madre. ¿Fuiste a bailar a The Red Owl?

—En efecto, querida. Winthrop es sencillamente un maestro del vals. No recuerdo cuándo fue la última vez que me había divertido tanto.

—Bueno… —Hannah hizo una pausa, tratando de pensar en una respuesta razonable. Al no ocurrírsele ninguna, decidió no hacerlo y decirle a su madre exactamente lo que estaba pensando—. Sé que ponen música para los compradores por los altavoces, pero no me puedo creer que hayas bailado el vals con otro cliente en un supermercado. Me sorprende que no derribarais la pirámide de latas de sopa que ponen como expositor en medio de la tienda.

Se hizo el silencio por un momento. Entonces Delores empezó a reír. Se rio tan fuerte que no pareció darse cuenta de que Hannah no se le unía.

—No bailamos en el supermercado, Hannah —dijo Delores, cuando se hubo calmado un poco—. Bailé en el piso de arriba del supermercado, en el estudio de Danielle. Ha sido muy gracioso, querida. Estoy deseando contárselo a Winthrop.

Hannah se sintió como una tonta de primera clase. Había olvidado por completo que Danielle había bautizado su estudio con el nombre de Estudio de Danza The Red Owl. Sin duda Delores se echaría unas risas con Winthrop por la equivocación de Hannah,

pero eso era lo de menos.

—Aún no me has dicho quién es Winthrop, madre.

—Es otro alumno, querida. Carrie y yo nos apuntamos a los bailes de salón de Danielle y nuestra primera clase fue el miércoles pasado. A la pobre Carrie le tocó Earl Flensburg, pero a mí me tocó Winthrop. ¿No es una suerte maravillosa la mía?

—Suerte —repitió Hannah, sospechando que la suerte no había tenido nada que ver; seguro que había habido algún tipo de negocio sucio. Si Winthrop era realmente tan guapo y ágil de pies como su madre lo había descrito, Delores habría hecho todo lo posible por asegurárselo como compañero. Hannah quería preguntarle cómo había conseguido aquella hazaña, pero Delores no se lo diría, así que suspiró y se conformó con decir—: Bueno, madre, diviértete bailando el vals con Winthrop esta noche.

—Oh, esta noche toca tango, querida. Por eso necesito tiempo para vestirme. Me he comprado un traje precioso con aberturas a ambos lados de la falda. Voy a ser la envidia de todas las mujeres.

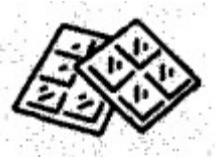
—Mmm —murmuró Hannah, conformándose con el *comentario más* imparcial que podía hacer. Pero después de despedirse y colgar el teléfono se dio cuenta de que tenía la respuesta a la pregunta de Andrea. Su madre estaba liada con un hombre, al menos en clase de baile. Mientras Hannah empujaba la puerta de la cafetería y se dirigía a reunirse con Lisa, no podía quitarse de la cabeza la imagen de su madre, con una rosa entre los dientes, bailando un sensual tango.



Galletas de maíz



Precaliente el horno a 190 °C, con la rejilla en la posición central.









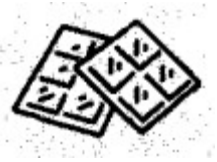
400 g de azúcar blanco
200 g de mantequilla
1 huevo
425 g de puré de calabaza
120 g de nueces picadas
150 g de pasas doradas
1 cucharadita de canela
1/2 cucharadita de cardamomo
1 cucharadita de sal
2 cucharaditas de vainilla
2 cucharaditas de bicarbonato de sodio
2 cucharaditas de levadura en polvo
500 g de harina (*no es necesario tamizarla*)
1 bolsa de palomitas dulces





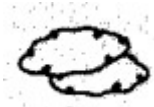


Derrita la mantequilla. Añada el azúcar y mezcle. Deje enfriar a temperatura ambiente y agregue el huevo. Añada e resto de los ingredientes, excepto la harina, mezclando después de agregar cada ingrediente. Incorpore la harina, poco a poco, y mezcle bien. Deje reposar la masa de galletas durante 5 minutos para que se asiente.





Reparta cucharadas de masa en una bandeja engrasada; caben 12 galletas en una bandeja de tamaño estándar. (*Si la masa está demasiado pegajosa, refrigérela unos minutos para que se endurezca*). Aplane las galletas con una espátula engrasada. Hornee a 190 °C de 8 a 10 minutos.









Cuando saque las galletas del horno, déjelas en las bandejas e inmediatamente ponga encima las palomitas dulces presionando un poco en la parte superior a modo de decoración. Hágalo enseguida para que permanezcan pegadas cuando las galletas estén frías*

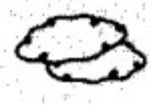




Deje que las galletas se enfríen en las bandejas durante 2 minutos y luego páselas a una rejilla para que se enfríen completamente.



Cantidad: 6 o 7 docenas, dependiendo del tamaño de las galletas.





* Si no puede poner las palomitas de maíz cuando las galletas aún están calientes del horno, no pasa nada. Puede hacerlo después usando un poco de glaseado de azúcar en polvo (*azúcar en polvo con un poquito de leche*) como «pegamento».





CAPÍTULO VEINTITRÉS



—¡No me lo puedo creer! —Andrea seguía farfullando cuando Hannah volvió a la habitación después de colgar el disfraz de Tracey en el armario.

—Créetelo. Según recuerdo, lo ha descrito como un hombre maravilloso y sofisticado. Incluso lo ha comparado con una versión mayor de Kenneth Branagh. Podría estar equivocada, pero me ha dado la impresión de que está muy ilusionada.

—¿Ilusionada? ¿Quieres decir en plan… enamorada?

—No estoy segura de que esté enamorada, pero parecía mucho más que interesada.

Andrea suspiró con exasperación.

—¡Justo lo que necesitaba! Sinceramente, Hannah, nunca me había sentido tan impotente. Aquí estoy hinchándome como un sapo y confinada en este sofá ¡mientras madre anda por la ciudad con un *gigolo*!

—¿Qué es un *gigolo*, mami? —preguntó Tracey, que había entrado en el salón justo a tiempo para oír el último comentario de Andrea.

—¡Tracey! No sabía que estabas ahí. Eh… —Andrea se volvió

hacia Hannah con una mirada desesperada—. Tía Hannah te va a explicar lo que es.

—Pues mira, es una palabra italiana para designar a un hombre que es muy hábil socializando con otras personas, especialmente mujeres.

—Ah —dijo Tracey, que era muy sabia para su edad—. Debes de estar hablando de Winthrop.

—¿Conoces a Winthrop? —Tanto Andrea como Hannah hicieron la pregunta, casi al unísono.

—No, pero llamó la última vez que estuve en casa de la abuela. Dijo algo gracioso porque la cara de la abuela se puso toda roja y soltó una risita.

—Madre soltó una risita —repitió Hannah, lanzándole una mirada a Andrea antes de volverse hacia Tracey—. ¿Por casualidad sabes el apellido de Winthrop?

—Harrington. Puedo deletrearlo si quieres.

—Eso estaría bien, cariño —dijo Andrea, mirando a Hannah, que ya estaba hurgando en el bolso bandolera en busca de su cuaderno.

Hannah anotó el nombre y luego hizo la pregunta obvia:

—¿Cómo es que sabes deletrearlo?

—Estaba en las flores.

—¿Qué flores? —Andrea y Hannah preguntaron a la vez.

—Las que tenía la abuela. ¿Te has enfadado? Sé que no debo fisgonear.

Hannah miró a Andrea, que luchaba con gallardía por mantener un gesto serio.

—Esta vez tu madre no está enfadada, pero se supone que no debes leer cosas así. Cuando un hombre envía flores a una mujer, la tarjeta es privada.

—Lo sé —dijo Tracey con un suspiro—, pero tenía que saber si Winthrop iba detrás del dinero de la abuela.

Andrea parecía sorprendida.

—¿Qué te hizo pensar que Winthrop podría ir detrás de su dinero?

—Lo vi en la tele, mami.

—¿Así que crees que Winthrop podría ser un delincuente? —preguntó Hannah.

—No lo sé. Lo único que hice fue leer su tarjeta. ¿Sería una travesura si os dijera lo que ponía?

—No necesariamente —soltó Andrea—. Quiero decir que si Winthrop es un delincuente, tía Hannah y yo deberíamos saberlo para poder proteger a la abuela.

Tracey parecía confusa.

—¿Así que las normas sobre el fisgoneo cambian a veces?

—Sí —dijo Andrea, mirando a Hannah—. La tía Hannah te lo explicará.

Hannah murmuró en voz baja. Si quería ser totalmente sincera, tendría que decirle a Tracey que las normas cambiaban cada vez que su madre y su tía realmente querían saber algo.

—Las normas cambian. Quizá no deberían, pero cambian. Es muy complicado y no quiero entrar en eso ahora.

—¿Es para más adelante, cuando sea mayor?

—Exacto.

—De acuerdo —dijo Tracey—. La tarjeta de las flores empezaba con dos palabras que no conocía.

—¿En serio? —Hannah se sorprendió. Tracey había aprendido a leer el año pasado y podía leer casi cualquier palabra.

—Ponía algo así como «mono cheri».

—*¡Mon chérie!* —exclamó Andrea, intercambiando una mirada con Hannah antes de volverse hacia Tracey—. Es un término cariñoso en francés. ¿El resto de la nota también estaba en francés?

—No lo creo porque podía leerla. Decía: «Mis brazos están vacíos sin ti».

—¡Oh, Dios! —murmuró Hannah, tratando de no fruncir el ceño —. ¿De verdad la abuela se tragó esa frase?

Tracey se encogió de hombros.

—Tenía una cara rara cuando la leyó, como si fuera a llorar o algo así.

—¡Oh, oh! —Fue el turno de Andrea de exclamar—. ¿Ponía algo más en la nota, cariño?

—Solo su nombre, Winthrop Harrington. Y, justo después de su nombre, escribió un once.

—¿Un once? —Andrea estaba claramente desconcertada—. Me pregunto qué significará.

Hannah también se quedó perpleja por un momento y luego se echó a reír.

—Creo que ya lo sé. ¿Era un once con una línea por encima y otra por debajo?

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido, tía Hannah?

—Es un dos en números romanos y significa «el segundo». Quiere decir que su padre también se llamaba Winthrop Harrington.

—¿Para qué querría que la abuela lo supiera?

—No estoy segura —dijo Hannah, pero intercambió miradas expresivas con Andrea. Delores se dejaría impresionar por la ascendencia de Winthrop Harrington, sobre todo si incluía una vieja casa solariega en ruinas de la época de la Regencia y un título que la acompañara.

—¿Usó la abuela algún título cuando habló con el señor Harrington por teléfono? —preguntó Andrea.

—¿Títulos? —Tracey parecía confusa—. ¿Quieres decir como los nombres de los libros?

Hannah negó con la cabeza.

—No, mami se refiere a palabras como conde, vizconde y duque.

—No… —Tracey frunció el ceño—, pero dijo otra palabra que no conocía.

—¿Qué palabra?

—Lord.

—Oh, oh —dijo Hannah con un suspiro, pero cuando vio la expresión de incomprensión en la cara de Tracey, tendió la mano a su sobrina.

—Así es como se llama a un súbdito británico que tiene un título.

—Ah, ya entiendo, tía Hannah. Es como cuando Anna Crinkles

conoce a lord Bluenose.

—Eh… —Hannah se encogió de hombros y se volvió hacia Andrea en busca de orientación.

—Sí, cariño —dijo Andrea y miró a Hannah—. Es un libro de la biblioteca que está leyendo. Será mejor que vayas a terminarlo, Tracey. Papá dijo que te llevaría a la biblioteca a buscar libros nuevos esta tarde.

Cuando Tracey se marchó, Hannah y Andrea se quedaron mirándose un momento. Hannah fue la primera en hablar:

—Así que Winthrop es británico, tiene un título, baila de maravilla y a ella le recuerda a Kenneth Branagh. Seamos realistas, Andrea. A menos que podamos enviar a Winthrop de expedición al Polo Norte, madre está perdida.

—No, aún no he comido, Mike —dijo Hannah, sosteniendo el teléfono con la mano izquierda y dejando caer trozos de hígado de ternera en agua hirviendo con la derecha—. Estoy haciendo la cena de Moishe.

Como para demostrar su afirmación, Moishe maulló desde las proximidades del tobillo izquierdo de Hannah; ella lo miró y luego contestó a Mike:

—Créeme, no quieres saberlo. Te alejaría de la comida de por vida.

Trabajando con una mano, Hannah consiguió sacar el hígado con una espumadera, pero emitió un pequeño gemido de asco al olerlo. Tanto Moishe como Mike reaccionaron a su gemido. Moishe le frotó un poco más fuerte el tobillo en señal de agradecimiento por lo que estaba haciendo y Mike le preguntó qué le pasaba.

—Nada si eres un gato —le dijo Hannah—. Puedo estar lista en veinte minutos. Avísame cuando llegues y saldré a la carretera para reunirme contigo.

Una vez colgado el teléfono, Hannah volvió a fijarse en el hígado. Era gris, parecía muerto y olía a… hígado hervido. Como el hígado

hervido no estaba en su lista de olores favoritos, se alegró de haberle dicho a Mike que se encontraran fuera.

—Ya voy, Moishe —dijo Hannah, sacando una sartén y poniéndola sobre el fogón. Encendió el fuego, midió la cantidad de aceite que le correspondía a Moishe y echó el hígado y el arroz blanco que había cocinado antes. Luego echó un huevo con cáscara en el robot de cocina, lo trituró hasta que ya no oía el crujido de la cáscara contra las cuchillas y lo añadió al contenido de la sartén—. Delicioso —suspiró Hannah, revolviéndolo todo hasta que se convirtió en una masa poco apetitosa. Un poco de condimento podría haber ayudado, pero lo había comprobado y se dio cuenta de que Lisa tenía razón: Moishe no podía tomar nada. Hannah echó la comida en el cuenco de su gato y lo puso en el suelo delante de él, fingiendo una gran sonrisa—. *Bon appétit*.

Moishe olisqueó el cuenco de comida y, durante un largo rato, Hannah temió que fuera a rechazar su comida casera. Pero entonces ronroneó, se inclinó y probó un primer bocado.

—¿Te gusta? —preguntó Hannah, sintiéndose como una estudiante del Culinary Institute of America pidiendo elogios a un chef. Moishe ni siquiera se molestó en levantar la vista. Se lanzó a por otro bocado y luego otro. El gato que solo había olisqueado su comida durante los últimos días era ahora todo dientes y apetito—. ¡Menos mal! —murmuró Hannah, exhalando un gran suspiro de alivio. Por fin había encontrado algo que Moishe quería comer, algo que realmente era bueno para él.

Dejando a su felino compañero de piso con su degustación gastronómica, Hannah enjuagó los platos, los metió en el lavavajillas, abrió todas las ventanas para ventilar bien y enchufó el ambientador que Delores le había regalado en su última visita al piso. Luego miró el reloj y corrió a su dormitorio para cambiarse de ropa y salir a cenar con Mike.

—Nadie hace los aritos de cebolla como aquí —declaró Mike,

cogiendo otro aro dorado, gordito y crujiente de la cesta que había en el centro de la mesa.

—Cierto —convino Hannah, metiéndose el último en la boca—. ¿Quieres compartir otra ración?

—¿Por qué no? Me he tomado el resto de la noche libre. Ayer Bill y yo trabajamos hasta medianoche y el día anterior hasta las once. Creo que necesitamos un poco de tiempo lejos de la investigación para aclarar nuestras ideas.

Hannah esperó a que Mike llamara a la camarera y pidiera otros aritos de cebolla. Entonces hizo la pregunta que estaba deseando hacer, ya que él había mencionado el caso.

—¿Tienes algún sospechoso?

—Si y no.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tenemos sospechosos, pero no creo que ninguno de ellos lo hiciera. Tampoco Bill, y tiene buen instinto para esas cosas.

Por experiencias pasadas, Hannah sabía que Mike no le daría ningún detalle a menos que ella se lo pidiera. Incluso entonces podría no decirle nada importante.

—¿Qué sospechosos tienes?

—No, no —dijo Mike, sonriéndole—. Tú primero.

Hannah hizo todo lo posible por parecer totalmente inocente.

—¿Yo? ¿Por qué crees que tengo algún sospechoso? Me dijiste que debía abandonar mi investigación, ¿recuerdas?

—Es verdad. Te lo preguntaré de otro modo. ¿Qué sospechosos tenías antes de abandonar tu investigación?

Hannah suspiró. No iba a sacarle nada a Mike hasta que ella le diera algo antes.

—Nettie Grant.

—¿Qué?

—Me has preguntado qué sospechosos tenía. Tenía a Nettie Grant, pero la descarté.

—¿Ah, sí?

Por el tono de voz de Mike, Hannah se dio cuenta de que había encendido la pequeña grabadora mental invisible que todo buen policía poseía. Aunque pareciera imposible, recordaría cada palabra que ella pronunciara.

—Suelta —dijo Mike, inclinándose hacia delante para mirarla intensamente—. Me lo debes.

—¿Por qué?

—Por la cena. ¿Por qué sospechabas de Nettie Grant?

Hannah suspiró. Al menos podía darle algo de información.

—Porque iba a divorciarse del *sheriff* Grant y él se podría haber negado a llegar a un acuerdo. Matarlo la convertía en su viuda y tendría derecho a quedarse con todo.

—Tu razonamiento es correcto —dijo Mike—, pero ¿cómo te enteraste de lo del divorcio?

—Nettie me lo dijo. Pero también me dijo que no había matado a su marido y la creí.

Mike frunció un poco el ceño.

—Yo tampoco creo que lo matara, pero como no tiene coartada…

—Sí que la tiene —le interrumpió Hannah, sonriendo ampliamente—. Lisa lo comprobó por mí.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es?

—Te lo diré justo después de que tú me cuentes algo que yo no sepa.

Mike entrecerró los ojos. Hannah se imaginó el aspecto feroz que tendría ante un sospechoso que acabara de detener para interrogarlo. Afortunadamente, la mirada feroz no funcionó tan bien con ella. Le respondió con su mirada más obstinada y se miraron durante unos instantes, ambos en silencio y ambos decididos a salir victoriosos. La tensión fue en aumento hasta que Hannah no pudo soportarlo más:

—Un vecino suyo vio a Nettie en su cuarto de costura —le dijo Hannah justo en el mismo instante en que Mike dijo:

—El doctor Knight encontró restos de sangre de otra persona en la tapa del contenedor.

—El asesino debió de arañarse cuando metió el cuerpo del *sheriff* Grant —dijo Hannah al mismo tiempo que Mike contestó:

—Pero si he interrogado a los vecinos y ninguno estaba en casa…

Mike y Hannah se miraron fijamente durante un momento y luego ambos estallaron en carcajadas.

—Tú primero —dijo Hannah.

—No, tú primero —replicó Mike.

Hannah suspiró. No estaban llegando a ninguna parte. Quería saber desesperadamente lo de la sangre en el contenedor y la forma más rápida de averiguarlo era contándole a Mike la coartada de Nettie.

—Richie Maschler les dijo a sus padres que iba a salir esa noche, pero no lo hizo. Invitó a su novia a ver una película.

—¿Y está seguro de que Nettie estaba en casa?

—La madre de la novia se lo dijo a Lisa.

—Bien, Nettie está fuera de mi lista. Me alegro mucho de que la hayas exculpado, Hannah.

—Yo también. Me cae bien Nettie. ¿Qué hay de la sangre en la tapa del contenedor?

—Había algo afilado en la tapa del contenedor con lo que el asesino pudo haberse cortado. Si coincide con la mancha en la camisa del *sheriff* Grant, definitivamente es de nuestro hombre.

—¿Lo has enviado para analizar el ADN?

—Por supuesto. Llevará un par de semanas.

—Y cuando lleguen los resultados ¿tendrás pruebas que podrás usar para condenar al asesino?

—Desde luego, pero primero tenemos que atraparlo.

Hannah frunció ligeramente el ceño.

—¿Ayudará el ADN con eso?

—No lo creo. Lo cotejaremos con la base de datos existente, por supuesto.

—¿Pero no crees que se vaya a obtener ninguna coincidencia? —preguntó Hannah, interpretando el tono que oía en la voz de Mike.

—Es difícil creer que vayamos a tener tanta suerte. Esto no tiene

las características de un golpe profesional, pero tampoco creo que sea al azar. Alguien que conocía al *sheriff* Grant lo odiaba o le temía lo suficiente como para enfrentarse a él y matarlo.

—Entonces… ¿crees que es alguien de aquí?

—Esa es mi suposición. En un mundo perfecto, analizaría a todos los habitantes del condado para ver qué ADN coincide.

—En un mundo perfecto, no habría ningún asesinato y te quedarías sin trabajo.

—Cierto —dijo Mike con una sonrisa—. Eso es lo que amo de ti, Hannah. Siempre pones las cosas en perspectiva.

Hannah respiró hondo y apretó los labios. No se atrevía a preguntar si se refería a amar de gustar o a amar de amor. A Mike no pareció importarle que no respondiera, porque se inclinó sobre la mesa y le cogió la mano, apretándola cálidamente entre las suyas.

—¿Quieres postre ahora? ¿O pedimos algo para llevar y nos vamos a tu casa? —A Hannah le dio un vuelco el corazón. Mike le había dicho que se tomaba la noche libre y ahora quería terminar la velada en su casa. ¿Estaba a punto de declararse?—. ¿Hannah? —Mike le sonrió. Hannah respondió con una sonrisa. Se alegró de estar sentada. Las piernas le flaqueaban y las rodillas le temblaban —. Pidamos tarta de manzana —dijo. Y mientras él pedía el postre y pagaba la cuenta, ella se sentó con los dedos cruzados, esperando que el ambientador de su madre hubiera funcionado.



CAPÍTULO VEINTICUATRO



—¿Así que no te enteraste de nada importante sobre el asesinato del *sheriff Grant?* —preguntó Mike, antes de tomar la última cucharada de helado de vainilla que Hannah le había servido con la tarta.

—La verdad es que no —contestó Hannah, cruzando los dedos de la mano izquierda, la que no sujetaba el tenedor, para invalidar la mentira que estaba a punto de decir. Saber que Suzie Hanks era nieta del *sheriff* Grant era importante, y también lo era descubrir que el *sheriff se* había peleado con Luanne en el aparcamiento del instituto solo unos minutos antes de ser asesinado, pero no iba a contárselo a Mike—. Estaba tan ocupada tratando de exculpar a Bill que no tuve mucho tiempo para investigar. ¿Y tú? ¿Encontraste alguna pista cuando registraste la casa y el coche del *sheriff* Grant?

Mike negó con la cabeza.

—Nada de nada.

—¿Entonces no sabes si el *sheriff* Grant estaba trabajando en un caso cuando lo mataron?

—No. Hay un rumor de que sí, pero nadie en la comisaría parece saber nada al respecto. —Los ojos de Mike se entrecerraron

ligeramente—. No has oído nada, ¿verdad?

—Nada sustancial. Lo único que sé es que siempre trabajaba en un caso importante justo antes de las elecciones. Luego, cuando lo resolvía, conseguía suficiente publicidad para ser reelegido. Me imagino que esta vez también estaba trabajando en un caso.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—De una de las amigas de madre —dijo Hannah, y esta vez no se molestó en cruzar los dedos. Barbara Donnelly era miembro de la Sociedad Histórica de Lake Eden y Delores también. Nadie diría que eran íntimas, pero eran amigas—. He pensado que podría haber dejado algunas notas en su escritorio, o un maletín, o algo así.

Mike negó con la cabeza.

—No había nada en su despacho de la comisaría ni en su casa, salvo un par de maletines vacíos. Si estaba trabajando en un caso, debió de esconder sus notas en otro sitio.

—Tal vez tengas razón —dijo Hannah. Y entonces abrió la boca y metió la pata sin darse cuenta—: Ojalá pudiera registrar el despacho de su casa. A lo mejor se te pasó algo.

Mike le lanzó una mirada mordaz.

—Yo soy el profesional aquí, no tú. Y sé cómo llevar a cabo un registro. No se me pasó nada.

—Oh, oh —murmuró Hannah inaudiblemente. Esta vez sí que había metido la pata. Ahora Mike estaba de mal humor y le tocaba revertirlo—. ¿Quieres el resto de mi tarta? Era un trozo tan grande que no me lo puedo acabar.

—Bueno…, vale —dijo Mike, un poco apaciguado.

Pero Hannah sabía que necesitaría algo más que unos cuantos bocados para aplacarlo del todo:

—¿Qué tal si vemos una película juntos? He alquilado un *thriller* policíaco de disparos.

Mike se giró y volvió a lanzarle una mirada mordaz, pero esta vez no tan ácida.

—¿Por qué crees que me gusta ese tipo de pelis?

—No lo sé. —Hannah se encogió de hombros—. Pensé que sería

lo tuyo, eso es todo.

—¿Y qué es lo mío?

—Ya sabes…, el macho de la ley que puede enfrentarse a montones de tipos malos que tienen muy mala puntería con armas automáticas.

Mike echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Has calado esas películas. Cuando los malos disparan, nunca le dan al héroe. Acaban destrozando todo lo que hace mucho ruido y queda muy bien en cámara.

—Me he dado cuenta —dijo Hannah, dándose cuenta también de que había conseguido sacar a Mike de su mal humor—. Por eso me gustan esas películas. Las veo para desmenuzar las tramas y ver cuántos errores puedo encontrar.

—Yo también. ¿Qué película has alquilado?

Diez minutos más tarde, Mike y Hannah estaban en el sofá, comiendo las palomitas de microondas que ella había preparado y riéndose de los errores que encontraban en la película. Hannah estaba acurrucada a un lado de Mike, con el brazo de este alrededor de su hombro, y Moishe estaba acurrucado al otro lado, ronroneando tan fuerte que tuvieron que subir el volumen. La atención de Hannah estaba dividida. Una parte de ella se centraba en Mike y en lo bien que se sentía a su lado en aquella acogedora situación doméstica. La otra parte estaba en la película y en la escena de ese momento, en la que el policía entraba en la habitación de su hija muerta, intacta desde que falleció, y juraba atrapar a su asesino.

—Qué extraño —murmuró Hannah, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Mike se volvió hacia ella con una mirada interrogante—. Es extraño conservar la habitación de alguien tal y como la tenía cuando estaba vivo. Es lo que hizo el *sheriff* Grant con la habitación de Jamie.

Mike puso la película en pausa y se volvió hacia ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Ah, Nettie lo mencionó hace un tiempo —dijo Hannah, sin

aclarar que «hace un tiempo» era hacía un par de días—. Me dijo que quería vaciar la habitación de Jamie, pero el *sheriff* Grant no dejó que regalase ninguno de sus objetos.

—Me di cuenta de eso cuando registré la habitación. Había un ejemplar de hace tres años del periódico escolar sobre la mesilla de noche y toda la ropa de Jamie estaba en el armario.

—¿No crees que es un poco espeluznante? ¿Dejar todo como estaba cuando su hijo estaba vivo? Si quería usarlo como despacho en casa, debería haberlo vaciado.

Mike se encogió de hombros.

—Cada persona tiene sus propios tiempos. Forma parte del proceso de duelo. Cuando murió mi mujer, tardé un año entero en deshacerme de la ropa de su armario, y lo acabé haciendo porque me compré un montón de camisas nuevas y ya no tenía sitio. Y nunca vacié su cómoda. Todavía la tengo como estaba.

—¿Quieres decir aquí? ¿En Lake Eden?

—Sí. Queda bien en la habitación de invitados y, de todas formas, nunca tengo compañía. La conservo porque necesito aferrarme a algunas cosas tangibles del pasado que me recuerden lo bien que estaba entonces.

Hannah contuvo una repentina punzada de celos. ¿Acaso Mike no estaba bien ahora? Pero no era justo que estuviera celosa, no cuando él había sido tan sincero con ella. Cuando empezaron a salir, Mike le había dicho que seguía de duelo por la muerte de su mujer y que no estaba preparado para comprometerse. Y ella le había dicho que lo entendía.

—Puedo entender que se aferrase a los recuerdos —dijo Hannah —, pero no creo que Nettie sufriera menos que el *sheriff* Grant cuando quiso deshacerse de las cosas de Jamie y utilizar su habitación para otro fin. La vida continúa. La gente tiene que afrontarlo. Es un proceso continuo.

—Eres mucho más pragmática que yo. Si me muriera mañana, seguro que te desharías del medallón que te regalé por Navidad, tirarías la foto que nos hicimos en la feria del condado y te olvidarías

por completo de mí.

—De ninguna manera —dijo Hannah, acercándose para tocarle la mejilla—. Incluso sin ningún recuerdo tangible, nunca podría olvidarme de ti, Mike.

Esto condujo a un beso, como Hannah esperaba. Y ese beso llevó a otro beso. Moishe maulló una vez en señal de protesta y luego saltó del sofá en busca de un lugar de descanso más tranquilo. Hannah se rio y Mike también. Acababa de volver a estrecharla entre sus brazos cuando una serie de campanadas rítmicas le hicieron resoplar y soltarla.

—El móvil —dijo Mike, cogiendo su chaqueta—. Les dije que llamaran si había una emergencia. —Hannah se mordió la lengua para no protestar. Era policía. Fuera de servicio, o no. Involucrado en otra cosa, o no—. Hola, Shawna Lee —dijo Mike, y Hannah aguzó el oído. Un momento después, se puso en alerta máxima cuando él se apartó de ella y se acercó al otro extremo del sofá—. ¿Ya has terminado? —Hannah observó el reloj que había encima del televisor. Eran más de las nueve de la noche. ¿Trabajaba Shawna Lee hasta tan tarde en la comisaría?—. No te preocupes. Te dije que llamaras cuando terminaras. Estaré allí en menos de quince minutos. Nos vemos en el vestíbulo.

Hannah no se molestó en fruncir el ceño cuando Mike se guardó el teléfono en el bolsillo y se volvió hacia ella. Hacía unos momentos había estado ardiendo de pasión, pero ahora estaba simplemente echando humo.

—Shawna Lee me ha dicho que se quedaría en el trabajo hasta que yo volviera de mi cita contigo. Su coche no funciona bien y le he prometido llevarla a casa.

—Espera —dijo Hannah, tratando de no apretar los dientes—. ¿Le has dicho a Shawna Lee que la llevarías a casa después de la cita conmigo?

—Claro. Sabía que no sería una noche larga, ya que mañana tengo que ir a trabajar temprano y tú también. Solo le he dicho que llamara cuando terminara de archivar y que la recogería.

—Obviamente no tienes claro el concepto de cita —murmuró Hannah, mirando a Mike.

—¿Qué te pasa? Solo la voy a llevar a su casa, eso es todo.

—Pero vamos a ver —dijo Hannah, poniendo ambas manos en las caderas y girándose para enfrentarse a él directamente—, hace un momento estábamos abrazados aquí mismo, en el sofá. Creía que eso significaba algo.

Mike le tendió la mano.

—Claro que significa algo, Hannah.

—Pero has dejado que Shawna Lee nos interrumpiera.

Mike lo pensó durante una fracción de segundo y luego le dedicó una de sus increíbles sonrisas, esas que hacían que Hannah se sintiera como si acabara de subirse a una montaña rusa.

—¿Me estás invitando a quedarme contigo?

—¡Ni de broma! —replicó Hannah—. ¡Le has hecho una promesa a Shawna Lee y más te vale cumplirla!

Mike guardó silencio un momento y luego dio un profundo suspiro.

—¿Qué habría pasado si no hubiera hecho esa promesa?

—Nunca lo sabrás.

A Hannah le entraron ganas de gritarle, de abofetear su preciosa cara o de golpearle con el objeto más pesado que tuviera a mano, pero no hizo nada de eso. Se limitó a levantarse con toda la fría dignidad de la que era capaz y a entregarle la chaqueta.

—¡Al menos para ti sí que soy lo más importante! —dijo Hannah, indicando a Moishe que la siguiera al salón. Puso uno de los caros cuencos de postre de cristal tallado que Delores le había regalado por Navidad hacía tres años sobre la mesa de centro y lo llenó con una generosa cucharada de yogur—. El yogur es saludable. Tiene que ser bueno para ti.

Una vez que Moishe empezó a lamer alegremente, Hannah volvió a la cocina para guardar el recipiente de yogur en el frigorífico y

coger una copa de vino blanco para ella. Necesitaba relajarse y dejar que su ira contra Mike y Shawna Lee se desvaneciera en algo menos peligroso que pensamientos de doble homicidio. Ocupó su lugar habitual en el sofá, acurrucándose en el extremo con su cojín favorito bajo el brazo, bebió un sorbo de vino y buscó en los canales algo que le adormeciera los sentidos.

Acababa de poner un programa sobre nutrias marinas cuando llamaron a la puerta. Si era Mike, no pensaba dejarle entrar. De ninguna manera le permitiría que la llevara primero a ella a su casa, luego a Shawna Lee a la suya y luego volviera con ella.

—¿Quién es? —dijo Hannah, con la mano en el cerrojo.

—Soy yo. He vuelto. Abre la puerta, Hannah.

La voz se parecía mucho ala de Norman y Hannah puso el ojo en la mirilla antes de recordar que no serviría de nada. Como la luz de la escalera estaba justo enfrente de la mirilla, lo único que pudo ver fue una silueta voluminosa.

—¿Norman? —preguntó Hannah, abriendo la puerta de golpe.

Y allí estaba Norman en toda su gloria, abrazable y confiable. Norman era lo más alejado de Mike que podía estar una mujer y Hannah se alegró. Un encuentro en el que le sudaban las palmas de las manos, le faltaba el aliento y le latía el corazón a toda velocidad era suficiente por una noche.

—Hola, Hannah —dijo Norman con una sonrisa, y el corazón de Hannah dio un salto de alegría. Norman era justo la persona que quería ver.

—Pasa, Norman. —Hannah abrió la puerta de par en par.

Norman bloqueó a Moishe con un rápido paso a un lado para que no se escapara y entró en el salón de Hannah. Luego cogió a su felino residente, lo puso bocarriba como a un bebé en sus brazos y le hizo cosquillas bajo la barbilla.

—Te he echado de menos, grandullón.

—¿Y a mí? —Hannah no pudo contenerse—. ¿A mí también me has echado de menos?

—Eso no hace falta ni decirlo. No es demasiado tarde para ti,

¿verdad?

—Nunca es demasiado tarde —dijo Hannah, preguntándose si debería adoptar eso como su lema personal mientras cogía la chaqueta de Norman y la colgaba sobre el respaldo de la silla junto a la puerta—. ¿Te traigo algo de beber? Tengo café, vino, refrescos, lo que sea.

—Cualquier bebida *light* estará bien. Ya he tomado suficiente café en el avión.

Hannah corrió a la cocina a por la bebida de Norman y, cuando volvió, él estaba sentado en el sofá con Moishe acurrucado en su regazo. Estaba claro que esta vez su gato tenía claras sus prioridades. Dejó el refresco de Norman en la mesita y se sentó en el extremo opuesto del sofá.

—¿Qué haces de vuelta en Lake Eden tan pronto?

—Andrea me llamó durante la convención para contarme lo del asesinato del *sheriff* Grant. Cuando me dijo que el doctor Knight la había confinado en casa, decidí volver enseguida por si me necesitabas.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Sí que te necesito —dijo Hannah, con una gran sonrisa.

—Estupendo. —Norman parecía complacido—. ¿Qué quieres que haga?

Hannah respiró hondo y soltó lo que llevaba pensando desde que Mike le había contado lo de los maletines vacíos en el despacho del *sheriff* Grant.

—Conoces a Nettie Grant, ¿verdad?

—Sí. Tuvo problemas con una muela el año pasado.

—Bueno, pues se ha ido a visitar a unos parientes a Wisconsin y necesito entrar en su dúplex para buscar pistas en el despacho del *sheriff* Grant. Me ayudarás, ¿verdad?

—Eso es ilegal, ¿no?

—Sí, pero no podemos dejar que un pequeño tecnicismo como ese nos detenga, no cuando tenemos que atrapar a un asesino. Así que ¿me ayudarás?

Norman respiró hondo y volvió a soltar el aire.

—Tendré que hacerlo. De ninguna manera voy a dejar que lo hagas sola. ¿Cuándo quieres entrar?

—Cuanto antes, mejor. Te diría que esta noche, pero creo que sería preferible hacerlo a la luz del día. Así no tendremos que usar linternas ni correr el riesgo de que nos vea algún vecino. ¿Qué tal mañana por la mañana?

Norman parecía reacio, pero aceptó.

—De acuerdo.

—Bien. Es maravilloso que hayas vuelto tan pronto, Norman. Espero que no te hayas perdido gran parte de la convención.

—No pasa nada. De todas formas estaba siendo aburrida.

—Oh —dijo Hannah, preguntándose si esa descripción incluía a la exprometida de Norman, la dentista—. ¿Qué tal si comemos algo? La comida del avión nunca es nada del otro mundo.

—Ahora que lo dices, tengo un poco de hambre. ¿Quieres ir a comer una hamburguesa?

Hannah negó con la cabeza.

—No, gracias. Ya he cenado, pero te puedo preparar algo. ¿Qué tal un blindado?

—¿Qué es eso?

—Algo simple que solía hacerle a mi compañera de piso de la universidad cuando nos quedábamos estudiando hasta tarde. Básicamente, es un huevo frito y pan tostado.

—Suena bien. ¿Necesitas ayuda?

—No, es un trabajo para una sola persona. Busca algo que te apetezca ver en la televisión y volveré con tu comida en un santiamén.

Hannah sonreía mientras se dirigía a la cocina. Era estupendo tener a Norman de vuelta. De repente, todo parecía más fácil y la pesada carga que llevaba sobre los hombros se había reducido a la mitad. Así debían de sentirse las mujeres cuando compartían los problemas con sus maridos. ¿Significaba eso que debía olvidar a Mike y casarse con Norman?

Hacer el blindado no le llevó mucho tiempo. Cuando Hannah volvió al salón con la comida de Norman, lo encontró poniendo la película que había estado viendo antes con Mike.

—Aquí está tu comida, Norman.

—¡Qué buena pinta! —dijo Norman con una sonrisa, pausando la película.

—Están muy buenos. Todavía me preparo alguno de vez en cuando… No sabía que te gustaran las películas de policías.

—No, por lo general no —Norman le dedicó una sonrisa tímida—, pero esta es tan mala que resulta realmente graciosa.

—Veámosla entonces.

Hannah se acomodó en el sofá a su lado y volvió a empezar la película, sin molestarse en mencionar que ya había visto la primera mitad con Mike. Los diálogos eran trillados; la violencia, gratuita; la trama, inexistente, y los personajes, antipáticos, pero Hannah se dio cuenta de que estaba disfrutando enormemente de la película. Tal vez fuera por el *déja vu* de la situación, el hecho de que ya había visto esas escenas mal interpretadas con Mike y casi podía repetir palabra por palabra los diálogos trillados. Quizá porque Norman se reía cada vez que uno de los actores decía algo insípido y era evidente que se lo estaba pasando bien. También podría haber sido el hecho de que Norman se acercara a ella cuando terminó de comer y le rodeara el hombro con un brazo amistoso y protector. Pero quizás era porque Norman era su mejor amigo y mucho más.

—Fin —dijo Norman cuando terminó la película.

—¡Ya era hora! —dijo Hannah con un suspiro—. Ha sido la peor película que he visto en mi vida.

—Era casi tan mala como estar en Seattle sin ti. Cuando estaba allí, cada vez que veía algo gracioso y me giraba para contártelo, no estabas.

—Yo sentía lo mismo.

Hannah no se sorprendió cuando Norman la besó, pero sí de su entusiasta respuesta. Le encantaba estar en sus brazos de nuevo. Estar con Norman hacía que se sintiera segura, reconfortada y

contenta. Moishe emitió un maullido lastimero y Norman la soltó. Ambos se giraron y lo encontraron sentado en el respaldo del sofá, mirándolos con unos insondables ojos amarillos.

—¿Está celoso? —preguntó Norman.

—No lo creo. —Hannah decidió no mencionar el hecho de que había sido depuesto una vez esa noche y temía que volviera a ocurrir—. Debe de estar cansado y espera a que le abra la cama.

—Hablando de cansancio, yo también estoy cansado —dijo Norman, mirando su reloj—. Será mejor que llame a mi madre y le diga que he vuelto a la ciudad. Si no lo hago, podría dispararme si me confunde con un intruso cuando llegue.

—¿Pero tu madre no estará ya en la cama? —preguntó Hannah.

—No lo creo. Son solo las nueve y media y no suele acostarse antes de las diez.

—Son las once y media, Norman. —Hannah señaló el reloj que había encima del televisor—. Tu reloj debe de tener aún la hora de Seattle.

—Tienes razón. No me he acordado de cambiarlo. Sí que es demasiado tarde para llamar a mi madre. Espero no darle un susto de muerte cuando entre.

—¿Por qué correr el riesgo de asustarla? Quédate aquí el resto de la noche y vete a casa por la mañana.

Norman se volvió hacia ella, sorprendido.

—¿Quieres decir… que me quede aquí? ¿Contigo?

—Claro. La cama de la habitación de invitados está hecha.

—Ah —dijo Norman, y ya no parecía tan contento como antes—. Gracias de todos modos, pero mejor me voy a casa. No me gustaría que ninguno de tus vecinos me viera salir por la mañana. Podrían hacerse una idea equivocada.

Cuando Norman se hubo marchado, Hannah cumplió con su ritual nocturno de cerrar la puerta con llave, comprobar dos veces las ventanas y apagar las luces. Mientras se desvestía para irse a la cama, se preguntó si Norman se habría quedado si ella no le hubiera dejado claro que dormiría en la habitación de invitados. Desde

luego, nunca le había pedido quedarse con ella, como había hecho Mike, pero que no se lo hubiera pedido no significaba que no quisiera. Hannah suspiró y se acostó. Estuvo sola unos tres segundos enteros. Entonces se oyó un golpe que sacudió el colchón y un ronroneo profundo cuando Moishe se acurrucó sobre la carísima almohada de plumas de ganso que ella le había comprado para que no le robara la suya en mitad de la noche.

—Eres un buen compañero —le dijo Hannah, alargando la mano para acariciarle el pelo tres veces antes de retirarla. Moishe permitía una cantidad limitada de afecto: más de tres caricias y se iba a los pies de la cama.

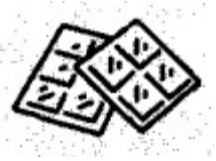
Hannah levantó las mantas y se acurrucó para pasar la noche, pensando en los dos hombres que había recibido en su salón. Ambos la habían besado y ella lo había disfrutado, aunque sus abrazos eran diferentes. Besar a Norman era como hacer escala en el aeropuerto tras un vuelo turbulento. Se había sentido cómoda y segura. Y besar a Mike era como intentar batir el récord de velocidad en tierra. Era excitante y emocionante. ¿Prefería la comodidad y la seguridad a la excitación y la emoción? Hannah suspiró y hundió la cabeza en la almohada. Era difícil elegir cuando lo quería todo.



Blindado



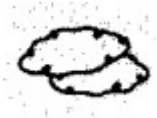
1 rebanada de pan (*de cualquier tipo*)
1 huevo
Mantequilla blanda
Cortador de galletas o vaso



Rocíe una sartén con espray antiadherente.



Unte la rebanada de pan con mantequilla por un lado. Póngala con la mantequilla hacia ababjo en la sartén. Unte el lado de arriba con mantequilla (es *más fácil con una espátula de goma*).



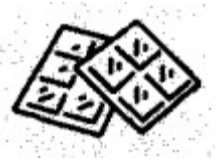


Con un cortador de galletas o el borde de un vaso, haga un agujero en el centro de la rebanada de pan. Ponga el círculo que ha cortado junto a la rebanada de pan en la sartén.









Caliente la sartén a fuego medio y espere a que el pan empiece a freírse. A continuación, rompa un huevo y póngalo en el agujero del pan. (*Si tiene mucha hambre, puede poner dos huevos*). Salpimiente el huevo si lo desea. Cuando el huevo se haya hecho por abajo, dele la vuelta a todo, pan incluido, con una espátula para tortitas. Dé la vuelta también al círculo de pan recortado. Fría hasta que el huevo esté hecho a su gusto.





A Tracey le encantan para desayunar. Prefiere que la yema esté líquida para poder mojar en ella el círculo de pan. Si alguna vez hubiera alguna duda, eso demostraría que es mi sobrina.





CAPÍTULO VEINTICINCO



—Podemos guardar una docena para Norman como regalo de bienvenida —sugirió Lisa, sacando las dos últimas galletas de naranja del horno y colocándolas en la rejilla.

—Buena idea. Me alegra mucho que haya vuelto a la ciudad. —¿Hay algo especial que tengamos que hacer hoy?

—La verdad es que… sí.

Hannah respiró hondo para calmar sus nervios. Aún no le había contado a Lisa lo del allanamiento que planeaba llevar a cabo con Norman y eso era porque se sentía ligeramente culpable por contemplar la comisión de un delito. Sabía que estaba siendo un poco tonta. Nunca se había sentido culpable por recoger pruebas de maneras no demasiado legales. Pero esta vez era diferente. Esta vez no se estaba precipitando. Había tenido toda la noche para pensarlo y había repasado mentalmente todo lo que podía salir mal. Su abuela solía decir que era prudente pensar antes de actuar, pero si todo el mundo hiciera eso, estarían tan ocupados pensando en los pros y los contras que nunca nadie haría nada.

—¿Y qué es?

—¿Qué es qué? —Hannah había estado pensando con tanta

intensidad que había perdido por completo el hilo de la conversación.

—¿Qué es lo especial que tenemos que hacer hoy?

—Ah, eso. —Hannah volvió a respirar hondo y se lanzó—. Necesito que cuides del fuerte un par de horas esta mañana. Norman y yo vamos a ir al dúplex de Nettie.

—Pero si Nettie no está.

—Ya lo sé. Si no ha dejado ninguna ventana abierta, forzaremos la cerradura.

—¿Pero por qué?

—Porque necesito buscar pistas en el despacho del *sheriff* Grant.

—Eso no. Quiero decir que por qué vais a entrar a la fuerza si tengo la llave.

—¡¿Tienes la llave?! —La voz de Hannah alcanzó un tono tan agudo que le hizo preguntarse si su profesor de música del instituto se había equivocado al ponerla en la sección de contralto.

—Nettie me la dio cuando me ofrecí a regar las plantas de su casa.

Hannah se limitó a negar con la cabeza. Lisa era una caja de sorpresas.

—¿Pensaste que podría querer entrar en su dúplex mientras ella no estaba?

—Sí —dijo Lisa, con una gran sonrisa—, y no quería que tuvieras que forzar la entrada.

—Lo he dicho antes y lo diré otra vez: eres una joya, Lisa.

—Un, diamante de la primera agua —dijo Lisa y luego soltó una risita cuando Hannah la miró sorprendida—. Bonnie Surma ha llamado para pedir galletas para la próxima reunión del Club Romántico de la Regencia. Ha utilizado esa expresión para describir a la oradora invitada y le he preguntado qué significa.

—¿Y qué ha dicho?

—Me ha dicho que significa calidad y que normalmente se refiere a las damas. Si son diamantes de la primera agua, su aspecto es perfecto, y también lo son sus modales y su educación.

Hannah lo pensó un momento.

—Eso tiene sentido. Los diamantes se clasifican según el agua, y las mejores y más pesadas gemas caen con el primer lavado. Un diamante de la primera agua sería muy valioso, como tú, Lisa.

—Gracias. —Lisa se sonrojó ligeramente ante el cumplido—. Creo que deberíais entrar por la puerta trasera de Nettie. El patio está vallado y, una vez pasada la puerta, nadie podrá veros.

—Buena idea.

—Y hagas lo que hagas, no toques las plantas de la casa.

Hannah estaba confusa.

—En realidad no pensaba hacerlo, pero ¿por qué?

—Se morirían seguro, y entonces Bill y Mike sabrían que has estado allí. Toda la ciudad sabe que se te mueren todas las plantas.

—¿Has traído la cámara? —preguntó Hannah, al verla colgada del cuello de Norman cuando se reunió con ella en el callejón detrás del dúplex de Nettie.

—He pensado en hacer fotos a medida que registremos. Nos ayudará a refrescar la memoria.

—Buena idea. ¿Dónde has aparcado? —preguntó Hannah, abriendo la puerta y metiendo a Norman en el patio trasero vallado.

—A dos manzanas. ¿Y tú?

—He venido andando. Temía que vieran mi camioneta.

—¿Porque es rojo manzana con una matrícula que pone *Cookies* y el nombre de tu tienda a ambos lados?

—Eso es —dijo Hannah riendo, apreciando a Norman aún más en ese momento que la noche anterior—. Me alegro de que hayas vuelto, Norman.

Norman sonrió y le dio un pequeño abrazo, obviamente tomándose lo que había dicho como un cumplido. Luego subió los escalones hasta la puerta trasera de Nettie y sacó un pequeño estuche de cuero.

—Herramientas dentales —explicó, abriendo la cremallera—. He

pensado que serían útiles para forzar la cerradura.

—Seguro que serían perfectas, pero no las necesitamos.

Hannah metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó el llavero que Lisa le había dado.

—Tengo la llave.

—Ah, vale… —dijo Norman, que parecía un poco decepcionado mientras Hannah abría la puerta.

Hannah entró, miró a Norman y vio que fruncía el ceño. Obviamente, esperaba poner a prueba sus habilidades como ladrón.

—No guardes las herramientas. Seguro que la puerta del despacho del *sheriff* Grant está cerrada con llave.

—De acuerdo. —Norman parecía mucho más contento mientras seguía a Hannah escaleras arriba y por el pasillo. La expresión de satisfacción permaneció en su rostro hasta que llegaron a la puerta del despacho y se dio cuenta de que estaba precintada—. Es; cinta de escena del crimen.

—Lo sé.

—Pero pensaba que el *sheriff* Grant fue asesinado en el aparcamiento del instituto.

—Así fue.

—Entonces esto no es una escena del crimen.

—Técnicamente no. Cuando Mike lo selló, no debía de tener la cinta de Prohibido el acceso porque yo lo digo.

—Entiendo —dijo Norman con una sonrisa—. Y si nos pillan aquí, argumentarás que, como no es la escena de un crimen, la cinta debió de ponerse por error.

Hannah asintió para demostrarle que tenía razón y le devolvió la sonrisa. Luego alargó la mano para comprobar el pomo de la puerta.

—Está cerrada. ¿Crees que puedes abrirla?

—No veo por qué no —dijo Norman, abriendo de nuevo su estuche de herramientas—. Forzar una cerradura tiene que ser más fácil que apretar una ortodoncia.

Era un mecanismo sencillo y abrir la cerradura no llevó mucho tiempo, sobre todo para un dentista de dedos ágiles. En menos de

un minuto, Hannah y Norman se habían colado por debajo de la cinta de la escena del crimen y estaban dentro del despacho del *sheriff* Grant.

—Esto parece más un dormitorio que un despacho —comentó Norman.

—Eso es porque era un dormitorio. Pertenecía al hijo del *sheriff* Grant, Jamie, y está tal como lo dejó cuando se marchó a la universidad. El *sheriff* Grant no dejó que Nettie tirara las cosas de Jamie después de su muerte.

—¿Cuánto hace de eso?

—Casi tres años. ¿No te parece un poco raro?

Norman se encogió de hombros.

—Quizá, si era una obsesión. Pero si el *sheriff* solo quería conservar las cosas de su hijo un poco más, puedo entenderlo. —Hannah se volvió para mirar a Norman con asombro. Su respuesta había sido muy diplomática. Si se presentara a unas elecciones, lo votaría—. Déjame que haga unas fotos de base —dijo Norman, y procedió a hacerlas—. Así podremos recordar cómo estaba todo antes de empezar a buscar.

Cuando Norman hubo tomado fotos desde todos los ángulos, Hannah le entregó un par de guantes.

—He traído esto. Así no dejaremos huellas. Puedes empezar por el armario y yo miraré en el escritorio del *sheriff* Grant.

—De acuerdo. ¿Qué estamos buscando?

—Maletines. Si encuentras alguno, avísame. También estamos buscando cualquier cosa que parezca que normalmente no estaría en la habitación de un adolescente o en el despacho de una casa.

Hannah se puso los guantes y revisó el escritorio. Todo lo que encontró fueron facturas viejas, cheques cancelados y registros de contabilidad doméstica. Parecía como si el *sheriff* Grant hubiera metido todas las cosas de Jamie en un solo cajón cuando ocupó el escritorio. El cajón inferior izquierdo contenía un catálogo de la universidad, varios expedientes académicos de Jamie, un programa del baile de graduación, una pila de cuadernos y libros que Jamie

debió de utilizar para estudiar para la selectividad. No había nada del departamento del *sheriff* ni nada que indicara en qué caso estaba trabajando el *sheriff* Grant en el momento de su muerte.

—He encontrado un maletín, Hannah. —La voz de Norman sonaba amortiguada y Hannah se dio cuenta de que estaba en las profundidades del armario.

—¿Es marrón?

—Sí.

—Entonces nos lo llevaremos. Apártalo a un lado y sigue buscando.

—De acuerdo. ¿Has encontrado algo en el escritorio?

—Nada importante. —Hannah echó hacia atrás la silla del escritorio y se acercó a la cómoda para comprobar los cajones. Estaban llenos de ropa de Jamie y Hannah se sintió un poco incómoda mientras revisaba montones de ropa interior, calcetines y pañuelos.

—¡Ay! —chilló Norman desde los recovecos del armario.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hannah, apresurándose a ver si podía ayudar.

—Me acabo de golpear el dedo del pie con algo duro. Pásame una linterna, ¿quieres?

Hannah le pasó a Norman la linterna que había cogido de su camioneta y apartó la ropa de Jamie para que pudiera ver lo que se había encontrado.

—Parece una caja de piezas de coche —dijo Norman, saliendo del armario y arrastrando la caja tras él—. Jamie debía de tener un coche viejo que estaba reparando él mismo poco a poco.

—Quizá. La mayoría de los chicos que van al instituto no pueden permitirse llevar su coche al mecánico para que se lo arreglen.

Norman miró dentro de la caja y frunció el ceño.

—Es curioso. Aquí hay un motor de arranque para un Chevrolet y un arnés de inyección de combustible para un Ford.

—Tienes que ser un experto en coches si sabes quién fabricó las piezas con solo mirarlas. —Hannah estaba impresionada.

—Ya lo creo. También ayuda que el nombre del fabricante esté estampado en la parte inferior.

Hannah se echó a reír, pero enseguida se le pasó la risa al pensar en lo que había dicho Norman.

—¿Sabes si se puede poner un motor de arranque Chevrolet y un arnés de inyección Ford en el mismo coche?

—La verdad es que no, pero no lo creo. La mayoría de los fabricantes de automóviles no quieren que sus piezas sean intercambiables. ¿Sabes qué marca de coche conducía Jamie?

—No, pero puedo averiguarlo. ¿Podrías hacer algunas fotos de las piezas del coche, Norman? Podrían ser importantes. Tengo que hacer una llamada.

En menos de cinco minutos, Hannah estaba de vuelta, parecía más desconcertada que cuando se fue. Había hablado con Luanne Hanks y lo que había averiguado era inquietante.

—¿Has hecho las fotos?

—He hecho un carrete entero. Y mientras tanto he encontrado otro maletín. Estaba en un rincón, junto a la papelera. ¿Qué has averiguado sobre el coche?

—Esa es la parte extraña. Jamie no tenía coche. Tomaba prestado el de Nettie cuando lo necesitaba. El resto del tiempo, iba en su Harley.

Norman volvió a mirar la caja.

—Pero estas son piezas de coche. Estoy seguro.

—Y yo estoy segura de que las piezas de coche no sirven para las motos. —Hannah suspiró y se sentó en el borde de la cama de Jamie. Echó los pies hacia atrás y sus talones se toparon con algo duro—. Hay algo debajo de la cama.

En un santiamén, tanto Hannah como Norman estaban tirados en el suelo, mirando debajo de la cama de Jamie. Ella sujetaba la linterna mientras él levantaba la colcha.

—Es otra caja —dijo Norman, agarrando el borde y tirando de ella—. Es lo bastante pesada como para contener más piezas de coche. Pero ¿por qué iba a tener Jamie piezas de coche si no tenía

coche?

—Esa —dijo Hannah, extendiendo la mano para ayudar a Norman con la caja— es la pregunta del millón.

Hizo falta algo de fuerza, pero entre los dos consiguieron sacar las cuatro cajas de piezas de coche que estaban guardadas debajo de la cama de Jamie y hacerles fotos. Hannah también encontró un maletín marrón que había debajo de la cama. Una vez que volvieron a colocar las cajas donde las habían encontrado, Hannah cogió los maletines y salieron, cerrando bien la puerta tras de sí.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Norman, abriéndole a Hannah la puerta del acompañante.

—A casa de Barbara Donnelly. Nos está esperando. La he llamado antes de salir de casa de Nettie.

—¿Y nos va a decir cuál es el maletín de James Bond y va a abrir el compartimento secreto?

—Eso es.

Hannah se alegró de que Norman la hubiera escuchado cuando se lo había explicado todo la noche anterior. Estaba tan cansada que no creía poder hilvanar más de tres palabras.

—Se tarda al menos diez minutos en llegar a casa de Barbara. —Norman la miró con expresión preocupada—. ¿Por qué no te recuestas y te echas una siesta rápida? Pareces muy cansada.

—Lo estoy —admitió Hannah, cerrando los ojos. Y entonces, arrullada por el traqueteo del coche de Norman, su mente flotó libre y se quedó levitando en ese lugar atemporal entre la vigilia y el sueño.

—¿Hannah? Ya hemos llegado.

Hannah abrió los ojos y vio el coche de Norman aparcado en la entrada de la casa de Barbara.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —preguntó—. He cerrado los ojos hace un segundo.

—Hace veinte minutos de eso. He tomado el camino más largo

para dejarte dormir.

—Oh. —Hannah se sintió un poco avergonzada por haberse quedado dormida en el coche de Norman—. Bueno…, gracias.

—¿No dormiste suficiente anoche?

—Supongo que no —dijo Hannah y lo dejó así. De ninguna manera iba a decirle a Norman que había estado despierta durante más de una hora después de que él se hubiera ido, tratando de decidir si prefería los besos de Mike o los suyos.

Hannah subió los escalones de la coqueta casita de Barbara y abrió la puerta del porche. Era un porche con mosquitera para mantener alejados a los insectos y, como ya estábamos a finales de octubre, Barbara lo había acondicionado para el invierno colocando plástico grueso en el exterior de las mosquiteras para mantener alejadas las ráfagas de nieve que llegarían pronto.

—¿Moqueta interior-exterior? —preguntó Norman, mirando el suelo del porche.

—Césped artificial —le corrigió Hannah—. El hermano de Barbara trabaja para la empresa que lo fabrica y se lo regalan. No tiene sitio para un jardín en la parte de atrás, así que pone macetas con flores aquí en verano y queda muy bonito. Es casi como estar al aire libre, pero sin bichos.

Norman llamó al timbre y Barbara abrió la puerta tan rápido que Hannah supuso que los había visto llegar.

—Pasad. Acabo de hacer café.

—Me salvas la vida, Barbara. Estoy tan cansada que me he quedado dormida de camino hacia aquí.

—Pues genial porque lo he hecho fuerte —dijo Barbara, llevándolos a su cocina y sentándolos a la mesa—. ¿Y tú, Norman?

—Sí, gracias. Siempre me apetece una taza de café.

Barbara sirvió el café, les dio el suyo a Hannah y Norman y cogió una taza para ella. Puso leche y azúcar en la mesa y señaló los maletines.

—Dejadme que les eche un vistazo. Supongo que no querréis que os pregunte de dónde los habéis sacado.

—Mejor que no —dijo Hannah con un pequeño suspiro de alivio. No habría querido mentirle a Barbara porque era empleada del departamento del *sheriff* y tenía el deber de denunciar cualquier delito del que tuviera noticia. Dado que Hannah había abierto la puerta de Nettie con la llave, podía argumentar que no habían forzado la entrada, pero acceder al despacho del *sheriff* Grant forzando la cerradura con herramientas dentales, independientemente de que la puerta hubiera sido precintada incorrectamente como escena de un crimen, era ilegal.

Barbara negó con la cabeza mientras Norman dejaba los tres maletines sobre la mesa.

—No es este, ni tampoco este. Pero este… —Hannah contuvo la respiración cuando Barbara cogió el tercer maletín. Y volvió a soltar el aire cuando Barbara asintió—: Es este. —Barbara abrió el maletín y miró dentro—. Parece completamente vacío, ¿verdad? —Cuando Norman y Hannah asintieron, Barbara inclinó el maletín para que pudieran ver el interior—. Ahora mirad el forro. Tiene cuadraditos con letras y números a modo de decoración.

—¿Y las letras y los números significan algo? —preguntó Norman.

—Exacto. Hay que poner el maletín en una superficie plana y pulsarlos en el orden correcto. Empiezas por cero, cero, siete.

—¿Cómo James Bond? —preguntó Hannah.

—Sí. Y después de eso hay que marcar la palabra clave: «Bond». —Norman y Hannah miraron mientras Barbara tecleaba el nombre que se había convertido casi en sinónimo de espía—. Ahora hay que sujetar el maletín con la mano izquierda y girar el asa con fuerza hacia la derecha. Cuando lo vuelves a coger, pasa esto.

Hannah jadeó cuando la parte inferior del maletín se abrió para revelar un compartimento secreto lateral de unos dos centímetros de grosor.

—¡Vaya!

—¡Increíble! —dijo Norman, mirando asombrado el maletín—. ¿Es lo bastante amplio para una pistola?

Barbara se rio.

—Eso es exactamente lo que me preguntó el *sheriff* Grant cuando se lo di. Le dije que había otro para pistolas, pero, como podía llevar la suya a la vista, supuse que no lo necesitaba. Este es para papeles importantes, como los archivos que solía llevar a casa.

—¿Hay algo dentro? —Hannah hizo la pregunta importante.

Barbara metió la mano en el estrecho espacio y sacó una carpeta de archivos con la punta de los dedos.

—Aquí está el informe desaparecido. Veamos qué contiene.

Hannah contuvo la respiración mientras Barbara lo leía. Le entraron ganas de quitárselo de las manos, y apenas pudo contener ese impulso.

—Lo siento, Hannah —dijo Barbara mientras se lo pasaba—. Es solo un informe de incidentes que Lonnie Murphy redactó antes de irse de vacaciones.

—¿Podría ser importante? —preguntó Hannah.

—No lo creo. Es puramente rutinario.

Norman parecía intrigado.

—Si es rutinario, ¿por qué lo puso el *sheriff* Grant en el compartimento secreto?

—No lo sé, a menos que… —Barbara volvió a mirar el informe y soltó una risita sarcástica—. Creo que acabo de descubrir por qué. Lonnie se olvidó de asignarle un número y el *sheriff* Grant era muy estricto con el protocolo de la oficina. Probablemente se lo llevó a casa con la intención de ponerle a Lonnie una sanción.

—No me sorprende —dijo Hannah en voz baja, recordando lo quisquilloso que había sido el *sheriff* con las normas y los procedimientos. Si el *sheriff Grant* no hubiera sido el desafortunado objetivo de una muerte violenta, Lonnie se habría encontrado con toda seguridad una sanción en su expediente cuando volviera al trabajo.

—Léelo si quieres. —Barbara le entregó el informe a Hannah.

Hannah cogió el informe de manos de Barbara y lo hojeó rápidamente. Lonnie lo había redactado como la crónica de la detección de un coche sospechoso, el uso de su ordenador de a

bordo para determinar que era robado y la detención del conductor.

—¿Ves lo que quiero decir? —dijo Barbara, mientras Hannah le entregaba el informe a Norman. Por lo que Hannah podía ver, ese informe del incidente no tenía ninguna relación con el asesinato del *sheriff* Grant. Aunque los amigos del conductor hubieran querido vengarse por su detención, habrían ido a por Lonnie, no a por el *sheriff* Grant.

—Está claro que no contiene nada importante —dijo Norman, levantando la vista del documento—. ¿Quieres que lo llevemos a la comisaría, Barbara? Hannah me ha dicho que estás de excedencia.

Barbara negó con la cabeza y cogió el expediente.

—No hace falta. Me ocuparé de ello cuando vuelva al trabajo.

—Pero Shawna Lee lleva tiempo buscándolo. —Hannah parecía confusa—. Y tú vas a quedarte en casa al menos una semana más, ¿no?

Barbara asintió y una sonrisa picara se dibujó en su rostro.

—Voy a dejar que Shawna Lee siga buscando. Si se mantiene lo suficientemente ocupada, no tendrá tiempo de flirtear y quizás así evitemos otro homicidio.



CAPÍTULO VEINTISÉIS



La mente de Hannah iba a mil por hora mientras se alejaban de casa de Barbara. Estaba tan absorta en sus pensamientos que apenas se dio cuenta de que Norman le había hablado. —Perdona, Norman. ¿Qué has dicho?

—¿Crees que el informe del coche robado de Lonnie tiene algo que ver con el motivo por el que mataron al *sheriff* Grant?

—Pues no lo sé. Lonnie atrapó a un ladrón de coches, y hemos encontrado piezas de coches en el cuarto de Jamie. Los coches parecen ser un denominador común en toda esta historia.

—¿Y no has dicho que Jamie murió en un accidente de coche?

—¡Sí! —Hannah se emocionó por un momento, pero enseguida se desinfló—. Pero ¿qué puede significar?

Norman se encogió de hombros.

—No estoy seguro. También está el hecho de que el *sheriff* Grant fue asesinado en un aparcamiento lleno de coches.

—Y lo atacaron mientras estaba junto a su coche patrulla —añadió Hannah con un suspiro—. Creo que nos estamos pasando con esto de los coches, Norman.

—Tal vez. Pero he pensado que si encontráramos todas las

piezas, podríamos averiguar cómo encajan.

—Eso tiene sentido —dijo Hannah, volviéndose para sonreírle. Estaba a punto de lanzarle un desafío mental—. Pero ¿y si algunas de las piezas son de otro *puzzle*? ¿No crees que solo nos confundirían?

Norman pensó en ello mientras esperaba a que el semáforo de la esquina de Elm y la Primera se pusiera en verde.

—Sí. Supongo que podrían confundirnos. ¿Qué hacemos para evitarlo?

—No estoy segura —respondió Hannah, sintiéndose impotente ante el desafío—. Creo que lo primero que tenemos que hacer es reunir más datos. Ese informe de Lonnie era bastante incompleto y resulta evidente que lo escribió con prisas. Quizás omitió cosas que pensó que no importaban. Tengo que hablar con él y averiguar todo lo que pasó cuando paró ese coche robado.

—Ese es un buen punto de partida. ¿Qué quieres que haga yo mientras?

—Revelar el carrete. También es un buen punto de partida. Quizá veamos algo importante en las fotos que se nos ha pasado en casa de Nettie. ¿Y crees que tendrás tiempo para investigar en internet?

—Claro. —Norman se detuvo detrás de The Cookie Jar y aparcó entre el viejo coche de Lisa y la camioneta de galletas de Hannah—. Como en teoría tendría que estar todavía en Seattle, el doctor Bennett me está sustituyendo en la clínica. ¿Qué tipo de investigación necesitas?

—Sería de gran ayuda si pudieras imprimir los artículos que aparecieron en el *Lake Eden Journal* cuando Jamie murió. Y haz lo mismo con los periódicos de Ann Arbor.

—¿Por qué Ann Arbor?

—Jamie murió cuando estaba en la Universidad de Michigan.

—Bien. Haré una búsqueda con su nombre. ¿Era Jamie o James?

—Prueba con ambos. Se hacía llamar Jamie, pero su verdadero nombre era James, igual que el *sheriff* Grant. —Hannah volvió a pensar en lo que había dicho Norman y se animó un poco—. ¿Se

puede hacer una búsqueda cualquiera solo tecleando el nombre de alguien?

—Siempre que sepas dónde buscar.

—¿Y tú sabes?

—Se me da bastante bien. Puedo acceder a registros públicos y eso me da una cantidad sorprendentemente grande de información.

Hannah se lo pensó durante un momento. Lo que quería pedirle a Norman era una invasión de la intimidad de su madre y la haría sentirse como una rata. Pero sentirse como una rata podía ser mejor que sentirse como una tonta si su instinto le daba la razón y no tomaba medidas para proteger a Delores de un estafador del amor.

—¿Qué necesitas, Hannah? —preguntó Norman, cuando ella ya llevaba en silencio unos minutos.

—Winthrop Harrington II.

—¿Qué?

—Ese es su nombre. Necesito que lo investigues por mí.

—De acuerdo. ¿Quién es?

—Eso es precisamente lo que quiero saber —dijo Hannah, mirando a Norman. Sabía que era de fiar. Si le decía que era un asunto privado, se moriría antes de contárselo a nadie—. Espero equivocarme, Norman, pero podría ser un estafador. Y, tal como están yendo las cosas, podría acabar convirtiéndose en mi padrastro.

La mañana de Halloween llegó con un maullido al menos diez minutos antes de que sonara el despertador de Hannah. Moishe tenía apetito y no era de los que sufrían retortijones de hambre en silencio. Hannah se puso las zapatillas y se dirigió a la cocina medio dormida. Era mejor no estar completamente alerta cuando había que hervir hígado antes del amanecer.

Hannah se acercó a trompicones a la cocina y encendió el fuego. La noche anterior había dejado preparada una olla con agua antes de acostarse. Luego se sirvió una taza de café, esperó a que el agua hirviera y echó los trozos de hígado que había dejado cortados. Cuando adquirieron un color gris poco apetitoso, los sacó y los puso en una sartén con aceite y el resto de los ingredientes.

En menos de cinco minutos, la tortilla de Moishe estaba lista y Hannah la echó en su cuenco de comida. Comprobó que el extractor de humo de la cocina estuviera al máximo, se sirvió otra taza de café y se sentó a la mesa, dando deliberadamente la espalda a la creación culinaria que había preparado para su felino. A primera hora de la mañana, el olor a hígado le revolvía el estómago. Si las náuseas que sentía se parecían en algo a las náuseas matutinas de las que se había quejado Andrea, debería haber sido más comprensiva.

Moishe no tardó mucho en tomar su desayuno, aproximadamente una cuarta parte del tiempo que ella había tardado en prepararlo. Pero algo no cuadraba en la ecuación. Hannah enjuagó la olla que había utilizado para hervir el hígado, la sartén en la que había cocinado la tortilla y el cuenco de Moishe, y lo metió todo en el lavavajillas. Ya estaba parcialmente cargado con los platos de la noche anterior. Estaban la olla que había utilizado para cocer el arroz, el bol y la parte superior del robot de cocina que había usado para batir el huevo y pulverizar la cáscara, y el cuchillo para cortar el hígado. Una vez recogidos los utensilios que había utilizado para preparar el desayuno de Moishe y los recipientes que había usado para guardar el huevo y el arroz en el frigorífico, el lavavajillas estaba casi lleno. Hannah echó el detergente, lo puso en marcha y se quedó meneando la cabeza. Era una locura. Ella no desayunaba nunca en casa y lo único que utilizaba por las mañanas era su taza de café. Sin embargo, a las cinco de la mañana estaba lavando los platos que había ensuciado preparando el desayuno para su gato.

Sonó el teléfono y Hannah se sirvió otro café antes de acercarse a contestar. Solo había una persona que la llamara tan temprano. Tenía que ser Delores, que telefoneaba para darle su informe. Cuando Hannah no había podido averiguar dónde estaba Lonnie de vacaciones preguntando a su familia o a sus amigos, había reclutado a Delores y a Carrie, que le prometieron investigar el paradero de Lonnie en la línea directa de cotilleos de Lake Eden.

—Hola, madre —contestó Hannah. Contestar el teléfono de esa manera se había convertido casi en una tradición. Hannah sabía que su madre echaría de menos esas riñas matutinas si simplemente decía «hola».

—Me gustaría que no contestaras el teléfono de esa manera, Hannah. ¿Y si no fuera yo?

—Entonces diría: «Lo siento, creía que eras mi madre». Y ellos dirían: «No pasa nada». Y luego intentarían venderme acciones por teléfono.

Delores se rio.

—Aun así, no deberías darlo por hecho. Piensa en lo avergonzada que estarías si fuera alguien importante y le llamaras madre.

—¿Tú no eres alguien importante?

—Claro que lo soy. Es solo que… No importa —dijo Delores, dándose por vencida con un suspiro—. ¿Cómo estás esta mañana, querida?

—No muy bien. ¿Conoces la frase «Despierta y huele las rosas»?

—Sí, querida. La he oído.

—Bueno, esta mañana es «Despierta y huele el hígado».

—¿El hígado?

—Sí. El doctor Bob le ha puesto a Moishe una nueva dieta. Acabo de prepararle el desayuno y huele horrible.

—Bueno, abre las ventanas, querida. Y usa un poco del ambientador que te regalé. Huele a jardín inglés.

—Vale —dijo Hannah, arrugando la nariz. Había usado el ambientador, y si la afirmación del fabricante era cierta, se aseguraría de no visitar nunca un jardín inglés.

—Siempre lo usaba cuando tu padre hacía *comed beef* con col el día de San Patricio —dijo Delores—. Insistía en hacerla todos los años y no nos gustaba a nadie.

Hannah se echó a reír. Era verdad. La carne en salmuera y la col siempre acababan en la basura. Pero, aunque a Hannah no le gustaba la comida, la costumbre le agradaba. Era exactamente como decía su padre: todo el mundo era irlandés el día de San Patricio.

—¿Has averiguado algo sobre Lonnie, madre?

—Pues no mucho. —Delores suspiró tan profundamente que el sonido atravesó la línea como una ráfaga—. Bridget ni siquiera sabe adonde ha ido. Me dijo que hablara con Rick.

—¿Lo has hecho?

—Por supuesto que lo he hecho. Rick tampoco lo sabe, pero cree que Lonnie debe de estar con una chica.

—¿Se lo dijo Lonnie a Rick?

—No exactamente, pero se negó a decirle adonde iba. Y, como Lonnie suele contárselo todo a Rick, este cree que iba a encontrarse con una chica.

—Eso tiene sentido. —Hannah se recostó y dio un sorbo a su café—. ¿Alguna candidata?

—Solo una, pero es imposible.

—¿Cuál?

—Tu hermana Michelle. Rick cree que Lonnie puede haber ido a Minneapolis a verla.

—¿Y es así? —Hannah preguntó, esperando que no lo hubiera hecho. A Delores le caía bastante bien Lonnie, pero no le haría ninguna gracia si se enteraba de que iba tan en serio como para visitar a Michelle en la universidad.

—Por supuesto que no. Llamé a Michelle anoche y me dijo que no lo había visto.

—¿Le preguntaste si sabía dónde estaba?

—¿Te crees que soy tonta, Hannah? Claro que se lo pregunté. Michelle dijo que no tenía la menor idea de dónde estaba Lonnie, que solo eran amigos y que, desde luego, Lonnie no la llamaba para informarla cada vez que se iba de vacaciones a alguna parte.

—¿Así que le molestó un poco que le preguntaras?

—Sí que le molestó. No sé por qué. Era una simple pregunta y yo no la estaba acusando de nada.

—Tal vez había tenido un mal día en la universidad —dijo Hannah, soltando la primera excusa que se le ocurrió—. No te preocupes por eso, madre. Seguro que Michelle se siente mal por

haber sido brusca contigo.

—Bueno, eso espero. Hay que tener respeto a los padres, ¿sabes?

—Por supuesto, y Michelle lo sabe. Seguro que te llamará hoy para disculparse.

—No, no lo hará. Me enviará una tarjeta. Es lo que hace siempre. Si envía una tarjeta, se evita dar la cara y reconocer su error.

—Bueno…, una tarjeta dura más que una llamada. —Hannah cambió de tema y siguió charlando unos instantes más. Luego se despidió y colgó el teléfono—. Como diría la reina Gertrudis: «Me parece que la hermana protesta demasiado» —le dijo a Moishe, que lamía su cuenco de agua.

Hannah se sirvió otra taza de café, abrió el cuaderno de crímenes por la página correcta, cogió el teléfono y marcó el número de su hermana. Delores podría darse por satisfecha con la negativa de Michelle, pero Hannah tenía la ligera sospecha de que Lonnie no andaba muy lejos cuando su hermanita aseguró no haberlo visto.

Hannah metió otras cuatro bandejas de galletas en el horno y volvió a coger el teléfono. Nadie contestaba en el piso alquilado de Michelle y el contestador automático no estaba conectado. Escuchó los tonos de la llamada unos instantes más y colgó cuando se abrió la puerta trasera y entró Lisa.

—Hola, Lisa. Ya casi he terminado las galletas de maíz.

—Tienen muy buena pinta —dijo Lisa, colgando la parka en un gancho y dirigiéndose al fregadero para lavarse las manos—. ¿Quieres que empiece con las galletas normales? ¿O preparo el lote de *cupcakes* para la comisaría? Los han pedido de chocolate glaseado y decoración en naranja.

—Hazlos tú mientras yo horneo las galletas. —Hannah miró la receta de los *cupcakes* de chocolate que estaba sobre la encimera—. ¿Por qué no horneas algunos *cupcakes* de los de Alma para la comisaría? Puedes usar salsa de manzana como ingrediente secreto.

Tengo un poco en la nevera. Deja uno apartado para que Beatrice lo pruebe y decora el resto.

—Buena idea —dijo Lisa, cogiendo la receta que Hannah le ofrecía y dirigiéndose a la nevera a por la salsa de manzana.

Una hora y media más tarde, Hannah y Lisa habían terminado de preparar la repostería del día. Todo había salido a pedir de boca. El obrador de The Cookie Jar no era muy grande, pero Hannah y Lisa llevaban más de un año trabajando juntas y cada una se anticipaba a los movimientos de la otra. Mientras Hannah llevaba una taza de café a su puesto favorito en el fondo de la cafetería, se preguntó cómo había podido vivir sin Lisa.

—¿Cómo vas con el asesinato? —preguntó Lisa, sentándose frente a Hannah.

—No muy bien. Me he topado con un obstáculo, Lisa. Creo que el informe que encontramos en el maletín del *sheriff* Grant es importante, pero Lonnie está de vacaciones y no puedo localizarlo para preguntarle.

—¿Le has preguntado a tu hermana? Michelle pasó bastante tiempo con él la última vez que estuvo en la ciudad.

—Es a quien estaba intentando localizar por teléfono cuando has llegado.

—Bueno, no te rindas. Tarde o temprano la pillarás. —Lisa miró el reloj—. Es hora de que me ponga el disfraz de gata. ¿Tú qué te vas a poner?

—La sábana. Me convertiré en fantasma cuando esté aquí fuera. Pero la mayor parte del tiempo estaré en el obrador, así que no tendré que ponerme nada.

Lisa soltó una carcajada y Hannah se quedó perpleja hasta que retrocedió en su cinta mental y repasó la última frase que había dicho. Entonces sonrió y dijo:

—No te rías tan rápido. Nos ahorraríamos una fortuna en delantales.



CAPÍTULO VEINTISIETE



—Vuestra decoración es genial, Hannah —dijo Beatrice Koester entrando por la puerta principal en respuesta a la llamada telefónica de Hannah—. Me encanta cómo esas serpentinas naranjas y negras se mueven con la brisa de los ventiladores. Y las calabazas de la ventana son geniales.

—Lisa ha hecho toda la decoración.

—Se le da muy bien. ¿Dónde está tu disfraz de fantasma?

—Lo he manchado de chocolate derretido.

—Pero ¿y los niños? —Beatrice echó un vistazo a varios niños en edad preescolar sentados en las mesas con sus madres.

—Aquí tengo otro disfraz. —Hannah cogió una caja de cereales que había colocado detrás del mostrador y le clavó un cuchillo de plástico—. ¿Ves?

—¿Ver qué?

—Soy una *cereal killer*[1].

Beatrice resopló y se sentó en un taburete del mostrador.

—Eso es muy cutre, Hannah. En realidad es cutre y muy ingenioso, pero nadie en Lake Eden lo va a pillar. Seguro que has tenido que explicárselo a todo el mundo.

—Tienes razón. Llevo más de una hora intentando que la gente lo pille y no ha habido manera. Pensé que el alcalde Bascomb lo haría. Ya sabes cómo le gustan los juegos de palabras. Pero él tampoco lo ha cogido.

—Eso podría ser una buena prueba.

—¿Una prueba de qué?

—De compatibilidad. He estado escuchando a la doctora Amor en la radio y dice que los cónyuges deben compartir un sentido del humor similar.

Hannah enarcó las cejas. ¿Estaba Beatrice escuchando a la mujer que daba consejos románticos en la radio KCOW porque tenía problemas en su propio matrimonio?

—Ted y yo no tenemos el mismo sentido del humor —admitió Beatrice frunciendo el ceño—. A él le gustan las comedias nuevas y a mí las antiguas, como *Tres son multitud* y *Las chicas de oro*. —Hannah no estaba segura de cómo responder, así que mantuvo el pico cerrado—. La pareja que ríe unida permanece unida. Al menos eso dice la doctora Amor. Así que si encuentras a un hombre que pille tu disfraz de *cereal killer* y piense que es divertido, deberías casarte con él.

—Gracias por el consejo —dijo Hannah, metiendo la mano bajo la encimera para sacar el *cupcake* que Lisa había guardado para Beatrice—. Siéntate y prueba esto. Es el último intento.

Beatrice le dio un mordisco y sonrió en señal de agradecimiento.

—¡Delicioso! ¿Es puré de manzana lo que noto?

—Sí. ¿Es el ingrediente secreto de Alma?

—No, pero casi. Los *cupcakes* de Alma eran más dulces, pero tenían un sabor afrutado bajo el chocolate. Te lo había dicho ya, ¿no?

—Sí, pero no sabías qué fruta podía ser.

—No, el sabor se mezclaba. Estaba ahí, pero no podría decir qué era. Hacía que el chocolate supiera… No sé cómo describirlo.

—¿Más oscuro? ¿Más intenso?

—Eso es. El chocolate sabía más oscuro y más intenso. Y

recuerdo algo más: cuando era temporada de frambuesas, Alma ponía una encima de cada *cupcake*.

—¿Crees que la fruta que usaba Alma era puré de frambuesas? —Hannah hizo la pregunta lógica.

—Sé que no eran ni frambuesas ni fresas. Ese tipo de semillas siempre se me clavan entre los dientes y eso nunca me pasó con los *cupcakes* de Alma.

Cuando Beatrice se marchó, llevándose el resto del *cupcake*, Hannah rellenó las tazas de café de los clientes. Luego se sentó en el taburete de detrás del mostrador a pensar. El puré de frambuesas tendría pepitas. No había forma de evitarlo. Alma podría haber hecho zumo, pero eso no habría funcionado. Edna Ferguson estaba segura de que el ingrediente secreto era algo más espeso que el zumo y Hannah había llegado a la misma conclusión.

—Hola, Hannah. —Lisa entró por la puerta con su disfraz de gata. Llevaba la larga cola de peluche pegada al hombro y tenía un aspecto muy extraño—. Nunca intentes conducir con cola.

Hannah se rio.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué ha pasado?

—Se me enredaba en la palanca de cambios y tenía que desenredarla cada vez que daba marcha atrás. Era un verdadero incordio.

—¿Así que te la has pegado al hombro?

—Me la ha puesto así el reverendo Knudson cuando le he entregado las galletas para su reunión. Si no tuviera tan mala pinta, la dejaría pegada el resto del día.

—Déjala por ahora —dijo Hannah mientras una idea le venía a la cabeza—. Tengo una solución que lo arreglará para siempre. Solo tengo que ir a la farmacia un momento.

—Adelante. Yo me encargo de todo aquí. ¿Crees que podrías parar en The Red Owl a la vuelta? Nos estamos quedando sin sirope y el reverendo Knudson ha encargado un lote entero de galletas de tortitas para el encuentro de después del servicio de la iglesia el domingo.

—No hay problema —dijo Hannah y se dirigió a la farmacia para abastecerse de las cosas que necesitaba para arreglar la problemática cola de su compañera.

Hannah salió sonriente de la farmacia de Lake Eden. Los dependientes de Jon Walker habían hecho un trabajo maravilloso decorando la farmacia con recortes de gatos negros y murciélagos colgados del techo. Jon había representado su número de científico loco especialmente para ella y le había salido tan bien como el año anterior. Para mejorar aún más las cosas, le había hecho un descuento de Halloween en los artículos que había comprado para Lisa.

—Hola, Hannah —la saludó Florence Evans, la dueña de The Red Owl, cuando entró por la puerta. Una de las empleadas debía de estar enferma, porque Florence solo trabajaba en la caja cuando había poco personal—. ¿Dónde está tu disfraz?

—En la tienda —dijo Hannah, que no quería entrar en una discusión sobre disfraces o la falta de ellos con Florence, pues tenía el récord de la conversación más larga en Lake Eden.

—¿Qué te cuentas, Hannah? —preguntó Florence.

—Nada —dijo Hannah, sabiendo que era prudente darle a Florence una respuesta de una sola palabra seguida rápidamente de una pregunta sobre comestibles—. El sirope para tortitas sigue en el pasillo tres, ¿verdad, Florence?

—Sí, y acabo de recibir unos de nuevos sabores que son estupendos y…

—Gracias, Florence, pero solo necesito el de arce —Hannah interrumpió lo que seguramente iba a ser una larga descripción de las novedades de The Red Owl—. Lisa lo está esperando en la tienda.

Hannah giró sobre sus talones y se dirigió al pasillo tres, pero Florence tenía otras ideas. Antes de que Hannah pudiera parpadear, había apagado la luz de encima de la caja registradora y había salido

de detrás del mostrador.

—Deberías echar un vistazo. Estos nuevos sabores son realmente buenos. —Florence enlazó los brazos con Hannah y se dirigió hacia la parte trasera de la tienda—. Ven conmigo y te los enseñaré.

—¡Por fin! —Lisa parecía aliviada cuando Hannah volvió a entrar en The Cookie Jar—. Ha pasado una hora y me estaba preocupando.

—¿Recuerdas el anuncio de televisión del Motel Roach? —preguntó Hannah, dejando las bolsas sobre el mostrador.

—Creo que sí. ¿No es el que decía: «Las cucarachas entran… pero no salen»?

—Ese mismo. Bueno, Florence estaba trabajando en la caja de The Red Owl.

Lisa tardó un momento, pero luego se echó a reír.

—¿No te dejaba irte?

—Exacto. Me ha seguido hasta el pasillo tres para enseñarme los nuevos siropes para tortitas, pero lo que parecía que iba a ser todo un incordio ha resultado ser un golpe de suerte.

—¿Florence te ha contado algo sobre el asesinato? —Lisa intentó adivinar.

—No tanta suerte, pero sí que me ha revelado algo sobre los *cupcakes* de Alma. —Hannah abrió la bolsa de la compra y sacó una botella. Pasó la mano por encima de la etiqueta y preguntó—: ¿Te suena?

—Esa botella se parece a las que trajo Beatrice cuando estaba probando los aliños para la ensalada.

—¿Y de dónde dijo Beatrice que había sacado las botellas?

—Del sótano de su suegra. Y también dijo que Alma tenía muchas y que Ted pensaba que estaba loca por habérselas llevado a casa.

—Resulta que si no lo hubiera hecho nunca habría adivinado el ingrediente secreto de Alma.

—¿Quieres decir que ya sabes cuál es?

Lisa se emocionó cuando Hannah asintió.

—Si estoy en lo cierto, es esto.

Lisa cogió la botella y miró la etiqueta.

—¿Sirope de frambuesa? Tiene que ser eso, Hannah. Y eso explica por qué Alma ponía una frambuesa encima de los *cupcakes*. Edna y tú pensasteis que tenía que ser un líquido espeso y el sirope lo es. Y Beatrice dijo que sabían a fruta.

—También dijo que tenían sabor alemán y en Europa les gusta mucho el chocolate y la frambuesa.

—Lo has descubierto, Hannah. Yo nunca lo habría adivinado.

—Lo habrías hecho si Florence te hubiera pillado por banda —dijo Hannah, sonriendo a su compañera—. Pero no cantemos victoria hasta que lo probemos. ¿Los haces tú o los hago yo?

—Hazlos tú. Yo me quedaré en la tienda, ya que voy disfrazada.

—Y eso me recuerda… —Hannah sonrió mientras le entregaba a Lisa la bolsa blanca de la farmacia—. Esto debería solucionar lo de tu cola.

—¿Un cabestrillo? —preguntó Lisa, boquiabierta, mientras lo sacaba de la bolsa.

—Un cabestrillo y una venda. ¿Sabes que la cola de Moishe está doblada en la punta? —Hannah esperó a que Lisa asintiera—. El doctor Bob dice que es habitual que los gatos callejeros se rompan la punta de la cola.

—¿Así que quieres que me rompa la cola?

—Sí. Solo tienes que doblarla por la punta y vendarla. Luego puedes ponerla en el cabestrillo y así no te estorbará.

—¡Esos *cupcakes* huelen de maravilla! —Lisa suspiró anhelante mientras abría la puerta batiente que separaba el obrador de la cafetería—. ¿También los has glaseado?

—He pensado que sería mejor hacerlo. Esto tiene que ser una prueba completa.

—Claro que sí. Me encanta ese glaseado. Quieres que pruebe un

cupcake, ¿no?

—Sírvete. Estoy tan segura de que son estos que he horneado una tanda doble.

Lisa se dirigió al estante de la panadería y cogió un *cupcake*. Su boca se dirigió al glaseado como la de un niño que se lanza a por un caramelo y, en consonancia con su disfraz, prácticamente ronroneó al probarlo.

—Este glaseado está buenísimo, Hannah.

—Lo sé. He lamido el cuenco. ¿Quieres que vaya a la tienda mientras te comes el *cupcake*?

Lisa negó con la cabeza.

—No hay nadie. No hemos tenido ningún cliente en los últimos treinta minutos.

Hannah pensó en lo que había dicho Lisa. Casi todo el mundo en la ciudad se estaba preparando para Halloween y no habría muchos clientes durante el resto de la tarde. Era una tontería que las dos se quedaran allí, sobre todo cuando Hannah sabía que Lisa estaba deseando acercarse al centro comunitario para ayudar a su padre y a los ancianos a dar los últimos retoques a la decoración para la fiesta de Halloween.

—Aquí tienes, Lisa. —Hannah metió seis *cupcakes* en una caja para llevar y se la entregó—. Quítate el delantal y lárgate de aquí.

Lisa empezó a sonreír.

—¿Me estás echando?

—Sí. No tiene sentido que las dos nos aburramos, y de todas formas tengo que quedarme para hacer unas llamadas.

—Bueno, si estás segura de que no te importa…

—No me importa —dijo Hannah—. Ve a ayudar a tu padre a decorar.

—Lo haré. —Lisa parecía muy contenta mientras cogía la caja de *cupcakes*—. ¿Quieres que me lleve las galletas de Halloween?

—Las llevaré cuando vaya con Tracey. Si las llevas tú, los niños se las comerán antes de tiempo.

—Vale. Nos vemos esta noche, Hannah. Yo seré el gato con la

cola rota y Herb, una letrina de campo.

—¿Una letrina? —Hannah repitió, creyendo no haber oído bien a Lisa.

—Sí, se ha hecho él mismo el disfraz. Es una caja grande con el fonda recortado y agujeros a los lados para los brazos. La caja le llega por encima de la cabeza y tiene un gallo de juguete que está pegado en la parte superior.

Hannah intentó imaginárselo, pero no lo consiguió.

—Si tiene la cabeza en la caja, ¿cómo ve?

—Ha hecho unos cortes en forma de luna y estrellas y mira a través de ellos. Muchas letrinas los tienen para ventilar. Pero eso no es lo mejor.

Hannah casi tenía miedo de preguntar.

—¿Qué es lo mejor?

—La puerta se puede abrir. Y cuando bailemos, abriré la puerta y entraré. ¿No te parece genial, Hannah? Creo de verdad que va a ganar el premio.

—Genial —dijo Hannah, y saludó con la mano mientras Lisa salía por la puerta trasera. Si Herb no ganaba el premio al mejor disfraz, desde luego debería obtener puntos por el más extraño.

Hannah miró por la ventana de cristal y suspiró. Eran las cuatro de la tarde y su único cliente había sido Freddy Sawyer. El doctor Knight había hecho un pedido de cuatro docenas de galletas de Halloween para que Freddy pudiera disfrazarse de Superman y repartirlas entre las enfermeras y los pacientes esa noche.

Un husky siberiano con correa pasó trotando junto a la ventana y Hannah esperó a ver a su dueño. Pasó un tiempo y, por un momento, Hannah pensó que tal vez alguien le estaba gastando una broma de Halloween. Entonces apareció Eleanor Cox sujetando el asa de una correa retráctil. Saludó a Hannah, esta le devolvió el saludo y esa fue la única emoción de Hannah durante los quince minutos siguientes.

El tiempo nunca había pasado tan despacio. Hannah decidió hacer algo más constructivo que contar los pájaros que se posaban en el enorme pino de enfrente, y cogió el teléfono. Beatrice no estaba en casa la última vez que la había llamado para invitarla a probar los *cupcakes*, pero quizá ya hubiera vuelto.

Después de diez tonos, Hannah colgó y marcó el número de su hermana menor. Ya que no tenía suerte con Beatrice, podría intentarlo de nuevo con Michelle. El teléfono sonó una vez, dos veces, y Michelle contestó.

—¿Michelle? —preguntó Hannah, apenas atreviéndose a creer en su buena suerte—. Me alegro mucho de haberte encontrado.

—Hola, Hannah. ¿Qué tal?

—Te llamo por Lonnie. Lo he intentado por todas partes, pero no lo encuentro.

Hubo un largo silencio y cuando volvió a hablar, Michelle sonaba recelosa.

—¿Por qué necesitas encontrar a Lonnie?

—He encontrado un informe suyo en el maletín del *sheriff* Grant y creo que podría tener algo que ver con el asesinato.

—¡¿Qué asesinato?!

Hannah se quedó helada por un instante. ¿Era posible que Michelle no se hubiera enterado?

—Sabes lo del *sheriff Grant*, ¿verdad?

—¿Qué pasa con el *sheriff* Grant?

—Alguien lo mató el pasado lunes por la noche. Le golpearon en la cabeza y lo tiraron a un contenedor del aparcamiento del Instituto Jordan. Lo encontré cuando sacaba la basura de mi clase de cocina.

Michelle tragó saliva tan fuerte que Hannah pudo oírlo a través del teléfono.

—¡Es horrible! ¿Y ocurrió el pasado lunes por la noche?

—Sí. Y Mike suspendió a Bill porque era sospechoso, pero conseguimos exculparlo y ha vuelto al trabajo.

—De verdad que no me lo creo, Hannah. —Michelle dio un suspiro malhumorado—. ¡Estoy a menos de cien kilómetros y nadie

se molesta en decirme nada! ¿Estás segura de que no te dejas nada?

—Solamente una cosa. El doctor Knight le ha ordenado a Andrea que se quede en casa haciendo reposo y se está volviendo loca.

—Esto es surrealista, Hannah. Madre me llamó anoche y no dijo ni una palabra de nada. Solo me preguntó si sabía dónde estaba Lonnie y cuando le dije que no, colgó.

—Lo siento, Michelle. —Hannah empezó a sentirse culpable por haber dejado a su hermana pequeña de lado—. Debería haberte llamado, pero supuse que ya lo sabrías. No puedo creer que no te hayas enterado de nada. Pensaba que el asesinato de un *sheriff* del condado sería noticia.

—Puede que haya sido noticia, pero es que he estado desconectada unos días. Estoy muy ocupada…, eh…, estudiando.

—Por supuesto —dijo Hannah, sin creerse ni una palabra. Michelle ocultaba algo y Hannah estaba bastante segura de que lo que ocultaba era un quién—. Vayamos al grano, Michelle. Ve a buscar a Lonnie y ponlo al teléfono. Necesito saber más sobre ese informe.

—¿Lonnie? ¿Por qué crees que Lonnie está aquí? Cuando madre llamó anoche ya le dije que no lo había visto.

Hannah suspiró.

—Era madre. Ahora soy yo. Déjame hablar con él, Michelle. Y déjate de evasivas. No le diré a nadie que está contigo.

—No está exactamente conmigo, Hannah. Esta casa es grande y hay sitio de sobra.

—Claro —dijo Hannah, sonriendo.

—Pues sí que lo hay. No es que estemos durmiendo en la misma habitación ni nada de eso. No quería que Andrea o madre lo supieran. Nunca lo entenderían.

—¿Y Raj? —Hannah utilizó el apodo de Roger Alien Jensen. Era el universitario con el que Michelle estaba saliendo cuando volvió a casa el pasado julio—. ¿Él sí que lo entiende?

—Raj es historia. Rompimos al día siguiente de volver a la

universidad. Me cansé mucho de su actitud de superioridad.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Hannah, recordando que Raj se había referido al pasado de Michelle en Lake Eden como colorido y pintoresco.

—Espera. Voy a buscar a Lonnie. Ten cuidado con cómo se lo dices, Hannah. Ha estado conmigo todo el tiempo y tampoco sabe nada del asesinato del *sheriff* Grant.



CAPÍTULO VEINTIOCHO



—Hola, Hannah —la saludó Lonnie. Sonaba un poco culpable y Hannah esperaba que fuera porque se había ido sin decirle a nadie adonde iba, más que por cualquier otra razón—. Shelly dice que tienes algo importante que decirme.

¿Shelly? Hannah alzó las cejas. A Michelle no le gustaba que la llamaran Shelly. Le había dicho a Hannah que la hacía sentir como una tortuga.

—Eh…, sí, tengo algo importante que decirte —dijo Hannah, preguntándose por qué a Lonnie se le permitía usar el apodo que a Michelle no le gustaba—. Tengo malas noticias, Lonnie.

—Mis padres están bien, ¿verdad? —preguntó Lonnie, antes de que Hannah pudiera continuar.

—Están bien —lo tranquilizó Hannah—. Toda tu familia está bien. Todo el mundo en Lake Eden está bien, excepto el *sheriff* Grant. —En cuanto esas palabras salieron de la boca de Hannah, deseó haber pensado en otra forma de expresarlo. Nunca había sido una maestra del tacto.

—¿Qué le pasa al *sheriff* Grant? —preguntó Lonnie, tal y como Hannah esperaba que hiciera.

—Está muerto —dijo Hannah, decidiendo soltarlo ya y lidiar con las consecuencias más tarde—. Alguien lo asesinó el pasado lunes por la noche.

Hubo un largo silencio, tan largo que Hannah se preguntó si Lonnie se habría desmayado del *shock*. Pero entonces ella oyó un suspiro y Lonnie se aclaró la garganta.

—Qué horror —dijo, con la voz temblorosa—. ¿Necesitan Mike y Bill que vuelva?

—No lo sé, pero puedes llamarlos si crees que debes hacerlo. Mike es ahora el *sheriff* en funciones. Podrías decirles que estabas desconectado y que te acabas de enterar.

—Buena idea. —Lonnie sonaba más tranquilo y añadió—: ¿Tienen algún sospechoso?

—No lo sé. Si lo tienen, no me lo van a decir.

—Ya, entiendo. Y ¿estás enfadada?

—No estoy precisamente bailando de alegría —respondió Hannah encogiéndose de hombros, aunque sabía que Lonnie no podía verlo —. Claro, me gustaría que me incluyeran en su investigación, pero eso es tan probable como que se ponga a nevar en agosto.

—No me refería a si estás enfadada con Mike y Bill. Me refería a si estás enfadada conmigo.

—Ah. —Hannah se tomó un segundo para responder—. ¿Lo dices porque estás pasando las vacaciones con Michelle?

Lonnie tragó saliva otra vez.

—Eh…, sí. Eso es exactamente lo que quería decir.

—No, no estoy enfadada. —Hannah sonrió, recordando sus propios días universitarios. Había sido una época de probar sus alas y era bastante obvio que Michelle estaba haciendo lo mismo—. Pero espero que no la hayas distraído de las clases. Las buenas notas son muy importantes para Michelle.

—No la he distraído nada. He ido a clase con ella y me he sentado detrás. A nadie parece importarle e incluso he tomado apuntes por si Shelly se perdía algo.

Hannah se dio por convencida. No parecía que Lonnie fuera

peligroso para Michelle.

—Necesito hablar contigo sobre el informe del coche robado que escribiste justo antes de irte de vacaciones. ¿Sabías que el *sheriff* Grant se lo había llevado a casa?

—No lo sabía, pero tampoco me sorprende. Estaba muy interesado en ese ladrón de coches. Me dijo que se iba a encargar del caso personalmente, y fue entonces cuando me dio dos semanas de tiempo compensatorio por todas las horas extra que había dedicado a trabajar en él, para tomármelas cuando yo quisiera.

—¿Y eso era inusual? —preguntó Hannah.

—No estoy seguro. Pero el *sheriff* Grant no es… —Lonnie hizo una pausa y Hannah lo oyó tragar saliva—. El *sheriff* Grant no era conocido por ser muy generoso con el tiempo libre, las vacaciones y esas cosas. Pensé que sería mejor aprovecharlo antes de que cambiara de opinión, así que le dije que me las cogía ya y me fui.

—Bien hecho. Volvamos al ladrón de coches. ¿Qué puedes decirme de él?

—Puse todo lo que sale en el informe. El tipo no me dio su nombre y no tenía ninguna identificación. Se quedó callado y pensé que pediría un abogado cuando lo llevara a comisaría, pero no lo hizo. El *sheriff* Grant me dijo que no me preocupara, que lo interrogaría él mismo y averiguaría quién era. Supongo que eso fue lo que hizo. El tipo seguía detenido cuando me fui de la comisaría.

Hannah hizo varias preguntas más, pero cuando quedó claro que Lonnie no podía darle más información, le pidió volver a hablar con su hermana. Después de asegurarle a Michelle que no iba a contarle a nadie la identidad de su huésped, Hannah colgó y hojeó su cuaderno. Piezas de coche en el despacho del *sheriff* Grant que le pertenecían a él, no a Jamie. Un ladrón de coches que Lonnie había detenido. El interés del *sheriff* Grant en apartar a Lonnie del caso para poder interrogar él mismo al sospechoso. El hecho de que el *sheriff* se llevara a casa el informe de Lonnie en su maletín especial. Hannah empezaba a ver cómo todo aquello podía encajar. ¿Podría formar parte del gran caso que el *sheriff* Grant necesitaba para

ganar las elecciones? Justo cuando Hannah pensaba que la cabeza le iba a estallar de ideas, sonó el teléfono. Extendió la mano para contestar sin pensar, y solo entonces se dio cuenta de que debería haber cerrado la tienda hacía diez minutos.

—¿Hannah? —Era la voz de Andrea y sonaba alterada—. ¡Me alegro tanto de haberte pillado!

—¿Y eso por qué? —preguntó Hannah, abriendo la caja registradora y empezando a contar el dinero para el ingreso nocturno.

—Quería decirte que ya casi he terminado con las recetas.

—¿Casi terminado? —Hannah estaba tan sorprendida que estuvo a punto de poner un billete de cinco dólares en la pila de billetes de veinte—. ¡Pero si acabas de empezar!

Andrea se rio, evidentemente complacida por la reacción de sorpresa de Hannah.

—Llevo dos días. Ya te había dicho que soy muy rápida tecleando.

—Lo sé, pero no me esperaba que terminaras tan pronto. ¿A qué hora quieres que recoja a Tracey esta noche?

—Esa es la otra razón por la que te llamo. ¿Podrías estar aquí a las siete y media? Lucy Dunwright acaba de irse y se ha llevado a Tracey a tomar unas hamburguesas con Karen. Luego irán a hacer truco o trato y volverán aquí a las siete y media.

Hannah conocía a la hija de Lucy, Karen. Era compañera de clase de Tracey y a Hannah le caía bien.

—Si a Lucy le parece bien, puedo llevar a las dos niñas al sótano embrujado. Y ella puede quedarse contigo hasta que volvamos.

—Eres un amor, Hannah. —Andrea sonaba agradecida—. Me irá bien tener un poco de compañía esta noche. Pero te llamaba para pedirte otro favor y ahora me siento mal por ello.

—¿De qué se trata? Te debo más de un favor por lo de las recetas.

—No, no me los debes. Me ha ido bien tener algo que hacer. Pero esto es muy importante, Hannah.

Hannah frunció el ceño al reconocer un ligero tono de pánico en la voz de Andrea.

—¿De qué se trata?

—Es Bill. Se emocionó tanto por volver al trabajo que se olvidó de cambiar la luz trasera.

—Oh, oh —dijo Hannah adivinando el resto—. ¿Y lo han pillado en el puesto de control de nuevo?

—Eso es exactamente lo que ha pasado. Le han puesto otro aviso esta mañana y la próxima vez será una sanción de verdad. No puede dejar que eso ocurra, Hannah. Quedaría fatal para alguien que se presenta a *sheriff*.

—Eso es cierto —dijo Hannah, esperando a que su hermana fuera al grano.

—El problema es que a Bill le van a poner la multa esta noche.

—¿Por qué esta noche?

—Porque el control de salida de la comisaría estará hasta tarde. Y si Bill coge el coche para volver a casa, le pondrán la multa.

—¿Así que quieres que vaya hasta allí y lo lleve a casa?

—No exactamente —Andrea suspiró profundamente—. Bill dice que es muy fácil cambiar la luz trasera de su coche y que si tuviera la pieza, podría hacerlo en menos de diez minutos. Lo único es que no tiene la pieza y, si va a buscarla, le pondrán la multa.

—Círculo vicioso, como en *Trampa 22* —reflexionó Hannah.

—Es exactamente eso. Me encantó esa película, ¿a ti no? La vi en el canal de películas antiguas el año pasado y pensé que Alan Arkin estaba increíble. Pero también estaba muy bien la actuación de Buck Henry. Maravillosa. Y Anthony Perkins, bueno…

—¿Así que quieres que consiga una luz trasera y se la lleve a Bill a la comisaría? —Hannah interrumpió la crítica entusiasta de su hermana.

—Si no te importa, sería genial.

—No me importa en absoluto. De hecho, pensaba ir al desguace para que Ted pruebe los *cupcakes* que he hecho con la receta de su madre. Cogeré la luz trasera y me pasaré por la comisaría de camino

a casa para preparar la cena de Moishe.

—¿Ahora cocinas para Moishe?

—Sí. El veterinario me ha pasado una dieta para él.

—¿Qué estás cocinando?

Hannah pensó en el hígado hervido y las cáscaras de huevo.

—No creo que quieras saberlo.

—Vale, te tomo la palabra. Pero no olvides dejar tiempo para ponerte el disfraz. Tracey está deseando verlo. ¿De qué vas a ir?

—Es una sorpresa —dijo Hannah, preguntándose si le daría tiempo de lavar y secar su sábana de fantasma.

Quince minutos después, Hannah lo tenía todo bajo control. Había metido la caja de copos de maíz y el cuchillo de plástico en la parte trasera de su camioneta para imprevistos, había cerrado The Cookie Jar, había empaquetado los *cupcakes* para el transporte y se había puesto en camino hacia el desguace de Ted Koester para conseguir la luz trasera para Bill.

A medida que atravesaba la ciudad, el cielo se iba oscureciendo y Hannah sonrió al ver a los niños saltando por las aceras, cogidos de la mano de sus hermanos mayores o de sus padres. De camino a la autopista, se cruzó con dos niños disfrazados de Elvis, un King Kong, tres princesas de cuento, un Superman, dos esqueletos con huesos que brillaban en la oscuridad, un monstruo corpulento con colmillos verdes y nueve fantasmas. Tal vez fuera bueno que se hubiera ensuciado el disfraz de fantasma. Parecía que Lake Eden estaba plagado de fantasmas esa noche.

El espíritu de Halloween impregnaba incluso el tráfico de la autopista. Hannah vio dos coches con fantasmas revoloteando en las ventanillas traseras y un brazo falso colgando de un camión. Varios conductores llevaban máscaras de Halloween y un camionero había engalanado para la ocasión su vehículo de dieciocho ruedas con una calabaza iluminada sobre la parrilla. Era una noche de fiesta y Hannah empezaba a animarse cuando entró en el desguace de Ted.

Pasó por delante de la caravana que hacía las veces de oficina, buscó aparcamiento y sonrió al ver a Beatrice atendiendo el mostrador. Perfecto. De ese modo podría hacer que Beatrice y Ted probaran los *cupcakes* a la vez.

Hannah aparcó la camioneta, salió y cogió la bolsa de *cupcakes*. El viento casi la derribó mientras corría hacia la oficina y abría la puerta.

—Hola, Hannah —la saludó Beatrice—. ¿Qué llevas en la bolsa?

—*Cupcakes*. Creo que lo tengo, Beatrice.

—¿En serio? —Beatrice sonrió alegre—. Maravilloso, Hannah. Ted va a estar encantado.

—Venga, prueba uno. —Hannah le dio la bolsa—. Estoy convencida de que esta vez sí.

—Eso espero. Voy a engordar seis kilos si sigo comiendo tus tandas de prueba.

Beatrice sonrió para mostrar que estaba bromeando mientras abría la bolsa y sacaba un *cupcake*. Despegó el papel, dio un pequeño mordisco y luego otro más grande. Hannah no se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que Beatrice se había comido la mitad del *cupcake*. Volvió a respirar con un suspiro de alivio.

—¿Es la receta de Alma?

—¡Es esta, Hannah! Es igual que la que hacía Alma. ¿Cuál es el ingrediente secreto?

—Sirope de frambuesa. Es lo que había originalmente en todas esas botellas que encontraste en su sótano.

—¡No me digas! —dijo Beatrice, acabándose el *cupcake* y limpiándose los dedos en una de las servilletas que Hannah había metido en la bolsa—. Ya verás cuando los pruebe Ted.

—Hablando de Ted, ¿dónde está? Necesito comprar una luz trasera para el coche de Bill.

—Está fuera con la grúa. Por eso estoy aquí sustituyéndolo. Debería volver en cualquier momento, pero tal vez pueda ayudarte yo si tienes la marca, el modelo y el año.

—Sí, los tengo —dijo Hannah, entregándole la nota que había escrito con la información que Andrea le había dado.

Beatrice abrió un grueso libro de registro.

—Seguro que Ted la tiene. En cuanto vea el número de pieza, lo teclearé en el inventario del ordenador y debería decirnos dónde está exactamente.

Hannah vio cómo Beatrice buscaba la pieza y tecleaba el número. En un momento, la respuesta apareció en la pantalla.

—Bingo. La luz trasera de Bill está en la sección diecisiete, contenedor treinta y ocho.

—¿Dónde queda?

—Aquí mismo. —Beatrice señaló la sección en el gran plano del desguace que colgaba de la pared de detrás del mostrador—. Ven conmigo, yo te llevo.

Hannah siguió a Beatrice hasta un gran cobertizo metálico que ocupaba casi una cuarta parte del patio del desguace. Beatrice abrió la puerta, encendió las luces y condujo a Hannah por un pasillo central. Cada sección estaba llena de estanterías metálicas desde el suelo hasta el techo y Beatrice se detuvo al llegar a la sección diecisiete.

—El contenedor treinta y ocho debería estar por… aquí.

—Ya lo veo —dijo Hannah, señalando el tercer nivel de estanterías—. ¿Pero cómo lo cogemos? ¿Tienes una escalera?

Beatrice asintió y se dirigió al pasillo central. Un momento después, regresó empujando una escalera rodante, del tipo que Hannah había visto usar a los dependientes en los almacenes de bricolaje.

—Fíjate. Es muy fácil con estas escaleras. —Antes de que Hannah pudiera ofrecerse a hacerlo por ella, Beatrice se puso los guantes, subió la escalera, metió la mano en el cubo y bajó con una luz trasera—. Esta servirá para el coche de Bill.

—Estupendo —dijo Hannah, cogiendo la pieza mientras Beatrice hacía retroceder la escalera—. Por casualidad no sabrás dónde están los mecheros, ¿verdad? Necesito uno para mi camioneta. No lo tenía

cuando la compré.

—Están en la sección doce, pero no sabía que fumaras, Hannah…

—No fumo. Es solo que nunca sabes cuándo vas a necesitar encender una vela.

—Qué profundo, Hannah. Es una metáfora, ¿verdad?

—Supongo que sí, pero solo estaba siendo práctica. Nunca sabes cuándo vas a tener que encender una vela para mantenerte caliente cuando estás atascada en un banco de nieve. Y no me gusta nada ese hueco vacío en el salpicadero. Parece inacabado.

Beatrice hizo un gesto a Hannah para que la siguiera y se dirigió hacia la parte delantera del cobertizo.

—Aquí están —dijo, señalando un contenedor en el segundo nivel y entregándole a Hannah un par de guantes—. Mete la mano y coge uno. Casi todos los mecheros son de tamaño estándar. Pero primero ponte los guantes. Ted se hizo un rasguño muy feo en el brazo cuando se olvidó de ponerse los guantes la semana pasada. Su camisa tenía tanta sangre que tuve que tirarla.

—Jon Walker me lo dijo. Ted y yo estamos tomando el mismo tipo de antibióticos —Hannah se puso los guantes y metió la mano en el contenedor—, unos carísimos.

Una vez que Hannah hubo cogido el mechero que quería, Beatrice la guio de vuelta al despacho. Por el camino, señaló una estructura en forma de caja del tamaño del garaje de una casa.

—Es nuestra nueva trituradora. ¿A que es maravillosa?

—Sí —dijo Hannah, aunque no sabía exactamente cómo podía ser maravillosa una trituradora—. ¿Cómo funciona?

—Está abierta por arriba y Ted levanta el coche que quiere aplastar y lo deja caer dentro. Los lados se mueven para aplastarlo y acaba siendo casi del tamaño de una panera.

Unos momentos después, estaban de vuelta en la oficina. Beatrice estaba sumando las compras de Hannah cuando sonó el teléfono.

—Espera un momento, Hannah. Puede que sea Ted y quiero decirle que has descubierto el ingrediente secreto.

—Desguace de Ted —saludó Beatrice a su interlocutor—. ¡Hola, preciosa! ¿Estáis Krista y tú preparadas para vuestra gran actuación de esta noche? —Hannah sonrió. Era obvio que Beatrice estaba hablando con su nieta, Leah—. ¡Oh, querida! ¿Puedo ayudar en algo? —Beatrice escuchó un momento—. Claro que puedo, cariño. Estaré allí en cuanto vuelva tu abuelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hannah, a la vez que Beatrice colgaba el teléfono.

—Es Leah. Se ha roto el ala de su disfraz de murciélago y parece que no puede coserla bien. Y su madre no está en casa.

—¿Así que vas a ir a ayudarla?

—Tan pronto como Ted regrese. Cerraría ahora mismo, pero está esperando un envío urgente de coches para el desguace. Tiene que desmontarlos para conseguir las piezas que necesita un cliente de Minneapolis y no podemos fallarle de ninguna manera.

—¿Es un cliente muy importante?

—Representa más de la mitad de nuestro negocio. No tendríamos forma de obtener beneficios si hiciera los pedidos a otro desguace.

—Debe de comprar muchas piezas de coche.

—¡Ya lo creo! Envía por fax todos los lunes por la mañana una larga lista para que Ted las localice y se las mande.

—¿Para que las localice? —Hannah tenía curiosidad. No sabía nada sobre el negocio del desguace de automóviles.

—Sí. No sé exactamente cómo lo hace Ted, pero debe llamar a otros desguaces para encontrar las cosas que no tiene aquí. Sé que siempre consigue todas las piezas al final de la semana y las envía el sábado por la mañana.

A Hannah le rondaba algo por la cabeza, pero no sabía qué era. Tenía que preguntarle algo a Beatrice, o a Ted. Quizá debería ofrecerse a quedarse hasta que Ted volviera. Podría ir dándole vueltas.

—Ve y ayuda a Leah —dijo Hannah, siguiendo su instinto—. Yo me quedaré aquí y esperaré a Ted. Quiero ver su cara cuando pruebe los *cupcakes*.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Tú solo dime qué tengo que hacer cuando llegue el transporte.

—No hay nada que hacer —dijo Beatrice, cogiendo un portapapeles y poniéndolo en el mostrador junto a la caja registradora—. El conductor sabe dónde descargar, así que no hay problema. Será en la zona justo delante del gran cobertizo metálico. Ahí es donde Ted hace el desmontaje.

—Entendido —dijo Hannah.

—Todo lo que tienes que hacer es firmar el albarán, devolvérselo al conductor y quedarte el resguardo para Ted. Solo tienes que ponerlo en este portapapeles en el mostrador.

—¿Y los clientes? ¿Quieres que intente encontrar las piezas que necesitan?

Beatrice negó con la cabeza.

—Es demasiado trabajo. No creo que tengas clientes tan tarde, pero si los hay, diles que esperen a que regrese Ted o que vuelvan mañana.

—Así lo haré. ¿Algo más?

—Una cosa. Cuando Ted vuelva, dile lo que ha pasado con el disfraz de Leah. Y dale un *cupcake* enseguida, para que no se enfade conmigo por irme. ¿Quieres que enchufe la estufa antes de irme?

—No, no creo que la necesite. Iré a la camioneta a por la chaqueta.

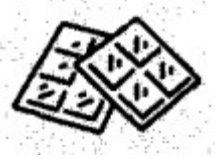
Hannah miró el reloj mientras Beatrice se apresuraba hacia su coche y se alejaba. Ya eran más de las seis y había prometido recoger a Tracey y Karen a las siete y media. Si Ted no volvía pronto, no tendría tiempo de correr a casa para dar de comer a Moishe. Por supuesto, una cena tardía no iba a matarlo, especialmente cuando había comido una tortilla tan rica esa mañana. Si le entraba suficiente apetito mientras esperaba a su chef *gourmet* personal, podría comerse algo del pienso para mayores que tenía en el cuenco para matar el hambre.



Cupcakes de chocolate



Precaliente el horno a 180 °C, con la rejilla en la posición central.



120 g de chocolate para repostería sin azúcar (*4 onzas*)
50 g de azúcar blanco
120 ml de sirope de frambuesa
210 g de harina
1 1/2 cucharaditas de levadura en polvo
1/2 cucharadita de sal
115 g de mantequilla a temperatura ambiente
350 g de azúcar blanco (*no es un error de imprenta; en total usará 400 g de azúcar*)
3 huevos
80 ml de leche









Forre una bandeja para *cupcakes* de 12 huecos con moldes de papel dobles para magdalenas. Como esta receta es para 18 *cupcakes*, puede usar un molde adicional de 6 huecos forrado con moldes de papel dobles o puede untar de mantequilla y enharinar un molde de bizcochos o similar.









Caliente en el microondas el chocolate, el sirope de frambuesa y 50 g de azúcar en un bol apto para microondas a potencia máxima durante 1 minuto. Remueva. Vuelva a calentar en el microondas durante otro minuto. En este punto, el chocolate estará casi derretido, pero mantendrá su forma. Remueva la mezcla hasta que quede homogénea y déjela enfriar hasta que esté tibia. (*También puede hacerlo al baño maría*).



Pese la harina, mézclela con la levadura en polvo y la sal, y reserve.



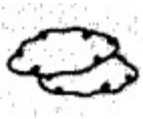




En una batidora eléctrica (*o con un brazo MUY potente*) bata la mantequilla y 300 g de azúcar hasta obtener una mezcla ligera y esponjosa. (*Aproximadamente 3 minutos con una batidora más unos 2 minutos adicionales si lo hace a mano*). Añada los huevos, de uno en uno, batiendo después de cada adición para asegurarse de que están bien incorporados. Agregue aproximadamente un tercio de la mezcla de harina y un tercio de la leche. (*No tiene que ser exacto; añadir la harina y la leche en incrementos hace que la masa sea más suave*). Cuando esté todo mezclado, añada otro tercio de la harina y otro tercio de la leche. Cuando se haya integrado, incorpore el resto de la harina y de la leche. Mezcle bien.



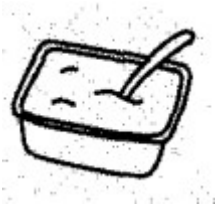


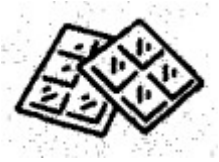






Pruebe la mezcla de chocolate para asegurarse de que está lo suficientemente fría como para añadirla a la masa (*¡y que no se cuezan los huevos!*). Si está tibia al tacto, pero no tan caliente como para apartar la mano, puede agregarla. Remueva bien y listo.





Deje reposar la masa durante 5 minutos. A continuación, vuelva a removerla a mano y rellene cada molde de papel hasta tres cuartas partes de su capacidad. Si ha decidido utilizar el molde para bizcochos, rellénelo con la masa restante.





Hornee los *cupcakes* a 180 °C de 20 a 25 minutos. El molde de bizcocho debe hornearse 5 minutos más.



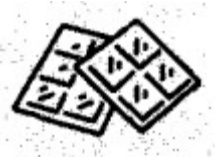




Glaseado de chocolate



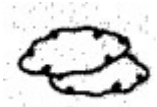
Los *cupcakes* y el molde de bizcocho, enfriados a temperatura ambiente y listos para glasear.



350 g pepitas de chocolate
1 lata (unos 370 g) de leche condensada azucarada



Este glaseado es muy fácil si se hace al baño maría. También puede hacerlo en una cacerola a fuego bajo o medio, pero tendrá que removerlo constantemente con una espátula para evitar que se queme.





Llene de agua aproximadamente un tercio de la olla grande para el baño maría. Asegúrese de que el cazo pequeño no toque el fondo del recipiente grande.

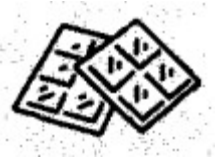




Ponga las pepitas de chocolate en el cazo pequeño, coloque este dentro del grande y póngalo al fuego a temperatura media. Remueva de vez en cuando hasta que el chocolate esté derretido.



Incorpore la lata de leche condensada y cueza unos 2 minutos, removiendo constantemente, hasta que el glaseado esté brillante y tenga consistencia para untar.



Extienda el glaseado sobre los *cupcakes*, asegurándose de rellenar todo el hueco del molde de papel.



Dele el bol a su persona favorita para que «limpie» el resto del glaseado.



Estos cupcakes están aún mejor si los enfría, los cubre y los deja reposar durante varias horas antes de glasearlos.







CAPÍTULO VEINTINUEVE



Hannah miró por la ventana la autopista a lo lejos y tamborileó con los dedos sobre el mostrador. Eran casi las seis y media y Ted aún no había llegado. Tampoco había señales del transporte y Hannah empezaba a desear no haberse ofrecido voluntaria para cubrir a Beatrice.

Hacía frío en la caravana y Hannah se ajustó un poco más la cazadora; quizá debería haber aceptado la oferta de Beatrice de enchufar la estufa. Iba a ser una noche fría. En cuanto se había puesto el sol, el viento se había intensificado y en ese momento era todo lo feroz que podía ser en otoño.

Las ráfagas de viento sacudían las paredes metálicas de la caravana y hacían que las hojas muertas se deslizaran bajo los restos de los coches destrozados como miles de mecánicos en miniatura intentando arreglar lo imposible. Al menos dentro hacía mucho más calor que fuera. Cuando Hannah se había acercado a su camioneta para coger la chaqueta y probar el mechero en el hueco del salpicadero, creyó haber olido una pizca de nieve en el aire.

La abuela de Hannah, Ingrid, siempre decía que podía oler la nieve que se acercaba e intentaba enseñarle cómo hacerlo. Hannah

recordaba estar sentada en el columpio del porche de la granja de la familia Swensen, envuelta en un cálido edredón, intentando oler el aire helado con su abuela. Un día notaron algo apenas perceptible. Hannah lo percibió y cuando le preguntó qué era, la abuela Ingrid no pudo identificarlo con un nombre, pero insistió en que siempre que Hannah percibiera ese aroma en el viento significaba que iba a nevar.

Unas luces brillantes parpadearon cuando un vehículo se desvió de la autopista. Hannah observó, con gran expectación, cómo bajaba por la carretera de acceso hacia el desguace. Al acercarse a las puertas, pudo ver que era el tipo de camión que se utiliza para transportar coches. Se subió la cremallera de la cazadora y salió por la puerta para saludar al conductor. Por fin había llegado el transporte.

El conductor la saludó con la mano y procedió a descargar los coches, exactamente como Beatrice le había dicho. Hannah se asomó a la ventana y lo observó, sonriendo ante la facilidad con que hacía retroceder el gran camión por la estrecha carretera que conducía al cobertizo del desguace. Pero cuando el conductor empezó a descargar los coches, su sonrisa se transformó en una mueca de desconcierto. No era ninguna experta, pero parecían demasiado bonitos y nuevos como para venderlos como chatarra y desmontarlos. Debía de haber algo que fallara en cada uno de ellos que no resultaba evidente a primera vista.

Una vez que hubo terminado, el conductor volvió a subir a su camión y condujo hasta la caravana. Hannah se acercó a la ventanilla del conductor, firmó el albarán que llevaba en el portapapeles y cogió el resguardo que le entregó.

—Esta noche va a hacer frío —dijo el conductor.

—Eso parece —respondió Hannah.

—¿Eres nueva aquí? —preguntó el conductor, mirándola fijamente, como si quisiera memorizar sus rasgos—. Hablé con Ted esta mañana y me dijo que estaría aquí.

—Ha tenido que salir con la grúa *y yo estoy sustituyendo* a su

mujer. Ha tenido una emergencia familiar.

—De acuerdo —dijo el conductor, haciéndole un gesto de despedida antes de subir la ventanilla. Luego puso en marcha el camión y arrancó en dirección a las puertas.

Hannah observó las luces traseras hasta que el camión hubo pasado la carretera de acceso y vuelto a la autopista. Luego llevó el recibo a la caravana y encontró el portapapeles que Beatrice había dejado sobre el mostrador. Estaba a punto de enganchar el recibo cuando se fijó en la lista que había debajo. Tenía que ser del cliente de Minneapolis. Hannah pasó el dedo por la pulcra columna mecanografiada y contó los artículos. El cliente de Ted debía de tener una cadena de talleres. Era imposible que un solo taller pudiera utilizar todas esas piezas en una semana.

Hannah echó un vistazo a la parte superior del fax y empezó a fruncir el ceño. Lo habían enviado desde Words, Etc., una empresa que instalaba quioscos en centros comerciales para que los clientes pudieran enviar faxes, hacer fotocopias e imprimir documentos. Pero ¿una gran cadena de talleres que no tenía su propio fax? Hannah volvió a mirar la lista de piezas y la comparó con el recibo de los coches que le había entregado el conductor. Todos y cada uno de los artículos del pedido de piezas de automóvil podían obtenerse desmontando los coches que parecían demasiado buenos para ser vendidos como chatarra.

Las piezas del rompecabezas del asesinato del *sheriff* Grant empezaron a girar y a disputarse una posición en la mente de Hannah. Era posible que Ted hubiera comprado esos coches en otros desguaces, pero que estuvieran nuevos seguía perturbándola. ¿Y si no tenían nada que fallara? ¿Y si los coches habían sido robados para cumplir con el pedido del hombre de Minneapolis? ¿Y si la nueva prosperidad de Ted y Beatrice provenía de llevar un desguace de coches robados?

Hannah volvió a mirar el recibo. En él figuraban los coches como chatarra, pero ¿acaso no hacía falta una hoja rosa, el papel oficial, para vender un coche como chatarra? El conductor no se la había

dado. Volvió a subirse la cremallera de la cazadora y salió corriendo a comprobarlo, pero las guanteras de los cuatro coches estaban tan vacías como los interiores. ¿Tenía razón sobre las hojas rosas? Hannah no estaba segura al cien por cien, pero ya era demasiado tarde para llamar al departamento de tráfico y no quería esperar hasta el lunes por la mañana.

En cuanto se le ocurrió, cogió el teléfono y marcó el número de Eleanor Cox, que había sido la secretaria jefa del departamento de tráfico durante casi veinte años antes de jubilarse, y seguro que conocía la respuesta.

—Hola, Eleanor —dijo Hannah cuando respondió a su llamada, agradeciendo a su buena estrella que Eleanor estuviera en casa.

—Hola, Hannah. ¿Qué te cuentas?

—Tengo que hacerte una pregunta sobre tráfico. ¿No se necesita una hoja rosa para vender un coche como chatarra?

—¿Le pasa algo a tu camioneta de galletas y estás pensando en venderla como chatarra?

—No, no, qué va. Me ha surgido la duda, eso es todo. ¿Lo sabes?

—Claro que lo sé. No estuve sentada detrás de ese mostrador en la oficina de tráfico durante veinte años para nada. Sí, se necesita un permiso, una hoja rosa válida para demostrar la propiedad. El documento debe entregarse a quien tome posesión del vehículo, ya sea un concesionario de coches usados, un particular, una donación a una organización benéfica o un desguace.

—¿Y si un desguace vende el coche a otro desguace?

—Se siguen aplicando las estipulaciones de la hoja rosa —dijo Eleanor, sonando muy oficial—. El vehículo no puede cambiar de manos legalmente sin la hoja rosa.

—Gracias, Eleanor. Has sido realmente…

—En realidad no es rosa, ¿sabes? —Eleanor interrumpió el comentario de Hannah—. Todo el mundo la llama así, pero hace años que las hojas rosas no son rosas. Pero eso no viene al caso… Tengo que decirte que esto es francamente espeluznante, Hannah.

—¿Qué es espeluznante?

—Es que el *sheriff* Grant me llamó el día que lo mataron y me hizo las mismas preguntas.

De algún modo, Hannah consiguió despedirse y colgar el teléfono. Las piezas del rompecabezas que rodeaba la muerte del *sheriff* Grant giraban ahora mucho más deprisa. Piezas de coche en el despacho del *sheriff* Grant. El hecho de que el *sheriff* escondiera el informe del coche robado de Lonnie en su maletín. La llamada a Eleanor para preguntarle por las hojas rosas. Todo eso hizo que Hannah tuviera la certeza de que el *sheriff* había recorrido el mismo camino que ella estaba recorriendo, el mismo camino que le había llevado a la muerte. Pero ¿quién lo había matado? ¿El conductor del transporte de coches robados? ¿El hombre de Minneapolis? ¡¿Ted?!

Hannah jadeó cuando otra pieza del rompecabezas encajó en su sitio. Barbara Donnelly le había dicho que Ted llevaba un mono de trabajo cuando recogió a Leah y Krista de la clase de baile. ¿Y si Ted había usado el mono para ocultar la ropa salpicada con la sangre del *sheriff* Grant? ¿Y qué había de ese arañazo en su brazo? ¿Se lo había hecho ahí, en el desguace, o se lo había hecho con la tapa del contenedor al arrojar al *sheriff* Grant dentro?

Con el corazón latiéndole mucho más deprisa de lo normal, Hannah dejó que el asesinato del *sheriff se* desarrollara en su mente. El *sheriff* Grant había visto a Ted cuando entraba en el aparcamiento del instituto en su camión de trabajo. Antes de que Ted pudiera cambiar al sedán de Beatrice y salir a recoger a las niñas, el *sheriff* Grant le había hecho algunas preguntas difíciles. Ted sumó dos y dos y se dio cuenta de que el *sheriff* había descubierto su negocio ilegal. Sabía que estaba a punto de ser arrestado y se negó a caer sin luchar antes. Se resistió, consiguiendo romper el cráneo del *sheriff* Grant con algún objeto contundente, algo que podía tener en su camión, como… una palanca para neumáticos.

Hannah echó un vistazo al camión de Ted, que estaba aparcado junto a la caravana. Tal vez el arma homicida aún estuviera allí. No tardaría mucho en coger la palanca. Aunque Ted la hubiera lavado, aún podría tener restos de sangre del *sheriff* Grant. Podría llevarla a

la comisaría para que la analizaran cuando entregara la luz trasera de Bill.

En menos de un minuto, Hannah estaba de vuelta con la palanca de hierro en la mano. Supuso que debería sacarla y esconderla en su camioneta, pero el viento soplaba con fuerza y se estaba congelando. No había ninguna razón por la que no pudiera esconderla a plena vista. Cuando Ted volviera, ella la compraría y él nunca sospecharía que no había salido del gran contenedor de piezas de su almacén.

Hannah puso la palanca en la encimera, se sentó en el taburete que había abandonado hacía poco y volvió a pensar en el asesinato. Si Ted se había arañado la mano mientras tiraba el cuerpo del *sheriff Grant* en el contenedor, todo lo que Mike y Bill necesitaban era una muestra de sangre y podrían compararla con la sangre que habían encontrado.

Sintiéndose mucho mejor ahora que tenía dos posibles pruebas, Hannah volvió a su escenario. Todo tenía sentido, pero faltaba algo. Pensó en todas las informaciones que tenía y recordó la mancha en el vestido de Krista. ¿Y si la mancha no era de óxido? ¿Y si era la sangre del *sheriff* Grant, que había manchado el camión mientras Ted se ponía el mono de trabajo?

De repente, Hannah tuvo una idea aterradora. Si Clara y Marguerite Hollenbeck volvían antes, podrían limpiar la mancha del vestido de Krista. Tenía que llamarlas y decirles que no tocaran lo que podría ser una prueba importante. Hannah descolgó el teléfono, marcó su número y respiró aliviada cuando saltó el contestador. Aún no habían vuelto. Las dos hermanas habían grabado un largo mensaje y Hannah escuchó más información sobre los horarios de Clara y Marguerite de la que necesitaba o quería saber. Estaba esperando a que sonara el pitido para grabar su mensaje cuando oyó un rugido al otro lado de la ventana y levantó la vista para ver la grúa de Ted Koester deteniéndose delante de la caravana.

Hannah colgó el teléfono, saludó a Ted con la mano y esbozó una sonrisa. Menos mal que no podía leerle la mente. Lo único que tenía

que hacer era explicarle dónde estaba Beatrice, decirle que había llegado el transporte, ofrecerle un *cupcake*, pagar la palanca y largarse.

—Hola, Hannah. —Ted entró en la caravana con cara de desconcierto—. ¿Dónde está Beatrice?

—Ha tenido que ir a arreglar el disfraz de Leah. Le he dicho que me quedaría hasta que volvieras. Ha llegado el envío de coches. He firmado la entrega y he puesto el recibo en el portapapeles como Beatrice me dijo que hiciera.

—Gracias. —Ted miró la bolsa blanca del mostrador—. ¿Esto qué es?

—*Cupcakes*. Creo que he conseguido replicar la receta de tu madre. Prueba uno y verás.

Ted sacó un *cupcake* de la bolsa y lo probó. Le dio otro mordisco y luego otro.

—¡Ya lo tienes! ¿Cuál era el ingrediente secreto del que hablaba Beatrice la otra noche?

—Sirope de frambuesa.

—¡No me digas! —Ted parecía totalmente asombrado—. Nunca lo hubiera adivinado. Así que ¿ahora la receta irá en el libro de cocina?

—Por supuesto.

—Me alegra oírlo. Le está bien empleado a mi madre por negarse a darle la receta a nadie. ¿Te lo ha contado Beatrice? —Hannah asintió, pensando en la mejor manera de excusarse y salir con la prueba—. Cada vez que venía de visita, decía que se la había olvidado. Y luego prometió enviársela por correo a Beatrice, pero nunca lo hizo. Ahora todos los que lean el libro de cocina la tendrán. Se lo merece.

Hannah tragó saliva. Nunca había oído a Ted hacer otra cosa que elogiar a su madre. Se estaba comportando de forma extraña. Tenía que irse cuanto antes.

—Necesito pagar esta palanca e irme, Ted. Prometí llevar a Tracey al sótano embrujado y ya llego tarde.

—De acuerdo. Deja esos *cupcakes* aquí y no te cobraré la

palanca.

—Trato hecho —dijo Hannah, cogiendo la palanca al mismo tiempo que Ted.

—Espera un segundo. —Ted la cogió primero y buscó una bolsa —. Puede que esté sucia.

Hannah vio cómo Ted abría una bolsa. Empezó a deslizar la palanca dentro, pero se detuvo y empezó a fruncir el ceño.

—¿De dónde la has sacado?

—Eh… Beatrice me la ha encontrado. También me llevo una luz trasera y un mechero, pero ya los he pagado.

—¿Y de dónde la ha cogido ella?

Hannah se encogió de hombros y se esforzó por parecer completamente despistada.

—Supongo que del almacén de piezas. Yo estaba ocupada eligiendo el mechero.

—No, no es verdad. La ha cogido de mi camión de trabajo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hannah, tratando de parecer genuinamente desconcertada—. ¿No son un poco iguales todas las palancas de neumáticos?

—Esta es más larga y pesada. Proviene de una autocaravana vieja y entonces sí que sabían cómo hacerlas. La necesito porque hace más fuerza y es más cómoda para la espalda. No entiendo porqué Beatrice…

Hannah palideció cuando Ted dejó de hablar y la miró fijamente, con los ojos entrecerrados por la sospecha. Luego cogió la barra de hierro y empezó a golpearse la palma de la mano con la punta. Eso no era bueno. Ted sabía que había estado en su camión de trabajo y también sabía por qué había cogido la palanca. Ya no había tiempo ni forma de encontrar una excusa para irse.

—Beatrice no te la ha dado. La has cogido tú. —La voz de Ted era amenazadora—. Y solo hay una razón por la que querrías…

Hannah no se quedó a escuchar el resto del razonamiento de Ted. Se dio la vuelta, abrió la puerta y huyó.



CAPÍTULO TREINTA



La oscuridad la envolvió como una enorme manta mientras Hannah corría por el suelo irregular en dirección a su camioneta. La ventaja de la sorpresa jugó a su favor y llegó justo antes de darse cuenta de que había cogido la bolsa de *cupcakes*, pero se había dejado las llaves en el mostrador.

Su camioneta estaba junto a una zona llena de vehículos inutilizados. Hannah giró y corrió con el viento a su espalda a través del camino de tierra que dividía el depósito de chatarra por la mitad y fue directamente hacia la zona más oscura, donde estaban aparcados los coches almacenados. Como no había tanta luz en esa zona, había menos posibilidades de que Ted la viera. Hannah se agachó y pasó zigzagueando entre los enormes restos, dirigiéndose hacia el coche del final, un viejo Cadillac con la pintura desconchada y el parabrisas agrietado. La puerta estaba un poco oxidada, pero el enérgico tirón de Hannah en la manilla funcionó. En un abrir y cerrar de ojos, estaba en el asiento trasero, acurrucada en el suelo, con la puerta cerrada a cal y canto tras ella.

Durante unos momentos, Hannah no respiró, pero lo único que oía era el aullido del viento fuera del coche y el latido de su propio

corazón, presa del pánico. Si Ted no la había visto, estaría a salvo. Tendría que registrar todos los vehículos uno a uno si quería encontrarla y, mientras lo hacía, ella podría escaparse por la carretera de acceso en la oscuridad y volver a la ciudad.

Con cautela, Hannah echó un vistazo por la ventanilla trasera, pero no vio a Ted. ¿Debía intentar escapar en ese momento? ¿O estaría ahí fuera, en alguna parte, escudriñando las filas de coches desguazados, esperando a que saliera? ¡Si al menos tuviera un móvil! Sus objeciones anteriores parecían insignificantes comparadas con las ventajas en una situación como la suya. Deberían regalarlos como regalan almohadas en los vuelos al extranjero. Cualquiera que se embarcara en la investigación de un asesinato tendría que recibir uno.

Aunque el suspense la estaba matando y sus músculos pedían acción a gritos, Hannah decidió esperar y escuchar. Como los coches estaban aparcados sobre grava, oiría los pasos de Ted mucho antes de que llegara a su escondite. Se acurrucó en el suelo, apenas atreviéndose a respirar, intentando oír a Ted por encima del sonido del viento y algún ocasional bocinazo lejano de los coches en la autopista.

¿Seguiría Ted buscándola? ¿O se habría dado por vencido? Tal vez se había dado cuenta de que tardaría horas en encontrarla y había abandonado la búsqueda. Su prioridad sería evitar ser arrestado. Era posible que ya estuviera a kilómetros de distancia, huyendo del condado de Winnetka y del estado de Minnesota en el coche más rápido que tuviera en su aparcamiento.

Hannah alargó la mano hacia la manilla de la puerta, pero la retiró antes de tocarla. Era inteligente ser precavida. Contaría hasta mil y, si para entonces no había oído nada, abriría la puerta y saldría corriendo.

Contar en la oscuridad, con la cara pegada al polvoriento felpudo, era una prueba de la paciencia que Hannah no poseía. Llegó a cien con bastante facilidad y a doscientos con un poco más de esfuerzo. Trescientos fue una lucha y cuatrocientos, una

verdadera batalla. Quinientos era improbable, pero lo consiguió. Y seiscientos era aún más improbable. Los setecientos los consiguió por pura fuerza de voluntad, los ochocientos fueron una marca de resistencia con la que solo había soñado en el pasado y los novecientos fueron un hito de determinación y fortaleza. Hannah había llegado a novecientos treinta y dos y empezaba a pensar que llegaría hasta la meta que le había parecido tan inalcanzable hacía solo unos minutos, cuando oyó un fuerte estruendo. Y entonces algo golpeó el Cadillac con tanta fuerza que todo su cuerpo rebotó en el suelo y volvió a caer.

Hannah se hizo un ovillo, mareada y desorientada. No parecía estar herida, pero se había sentido exactamente como si otro coche hubiera chocado contra el Cadillac a toda velocidad. Cuando recuperó el equilibrio, se dio cuenta de que algo iba mal. El Cadillac se balanceaba de un lado a otro. Pasaron al menos treinta segundos y el balanceo no había cesado. Hannah se arriesgó a echar un vistazo rápido por la ventanilla trasera.

—¡Ohhh! —se lamentó Hannah, con la boca abierta por la sorpresa. El Cadillac ya no estaba en el suelo.

Su mente se negaba a aceptar lo que veían sus ojos. Hannah parpadeó, pero el suelo seguía alejándose de los neumáticos del Cadillac. Hannah tardó un momento en comprender lo que estaba ocurriendo. El suelo no estaba descendiendo; el Cadillac se estaba elevando. Ted lo estaba levantando con la garra, una grúa gigante que utilizaba para mover coches y camiones inutilizados.

Hannah volvió a mirar hacia abajo y deseó no haberlo hecho. El coche se balanceaba sin control y el suelo se alejaba con rapidez. Cerró los ojos y gimió de miedo. Estaba aterrorizada. No era la altura lo que la asustaba. Podía subir una escalera normal o una plegable. Incluso podía bajar por una escalera de incendios, como había tenido que hacer en la universidad. Pero cuando se trataba de flotar en el aire sin nada debajo, prefería no tener que hacerlo. Esa era la razón por la que nunca se había subido a un globo aerostático y por la que se había negado a llevar a Tracey a la noria de la feria del

condado de Winnetka el verano pasado. Llámalo locura, o fobia, o lo que sea, realmente no podía soportarlo.

Era mejor que no mirara. La visión del mundo balanceándose bajo ella era suficiente para paralizar su mente. Hannah se hundió con un gemido y volvió a pegarse al suelo. Tenía la nauseabunda sensación de que sabía lo que Ted estaba haciendo y eso no presagiaba nada bueno para ella. Beatrice le había hablado de la nueva trituradora de coches y de cómo Ted utilizaba la grúa para izar los vehículos que quería triturar y dejarlos caer dentro. También había mencionado que su nueva y eficiente pieza de maquinaria pesada podía reducir un coche de lujo a algo parecido al tamaño de una panera. Hannah no estaba segura del tamaño exacto de una panera, ya que hacía años que nadie las usaba, pero sin duda era más pequeña que ella, y eso le hizo pensar en algo que no quería.

Acurrucarse en el suelo del Cadillac no la salvaría. Hannah respiró hondo y se obligó a mirar de nuevo por la ventanilla trasera. Estaba muy arriba, casi tanto como la copa de los árboles, pero tampoco quería pensar en eso. Volvió a respirar hondo y aguantó la respiración mientras miraba al suelo.

La ayuda había llegado. ¡Mike estaba allí con su coche patrulla y estaba hablando con Ted!

Hannah sacó la cabeza por la ventanilla y gritó, pero su grito más fuerte no pudo con el rugido de la maquinaria pesada y el aullido del viento. El Cadillac se balanceaba justo sobre la cabeza de Mike, pero él no la oía. Estaba demasiado lejos para saltar, aunque fuera una temeraria, pero tal vez pudiera llamar la atención de Mike.

Hannah se escabulló entre los asientos delanteros. Agarró el volante y se apoyó en el claxon. Eso debería bastar. Pero no pasó nada y Hannah se dio cuenta de que el Cadillac no tenía batería. Ted debió de haberla quitado para venderla por piezas antes de programar ese coche para la trituradora.

Para no ser derrotada por la ausencia de una manera fácil de conseguir llamar la atención de Mike, Hannah asomó la cabeza por el agujero donde solía estar la ventana del pasajero. Mike se había

bajado del coche y estaba justo debajo de ella. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos… Hannah sabía que tenía que conseguir que la viera antes de que terminara de hablar con Ted y se fuera.

Rápidamente, se quitó la cazadora. Se la tiraría encima a Mike. Entonces, cuando él levantara la vista para averiguar de dónde había salido, la vería asomada a la ventana. Hannah asomó la chaqueta por la ventana, rezó para que la gravedad hiciera su trabajo y la dejó caer. Iba perfecta, iba a caer justo… ¡Oh, no!

El viento sopló en el momento crítico y la chaqueta voló detrás de Mike, que no se dio cuenta. ¿Qué más podía tirar? Hannah miró la bolsa de *cupcakes*. Tendrían que servir. Sacó uno por la ventana y lo dejó caer, pero no dio en el blanco. Corrigió la trayectoria con el siguiente y se acercó mucho más. Uno más y lo conseguiría.

Hannah soltó un grito cuando el *cupcake* golpeó a Mike en la parte superior de la cabeza y rebotó. Ted dijo algo y Hannah pudo ver a Mike sonreír y asentir. Aunque estaba demasiado lejos para escuchar, podía imaginar la conversación. Ted habría dicho: «Hace mucho viento esta noche, ¿eh?». Y Mike habría respondido: «Desde luego. Por un segundo, he pensado que alguien me estaba tirando cosas…».

Había algo que Hannah sabía con certeza. Si Mike se iba sin levantar la vista, su destino estaba sellado… o, mejor dicho, prensado. Dejó caer el último *cupcake* y le dio de lleno a Mike. Entonces gritó con todas sus fuerzas y Mike levantó la vista. Pero justo cuando la vio Ted saltó sobre él.

El grito angustiado de Hannah no llegó a oídos de nadie, excepto a los suyos. El hombre que estaba tratando de salvarla estaba ahora en peligro. ¿Pero qué podía hacer ella para ayudarle desde un coche que estaba suspendido en el aire?

Hannah pensó rápido. El Cadillac estaba desmantelado. No había nada suelto en el interior que ella pudiera arrojar. Pero ella todavía tenía sus botas y podrían hacer algún daño si las dejaba caer desde esa altura. Hannah se las quitó rápidamente y colgó una por la ventana. Luego miró hacia abajo para apuntar.

Ted estaba encima de Mike, forcejeando, cuando Hannah dejó caer su bota. Aterrizó en el hombro de Ted, que solo se encogió de hombros, pero esa pequeña distracción le dio a Mike el tiempo suficiente para ganar ventaja y tirarse encima de él. Hannah estaba mirando con el corazón en la garganta cuando captó movimiento por el rabillo del ojo. Bill y Norman habían llegado y corrían en ayuda de Mike.

Hannah dio un gran suspiro de alivio. Había estado cerca. Mientras Bill ayudaba a Mike a someter a Ted y a esposarlo, Hannah levantó ambas manos y las juntó en señal de victoria. Y entonces él Cadillac empezó a descender, centímetro a centímetro, con un chirrido de cables de acero. Como Bill y Mike seguían ocupados deteniendo a Ted, Hannah supo que Norman había encontrado la palanca adecuada para bajar el coche.

Cuando las ruedas del Cadillac tocaron el suelo, Hannah no perdió el tiempo y salió del coche. Le temblaban las rodillas, le faltaba una bota y su chaqueta hacía rato que había desaparecido. Tenía las manos manchadas de chocolate, pero cuando vio a Ted sentado en la parte trasera del coche patrulla, una enorme sonrisa se dibujó en su cara. Los buenos habían vuelto a ganar.

Una vez que la bota estuvo de nuevo en su pie y Norman le hubo devuelto la chaqueta, Hannah estaba llena de preguntas para Mike.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Primero responderás tú a mis preguntas —ordenó Mike, agarrándola del brazo—. ¿Sabías que ese coche iba directo a la trituradora?

Hannah estaba a punto de decir algo desagradable sobre su actitud prepotente cuando se dio cuenta de que le temblaba la mano. Mike se había aterrorizado tanto por ella que aún temblaba y eso hizo que ella también empezara a temblar un poco.

—Sabía hacia dónde se dirigía —admitió en voz baja—, y habría acabado allí si no hubieras aparecido.

—¿Intento de asesinato? —preguntó Mike, agarrando todavía su brazo como si no quisiera soltarla nunca.

—En efecto.

—¿Cómo descubriste que Ted mató al *sheriff* Grant?

Hannah dudó. Esa era su oportunidad de no dejar a Mike en evidencia.

—No estaba realmente segura de que lo hubiera hecho hasta que ha venido a por mí.

—¿Y ha sido entonces cuando has atado cabos?

Hannah asintió. En cierto modo, era cierto. No lo había sabido con certeza hasta que Ted había comenzado a golpear la palanca de neumáticos contra su palma.

—Me toca. ¿Por qué has venido?

—Lonnie llamó para contarme lo del informe del coche robado y he venido a hacer a Ted algunas preguntas sobre los coches del desguace. No tenía ni idea de que estuvieras aquí ni de que corrieras peligro.

Hannah se volvió hacia Norman, que estaba de pie junto a Bill.

—¿Y tú por qué estás aquí?

—He ido a la comisaría a por unos impresos de reclamación dental. Estaba hablando con Bill cuando Andrea llamó para preguntar si estabas allí y para decir que llegabas tarde a recoger a Tracey.

Hannah le dedicó una cálida sonrisa a Norman por haberse dado cuenta y no haber mencionado su investigación, y luego se volvió hacia Bill.

—¿Y Andrea te ha dicho que me había enviado aquí para que te comprara la luz trasera?

—Sí. Como no pude localizar a Ted por teléfono, Norman y yo vinimos hasta aquí.

—Menos mal que lo habéis hecho —dijo Hannah, mirando a Mike —. ¿Verdad, Mike?

—Pues sí. Lo habría esposado yo solo, pero ha sido mucho más fácil así. ¿Qué pruebas tienes para mí, Hannah?

—Hay una palanca de neumático en el mostrador de la oficina. Podría ser el arma del crimen y seguro que querrás analizarla en

busca de rastros de sangre. Y será mejor que llames enseguida a Clara y a Marguerite Hollenbeck y les digas que no quiten la mancha del vestido de fiesta de Krista. Podría ser sangre del *sheriff* Grant.

—¿Algo más? —Mike luchó por mantener una expresión agradable en el rostro y Hannah sabía que odiaba pedirle consejo.

—Solo una cosa. Creo que Ted dirigía una red de desguace de coches robados, pero no he podido encontrar nada que lo confirme.

—Lo encontraremos —dijo Mike. Parecía menos enfadado y Hannah supo que había ganado algunos puntos. Claro que podía decirle exactamente dónde encontrar la lista de piezas del hombre de Minneapolis y el recibo de los coches robados, pero le dejaría hacerlo por su cuenta. Como le gustaba tanto decir a Mike, él era el profesional de la ley, no ella.

—Son más de las ocho —dijo Norman tras echar un rápido vistazo a su reloj—. Si Mike y Bill no nos necesitan, podemos ir a buscar a Tracey y llevarla al sótano embrujado.

—Llamaré a Andrea y le diré que estáis de camino —dijo Bill, y luego se volvió para mirar a Mike—. ¿Te parece bien?

Mike asintió. Obviamente estaba de humor para ser magnánimo ahora que el asesino del *sheriff* Grant estaba detenido.

—Claro. Podéis iros y celebrar Halloween con los niños. Cuando terminéis pasad por comisaría y os tomaremos declaración.

—¿Tu coche o el mío? —preguntó Norman, caminando con Hannah hacia la oficina.

—Los dos. Tú ve a recoger a Tracey y Karen y llévalas al sótano embrujado. Yo iré a casa a dar de comer a Moishe y me reuniré contigo allí. Llevaré las galletas de maíz para la fiesta.

—De acuerdo —dijo Norman, adelantándose para abrir la puerta de la camioneta de Hannah—. Lástima que no haya traído disfraz.

Hannah se subió al asiento del conductor y buscó en la parte trasera su disfraz minimalista.

—Tengo uno que puedes usar. Cogeré otra sábana vieja en casa e iré de fantasma.

—¿Una caja de cereales? —Norman parecía desconcertado

mientras aceptaba la caja, pero se echó a reír en cuanto ella le entregó el cuchillo de plástico—. ¡Esto es genial, Hannah!

Los ojos de Hannah se abrieron de par en par. Si Norman había pillado su juego de palabras visual, sería la primera persona en Lake Eden en hacerlo. Y entonces Hannah recordó lo que Beatrice había dicho sobre la doctora Amor y cómo las parejas románticas debían tener un sentido del humor similar.

—¿Sabes qué es?

—Claro —dijo Norman, sonriéndole—. Es sencillamente brillante, Hannah. He llevado muchos disfraces de Halloween a lo largo de los años, pero nunca había sido un *cereal killer*.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO



La noche de las elecciones eran las siete cuando Hannah salió de su dormitorio. Llevaba puesto el nuevo conjunto que Delores había insistido en comprarle en Beau Monde Fashions, un vestido de seda azul que Claire le había recomendado. Hannah había encontrado unos zapatos a juego en el centro comercial, unos tacones de cuero azul con una tira trenzada de color rojo, blanco y azul, rebajados prácticamente a cero. Estaba bastante segura de que los zapatos eran restos del 4 de julio, pero le quedaban de maravilla para lo que seguramente sería la fiesta de la victoria de Bill.

Hannah echó un último vistazo a la cobertura de las elecciones en la televisión KCOW antes de dirigirse a la cocina. Bill ya había obtenido más del ochenta por ciento de los votos y en la fiesta de la victoria en el Hotel Lake Eden solo quedaría espacio para gente de pie, excepto Andrea. El doctor Knight le había dado permiso para asistir siempre que hubiera un lugar donde reclinarse y elevar los pies. Como una simple silla no servía, Delores había aportado un elegante sillón antiguo para que Andrea lo utilizara.

Hannah sonreía mientras servía el yogur de Moishe. El doctor Bob y Sue habían encontrado una solución que convenía tanto a la

humana como al felino. En el momento en que Hannah colocó el plato sobre la mesita, Moishe se levantó de un salto y se quedó expectante.

—Espera un momento —dijo Hannah, aflojando el tapón del frasco de vitaminas. Y el gato que se había escondido debajo de la cama al verse amenazado por ese mismo frasco se quedó sentado y ronroneó. Hannah reprimió sus ganas de decirle «te lo dije» a su gato y echó un chorro de vitaminas por encima del yogur. Apenas un segundo después, Moishe lo engullía con avidez.

Hannah estaba a punto de recoger el bolso nuevo que su madre y Andrea habían insistido en que comprara cuando llamaron a la puerta. Andrea había telefoneado antes para decirle que iba a enviar un coche a recogerla y, aunque ella le había dicho que no era necesario, su hermana había insistido.

Había una caja de The Cookie Jar sobre la encimera y Hannah la cogió. Era un regalo especial para Bill, sus barritas de manzana favoritas. Hannah pensó que el regalo era apropiado, ya que Ted Koester había confesado haber matado al *sheriff* Grant y estaba entre rejas a la espera de juicio.

Hannah abrió la puerta con una sonrisa en la cara, pero esa sonrisa cambió rápidamente a una expresión de sorpresa. En lugar del chófer contratado que esperaba encontrar, allí estaban Norman y Mike.

—Hola, Hannah —dijo Norman, sonriéndole y cediéndole la palabra a Mike.

—Somos tus chóferes para esta noche. —Mike la cogió del brazo —. Andrea nos ha pedido a los dos que te acompañemos.

—Qué bien —dijo Hannah, haciendo una nota mental para tener una larga charla con su hermana. Si Andrea había pretendido fomentar los celos entre los dos, le había salido el tiro por la culata. Norman y Mike estaban encantados.

Mike sujetó la caja mientras Norman ayudaba a Hannah a ponerse el abrigo. Luego Mike cerró la puerta tras ellos y ambos la acompañaron escaleras abajo.

—¡Mirad! ¡Está nevando! —Hannah levantó la cara hacia el cielo nocturno cuando empezaron a caer unos suaves copos. Se arremolinaban perezosamente bajo las anticuadas farolas que el constructor había instalado en el complejo de apartamentos, iban cayendo a la calzada manteniendo la forma durante un momento o dos y luego se derretían.

—¿Quieres volver a por las botas? —preguntó Norman—. Puede que el suelo esté nevado cuando acabe la fiesta.

—La verdad es que no —dijo Hannah, mirando sus zapatos. Aunque hubiera tenido un par de botas de vestir, no le habrían quedado bien con el vestido.

—No necesita botas —dijo Mike, mirando a Norman—. Discúlpanos un segundo, Hannah. Tenemos que arreglar una cuestión logística.

Hannah se quedó mirando a Mike con cierta confusión mientras él apartaba a Norman unos metros y le hablaba en voz baja. Pero la noche era demasiado hermosa para quedarse mirando a dos hombres que discutían sobre algo y, en su lugar, observó los copos de nieve.

Aunque la detención de Ted Koester había provocado un previsible alboroto, las cosas se habían calmado con bastante rapidez. Beatrice había sido absuelta de cualquier delito relacionado con el desguace y la red de coches robados, y uno de sus hijos mayores iba a volver a casa para ayudarla con el negocio. Beatrice le había dicho a Hannah que sospechaba que algo iba mal, pero que nunca habría imaginado que su marido hubiera matado al *sheriff* Grant.

El jurado seguía deliberando sobre Winthrop Harrington II. Norman estaba intentando comprobar varias bases de datos británicas, pero hasta el momento no había conseguido nada. Por desgracia, Winthrop estaba fuera de la ciudad y no asistiría a la fiesta de la victoria de Bill. Hannah supuso que lo conocería en algún momento y entonces decidiría por sí misma.

Ahora que Barbara Donnelly había vuelto al trabajo, Shawna Lee

Quinn estaba de nuevo en la planta de arriba como mecanógrafa. Esa distancia no era suficiente para Andrea y le había dicho a Hannah que pensaba solucionar ese problema en cuanto naciera el pequeño Billy y ella estuviera recuperada.

—Su silla la espera —dijo Norman, y Hannah se dio la vuelta para encontrar a los dos hombres de pie detrás de ella con los brazos cruzados y entrelazados.

—¿Vais a llevarme en brazos? —preguntó Hannah, sin acabar de creérselo.

—Sí.

Mike y Norman se acercaron.

—Siéntate, Hannah. Y pon tus brazos alrededor de nuestros hombros. Te llevaremos al coche.

Sintiéndose un poco como una damisela en apuros y disfrutándolo inmensamente, Hannah tomó asiento sobre sus brazos cruzados y se estabilizó. Y entonces sus dos acompañantes empezaron a caminar, llevándola por el camino hacia el coche que la esperaba bajo la primera nevada del invierno.

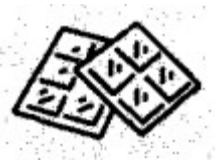
—Encantador —suspiró Hannah, sin estar muy segura de cuál sería la etiqueta en una situación así, pero disfrutando de cada segundo.



Barritas de manzana



Precaliente el horno a 190 °C, con la rejilla en la posición central.









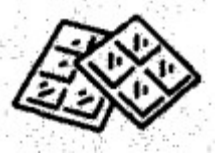
100 g de mantequilla derretida
100 g de azúcar blanco
200 g de azúcar moreno compacto
1/2 cucharadita de bicarbonato de sodio
1/2 cucharadita de sal
1/2 cucharadita de levadura en polvo
2 cucharaditas de vainilla
1 cucharadita de canela
2 huevos batidos (*puede batirlos con un tenedor*)
45 g de copos de avena (*sin cocer*)
150 g de manzana pelada y troceada (*yo utilicé 2 manzanas Gala medianas*)
150 g de coco rallado
180 g de harina (*sin tamizar*)





Derrita la mantequilla, añada los azúcares y remueva. Agregue el bicarbonato, la sal, la levadura en polvo, la vainilla, la canela y los huevos batidos. Mezcle bien. A continuación, añada la manzana troceada y la mitad del coco rallado. (*Reserve la otra mitad para espolvorear*). Agregue la harina y mézclelo todo bien.

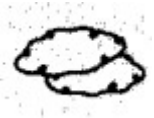




Engrase un molde para tartas de aproximadamente 20/30 cm. Vierta la masa y alísela con una espátula de goma. Espolvoree uniformemente el coco que había reservado.



Hornee a 190 °C de 25 a 30 minutos o hasta que se dore ligeramente.



Deje enfriar y corte en barritas como si fuera un *brownie*.



(A Bill le gustan con chocolate caliente; dice que realza el sabor de las manzanas).

(Tracey sigue intentando convencer a Andrea de que son comida sana y debería comerlas para desayunar).



TABLA DE EQUIVALENCIAS

PESO

Anacardos molidos	100 g.	5/6 taza
Arándanos rojos secos	100 g.	7/8 taza
Azúcar blanco	100 g.	½ taza
Azúcar moreno	100 g.	½ taza
Coco rallado	100 g.	1 1/3 taza
Copos de avena	100 g.	1 ¼ taza
Copos de maíz	100 g.	4 tazas
Harina	100 g.	¾ taza
Mantequilla blanda	100 g.	½ taza
Nueces pecanas	100 g.	5/6 taza
Nueces pecanas picadas	100 g.	6/8 taza
Pasas	100 g.	½ taza
Pepitas de chocolate	100 g.	½ taza

VOLUMEN

1 l.	4 tazas
½ l.	2 tazas
250 ml.	1 taza
125 ml.	½ taza
80 ml	1/3 de taza
60 ml.	¼ taza

TEMPERATURA DEL HORNO

160 ºC.	325 grados Fahrenheit
180 ºC.	350 grados Fahrenheit
190 ºC.	375 grados Fahrenheit
200 ºC.	400 grados Fahrenheit



AGRADECIMIENTOS

Gracias a Ruel, que siempre está dispuesto a charlar sobre las historias, incluso de madrugada. Y gracias a nuestros hijos, que no tienen reparos en querer repetir plato dos y tres veces. Gracias a nuestros amigos y vecinos: Mel y Kurt; Lyn y Bill; Gina y Brian; Jay; Bob M.; Amanda; John B.; el Dr. Bob y Sue, y a todos los que cogieron una galleta, le dieron un mordisco, pusieron cara de felicidad y dijeron: «¡Mmmm!».

Gracias a mi estupendo editor, John Scognamiglio, por su apoyo constante. (¡*Eres el mejor*!)

Un abrazo a Terry Sommers y a su familia por criticar mis recetas. Gracias a Jamie Wallace por dirigir mi sitio web, MurderSheBaked.com. Y un gran abrazo a todos mis amigos por correo electrónico y correo postal que comparten conmigo su amor por Hannah y el equipo de The Cookie jar.



JOANNE FLUKE es la autora estadounidense superventas del New York Times creadora de los misterios de Hannah Swensen, serie que incluye *Caramel Pecan Roll Murder, Triple Chocolate Cheesecake Murder, Coconut Layer Cake Murder* y el libro con el que todo empezó, *Chocolate Chip Cookie Murder*. Sus historias se han adaptado en la serie de televisión *Murder, She Baked*, que se emite en el canal estadounidense Hallmark Movies & Mysteries. La asociación de escritores Mistery Writers of America le concedió, junto a Michael Conelly, el premio Grand Master en la edición de 2023 de los Edgard Awards. Al igual que Hannah Swensen, Joanne Fluke nació y se crio en un pequeño pueblo de la Minnesota rural, pero ahora vive en el sur de California.

Notas

[1] En inglés, *cereal killer* («asesino de cereales») se pronuncia igual que *serial killer* («asesino en serie»). (N. *de la T*.) <<